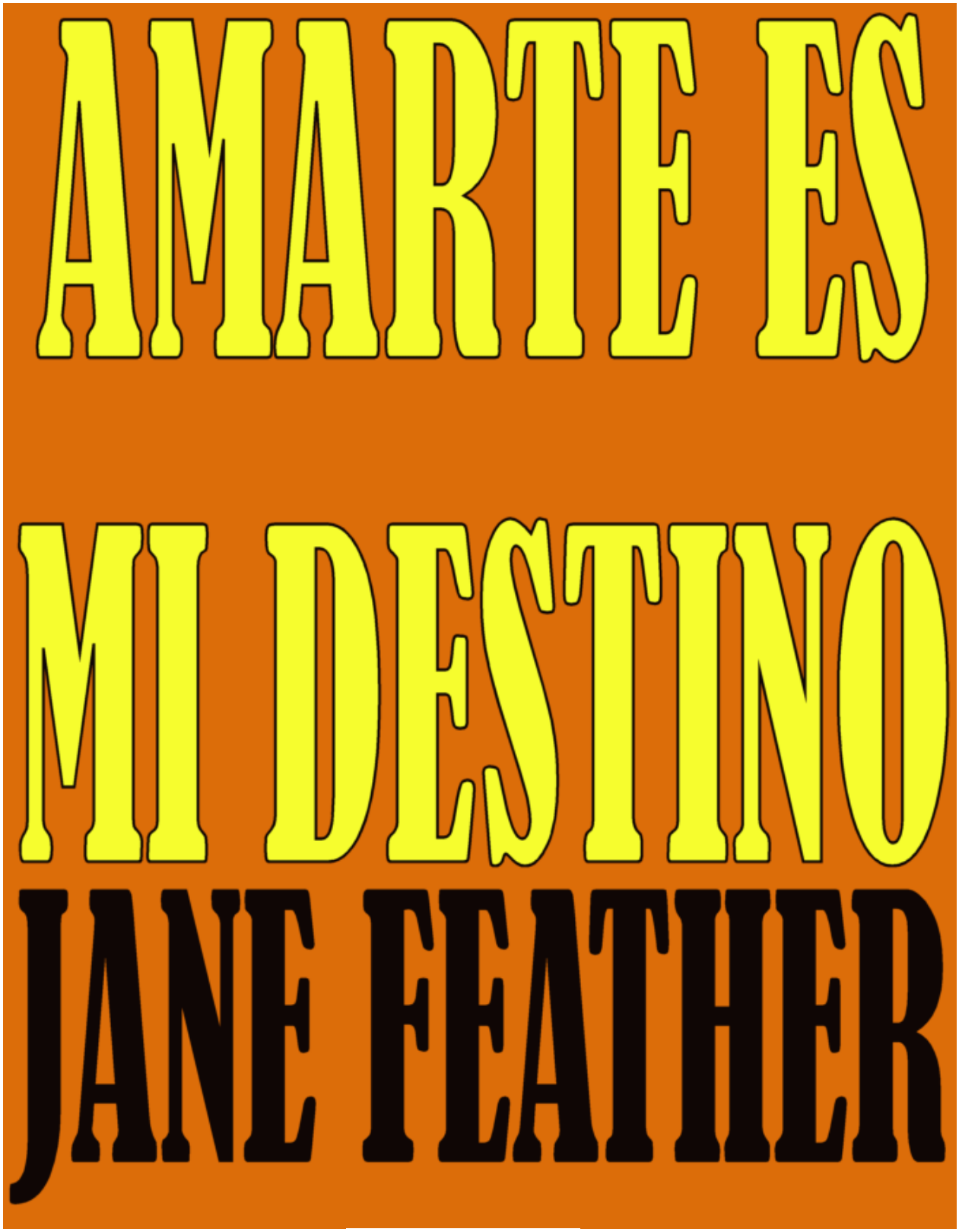
Amarte es mi Destino
Jane Feather



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Prólogo

Vimiera, Portugal - Agosto de 1808

La gran bola cobriza del sol estaba suspendida en el cielo azul metálico, donde ni una sola nube ofrecía su velo al calor abrasador que castigaba la llanura pelada a sus pies. A lo lejos, unas montañas coronadas de nieve relucían como un espejismo y, tras las colinas bajas que rodeaban la llanura, el océano Atlántico azotaba la agreste costa rocosa..

Pero para los cincuenta hombres del Tercero de Dragones de Su Majestad que, sofocados bajo su casaca escarlata, jadeaban sobre la tierra reseca, las espumosas olas frías del mar y el blanco gélido de las montañas eran un sueño.

Una y otra vez la fina línea azul de franceses los atacaba desde las colinas. Disparaban hacia la línea, veían caer hombres, veían que la línea flaqueaba y se retiraba pero reaparecía reforzada. Sus propios hombres yacían muertos y agonizantes, aplastando con el cuerpo el tomillo silvestre que se abría paso entre olivos y cactos, e impregnaba con su fragancia al aire caliente, inmóvil.

¿Cuántos franceses más habría al otro lado de la colina? ¿Cuántas veces más saldrían a la llanura?

El comandante al mando de la pequeña compañía de dragones observó un brillo distante tras ellos, al otro lado del río gris, hacia las colinas por donde llegarían sus refuerzos. Aguzó el oído para captar la llamada triunfante de corneta que señalaría el relevo. Lo habían prometido. No era posible que no vinieran.

Pero, a medida que esa larga tarde infernal llegaba al ocaso, empezó a creer que no habría refuerzos. Estaban destinados a morir en aquel horno abrasador y a regar la tierra reseca con su sangre.

Una ligera brisa llegó del mar cuando el sol empezó a hundirse tras las colinas. Hizo ondear la bandera del regimiento, plantada en el suelo junto al cadáver del joven corneta que la había estado llevando.

-¡Ya vienen otra vez! -gritó un soldado desde detrás del montículo insignificante que constituía su única protección contra el fuego enemigo.

El comandante contempló el avance inexorable de la línea enemiga por la llanura. Tras él apareció un abanderado jadeante, con el sudor resbalándole por la cara. Tenía los ojos desorbitados de pánico y de sus labios sa-lieron palabras increíbles que auguraban una muerte temible.

1

Londres - junio de 1810

-¿Casarme con una de ellas? Por Dios, no sea absurdo, hombre.-Sylvester Gilbraith, quinto conde de Stoneridge, contempló incrédulo al hombrecito nervioso sentado tras la mesa inmensa del bufete del abogado de la calle Threadneedle.

-Creo que su excelencia sentía mucho cariño por sus nietas, milord-dijo el abogado Crighton tras aclararse la garganta.

-¿Qué tiene que ver eso conmigo? -preguntó el conde. El abogado revolvió los papeles que tenía en la mesa.

-Deseaba asegurarse de que su situación económica fuera holgada. Su madre, lady Belmont, dispone de una considerable provisión de viudedad y no necesita ninguna otra adicional. Por supuesto, se trasladará a la casa viudal en cuanto usted esté dispuesto a instalarse en Stoneridge Manor.

-La madre no es de mi incumbencia -comentó el conde con sequedad-. Le ruego que me explique con palabras sencillas las condiciones exactas del testamento de mi primo. Estoy seguro de que no le he entendido bien.

-No lo creo, milord -contestó el abogado con tristeza-. Hay cuatro nietas, las hijas del vizconde Belmont y lady Elinor...

-Sí, sí, y Belmont murió en la batalla del Nilo hace doce años, lo que me convirtió en heredero de Stoneridge en virtud del vínculo. -El conde empezó a caminar arriba y abajo por la habitación con grandes pasos que empequeñecían el reducido espacio entre la ventana y la puerta-. Vaya al grano, hombre.

El abogado Crighton decidió que el nuevo conde Stoneridge intimidaba aún más que su antecesor, el malhumorado y gotoso cuarto conde. Los ojos grises de Sylvester Gilbraith lo miraban penetrantes y eso lo ponía nervioso. Además, la cicatriz blanca que le rajaba la frente imprimía una nota amenazadora a su distinguido semblante. Su boca adoptaba una expresión tensa de impaciencia, característica que compartía, según era obvio, con su difunto primo.

-Tal vez sería mejor que leyera las condiciones usted mismo -sugirió seleccionando uno de los papeles que tenía frente a sí.

-¿Le da miedo ser el portador de malas noticias, Crighton? -Con un brillo de ironía que animó sus ojos fríos, su excelencia alargó una mano blanca y esbelta y arrebató al abogado el documento que sujetaba. Se sentó en una silla, cruzó las piernas y empezó a leer sin dejar de dar golpecitos con la fusta a las botas de montar que llevaba sobre los pantalones de gamuza.

El reloj de péndulo del rincón hacía tictac, una mosca zumbaba indolente en la ventana abierta y el grito de un verdulero se elevó desde la calle con el aire de junio. El abogado Crighton tragó saliva nervioso y el sonido resonó en la calma tensa de la habitación.

-¡Dios mío! -Stoneridge lanzó el papel a la mesa a la vez que volvía a levantarse-. Es injusto. Heredo el título, Stoneridge Manor y la casa de Londres, pero ni una sola hectárea de tierra ni un penique de la fortuna del viejo cascarrabias a no ser que me case con una de esas chicas. No se sostendría ante un tribunal, es el testamento de un loco.

-Le aseguro que el testamento es perfectamente legal. Su excelencia gozaba de salud mental y yo mismo actué como testigo junto con dos miembros de este bufete. -El abogado se frotó la barbilla-. Sólo el título y las dos propiedades están sujetas al vínculo. Su excelencia tenía derecho a hacer lo que quisiera con el resto de su fortuna.

-¡Y la ha dejado a una pandilla de chicas!

-Creo que son unas jóvenes muy agradables -se atrevió a decir Crighton. La expresión del conde indicaba que esa observación no lo tranquilizaba en absoluto.

El abogado volvió a aclararse la garganta.

_Lady Emily tiene veintidós años, milord, y tengo entendido que está prometida. Lady Clarissa tiene veintiuno y creo que no lo está. Después viene lady Theodora, que se acerca a los veinte. Y lady Rosalind, que todavía es una niña... aún no llega a los doce.

_Así que parece que tengo que elegir entre dos -soltó el conde sonriendo sin ganas-. Si me niego a hacer tal elección, la fortuna de mi primo se reparte entre sus nietas y yo me quedo con un título vacío y ni una pluma para volar. -Se volvió hacia la chimenea y, con un brazo apoyado en la repisa, contempló el hueco vacío-. El muy desgraciado estaba decidido a vengarse de algún modo por lo del vínculo.

El abogado hizo sonar los nudillos, y el conde levantó la cabeza para lanzarle una mirada de desagrado. De inmediato, Crighton puso las manos sobre la mesa. El profundo distanciamiento de las ramas Gilbraith y Belmont de la familia Stoneridge no era algo para él desconocido, como tampoco para la buena sociedad de Londres, pero su origen se perdía en el recuerdo familiar.

El cuarto conde no había podido aceptar nunca que la familia de su primo lejano heredara el título. Eso había añadido amargura a su dolor por la muerte de su único hijo.

-No creo que sea tan sencillo, milord -dijo el abogado tímidamente-. Hay un codicilo.

-¿Un codicilo? -La mirada del conde se intensificó.

-Sí, milord. -Crighton retiró otra vitela-. No se comunicarán estas condiciones a las jóvenes ni a su madre hasta un mes después de habérselas notificado a usted.

-¿Qué? -El conde soltó una carcajada de incredulidad-. ¿Tienen que creer todo un mes que no heredan nada? ¿Y dice que les tenía cariño?

-Creo que su excelencia deseaba ser justo... darle una oportunidad -comentó Crighton-. Una de las jóvenes tendrá cierto incentivo para favorecer su petición de mano, si deseara pedirla, por supuesto.

-¿Y cómo se supone que voy a cortejar a una joven de luto inmediatamente tras la muerte de su pariente varón más cercano? -preguntó el conde con las cejas arqueadas-. Parecería un imbécil egocéntrico... aunque quizá fuera ésa la intención de mi primo.

El abogado Crighton volvió a aclararse la garganta una vez más.

-Lord Stoneridge indicó a sus familiares que no tenía que haber período formal de luto. Tienen prohibido ir de luto y abstenerse de sus actividades habituales. -Se rascó la cabeza-. Si hubiera conocido a su excelencia, sabría que estas instrucciones eran bastante de esperar. No era un hombre convencional.

-¿Y por que llega a tales extremos para darme una oportunidad, como usted dice? -El conde sacudió la cabeza con incredulidad y Crighton estuvo callado un minuto antes de contestar.

-Su excelencia no querría que Stoneridge Manor se viniera abajo por falta de fondos para conservarlo, y también creo que deseaba que permaneciera en manos de un miembro de la familia de su hijo.

-Ah. -El conde asintió despacio-. El pobre diablo es casi digno de lástima... dividido entre la aversión a que un Gilbraith ocupara la casa y el orgullo ancestral.

Se puso los guantes y alisó la fina piel sobre sus dedos con el ceño fruncido, lo que le arrugaba la cicatriz de la frente.

-Una unión entre un Gilbraith y una Belmont seria algo increíble -dijo.

-Sin duda, milord.

-Buenos días, Crighton. -Y, sin más, su excelencia se dirigió hacia la puerta.

El abogado se puso de pie para acompañar a su cliente por las escaleras hasta la puerta principal. Espero con educación a que montara en el lustroso caballo negro que un golfillo le sujetaba en la calle y se marchara por Threadneedle hacia Cheapside.

El abogado Crighton volvió a su oficina. Esperaba que las jóvenes Belmont no tuvieran noticia de las escandalosas acusaciones que perseguían al conde de Stoneridge. Tales rumores no jugarían a favor de un posible pretendiente, en especial uno de la rama de los Gilbraith, lo que ya era de por si desventaja suficiente.

Sylvester cabalgó de vuelta a su alojamiento de la calle Jermyn. Dos años atrás habría ido a uno de sus clubes y buscado compañía, oporto y una partida de faraón. Pero ya no soportaba ese instante de silencio cuando entraba en una habitación concurrida, las miradas que lo evitaban, los saludos estirados de quienes antes eran sus amigos. Jamás el rechazo directo, salvo de Gerard. Después de todo, lo habían absuelto. Pero no lo habían exonerado.

La cobardía era una acusación que manchaba como el barro.

-¡Es intolerable! ¡Cómo se puede pretender que vivamos a ocho kilómetros de un Gilbraith! -La joven sentada al piano dejó caer las manos sobre las teclas, que sonaron estrepitosas-. No entiendo por qué el abuelo pudo insistir en algo así.

-Tu abuelo no insistió en que viviéramos en la casa viudal, Clarissa-dijo con suavidad lady Elinor Belmont mientras observaba su bordado con una expresión crítica-. Creo que un tono mas claro de verde... -Eligió la seda de una cesta que había en la mesa, junto a ella-. Pero, aunque no corremos peligro de endeudarnos, tenemos que administrar nuestros recursos. Si utilizo capital para establecernos en nuestra propia casa, tendré que reducir vuestras dotes.

-Me importa un pito la dote --afirmó lady Clarissa-. Y a Theo también. No tenemos intención de casarnos, nunca.

-Nunca es una palabra demasiado fuerte, cielo -observó su madre-. Y también hay que pensar en Emily y en Rosie.

-Es tan mortificante... -soltó girándose en el taburete del piano con una mirada furibunda-. Tenemos que ir a la casa viudal cuando siempre hemos vivido aquí.

-No seas tan quisquillosa, Clarry. Siempre supimos que esto pasaría... desde que murió papa. -La joven alta levantó la vista de una revista de modas, y un rayo de sol captó reflejos dorados en su pelo castaño oscuro-. Y la casa viudal es muy espaciosa. Además, cuando Edward y yo estemos casados, podéis venir todas a vivir con nosotros.

-Pobre Edward -murmuro lady Elinor con una sonrisa divertida-. Me cuesta pensar que a un hombre joven, ni siquiera a uno tan complaciente como Edward, le apetezca empezar su vida de casado en compañía de su suegra y tres cuñadas.

-¡Oh, tonterías, mamá! -Su hija mayor se puso de pie y la rodeo con los brazos-. Edward te quiere.

-Sí, estoy segura de eso, Emily, y me complace mucho -comentó lady Elinor con placidez, devolviéndole el abrazo-. Sin embargo, nos trasladaremos a la casa viudal y saldremos adelante lo mejor posible.

Sus dos hijas mayores conocían aquel tono. Bajo el aspecto exterior dulce de su madre se ocultaba una voluntad de hierro que rara vez ejercía pero que no debía ignorarse jamas.

-¿Dónde está Theo, mamá? Prometió ayudarme a cortar estos gusanos. -Una niña entró en la habitación y extendió una mano.

-¡Eso es asqueroso, Rosie! Llévatelos -ordenaron sus hermanas al unísono.

-No son asquerosos. -La niña parpadeó tras unas gafas grandes de montura de hueso-. A Theo no se lo parecen. Forman parte de un experimento de bio... biología.

-Theo no sabe nada de experimentos de biología -dijo Emily.

-Por lo menos se interesa -contestó Rosie con aspereza echando una mirada a lo que sostenía en la mano-. Si no te interesan las cosas, no puedes aprender nada. Eso es lo que decía el abuelo.

-Y es muy cierto, Rosie, pero el salón no es el mejor lugar para los gusanos -comentó su madre.

-Ni vivos ni disecados -intervino Clarissa mientras bajaba la tapa del pianoforte-. Llévatelos. Theo se ha ido a pescar. Sólo Dios sabe cuándo volverá.

Lady Belmont se inclinó sobre la cesta de hilos de bordar para que sus hijas no pudieran ver las lágrimas que le humedecían los ojos. Si bien todas había tenido una estrecha relación con el viejo conde, Theo era la que más unida había estado a su abuelo y se enfrentaba a un enorme dolor que lady Belmont comprendía mejor quizá que sus hermanas. Theo había necesitado un padre. La muerte de Kit cuando tenía siete años le había dejado necesidades que su madre no podía satisfacer. Las demás se habían adaptado, al parecer, y la influencia de su abuelo había sido importante pero no tan vital como la de su madre. Con Theo había sido al revés.

Desde la muerte del conde, se había sumergido en los asuntos de la propiedad y las actividades solitarias que siempre le habían gustado con una dedicación absoluta que

excluyera su dolor. Esos días prestaba poca o ninguna atención a la rutina de la casa. Clarissa tenía razón: Theo volvería antes del anochecer, pero era imposible saber cuándo.

Esa misma tarde, Sylvester Gilbraith se tomaba una jarra de cerveza en el bar de la posada del pueblo con los codos apoyados en la barra situada a su espalda. La sala estaba oscura y llena de humo, y era consciente de las miradas furtivas de los clientes mientras bebían y escupían en el serrín a sus pies. No sabían quién era y reinaba la especulación. No muchos caballeros de alcurnia iban a parar a la posada Haré and Hounds de Lulworth y pedían una habitación para pasar la noche.

Pero lord Stoneridge no quería pronunciarse aún. Sospechaba que los residentes del pueblo y los trabajadores de la propiedad compartirían la hostilidad de los Belmont hacia un Gilbraith. Esas actitudes se transmitían desde la casa señorial y arraigaban con rapidez, incluso cuando su motivo llevaba largo tiempo olvidado.

Se separó de la barra y salió del bar. Ese año el verano había llegado pronto. La calle del pueblo con el barro seco estaba inundada de sol, y el mozo de los establos echaba una cabezadita en el patio con la espalda apoyada en la pared, una pajita en los labios y el ala del sombrero sobre los ojos.

Cuando su excelencia lo llamó, se desperezó y se frotó los ojos con los nudillos. Su orden seca le hizo correr por el patio adoquinado.

-Ensíllame el caballo, por favor.

El muchacho hizo una reverencia y desapareció en el establo para salir al cabo de cinco minutos con el caballo negro del conde.

-¿Hay alguna ruta a campo traviesa hacia Stoneridge Manor? -Su excelencia montó a lomos del animal y lanzó una moneda al muchacho.

-Sí, señor. Cruce el pueblo y tome el camino de la derecha. Siga el sendero a través de los campos y llegará a los terrenos de los Belmont, detrás de la casa.

Lord Stoneridge asintió e hizo dar media vuelta al caballo. Sólo había visto su hogar ancestral en pintura y, por alguna razón que no podía comprender, quería familiarizarse con la casa, sus terrenos y sus dependencias antes de presentarse.

Siguió las indicaciones y se encontró acercándose a la casa por su parte posterior. Cortó por un bosquecillo y el edificio largo y bajo de estilo Tudor apareció ante él en una colina, al otro lado de un río de aguas rápidas con un puente estrecho de piedra que lo cruzaba.

Stoneridge Manor. Su hogar... y sería el hogar de sus hijos. Niños Gilbraith. Sintió crecer una repentina satisfacción en su pecho. En doscientos años ningún Gilbraith había pisado Stoneridge. Ahora sería suyo. La desafortunada tendencia de los Belmont a producir progenie femenina había acabado por excluirlos.

Salvo que...

Con un juramento apagado, condujo el caballo a lo largo del río. La casa y su parque inmediato no eran nada. La riqueza estaba en la propiedad: su bosque, sus campos y sus arrendatarios. Sin acceso a esos ingresos, la casa en sí no era más que la residencia de un caballero, y endemoniadamente cara de mantener. De hecho, no podría mantenerla con los escasos ingresos que había heredado de su padre.

¿Pero qué diablos sabían cuatro chicas y su madre sobre llevar una propiedad, sobre dirigir los asuntos de los arrendatarios? Podrían pensar confiar en un administrador pero éste les robaría. En unos años las tierras no valdrían nada.

El cuarto conde de Stoneridge había perdido la razón, por mucho que ese idiota de abogado dijera lo contrario.

Arreó un golpe brutal a una aulaga con la fusta de montar y el caballo relinchó a la vez que levantaba la cabeza alarmado.

-Tranquilo. -Sylvester dio unas palmaditas al animal en el cuello mientras avanzaban a través de un grupo de robles. Cuando salió de nuevo a la luz del sol, vio a alguien tendido boca abajo un poco más adelante, a la orilla del río. Había algo en la quietud intensa de esa persona que lo intrigó.

Desmontó, ató el caballo a un árbol joven y se acercó con pasos suaves y silenciosos por el suelo húmedo y musgoso.

Vio las sandalias de la muchacha a unos metros de donde yacía sobre el estómago, con los pies desnudos al aire y el dobladillo del vestido de lino crudo subido hasta los muslos dejando al descubierto unas esbeltas pantorrillas morenas. Dos gruesas trenzas negras le recorrían la espalda. Llevaba las mangas remangadas y tenía ambas manos sumergidas en el agua del río.

Una gitana que capturaba truchas con la mano fue la conclusión inmediata de Sylvester.

-En mi pueblo, despellejamos a los cazadores furtivos -comentó a su espalda. La posición de la chica no cambió y se dio cuenta de que su proximidad no la había sobresaltado. Debió de oír sus pasos, a pesar de lo suaves que eran.

-Oh, aquí los colgamos -dijo con un acento suave de Dorsetshire, sin darse la vuelta-. A no ser que nos sintamos generosos. Entonces los mandamos a las colonias.

El conde no pudo evitar sonreír ante una respuesta tan fría. Era evidente que aquella gitana no se dejaba intimidar con facilidad. Permaneció en silencio, afectado por la concentración intensa que aplicaba en su lucha con el pez que yacía inerte a la sombra de una piedra lisa que lo camuflaba. Los rayos del sol bailaban en la superficie llana del agua, y la chica tenía las manos inmóviles mientras su presa se acostumbraba a ellas. Después se movió y sacó las manos del agua con una trucha en ellas.

-¡Ya te tengo, señora trucha! -bromeó, sujetando un segundo en el aire el pez que se retorcía antes de lanzarlo de nuevo al río. El pez saltó fuera del agua, describió una curva rápida, de modo que el sol iluminó las gotitas de agua sobre su cuerpo, y se marchó dejando un montón de círculos concéntricos en la superficie.

-¿Por qué rayos la devolviste al agua? Parecía lo bastante grande para una buena cena -preguntó Stoneridge sorprendido.

-No tengo hambre -contestó en el mismo tono frío de antes. Rodó en el suelo, se sentó y lo miró con los ojos entrecerrados al sol-. Y también disparamos a quienes invaden la propiedad privada. Y está en las tierras de los Belmont. El límite está en esos árboles. -Señaló con el brazo extendido.

-Si he invadido propiedad privada, te apuesto a que no soy el único -dijo mientras examinaba su rostro con atención. Una cara de muchachito, morena como una baya, con el mentón puntiagudo y la nariz recta y pequeña. Un flequillo negro poblaba una frente amplia sobre un par de ojos grandes color azul pensamiento. Una gitanita bastante atractiva.

La muchacha se encogió de hombros, se levantó, se sacudió los pliegues del sencillo vestido suelto de lino burdo y se pasó las trenzas sobre los hombros.

-Lo que yo hago no es asunto suyo. No es de la zona, ¿verdad?

Estaba de pie con los pies descalzos algo separados y las manos en las caderas, y había un evidente desafío en su postura y en la inclinación de su cabeza. Sylvester se preguntó si sería inconsciente; su modo habitual de ver el mundo. Le divertía. Y era realmente una gitana atractiva.

Avanzó hacia ella, todavía sonriendo, y alargó una mano para tomarle la barbilla.

-No, pero tengo intención de conocerla mejor, o mejor dicho, a sus gitanos. -Apretó la mano y acercó sus labios a los de la joven.

El conde de Stoneridge no llegó a saber qué pasó después. Estaba de pie con los labios sobre los de la muchacha, el aroma de su piel caldeada por el sol en la nariz, la línea firme de su mandíbula en la mano, y un minuto después yacía boca arriba en el río. Alguien había enseñado artes marciales a la gitana.

-¡Cerdo! ¡Bellaco! -le gritó desde la orilla moviéndose inquieta y con los ojos casi negros de indignación-. ¡Eso le servirá de lección, asqueroso! Intentar aprovecharse de una chica honesta. Si vuelve a acercarse a mí le cortaré los...

El resto de la diatriba se perdió en un alarido indignado cuando Sylvester se abalanzó desde el lecho del río y le agarró los tobillos desnudos con el índice y el pulgar. Con un tirón violento, la tumbó de espaldas en el suelo. La joven gritó y se agarró a los matojos de hierba

musgosa para intentar salvarse mientras él la arrastraba por la orilla hasta dejarla sentada, siseante de rabia, en el barro denso de la zona menos profunda del río.

Sylvester se levantó y miró a la joven furiosa.

-Si tú puedes, yo también, amiga mía -afirmó-. Quien te enseñó a luchar omitió indicarte que no debes cantar victoria antes de tiempo.

Se sacudió las manos para limpiárselas en un gesto que enseguida comprendió que era inútil y salió chapoteando del río. La muchacha se puso de pie en el barro.

-No me llame «amiga mía» -gritó, y agarró un pedazo de barro de la orilla y se lo lanzó a la espalda cuando se iba. Le acertó de pleno entre los hombros, y se volvió con un bramido de cólera.

La chica había llegado a la orilla y lo fulminaba con la mirada. Al ver su figura cubierta de barro y empapada dispuesta a librar batalla en cualquier forma que ésta pudiera adoptar, se dio cuenta de repente de lo absurdo de la situación y se echó a reír.

Estaba calado hasta los huesos, con las botas llenas de agua y quizás arruinadas sin remedio, todo porque aquella fierecilla desaliñada se había ofendido por un beso. ¿Cómo iba a sospechar que esa gitana reaccionaría con toda la indignación de una virgen vestal?

Levantó las manos en un gesto apaciguador.

-¿Por qué no lo dejamos en empate? Será un honor, te lo aseguro.

-¿Honor? -le espetó-. ¿Qué sabe usted del honor?

La risa desapareció de sus ojos y su cuerpo se puso tenso a la vez que las manos le caían a los costados y cerraba los puños.

«Se le acusa de deshonor en acto de servicio. ¿Cómo se declara, comandante Gilbraith?»

Volvía a estar de pie en la sala concurrida del Horse Guards, oía de nuevo el temible murmullo de los bancos de sus compañeros oficiales del Tercero de Dragones de Su Majestad, sentía otra vez la mirada fulminante del general, lord Feringham, que presidía el consejo de guerra. ¿Cómo se había declarado? «Inocente, milord.» Sí, por supuesto: Inocente, milord. ¿Pero lo era? Ojalá pudiera recordar esos instantes antes de que lo golpeara la bayoneta. Ojalá Gerard hubiese testificado lo que Sylvester creía que había ocurrido: había mantenido una posición imposible en Vimiera; Gerard tenía que acudir en su ayuda, pero antes de que pudiera hacerlo, se habían visto superados y habían sufrido la mayor humillación militar que podía sufrir un regimiento; habían perdido la bandera. Gerard, su amigo de la infancia, dijo que había acudido en su ayuda. No tenía constancia de un nuevo ataque francés en el aislado puesto de avanzada... pero fuera lo que fuera lo que pasó, llegaron demasiado tarde. Habían apresado al comandante Gilbraith, dado por muertos a sus hombres y capturado la bandera.

La herida en la cabeza del comandante Gilbraith lo tuvo debatiéndose entre la vida y la muerte en una inmunda prisión francesa hasta que fue intercambiado y llevado a casa para enfrentarse a un consejo de guerra. ¿Había habido un nuevo ataque francés antes de que el capitán Gerard pudiera llegar en su ayuda? ¿O había entregado la bandera antes de tiempo?

Nadie sabía la respuesta a eso. Sylvester no podía recordar nada de los minutos anteriores a que le incrustaran la bayoneta en el cráneo. Gerard dijo que no había visto nada y no podía opinar sobre el tema del honor. Y ahí estaba la cuestión. No había pruebas concluyentes para condenarlo... pero tampoco pruebas concluyentes para exonerarlo.

Y la gente creyó lo que quiso. Era evidente lo que Gerard creyó. Fue el primero en volverle la espalda.

La sensación fatídica ascendió por la nuca de Sylvester con el cosquilleo y la extraña oleada de energía desenfocada en la cabeza que le oprimía el cráneo. Se llevó la mano a la frente, a la cicatriz, mientras trataba de relajarse, de lograr detener el dolor que iba a presentarse. A veces lograba alejar la agonía que lo esperaba si la pillaba muy al principio y podía estar quieto con los ojos cerrados, cambiar los pensamientos furiosos y vencer el pánico creciente.

Pero estaba bajo la luz cálida y brillante del sol, lejos de la oscuridad fría necesaria. Un destello de luz apareció en un rincón de su visión y supo que era demasiado tarde. Tenía quizá veinte minutos antes de que el dolor terrible y degradante se apoderara de él. Veinte minutos para llegar a la habitación de la posada.

Theo Belmont se lo quedó mirando. ¿Qué le pasaba a ese hombre? Parecía como si estuviera en un cementerio lleno de fantasmas. Tenía la cara blanca como el papel, los ojos apagados de repente, los hombros caídos. Era como si los músculos y los tendones, toda su alma, le hubieran abandonado. Con brusquedad, se volvió y se dirigió tambaleante hacia el caballo que tenía atado en el grupo de árboles. Montó con torpeza y se marchó, inclinado sobre la silla, con la cabeza casi a la altura del pecho.

¿Quién sería? Aunque daba lo mismo. Era bastante habitual que pasaran desconocidos por Lulworth, sin que solieran perturbar la vida tranquila del pueblo. Pero, por regla general, seguían la carretera y no se adentraban en las propiedades de los demás.

Se encogió de hombros y se agachó para escurrirse el vestido y calzarse las sandalias.

Distraídamente, se frotó la espalda: había sido una caída fuerte. El desconocido no hacía concesiones a la hora de vengarse. Aunque él también había sufrido una buena caída.

Sonrió de oreja a oreja al recordar la limpieza de su maniobra. Edward estaría orgulloso de ella.

Theo recorrió la orilla hacia el puente de piedra. Lo cruzó y subió la colina con rapidez hacia la casa, tiritando cuando una brisa marina le pegó la ropa al cuerpo.

-¿Qué te ha pasado, Theo? -Clarissa apareció en la terraza de losas del salón-. Te he visto llegar desde el río.

-Me he caído en el agua, ya que lo preguntas -dijo Theo, reacia por alguna razón a relatar los detalles de su encuentro. No había salido de él cubierta de gloria y la honestidad la obligaba a admitir que se había portado de un modo que podía haber dado una impresión equivocada al desconocido.

-¿Te has caído al agua? -insistió Clarissa-. ¿Cómo?

Theo suspiró. Su hermana no paraba nunca hasta estar satisfecha.

-Me incliné hacia delante para intentar pescar una trucha con las manos y perdí el equilibrio. -Cruzó las puertas abiertas para entrar en el salón.

-¡Theo! -chilló Emily-. Estás empapando la alfombra.

-Oh, lo siento. -Bajó la mirada hacia el charco que se estaba formando a sus pies.

-Theo, cielo, no te voy a preguntar cómo has acabado en este estado -dijo su madre, que dejó el bordado un momento-. Pero creo que sería mejor que volvieras a salir y entraras por la puerta lateral. No está bien que estropeemos una alfombra que ya no es nuestra.

-Por supuesto, ahora pertenece a un Gilbraith. Se me olvidaba. Perdóname.

Theo se dio la vuelta y salió de nuevo. Lady Belmont suspiró. No tenía sentido ignorar los hechos. Tarde o temprano tendrían que acostumbrase a la idea, y cuanto antes se resignaran, más felices serían. Pero no se hacía ilusiones sobre Theo, para quien todo sería más difícil. Llevaba la casa y las tierras en la sangre. Un fuerte legado espiritual de su padre y su abuelo a la pequeña que adoraban.

2

-Ha venido un mensajero del pueblo, milady.

-Gracias, Foster. -Lady Belmont sonrió distraídamente al mayordomo mientras tomaba el sobre de la bandeja de plata. No reconoció la letra marcada y frunció el ceño, ya que esperaba que fuera un mensaje de uno de sus vecinos; tal vez una invitación a una reunión tranquila. Todo el mundo conocía los dictados del difunto conde respecto al luto, pero sus conocidos sabían que sólo aceptaría invitaciones discretas.

-Pida a la cocinera que venga a preparar los menús del día dentro de media hora, por favor, Foster.

Elinor se llevó el mensaje al saloncito donde trataba los asuntos domésticos y su correspondencia particular. Rompió el sello con un cortapapeles y desdobló la hoja.

«Lord Stoneridge tendrá el honor de visitar a lady Belmont esta tarde. Si eso fuera inoportuno, quizá su excelencia podría sugerirle otro momento. Podrá localizarlo en Haré and Hounds.»

Bueno, tarde o temprano tenía que suceder. Elinor volvió a doblar la hoja, sin darse cuenta de que pasaba los dedos inquietos varias veces sobre el pliegue. Trasladarse a la casa viudal sólo les llevaría uno o dos días. Tendrían mucha ayuda. Esa mañana iría a la casa y recorrería de nuevo las habitaciones. Estaban bastante bien amuebladas, pero tendría que decidir donde colocar los objetos personales que había llevado a Stoneridge Manor cuando se casó...

Elinor parpadeó con rapidez y enderezó los hombros. La sensación de pérdida la acompañaba siempre: el enojo inútil por haber tenido una vida conyugal tan corta, porque la vida de Kit hubiera acabado de modo tan violento y tan temprano. Demasiado, demasiado temprano. Ese monstruo francés se había manchado las manos con la sangre de media generación.

-Nos vamos a la parroquia, mamá, ¿tienes algún mensaje para la señora Haversham? -Emily entró. Tenía un aspecto fresco y elegante, con un vestido de paseo de batista inmaculado, un sombrero de paja sobre los rizos castaños y unos botines en sus delicados pies.

-He pedido a la cocinera la gelatina que prometiste a la señora Haversham -intervino Clarissa, que se asomó desde detrás de los hombros, más altos, de su hermana. Cuando vio la cara de su madre, agudizó la vista.

-¿Qué pasa, mamá? ¿Te ha molestado algo?

Elinor sonrió y sacudió la cabeza. Clarissa era la más sensible de sus hijas, rápida en captar los estados de ánimo de su madre y en reaccionar a ellos.

-Nada, pero me temo que tenemos que prepararnos para una visita difícil esta tarde. Vendrá a vernos lord Stoneridge.

-¡Por qué no puede dejarnos en paz! -gimió Clarissa-. ¿Por qué tiene que visitarnos? Podría decir que quiere instalarse y nos iríamos, y no tendríamos que vernos nunca.

-No digas tonterías, Clarissa -la reprendió con brusquedad-. Hay que tener en cuenta las buenas maneras, como sabes muy bien. Seremos vecinos y nos mostraremos corteses en todo momento. ¿Está claro?

-Sí, mamá. -Pero los ojos de Clarissa eran rebeldes, y la expresión de su boca se endureció.

-Supongo que no estará aquí demasiado tiempo -la tranquilizó Emily-. Seguro que pasará la temporada en Londres e irá a cazar y a Escocia mucho tiempo. Lulworth es un lugar demasiado aburrido para un tronera.

-¡Emily, qué vulgaridad! -protestó su madre, aunque estaba riendo-. ¿Cómo sabes que su excelencia es un tronera, como dices con tan poca elegancia?

-No lo sé -dijo Emily-. Pero me apostaría lo que fuera a que lo es. -Esbozó una sonrisa-. Quizá sea un dandi como el terrible primo Cecil.

-Todos los Gilbraith son terribles como el primo Cecil -corroboró la voz de Rosie, y Elinor se dio cuenta de que no había visto a la niña tras sus hermanas.

-Ya está bien. Estáis dando mal ejemplo a Rosie. Ven aquí, hija. Rosie apareció de detrás de las faldas de Emily, y su madre observó su aspecto con el ceño fruncido.

-Llevas las medias arrugadas y tienes mermelada en el vestido. Eres demasiado mayor para ir tan desaliñada. No sé qué pensará la señora Haversham.

Rosie se frotó la mancha, que observaba a través de las gafas mordiéndose un labio.

-No iba a ver a la señora Haversham. Robbie me prometió que me enseñaría su araña. Dice que tiene diez patas, pero no puede ser. Las arañas sólo tienen ocho.

-No puedes ir a la parroquia y no saludar a la señora Haversham -indicó Emily, que se agachó para enderezarle las medias.

-¿Irá Theo con vosotras? -Elinor ajustó la faja en la cinturita de Rosie.

-No, está recorriendo la propiedad con Beaumont. Tienen que decidir qué campos van a dejar en barbecho en la siembra de otoño.

-Y hacer algo sobre el caballero Greenham -añadió Clarissa.

-Oh, sí, se ha estado quejando otra vez de la forma en que conservamos las espesuras -dijo Emily-. Dice que la caza no será buena si no conservamos los recorridos como es debido. Y los guardabosques de los Belmont tampoco están marcando las madrigueras de los zorros. ¿Y cómo van a tapar los cazadores las madrigueras si no saben dónde están?

-¡Es tan cruel! -exclamó Rosie con las mejillas sonrosadas y los ojos exaltados tras las gafas-. Es horrible que tapen las madrigueras para que los zorros no puedan escaparse cuando los cazan. Theo dijo que una vez que estaba cazando, vio que un zorro corría por todo el recorrido probando todas las aberturas en la tierra y que estaban todas bloqueadas. Y entonces los sabuesos lo atraparon y lo destrozaron. Es asqueroso e injusto.

Le tembló la voz, y su madre y sus hermanas sabían que era inminente un estallido de lágrimas sonoras y sentidas.

-Todavía faltan cuatro meses para la temporada de caza -dijo Clarissa con rapidez-. Y te prometo que tú y yo saldremos por la noche antes de la caza y destaparemos todas las madrigueras.

Elinor pensó que tal vez lord Stoneridge tendría algo que objetar a eso, ya que ahora eran sus tierras. Sin embargo, no tenía sentido inquietar más a Rosie.

-No olvidaréis estar aquí cuando venga lord Stoneridge, ¿verdad?-dijo con suavidad.

Sus hijas mayores la miraron, y vio que les había pasado por la cabeza el mismo pensamiento. Pero asintieron.

-Por supuesto, mamá. Ven, Rosie. Tenemos que darnos prisa. Tendrás que venir como estás. Robbie y la araña no se darán cuenta, y yo diría que la señora Haversham hará la vista gorda. -Emily tomó la mano de la niña y se la llevó con Clarissa pegada a los talones.

Elinor se pasó una mano sobre los ojos con cierto cansancio. Los siguientes días serían una tortura, pero una vez que estuvieran instaladas en la casa viudal, seguro que podrían mantener una distancia educada con el nuevo conde. Los compromisos sociales que ofrecían los vecinos no podían atraer a un tronera. Fuera lo que fuera eso.

Tocó la campanilla y, cuando Foster apareció, dijo:

-Cuando llegue lady Theo, ¿podría pedirle que venga a verme, por favor?

-Por supuesto, milady -confirmó Foster con una reverencia-. La cocinera la está esperando.

-Hágala pasar. Oh, y Foster, lord Stoneridge vendrá a vernos esta tarde. Lo recibiré en el salón. Lleve una botella de... de...

-Creo que lady Theo sugeriría el clarete del ochenta y nueve, milady.

-Sí, ella sabría cuál elegir. -Elinor sonrió a pesar de su angustia-. Su abuelo la había llevado por todos los estantes de la bodega hasta que podía localizar una botella concreta con los ojos cerrados.

-Le traeré la botella, milady -dijo Foster con los ojos algo humedecidos. Se volvió hacia la puerta, se detuvo y tosió-. Perdone, milady, pero imagino que la llegada de lord Stoneridge significa que usted y sus hijas se trasladarán pronto a la casa viudal.

-Exacto, Foster.

-Confío en que su excelencia no deseará prescindir de mis servicios -aventuró tras toser de nuevo.

-Claro que no. -Elinor sacudió la cabeza-. Pero no puedo evitar pensar que sería mejor para usted quedarse aquí. Estoy segura de que lord Stoneridge necesitará sus conocimientos de la casa y del servicio.

-Preferiría seguir con usted, milady. Como la cocinera y la señora Graves. -Y con una reverencia, salió de la habitación.

Elinor suspiró y repiqueteó en la carpeta con los dedos. La vida en la casa viudal sería mucho más agradable con el mayordomo, el ama de llaves y la cocinera que la habían servido a ella y al viejo conde durante dos décadas. ¿Pero sería justo para el nuevo propietario llevarse al servicio de siempre?

Apretó la mandíbula. El nuevo propietario era un Gilbraith. No le debía nada, y el servicio que había sido leal a Kit y a su padre no debía lealtad a ningún Gilbraith.

La cocinera llamó a la puerta, y lady Belmont dirigió su atención a los menús del día y dejó a un lado la idea de que no había contado aún a Theo lo de la visita de Stoneridge.

Theo llegó a la casa justo antes de mediodía. Estaba hambrienta, ya que había cabalgado desde las siete pero, en cuanto entró en el comedor revestido de paneles, su madre y sus hermanas supieron que estaba de buen humor.

-Espero que sean huevos hervidos -dijo husmeando con apetito-. ¿Qué tal os ha ido la mañana? Beaumont hizo una sugerencia espléndida para Long Meadow, cree que deberíamos abonarlo con marga como el señor Coke hizo en Holkham y plantar...

Se detuvo y repasó la habitación con la mirada. Todos los semblantes reflejaban tensión, salvo el de Rosie, que estaba diseccionando un ala de pollo con la punta del cuchillo con el cuidado y la atención de un cirujano.

-¿Qué ha pasado?

-Nada que no fuera de esperar, Theo -dijo Elinor con la voz controlada mientras se servía una loncha de jamón-. Lord Stoneridge nos visitará esta tarde.

-Ya veo. -Theo levantó la tapa del plato de huevos hervidos y volvió a dejarla en su sitio. Se sentó en su lugar habitual y desmenuzó un pedazo de pan con los dedos, con los ojos fijos, sin verlo, en la pátina de cerezo de la mesa-. ¿Nos desalojará esta tarde?

-No, claro que no. Tenemos que comentar los preparativos, hay que organizar muchas cosas.

-Y, por supuesto, un Gilbraith estará preparado para llevar a cabo estos asuntos de forma educada -comentó Theo con mordacidad-. El abuelo no opinaba eso.

Elinor decidió que no era un buen momento para discutir. Así que dijo con brío:

-Espero que estés presente, Theo.

-¿Me dispensas, mamá? -contestó su hija a la vez que corría la silla hacia atrás; había perdido el apetito-. Prometí visitar a los Gardner en el pueblo. La mano que Joe se lastimó, no mejora y su esposa está a punto de salir de cuentas.

-Espero que estés aquí cuando venga lord Stoneridge, Theo -repitió Elinor con calma, sin apartar los ojos de los de su hija.

-Lo sé -dijo Theo. Lanzó la servilleta sobre la mesa y se puso de pie para salir del comedor sin decir nada más.

No podía dar la bienvenida a un Gilbraith, y no lo haría. Iba a quedarse con su casa, con sus tierras, con sus arrendatarios; todo aquello que tenía en estima, todo lo que personificaba el recuerdo y el espíritu de su padre y su abuelo, todo lo que se había esforzado en mantener los últimos tres años, desde que había tomado las riendas de la dirección de la propiedad. Las tierras eran fértiles, los arrendatarios trabajaban mucho y estaban satisfechos. Era suyo y él se lo quitaría. Conocía cada estaca, cada planta, cada montículo de barro de esas tierras. Conocía a los arrendatarios, sus intentos, sus triunfos, sus motivos de queja. Sabía cuáles eran irresponsables y cuáles laboriosos; conocía a sus hijos. Y ellos la conocían.

Se dio cuenta de que estaba a los pies de la escalera aferrada con los nudillos blancos al poste tallado. El vestíbulo estaba vacío, la enorme puerta principal de roble, abierta, y la

amplia franja soleada que entraba por ella contenía motitas de polvo suspendidas en el aire. Sus ojos recorrieron la habitación y reposaron en cada objeto familiar: el banco junto a la puerta donde recordaba vagamente que su padre se sentaba para quitarse las botas enlodadas; la larga mesa jacobea con el cuenco de cobre bruñido lleno de pétalos de rosa; la inmensa chimenea con sus asientos laterales donde, durante el invierno, no se dejaba apagar nunca el fuego y se recibía a los invitados con vino caliente y donde los arrendatarios se reunían en Nochebuena.

Soltó una imprecación breve y fuerte, tomó los guantes y la fusta de la mesa y volvió a salir para dirigirse con pasos amplios hacia el establo. El conde de Stoneridge podía irse al infierno. Ella tenía cosas que hacer.

En el comedor se produjo un silencio incómodo.

-Seguro que vendrá, mamá -dijo Emily sin demasiada confianza.

-Eso espero -contestó Elinor dejando la servilleta-. Rosie debería estar presente. ¿Podría asegurarse una de vosotras de que tenga un aspecto presentable?

Cuando su madre salió de la habitación, Clarissa y Emily suspiraron.

-Theo va a ponerse difícil -suspiró Clarissa-. No es justo para mamá.

-No es justo para ninguna de nosotras -aseguró Emily, enfadada-. Me gustaría que Edward regresara de esa terrible Guerra de la Independencia española y pudiéramos casarnos. Entonces, podríais venir todas a vivir con nosotros y podríamos decir a ese... a ese Gilbraith que se fuera al infierno.

-¡Emily! -exclamó Clarissa, dividida entre la sorpresa y la aprobación ante el deseo ferviente de su hermana.

-Ven, Rosie. Tienes que cambiarte de vestido -dijo Emily de vuelta a su dignidad de hermana mayor-. Intenta encontrar a Theo, Clarry. A ti te escucha.

-No siempre -aclaró Clarissa, pero salió en busca de su hermana menor.

No la encontró en ningún lado. El mozo del establo dijo que había ido a airear un caballo nuevo. Según él, un animal con muchos ardides. Y muy orgulloso... esperaba que lady Theo pudiera dominarlo.

En una competición entre Theo y un caballo joven, Clarissa apostaría siempre por su hermana, sobre todo en su estado de ánimo actual. Volvió a la. casa para cambiarse de vestido y prepararse para la dura prueba que las aguardaba.

Sylvester cabalgó por el camino hacia Stoneridge Manor absorbiendo las fragancias y las imágenes de su hogar ancestral: su derecho de nacimiento. La estructura de roble encalada se erguía firme a la cabeza de la media luna que formaba el camino, como había hecho durante trescientos años; el tejado de tejas rojas relucía bajo el sol de la tarde y los cortes en punta de diamante de los cristales de las ventanas centelleaban. Su vista captó el camino cuidado, bien desyerbado, los setos recortados a la perfección, el agua de la cala de Lulworth, más allá del jardín de rosas.

Suyo, por un precio. Pero esa tarde tendría una idea de lo alto que sería ese precio. Dos hermanas: lady Clarissa y lady Theodora. La etiqueta dictaba que tuviera en cuenta a la mayor primero y, a no ser que lady Clarissa tuviera algo radicalmente malo, no veía razón alguna para desobedecer los dictados de la convención. Iba a ser un matrimonio por interés, por lo menos, por su parte. Pero la dama, gracias a su querido abuelo, no lo sabría.

Sonreía al desmontar y dejar el caballo a cargo de un mozo.

-¡Ya ha llegado! -Rosie cruzó disparada la puerta de cristal del salón con las mejillas sonrosadas-. Le he visto subir por el camino.

-¿Qué aspecto tiene? -preguntaron sus hermanas con la misma contención con que su madre indicó:

-Ya está bien. Ven a sentarte, Rosie.

-Monta un enorme caballo negro -contó Rosie, que se sentó junto a su madre-. Y lleva un sombrero, una chaqueta verde y unos pantalones marrones...

-Lord Stoneridge, milady -entonó Foster desde la puerta, lo que interrumpió de inmediato la recitación de Rosie.

Su excelencia hizo una reverencia mientras las damas se levantaban.

-Le doy la bienvenida a Stoneridge, milord. -Con una sonrisa cortés y la mano extendida, Elinor cruzó la alfombra de colores desteñidos.

El conde le dio un besamanos mientras reflexionaba que lady Belmont era una mujer atractiva de pelo castaño claro, ojos azules y figura elegante.

-Me gustaría presentarle a mis hijas.

Sylvester observó el brillo del diamante en el dedo anular de lady Emily cuando le tomó la mano. Le hermana prometida... pero una joven muy atractiva, muy parecida a su madre. Dirigió su atención, con especial interés, a lady Clarissa.

-Milord. -Clarissa le retiró la mano un momento demasiado pronto para lo que marcaba la educación, y Sylvester contrajo los labios. Más morena que su hermana pero con los mismos ojos azules. Una figura más baja y no tan elegante... bastante delgada si había que ser sincero. Pero seguía siendo bastante atractiva. Aunque nada amable.

-Y ésta es Rosalind. -Estrechó la mano de la niña, que lo miraba con franca curiosidad desde detrás de unas gafas que le empequeñecían por completo la cara.

-¿Le interesa la biología?

-No especialmente -comentó, desconcertado.

-Ya me lo imaginaba -afirmó como si confirmara una opinión negativa-. No es probable que los Gilbraith se interesen por ese tipo de cosas.

Sylvester lanzó una mirada sorprendida a lady Belmont, que parecía disgustada.

-Puedes volver a la sala de estudios, Rosie -dijo con brusquedad. Dio la impresión de que Rosie iba a protestar, pero Clarissa, que notó la gran turbación de su madre, la hizo salir de la habitación. La ausencia de Theo ya era bastante mala para que Rosie dijera lo que pensaba con su sinceridad habitual.

-¿Por qué no se sienta, lord Stoneridge? -Lady Belmont señaló una silla y volvió a tomar asiento en el sofá-. Gracias, Foster. Estoy segura de que lord Stoneridge tomará una copa de clarete.

-Gracias. -Con la ferviente esperanza de que el vino relajara el ambiente tenso, Sylvester tomó un sorbo de apreciación y comentó-: Una buena cosecha.

-Tenemos las bodegas bien surtidas, señor -dijo el mayordomo-. Los Caballeros nos abastecen a la perfección.

-Oh, no sabía que hubiera contrabando en la costa de Dorset.

-Y muy activo, por cierto -afirmó Emily. - Pero Theo es quien se encarga de eso. Debería preguntarle a ella si desea saber cómo funciona el sistema.

-¿Theo?-Pareció perplejo.

-Mi hermana, señor.

-¿Lady Theodora? -Seguía perplejo.

-Ha tenido que atender unos asuntos urgentes de la propiedad -se excusó Elinor-. Estoy segura de que volverá pronto. -Pero no lo estaba en absoluto.

Sylvester dejó la copa. Había llegado el momento de ir al grano.

-Me preguntaba si podría hablar con usted en privado, señora.

Elinor se levantó de inmediato, con el alivio de que el fingido trato social hubiera llegado a su fin reflejado en la cara.

-Sí -estuvo de acuerdo-. Tenemos que comentar muchas cosas. Venga a mi salón, lord Stoneridge. -Se fue de la habitación con el conde tras ella.

-Bueno, ¿qué te parece? -preguntó Emily cuando la puerta se cerró.

-Satánico -contestó Clarissa de inmediato.

-Qué melodramática eres, Clarry -exclamó su hermana con una carcajada-. Pero admito que no me gusta, aunque tampoco es que lo esperara. Sus ojos son muy fríos y se le nota impaciente, altivo.

-Esa cicatriz -intervino Clarissa-. Un corte enorme en la frente. Me pregunto cómo se lo haría.

-En la guerra, lo más probable. Me gustaría saber dónde está Theo.

Emily no era la única que lo deseaba. En el salón, Elinor estaba escuchando la sucinta propuesta del conde en silencio, anonadada.

-Creo que eso haría la transición más fácil para todos -dijo Sylvester al final de su explicación-. Le resultará más cómodo estar en la casa viudal si una de sus hijas vive en Stoneridge Manor. Y me comprometo a proporcionar dotes a las hermanas de mi esposa.

-Es muy generoso, milord -dijo Elinor débilmente, aunque sentía que el tono desapasionado en que le había expuesto sus planes no tenía nada de afectuoso. Pero sus motivos sólo podían ser la generosidad y cierto sentimiento familiar.

Esa idea era nueva: un Gilbraith con sentimientos familiares hacia un Belmont.

-¿Debo entender, entonces, que está de acuerdo con mi plan, señora? -Sylvester caminaba por la habitación intentando ocultar su impaciencia. Cuatro semanas era muy poco tiempo para cortejar y casarse, pero si no estaba todo bien atado al final del mes, se revelarían las verdaderas condiciones del testamento del conde. Necesitaba el apoyo total de lady Belmont desde el principio.

-No estoy dispuesta a coaccionar a una de mis hijas para que se case, señor -comentó Elinor con cierta aspereza.

-No, claro que no. No estaba sugiriendo tal cosa -dijo con brusquedad-. Pero me gustaría saber que cuento con su aprobación. Después de todo, mis intenciones son de lo más honorables.

Y acalló su conciencia pensando que, fundamentalmente, lo eran.

Elinor guardó silencio un minuto, observando con gravedad a su visita. Los fríos ojos grises del conde le devolvieron el examen sin parpadear. Aquel hombre reflejaba inquietud, tensión contenida, casi como un aura. Y algo más... le pareció dolor, muy en su interior. Tenía el aspecto de los Gilbraith: rasgos delgados, mandíbula fuerte, labios bien formados y el físico de un atleta... un hombre que sabía cuidarse.

Mientras efectuaba este repaso, Elinor se dio cuenta de que estaba reaccionando ante Sylvester Gilbraith como hombre, un hombre muy atractivo, a pesar de la cicatriz. ¿Cuándo se había fijado por última vez en el atractivo sexual de un hombre? Eso la asombró y se levantó de golpe para volverse de espaldas mientras fingía buscar algo en su escritorio.

¿Qué clase de marido sería? ¿Delicado... generoso? Decidió que delicado no. No era marido para Clarissa.

Pero quizá para Theo. Theo, que se había metido en el bolsillo al gotoso e irascible viejo conde. Theo no se dejaba intimidar por los hombres fuertes; desde luego, no sería feliz con alguien que siempre acatara su voluntad. Se pondría de muy mal genio si se pasaban por alto sus desafíos. Elinor no pudo evitar una semisonrisa. No podía pensarse en una Theo que estuviera de mal genio. Y como lady Stoneridge, no perdería la casa y las tierras que tanto amaba. La propuesta del conde no era una sugerencia descabellada; a menudo se acordaban este tipo de matrimonios en situaciones de vínculo, y el parentesco era tan distante que no habría objeción alguna en ese sentido.

¿Pero podría Theo aceptar a un Gilbraith, a pesar de unos incentivos tan fuertes?

Elinor se volvió hacia el conde que, durante sus cavilaciones, había tomado asiento junto a la ventana, y le satisfizo ver que sabía cuándo debía dominar su impaciencia.

-Si desea cortejar a mi hija Theo, milord, tiene mi aprobación -dijo de modo formal.

-Había pensado cortejar a lady Clarissa, señora -objetó Sylvester con el ceño fruncido-. Como es la mayor, parece lo más adecuado.

-Tal vez, pero usted y Clarissa no harían buena pareja, señor. Sylvester absorbió esta afirmación firme en silencio antes de decir:

-Perdóneme, lady Belmont, pero como no he tenido el honor de conocer a lady Theodora, no sé qué responderle.

-No, estoy de acuerdo en que es de lo más irritante -afirmó Eli-nor-. Pero Theo no se doblega con facilidad a mi voluntad ni a la de nadie. Sin embargo, la conocerá en breve. Sus conocimientos de la propiedad le resultarán útiles. Sabe más que el administrador sobre la mayoría de los asuntos y ha dirigido la propiedad desde que tenía diecisiete años. Mi suegro confiaba en su criterio sin reservas.

-Una joven poco corriente. -Sylvester se contentó con ese comentario seco.

-Esa afirmación se queda corta, lord Stoneridge. -Sonrió Elinor.

-¿Por qué la llaman Theo? -preguntó de golpe-. Thea me parecería normal. Pero Theo es nombre de chico.

-Siempre fue una niña intrépida, mucho más interesada en las cosas de los chicos. Su padre la llamaba siempre Theo... el hijo que nunca tuvo.

¡Un marimacho mandón y testarudo! ¡Dios mío!, ¿en qué se estaba metiendo?

-Estoy impaciente por conocerla -murmuró.

-¿Se ha ido? -Theo asomó la cabeza por la puerta y dejó el resto del cuerpo en la terraza.

-No, está con mamá -explicó Emily.- Eres muy mala, Theo. Mamá está muy irritada porque no estabas aquí.

-Es muy altanero -dijo Clarissa-. Parece como si todo el rato algo le oliera mal. -Arrugó la naricita para imitar al conde, y Theo se rió.

-Bueno, me parece que volveré a los establos hasta que se marche.

-No, ni hablar. -Emily se movió con una rapidez sorprendente para ser una joven decorosa. Agarró a su hermana por la muñeca y la hizo entrar en el salón. Estaban enfrascadas en una animada pelea cuando se abrió la puerta y entraron su madre y el conde de Stoneridge.

-Emily... ¡Theo! -exclamó lady Belmont.

Emily se sonrojó y soltó la mano de su hermana. Theo, que estaba aún riendo, se volvió hacia la puerta con una disculpa en los labios.

Pero tanto la risa como la disculpa se desvanecieron. Su boca formó un «Usted» silencioso que no llegó a pronunciar al ver la figura alta de Sylvester Gilbraith detrás de su madre.

-Vaya, vaya -murmuró Sylvester, que se adentró en la habitación-. Debe de ser la prima que faltaba, lady Theodora. -Hizo una reverencia, con la burla brillando en los ojos-. Qué sorpresa. Es muy buena actriz, prima.

-Y usted no es ningún caballero, señor. Pero no me esperaba otra cosa de un Gilbraith.

Sylvester inspiró con fuerza, pero Elinor habló antes de que pudiera contestar.

-No sé de qué hablas, Theo, pero tu mala educación es imperdonable. Lord Stoneridge es nuestro invitado...

-Nada de eso, mamá -la interrumpió Theo, con la cara pálida de cólera y los ojos ensombrecidos-. Creo que nosotras somos las invitadas de lord Stoneridge. Si me disculpan, tengo que atender unos asuntos importantes. -Dio media vuelta, pasó junto a Sylvester rozándolo y después se sacudió la manga por donde lo había tocado con una expresión de gran disgusto en la cara.

-¡Theo! -Elinor avanzó un paso, pero Sylvester levantó una mano.

-Creo que yo debo encargarme de esto, señora -comentó, con los labios apretados y los pómulos sonrojados.

Elinor dudó; después hizo un leve gesto de aceptación y lord Stoneridge salió veloz del salón en pos de su prima.

-¿Qué pasa? -Clarissa observó desconcertada cómo el conde se alejaba-. ¿Ya se conocían?

-Eso parece -contestó su madre, que tomó con calma su bordado.

-Pero... pero Theo no lo había dicho. -Emily corrió hacia la ventana y miró con ansiedad el césped como si esperara ver una escena caótica y violenta-. ¿Cómo pudiste dejar que saliera tras ella, mamá? Parecía dispuesto a matarla.

-Yo misma le retorcería el pescuezo con gusto -afirmó Elinor-. Estoy convencida de que tu hermana y Sylvester Gilbraith serán ideales el uno para el otro.

-¿A qué te refieres?

-Su excelencia me hizo una propuesta... -Sonrió Elinor mientras enhebraba la aguja con un hilo color carmesí.

Theo había llegado al primer rellano cuando Sylvester la atrapó. Se volvió manteniendo la distancia, con una postura que parecía relajada aunque Sylvester captó la preparación de todos sus músculos.

-Desea hacer inventario de los dormitorios, milord. No me gustaría estorbarlo -dijo entre dientes.

-No me estorbas en absoluto -contestó con una rabia tan fuerte y tan visible en los ojos y en la voz como la de Theo. Avanzó hacia ella.

Theo cambió de postura con los brazos caídos a los costados y los ojos fijos en la cara del conde.

-No lo lograrás dos veces, gitana -comentó éste con calma-. Esta vez estoy preparado.

-Si se acerca un paso más, milord, bajará las escaleras de cabeza -afirmó Theo con la misma calma-. Y con un poco de suerte, de paso se partirá el cuello.

El conde sacudió la cabeza.

-No niego tu destreza, pero la mía es igual de buena, y te aventajo en fuerza y corpulencia. -Los ojos de su prima reflejaron que se daba cuenta de que eso era cierto, pero su postura no cambió.

-Acabemos con esto -prosiguió de repente-. Estoy dispuesto a olvidar la tontería del río.

-¿De veras, milord? Qué generoso de su parte. Si no recuerdo mal, no fue usted el ofendido.

-Si no recuerdo mal, prima, me estabas tomando el pelo. Venga, baja. Me gustaría que cabalgaras conmigo por la propiedad.

-¿Qué ha dicho que le gustaría?-Lo miró con ojos incrédulos.

-Según tu madre, has dirigido la propiedad los últimos tres años-dijo impaciente, como si su petición fuera lo más natural del mundo-. Eres la persona más idónea para mostrármelo todo.

-Tiene la cabeza llena de pájaros, señor. ¡Ni tan sólo le diría la hora!-Theo se volvió e hizo ademán de seguir subiendo las escaleras.

-¡Marimacho maleducado! -exclamó Sylvester-. Puede que empezáramos con mal pie, pero esta falta de cortesía es inexcusable. -Alargó el cuerpo hacia ella y la agarró por la cintura.

Theo dio media vuelta, con una pierna levantada para arrearle una patada en el pecho pero, como le había advertido, esta vez estaba preparado. Con un movimiento le atrapó el cuerpo con los muslos, le pasó una pierna por encima de la suya y la sujetó con fuerza entre las rodillas.

-¡Ríndete! -soltó con los dientes apretados mientras ajustaba su sujeción contra el sinuoso esfuerzo que los músculos de Theo hacían para soltarse.

Se quedó quieta de repente, con el cuerpo inmóvil contra él. Instintivamente Sylvester relajó algo las rodillas y acto seguido su presa se había soltado y corría escaleras arriba.

Corrió tras ella, incapaz ya de razonar con frialdad. Estaban librando una batalla primitiva y sólo sabía que no iba a perderla. No importaba que fuera indecoroso y estuviera fuera de lugar.

Theo recorrió veloz el largo pasillo sin dejar de oír el ruido de sus botas tras ella al unísono con los latidos de su corazón. No sabía si el ritmo acelerado de su corazón obedecía al miedo o a la euforia; no parecía capaz de pensar de modo racional y coherente.

Abrió la puerta de su dormitorio con el aliento del conde en la nuca y, cuando fue a cerrarla de golpe tras entrar, él puso el pie en el hueco. Se apoyó en la puerta con todas sus fuerzas, pero Sylvester aplicó el hombro por el otro lado y dio un empujón. Theo se tambaleó hacia el interior y la puerta se abrió de par en par.

Sylvester entró y cerró la puerta de una patada. Miró a su alrededor. Era una habitación bonita, con un aire infantil y femenino en todos sus elementos, desde las delicadas cortinas hasta la muñeca de cerámica del asiento junto a la ventana.

Su prima retrocedió. El corazón le latía con tanta fuerza que estaba segura de que él podía oírlo. Por alguna razón, parecía mucho más corpulento que antes. Quizás era porque ahora su figura sobresalía por encima de los delicados objetos del dormitorio de su infancia. De golpe, se dio cuenta de que había sido muy grosera. Incluso en vista de su provocación, se había excedido más allá de lo perdonable.

-Muy bien -dijo sin aliento-. Si lo desea, le pido disculpas por mi falta de cortesía. No debería haberle dicho lo que le dije hace un momento.

-Por una vez estamos de acuerdo -observó, acercándose a ella. Theo lanzó una mirada desesperada alrededor del dormitorio. En un minuto iba a arrinconarla contra el armario y no le quedaban demasiadas cosas que sacarse de la manga.

Sylvester alargó la mano y le agarró la trenza que le colgaba por la espalda. Se la enrolló alrededor de la muñeca y atrajo a su prima hacia él hasta que tuvo su cara a la altura del hombro.

Observó su semblante como si lo viera por primera vez. Los ojos de Theo se habían oscurecido, y captó el desafío que centelleaba en sus profundidades, el rubor del esfuerzo y la emoción bajo el moreno dorado de su cutis. Tenía los labios algo separados, como si estuviera a punto de lanzarle otra de sus diatribas.

Para evitarlo, le sujetó con más fuerza la trenza, de modo que le apoyara la cara en el hombro, y la besó.

Theo le soltó un grito ahogado en la boca y tensó el cuerpo preparada para luchar.

El conde levantó la cabeza; con un dedo de la mano libre le acarició los párpados cerrados y volvió a besarla.

Theo estaba tan sorprendida que olvidó resistirse un instante y, en esa fracción de segundo, descubrió que le gustaba la sensación. Sus labios se separaron bajo la lengua de Sylvester, y le respondió con la suya, al principio vacilante y, después, con una seguridad creciente. Aspiró el olor de su piel, un olor a tierra caldeada por el sol que le era nuevo, y su boca sabía a vino. Notó su cuerpo musculoso contra el suyo y, al moverse un poco, sintió asombrada la dureza de su entrepierna. Instintivamente, apretó la parte inferior de su cuerpo contra la del conde.

Sylvester se separó de golpe y entrecerró los ojos al ver la resolución de su cara.

-Que me cuelguen -farfulló-. ¿A cuántos hombres has besado, gitana?

-A ninguno -contestó sincera. Había besado a Edward varias veces, pero esos abrazos exploradores no guardaban ninguna relación con lo que acababa de pasar. Su enfado se había esfumado por completo, y la sorpresa y la curiosidad lo habían reemplazado. Ni siquiera estaba segura de si todavía le desagradaba.

-Que me cuelguen -repitió con una ligera sonrisa en los labios y un brillo de diversión en los ojos grises-. Dudo que seas una esposa apacible, pero me apuesto lo que quieras a que estarás llena de sorpresas.

Theo recordó que le desagradaba, y mucho. Liberó la trenza ahora que había dejado de sujetarla con fuerza y retrocedió.

-Me parece que eso no es asunto suyo, lord Stoneridge.

-Ah, sí, se me olvidaba que todavía no lo hemos comentado -dijo cruzándose de brazos y observándola muy divertido-. Tú y yo vamos a casarnos.

3

-¿Casarnos? -Theo lo miró, convencida de que había perdido la poca razón que un Gilbraith pudiera tener.

-Sí, tengo permiso de tu madre para cortejarte -afirmó con una sonrisa que Theo atribuyó a un loco.

-¿Mi madre? -Sacudió la cabeza-. Me parece, señor, que necesita ir al médico... o al manicomio de Bedlam -añadió. Se movió para pasar ante él en dirección a la puerta.

-Escúchame, prima -pidió Sylvester, y le puso una mano en el brazo para impedir que se fuera.

-No tengo el menor deseo de escuchar las divagaciones de un loco -aseguró-. Le sugiero...

La sugerencia se quedó en el aire cuando se encontró cruzando la habitación sin tocar el suelo para aterrizar de golpe en una silla situada en un rincón. Lord Stoneridge se inclinó sobre ella, con las manos apoyadas en las paredes a ambos lados de su cabeza. Tenía la cara muy cerca de la suya.

-¿Me vas a prestar atención ahora, prima? -preguntó con una suavidad engañosa. Al notar que movía la pierna de modo apenas perceptible, siguió con el mismo tono-: Si estás pensando usar la rodilla, te recomiendo muy en serio que cambies de idea.

Theo, que estaba pensando hacer exactamente eso, cambió de idea.

-¿Me prestas atención, prima?

-Parece que no tengo más remedio que escuchar sus divagaciones -soltó con aspereza, deseando poder retroceder y alejarse de una proximidad inquietante que, de modo confuso, parecía albergar tanto amenaza como promesa.

Sylvester se enderezó y se pasó una mano por los cabellos oscuros, que llevaba muy cortos, con lo que se despeinó un poco.

-Tendremos que llevarnos mejor -soltó con cierta frustración-. No podemos maltratarnos todo el rato.

Theo cerró los ojos y se obligó a permanecer quieta. Si no reaccionaba, el conde se iría y esa pesadilla increíble se acabaría. Pero estaba hablando, diciéndole que la única solución equitativa al vínculo era que él se casara con una Belmont. Su madre ya no tendría que preocuparse por la dote de sus hijas, ya que él se la proporcionaría. Lady Belmont se trasladaría a la casa viudal, pero seguiría en estrecho contacto con la casa señorial. Y en cuanto a Theo... bueno, ella misma podría valorar las ventajas.

¡Ventajas! Cuando dejó de sonar el tono regular de su voz, Theo abrió los ojos.

-No me casaría con un Gilbraith aunque fuera el único hombre sobre la faz de la Tierra -afirmó, tras levantarse ahora que él se había alejado lo suficiente como para que pudiera hacerlo.

-Eso es agua pasada -dijo-. No tiene nada que ver con nosotros, con ninguno de nosotros. ¿No comprendes que estoy intentando superar una pelea que tuvo lugar hace siglos?

-Tal vez. -Se encogió de hombros y fue hacia la puerta-. Quizá debería haber dicho que no me casaría con usted, primo, aunque fuera el único hombre sobre la faz de la Tierra.

Se marchó y dejó a Sylvester contemplando el vacío. Tenía los puños cerrados y los abrió despacio, flexionando los dedos. No iba a dejarse vencer por una arpía insolente quince años menor que él. No mientras le quedara un atisbo de vida.

La siguió escaleras abajo, con pasos medidos, mientras borraba deliberadamente de su expresión cualquier rastro de la intensa furia que sentía. La voz de Theo le llegó procedente del salón, temblorosa de emoción, al preguntar a su madre por qué había accedido a una propuesta tan espantosa.

Sylvester se detuvo en la puerta abierta, esperando la respuesta de lady Belmont, que fue tranquila y serena.

-Theo, nadie te está obligando a nada. Considero que la sugerencia de lord Stoneridge es generosa y razonable. Pero si no te parece bien, no hay nada más que hablar.

-Estoy totalmente de acuerdo, lady Belmont. -Sylvester entró en el salón-. Estoy desolado por haber consternado así a mi prima. Puede que me apresurara un poco al declararme.

-Puede que sí, lord Stoneridge. -La mirada y el tono de Elinor eran de desaprobación-. ¿Por qué no olvidamos el asunto? Espero que acepte cenar con nosotras.

Ah... Así que no había perdido el apoyo de la madre. Lo consideraba inepto, de eso no cabía duda. Pero no sabía que su hija era un castillo que sólo podía tomarse al asalto. Sin embargo, la puerta seguía abierta.

Vio la mano que le había tendido lady Belmont y, con una reverencia, aceptó la invitación con las gracias debidas antes de decir:

-Esperaba que mi prima me mostrara la propiedad, pero me temo que mis relaciones con ella son demasiado malas para pedirle ese favor.-Y, para terminar, dirigió una sonrisa a Theo.

La había atado de manos con esa disculpa rápida y delicada. No tenía otro remedio que acceder si no quería parecer infantil y grosera. El problema era que su madre no sabía el tiburón que se ocultaba tras esa sonrisa encantadora.

-Si lo desea, primo -dijo con rigidez-. Pero no podemos ir esta tarde. Son casi las cuatro y seguimos el horario rural. Ya sé que no está demasiado de moda, pero cenamos a las seis. -Con eso logró transmitir su desprecio por cualquiera que pudiera encontrar esa hora anticuada y su creencia de que Sylvester Gilbraith sería así de cretino.

-Entonces deberíamos posponerlo para mañana por la mañana-dijo sin problemas el conde, que tenía bien controlado su genio-. Si voy a cenar con ustedes, señora, me gustaría volver a la posada para cambiarme de ropa.

-Por supuesto. Hasta luego, lord Stoneridge. -Elinor alargó la mano para despedirse.

Sylvester sonrió, hizo una reverencia a la habitación en general, sin dedicar atención especial a su exaltada futura prometida y se fue, no disgustado del todo con los acontecimientos de la tarde. Por lo menos, ya sabía que el precio de su derecho de nacimiento era alto, pero tenía la sensación de que podía tener compensaciones, una vez que hubiera establecido su supremacía.

-¿Por qué tenemos que cultivar su amistad? -explotó Theo-. ¿No es bastante malo que tengamos que ser vecinos para invitarle encima a cenar?

-No voy a carecer de cortesía -dijo Elinor con mucha frialdad-. Y tú tampoco. Te sugiero que enmiendes tus modales, Theo. -Abandonó la habitación dejando a sus hijas sumidas en un incómodo silencio.

-La has irritado de verdad -comentó Clarissa tras un minuto-. No le había oído usar ese tono en años.

Theo se apretó las acaloradas mejillas con las palmas de las manos. Estaba muy agitada y los pensamientos caóticos se le arremolinaban en la cabeza.

-No entiendo cómo ha podido plantearse siquiera esa propuesta, Clarry. Es... Es.. Oh, no sé qué es.

-No estás siendo práctica -intervino Emily-. Se llega a este tipo de acuerdos sin cesar. Es la solución a tanto...

-Pero es odioso -la interrumpió Theo-. Y es un Gilbraith.

-Eso es agua pasada -dijo Emily con calma-. Ya ha llegado el momento de olvidarlo.

-¡Emily, tengo la impresión de que quieres que me case con él! -exclamó Theo mirando incrédula a su hermana mayor.

-No si no quieres -contestó ésta-. Y si lo encuentras odioso, no hay nada más que decir. Pero no eres una chica romántica como Clarry, que espera un gentil caballero a lomos de un caballo blanco...

-Oh, eso es injusto, Emily-afirmó Clarissa-. No tengo intención de casarme, nunca.

-Espera a que llegue tu gentil caballero -bromeó Theo, que olvidó sus propios problemas por un minuto durante esa discusión familiar.

-No entiendo por qué el conde te eligió -comentó Clarissa con el ceño fruncido-. Tendría que haberse decidido por mí, porque soy la mayor.

-Supongo que mamá se lo indicó -dijo Emily-. Sabe que no haríais buena pareja.

Emily gozaba de la confianza de su madre más que las demás y sabía qué pensaba de las tendencias románticas de Clarissa y cómo le inquietaba a veces su salud frágil. A Emily, el conde de Stoneridge no le recordaba en nada a un héroe romántico, ni le parecía especialmente tierno.

-Bueno, pues no sé por qué pensó que sí haría buena pareja conmigo -soltó Theo mientras se servía una copa de la licorera con jerez del aparador-. ¿Ratafía, Emily? ¿Clarry? --Sus hermanas encontraban que el jerez era una bebida demasiado fuerte, pero el viejo conde no había educado su gusto con un cuidado meticuloso en todas esas cuestiones como había hecho con su nieta favorita.

Les sirvió la densa bebida de almendra y sorbió su jerez con el ceño fruncido.

-Supongo que, como sabía que no haría buena pareja con Clarry, y por alguna razón creía que la idea en general merecía la pena intentarse, yo era la única opción. A no ser que estuviera dispuesto a esperar a que Rosie creciera.

La idea de su hermana menor, sucia, observando a través de las gafas al inmaculado conde mientras le comentaba la anatomía de los gusanos que había diseccionado, provocó las carcajadas de las tres jóvenes.

-¡Dios mío! -soltó Emily, que se atragantó con la ratafia-. Mirad qué hora es. Tenemos que cambiarnos para cenar.

-No tendremos que vestirnos de etiqueta, ¿verdad? -Clarissa cruzó la puerta-. Mamá no dijo nada.

-No, y yo pienso ponerme el vestido más sencillo que tenga -afirmó Theo. Y espero que su excelencia aparezca con unos calzones de raso hasta la rodilla y parezca el petimetre altanero que es.

-A mí no me parece ningún petimetre -dijo Emily en serio mientras subían las escaleras.

Theo no contestó. No estaba dispuesta aún a confiar a sus hermanas lo que había pasado en su dormitorio. Si ese beso no había sido el acto de un petimetre, no sabía qué lo sería. El hecho de que le hubiera gustado era algo que prefería olvidar.

Aunque Sylvester hubiese querido presentarse en la casa con la vestimenta adecuada para la noche, no habría podido, ya que había dejado ese tipo de ropa con Henry, su sirviente y anterior ordenanza, en su alojamiento de la calle Jermyn.

Llegó a la casa a las cinco y media, vestido a la perfección pero sin pretensiones, con una levita color aceituna y unos pantalones beige. Y tenía el plan de campaña bien elaborado. Lady Theo descubriría que la fría descortesía tenía sus consecuencias. Concentraría sus atenciones en lady Belmont y las dos hermanas mayores. Si lograba conquistarlas para que favorecieran su cortejo, a Theo le resultaría más difícil defender su posición.

Y así sucedió que Theo, dispuesta a librar batalla a pesar de la advertencia de su madre, no tuvo oportunidad de hacerlo.

El conde fue un invitado perfecto, bien informado; un conversador divertido con un gran encanto. Fue atento y deferente con lady Belmont, a quien sentó a su derecha, habló con conocimiento de música con Clarissa y, ante la pregunta vacilante y tímida de Emily sobre las modas de Londres, ofreció una descripción esclarecedora del nuevo sombrero de gitana que causaba furor.

Theo permaneció ignorada. Su mano se quedó inmóvil sobre el tenedor cuando el conde mencionó la palabra «gitana», pero ni siquiera la miró. Por una vez en su vida, no se le ocurrió nada que aportar a la conversación y se sintió como una zopenca mientras jugueteaba con la oca y los guisantes, como un niño que se distrae solo mientras los adultos se divierten.

-Le dejaremos para que tome su oporto, lord Stoneridge -dijo lady Belmont cuando retiraron los cubiertos. Se levantó de la mesa y asintió en dirección a sus hijas.

-Me parece innecesario, señora. Es aburrido sentarse solo sin nadie con quien hablar. -Sylvester se puso de pie con una ligera reverencia-. Tal vez me permitan acompañarlas al salón.

-Renunciará a un oporto excelente -soltó Theo, que se oyó la voz por primera vez desde hacía mucho rato. Trató de que el comentario sonara ligero, de acuerdo con el tono general de la velada, pero tuvo la incómoda sensación de que sonó resentido.

-¿Tomas oporto, prima? -Sylvester arqueó una ceja.

-Solía hacerlo con mi abuelo -afirmó, esta vez segura de que sonaba estirada.

-Entonces, si lady Belmont no tiene ninguna objeción, tal vez podrías tomar una copa conmigo.

Picó el anzuelo, el hilo y hasta el peso de plomo. Su disgusto fue evidente en su cara cuando levantó sin darse cuenta la mano con el gesto de un esgrimista que admite la derrota. Sylvester le sonrió por primera vez. Era una sonrisa que reconocía de tal modo su aprieto y el ingenio de la trampa que le había tendido que bajó los párpados de golpe para ocultar su reacción involuntaria.

-Es muy amable, milord. Pero esta noche no me apetece tomar oporto.

-Como desees. -Hizo una reverencia irónica-. Entonces, yo también renunciaré a ese placer.

¡Y ahora la había dejado como una aguafiestas maliciosa! Theo volvió a sentarse y alargó la mano hacia la licorera con oporto.

-Permítame, milord. -Llenó dos copas y levantó la suya en un brindis fingido.

Elinor sonrió y se llevó a Emily y a Clarissa del comedor.

-¿Por qué quieres que brindemos, prima? -El conde levantó a su vez su copa-. ¿Por una tregua, tal vez?

-No sabía que estuviéramos enfrentados -dijo Theo, y tomó un sorbo de oporto.

-¡Tonterías! -exclamó Sylvester sin rodeos.

Theo se mordió el rebelde labio y guardó silencio mientras tomaba una almendra azucarada de una bandeja de plata cincelada.

-Hablame de los Caballeros -sugirió el conde, que se recostó en la silla y cruzó las piernas-. Tengo entendido que eres una especie de experta.

-La mayoría de los propietarios lo son. Por lo menos, a lo largo de la costa.

-¿Y...?

-¿Espera que lo instruya en costumbres locales, milord? -La pregunta contenía una nota amarga.

-Sí, exacto -contestó sin más-. Espero eso... lo mismo que espero que me presentes a las personas de la propiedad, que me muestres las tierras y me cuentes todo lo que necesite saber.

-¿Tengo que facilitar que un Gilbraith se haga cargo de la herencia de los Belmont? -soltó Theo tras inhalar con brusquedad y cerrar los dedos con fuerza alrededor de su copa.

La mano de Sylvester avanzó por la superficie reluciente de la mesa y le agarró la muñeca.

-Sí -afirmó en voz baja-. Eso es exactamente lo que harás, prima. ¿Quieres que te diga por qué? Lo harás porque amas esta casa y estas tierras y no soportarías verme cometer errores.

La soltó y volvió a recostarse con sus fríos ojos grises mirándola por encima del borde de su copa.

-Empecemos con los Caballeros -terminó.

¿Cómo sabía eso de ella? Era cierto, no podría quedarse con los brazos cruzados viendo cómo él irritaba a los arrendatarios porque no sabía algún detalle personal pequeño pero vital, o tomaba la decisión errónea sobre un campo o una cosecha porque no conocía las peculiaridades de la tierra.

La perspectiva de verle hacer el ridículo la habría complacido, pero no a expensas de sus tierras y su gente.

Pero ¿cómo lo habría sabido?

-Sé mucho más de ti de lo que te imaginas, prima -indicó, como si le leyera el pensamiento. Volvió a sentarse hacia delante y alargó una mano para tomarle el mentón-. Sospecho que tú y yo nos parecemos muchísimo.

-¡Ni hablar! -afirmó en voz baja con ferocidad.

-Con la excepción de que yo parezco controlar mi genio mucho mejor -dijo de manera despreocupada, medio erguido, de modo que podía inclinarse hacia delante y tocarle la boca con la suya.

Intentó volver la cabeza, pero los dedos del conde se aferraron a su barbilla y, con una curiosa sensación de abandono, Theo se rindió a un beso que con rapidez se estaba volviendo familiar. Salvo que esta vez fue consciente de una fuerza tras la presión de los labios del conde sobre los suyos y una fuerza de reacción en su propio cuerpo que parecía hervirle en la sangre.

-Ya está -dijo Sylvester, separándose de ella con una sonrisa-. Creo que ha quedado claro. Me parece que dejaremos la conversación por hoy. Ya me contarás lo de los Caballeros mientras me muestras la propiedad mañana por la mañana. Vamos a reunimos con tu madre y tus hermanas.

Corrió la silla hacia atrás y rodeó la mesa para retirarle la suya con mucha educación. Theo se sentía como si la hubiera atrapado un huracán, la hubiera lanzado a gran distancia y hubiera vuelto a caer en un mundo trastocado, donde todo estaba cabeza abajo.

Elinor levantó la vista de su bordado cuando entraron al salón.

-¿Té, lord Stoneridge?

-Gracias, señora. -Tomó una taza y se acercó al pianoforte, a cuyo teclado estaba sentada Clarissa-. ¿Puedo pasarte las hojas, prima?

-Si soporta oír lo mal que lo hago -contestó ésta con una rápida sonrisa.

Sylvester sonrió y sacudió la cabeza a modo de reprimenda fingida por su modestia, y Theo parpadeó al ver que su hermana se sonrojaba un poco. Parecía que el conde empezaba a parecerse al caballero gentil de Clarry. ¿Cuántos papeles podría interpretar el condenado?

Tomó a su vez una taza y se sentó junto a su madre para escuchar a su hermana, que tocaba muy bien. Con acritud observó que la escena era muy hogareña: su madre y Emily ocupadas tranquilamente en sus bordados, las notas suaves del piano que salían por las puertas abierta hacia la terraza, los dedos largos del conde pasando las hojas de la partitura en el momento preciso, con la cabeza inclinada cerca de los rizos castaños de su hermana. Sólo faltaba un perro junto a la chimenea y un gato con un ovillo de lana.

El conde convenció a Clarissa para que cantara una canción popular, lo que hizo igual de bien que tocar el piano, antes de suplicar riendo que la excusara de más interpretaciones.

-¿Podemos oírte a ti, prima Theo? -pidió Stoneridge con cortesía a la vez que señalaba el banco vacío del piano.

-No le gustaría, milord. Soy una pianista mediocre como mucho -rechazó Theo sacudiendo la cabeza.

-Pero tienes otros talentos. -Bajó la tapa sobre las teclas y se dirigió al sofá.

-Ya lo creo -intervino Emily deprisa-. Nadie cabalga tan bien como ella, por ejemplo, y se le dan tan bien los números que sorprende...

-¡Calla, Emily! -Theo se levantó de golpe del sofá, incapaz de soportar otro minuto viendo cómo su hermana hacía el juego a aquel detestable e intrigante Gilbraith-. Tengo pocos talentos, milord, y por lo general no corresponden a un salón.

Salió con rapidez a la terraza para refrescarse las mejillas y oyó con claridad la voz de su madre tras ella.

-Estaba pensando que, aunque tardaremos unos cuantos días en trasladarnos a la casa viudal, parece innecesario que se aloje en el pueblo. No veo por qué no podría instalarse en la casa señorial por la mañana. Estoy yo para acompañar a las chicas y nuestro parentesco y circunstancias actúale hacen que su presencia aquí no sea indecorosa.

«¡No!», fue su grito silencioso de protesta. A Theo se le clavaron los dedos en las palmas de la mano mientras permanecía de pie en la puerta observando la noche llena de estrellas con la habitación iluminada a su espalda.

Tenerlo bajo el mismo techo, en cada comida, encontrárselo por todos los rincones. Era imposible. Su madre no sabía lo que estaba sugiriendo.

O quizá sí lo sabía.

Con una rabia desesperada oyó cómo lord Stoneridge daba las gracias y aceptaba la oferta con gran elegancia.

4

A la mañana siguiente lady Belmont recibió una nota de lord Stoneridge. No era necesario que se apresurara en su traslado a la casa viudal. Permanecería en Stoneridge Manor hasta que la casa viudal estuviera amueblada y decorada como quisiera. Aceptaba su amable invitación y se instalaría en la casa al cabo de dos días, cuando su sirviente y su equipaje llegaran de Londres. Hasta entonces era su humilde servidor, Stoneridge.

-No será necesario -soltó Theo cuando su madre leyó la nota mientras desayunaban-. Seguro que podremos irnos de aquí en dos días, mamá.

-Pero será muy incómodo con los pintores y los carpinteros por todas partes -se quejó Emily-. Y mamá tiene que ordenar cortinas y tapicerías nuevas para el salón. Sería como vivir en una pecera hasta que acabaran.

-Estamos a mitad del verano -dijo Theo mientras untaba de mantequilla una tostada-. No necesitamos las cortinas.

-Tendré que trasladar mi colección -afirmó Rosie dando golpecitos a la cascara de un huevo duro-. Es muy delicada. El esqueleto de la serpiente se me ha roto ya dos veces, y he tenido que pegarlo. Y también están los huevos de pájaro. No sé cómo transportarlo todo. -Levantó la mirada del huevo con el ceño fruncido.

-Lo pondremos en cajas con mucho cuidado -indicó Clarissa para tranquilizarla.

-Y lo llevaremos a mano por el camino -añadió Theo-. No se romperá nada.

-Muy bien -dijo Rosie con naturalidad-. En ese caso no me importará trasladarme.

-Ni a mí -aseguró Theo-. Por favor, mamá, ¿no podemos irnos antes de que Stoneridge se instale?

-No tenemos la menor necesidad de hacerlo, cielo. -Elinor volvió a llenarse la taza de té-. Lord Stoneridge es muy complaciente.

-Sí, mucho más de lo que cabría esperar de un Gilbraith -corroboró Clarissa-. Admito que ahora me gusta bastante. Tiene una sonrisa dulce a pesar de esa cicatriz.

«Sí -pensó Theo-. Una sonrisa dulce con dientes de tiburón.» Miró impotente alrededor de la mesa.

-No entiendo por qué te preocupas, Theo -dijo Emily-. Lord Stoneridge ha dejado de pretenderte. No volverá a inquietarte.

¿Cómo explicar que su sola presencia la inquietaba hasta tal punto que no podía pensar con claridad? ¿Cómo explicar que sabía con certeza que el conde había declarado abierta la temporada de caza y que ella era su presa, dijera lo que dijera en público? ¿Cómo describir esos besos y lo que le pasaba cuando tenía el cuerpo apretujado contra el suyo?

No podía explicarse.

Corrió la silla hacia atrás.

-Perdona, mamá. Tengo que ir al pueblo.

-¿Por algún motivo especial? -preguntó Elinor con una sonrisa-. ¿Puedo ayudarte?

-No, no es una visita caritativa -contestó, camino de la puerta-. Tengo que hacer el pedido a Greg en el Haré and Hounds. Los Caballeros actúan esta noche.

-¿No te parece que ahora quizá deberías consultar a lord Stoneridge? -Elinor plegó con cuidado la servilleta-. Podría tener sus propias preferencias para su bodega.

Theo se puso colorada; después, dijo:

-Lord Stoneridge puede hacer lo que quiera. Pero tenemos que encargarnos de las bodegas de la casa viudal. En este momento están vacías.

-Muy bien, pero recuerda que nuestros fondos son limitados. No puedes hacer el pedido sin pensar en el dinero como solías hacer con tu abuelo -le recordó Elinor con seriedad.

-Lo recordaré.

Salió de la habitación y tuvo que dominar las ganas de cerrar la puerta de golpe. Tenía los ojos llenos de lágrimas; unas lágrimas de rabia y también de aflicción por su abuelo. ¿Por qué no les había dejado nada? Nada salvo la casa viudal. Ni un penique para sus dotes, que tendrían que salir ahora de la provisión de viudedad de su madre. Era una cantidad

considerable, pero no lo suficiente para vivir como estaban acostumbradas. No era propio de él. Había sido un viejo cascarrabias y malhumorado, pero generoso. Y detestaba a los Gilbraith. Aun así, había abandonado a la familia de su hijo y dejado hasta el último penique a un Gilbraith. Y la había abandonado. Era una postura egoísta, pero no podía evitarla. Le había dado a entender que era especial para él, tan valiosa como su hijo había sido. Pero la había abandonado.

Media hora más tarde, llegaba cabalgando al pueblo con la cara tensa y desmontaba en el patio de la posada Haré and Hounds.

-¿Cómo está tu abuela, Ted? -preguntó al mozo que se llevaba su caballo.

-Mucho mejor, gracias, lady Theo -dijo el chico con una reverencia-. Las cataplasmas para las rodillas le fueron de maravilla. Lo último que sé es que fregaba el suelo de la cocina.

-Bueno, pues no debería -aseguró Theo, que olvidó sus propios problemas al oírlo-. No a su edad. ¿Qué hace tu hermana?

-Oh, se pasa el día sentada junto al fuego gimiendo -comentó el chico con una sonrisa de oreja a oreja-. Tiene la barriga enorme. Casi no puede sentarse a la mesa. Menuda vaga está hecha.

Theo, que estaba totalmente de acuerdo con esta descripción, prefirió no contestar.

-¿Está Greg?

-Sí. Los Caballeros actúan esta noche.

-Sí, Ted. -Le guiñó un ojo y recibió el mismo gesto de complicidad a cambio.

Cruzó las cocinas saludando al personal y tomando una tartaleta de manzana que se enfriaba en una rejilla sobre la mesa.

-Siempre le gustaron mis tartaletas de manzana, lady Theo -dijo la cocinera con una sonrisa satisfecha-. Y también a la pequeña lady Rosie.Le envolveré unas cuantas para que las lleve a casa cuando acabe con Greg.

-Gracias, señora Woods. -Theo entró en el bar, desierto a esa hora tan temprana. Greg estaba tras la barra, contando las botellas-. Buenos días, Greg.

-Buenos días, lady Theo. -Se volvió con una sonrisa que dejaba al descubierto unos cuantos dientes negros entre enormes huecos.

La puerta de la calle estaba abierta, y la luz del sol salpicaba el suelo irregular de losas cubierto de serrín. El ambiente estaba cargado con el olor de humo de pipa y de cerveza rancia, y el polvo cubría las mesas de madera. Theo pasó una mano enguantada por un banco y se sentó con confianza.

-Ha venido a hacer su pedido para los Caballeros -afirmó Greg, que salió de detrás de la barra-. Ya he recibido algunos esta mañana, del caballero Greenham y del párroco... Le gusta mucho el oporto, al párroco. -Sonrió y se secó las manos en el delantal-. ¿Qué necesitará esta vez la casa señorial?

-No he venido a hacer el pedido de la casa señorial, Greg -lo corrigió Theo con el semblante ensombrecido-. No me corresponde hacerlo.

-Al contrario, prima.

Sobresaltada, se volvió para mirar por encima del hombro. El conde, vestido con ropa de montar, estaba en la puerta y se daba golpecitos con la fusta en la palma de una mano enguantada. Costaba descifrar su expresión contra el fondo deslumbrante del sol.

-Creía que había ido a Londres -dijo Theo.

-No, he ordenado venir a mi sirviente con mis cosas. No tenía por qué acompañar el mensaje. -Agachó la cabeza para cruzar el bajo dintel-. ¿Qué es eso de que no vas a hacer el pedido para la casa señorial?

Greg observaba al cliente de la posada con asombro.

-Perdone, señor, pero no será su excelencia, ¿verdad?

-Sí que lo es, Greg. No imagino por qué lord Stoneridge no se había dado a conocer antes -soltó Theo con frialdad.

-Tal vez la imaginación no sea tu punto fuerte -replicó el conde, que le tocó de forma despreocupada la mejilla con la punta de un dedo mientras se sentaba en el extremo de la mesa, a su lado.

-Si me perdona, milord, tengo asuntos que tratar con Greg respecto a las bodegas de la casa viudal -comentó Theo, mordaz, tras frotarse la mejilla como si se le hubiera posado ahí una mosca.

-Te perdono -contestó con una sonrisa inexpresiva, sin moverse de sjtjo-. Y seguro que tú me perdonarás a mí si te sugiero que te encargues también de las necesidades de la casa señorial esta vez.

-Esas necesidades ya no son cosa mía.

-Creo que verás que sí -afirmó, con un tono duro en la voz y un brillo frío en los ojos grises-. Acaba con estas tonterías, prima.

Greg se dirigió de golpe hacia detrás de la barra y reapareció con una botella y tres vasos.

-Un vaso de burdeos -sugirió con una risita sonora-. La mejor cosecha del ochenta y nueve. Es la última botella que queda del último envío, pero supongo que los Caballeros traerán más esta vez.

Theo aceptó la distracción con alivio. No imaginaba lo que el posadero habría pensado de aquel tenso intercambio, pero era evidente que tenía que ceder. Quedaría como una niña malcriada si le negaba su ayuda a Gilbraith, pero podría habérsela pedido en lugar de exigirla.

Sylvester no intervino en la conversación entre Theo y Greg. Escuchó con atención mientras sorbía el vino. Su prima era entendida y eficiente. Sin embargo, era poco adecuado que una joven de alcurnia se sintiera tan cómoda en un bar local. ¿Habría favorecido su abuelo tales confianzas? Le sorprendía que lady Belmont permitiera tal conducta. Tendría que cambiar una vez que estuvieran casados. Lo mismo que tendría que acabar ese deambular por la zona como si fuera una gitana nómada.

-Confío en que eso le vaya bien, milord -dijo Theo cuando acabó.

-Eso espero, prima. -Le hizo una reverencia burlona-. Si no, sabré de quién es la culpa, ¿no?

¿La estaría acusando de hacer mal el pedido intencionadamente para fastidiarlo? Abrió los ojos indignada y el conde soltó una carcajada.

-Te estoy muy agradecido por tu ayuda -aseguró, dejando el vaso en la mesa.

Theo apretó los labios y se volvió hacia Greg.

-Ahora necesito un pedido independiente para la casa viudal...

-Es bastante modesto -observó el conde cuando su prima asintió por fin y se levantó del banco.

-Una casa modesta tiene necesidades modestas -dijo con frialdad-. Greg, tiene que enviar esa cuenta a lady Belmont, a la casa viudal. -Tomó los guantes y la fusta-. Mañana por la mañana mandaré a Alfred con la calesa para recoger las provisiones. Lord Stoneridge, le deseo que pase un buen día.

Salió del bar en dirección a la cocina y Sylvester parpadeó al darse cuenta de que llevaba un vestido de montar poco corriente: parecía tener la falda dividida. No montaría a horcajadas, ¿verdad?

-Envíe las dos cuentas a la casa señorial a mi nombre, Greg -ordenó-. Tengo un acuerdo con lady Belmont.

-Ah -dijo Greg, que asintió sabiamente-. Diría que uno que lady Theo desconoce.

Sylvester asintió. Era una mentira descarada, pero había pensado ha-erle un regalo a lady Belmont para su casa nueva; un gesto delicado y lleno de tacto, que sospechaba que no habría complacido a su fiera prima, quien, en caso de habérselo confiado, se las habría ingeniado para insultarlo delante del posadero. Salió de la posada y se dirigió a los establos, donde supuso que el caballo de Theo la estaría esperando.

Su prima salió de la cocina metiéndose con cuidado el paquete de tartaletas de manzana en el bolsillo de la chaqueta. Vio que el conde estaba apoyado en la pared del establo mordisqueando ocioso una pajita y lo ignoró.

-Ted, mi caballo, por favor.

El muchacho le trajo la yegua torda, y Theo la montó a horcajadas sin ayuda.

-Una silla poco corriente -comentó Sylvester, que cruzó por el patio-. Aunque quizá no para una gitana.

-Es práctica -contestó Theo con brevedad mientras sujetaba las riendas-. Siempre he montado a horcajadas por aquí. Nadie se fija en eso. Buenos días, lord Stoneridge.

Otra cosa que tendría que desalentar en su condesa. Sacudió la cabeza y montó a su vez para salir tras ella. Menuda suerte que la única posible hija cortejable de la familia Belmont tuviera que ser esa jovencita intransigente que lo detestaba. Quizás podría convencer a lady Belmont para que se replanteara una proposición a Clarissa.

Pero no, la lucha podría ser más difícil con Theo, pero el esfuerzo de vencer a un carácter tan apasionado valdría la pena. Además, los conocimientos y la experiencia de Theo en la gestión de la propiedad la convertían en un recurso valiosísimo.

Hizo galopar el caballo y la atrapó cuando salía del pueblo en dirección a la cima del acantilado sobre la cala de Lulworth.

-Hablemos un momento, prima.

-¿Por qué no me deja en paz? -soltó ésta en voz baja.

-Sería mucho más fácil para todos que aceptaras lo inevitable con gracia -dijo con los labios apretados y una severidad calculada-. Te guste o no, vamos a ser vecinos. Te estás portando como un marimacho mimado a quien deberían haber inculcado buenos modales hace años.

-Acepto lo inevitable -aseguró sonrojada-. Pero no tengo por qué cultivar su amistad. Parece intentar molestarme deliberadamente, siguiéndome por todas partes, haciéndome parecer horrible... y no lo soy.

Sonaba tan desesperada y ofendida que no pudo evitar encontrarlo divertido. Se inclinó hacia ella y colocó una mano sobre las suyas.

-Te creo, Theo, y no pretendo hacerte parecer horrible -dijo con una sonrisa persuasiva-. Pero me gustaría conocerte mejor, y me lo estás poniendo muy difícil.

«¡Tiburón!», pensó Theo, que se soltó de él y condujo a Dulcie a un sendero angosto que descendía por el acantilado hacia la cala. La yegua emprendió la empinada ruta con paso seguro; era evidente que conocía el terreno. Sylvester hizo que su caballo negro la siguiera, sujetando bien las riendas mientras seleccionaba el camino con precaución por el pedregal y la arena suelta.

Theo oyó el caballo tras ella y empezó a sentir como si fuera de verdad una presa perseguida. Ya había llegado la hora de que aquel odioso Gilbraith supiera con quién se enfrentaba. Había llegado el momento de luchar.

Cuando la yegua llegó a la arena suave y lisa de la playa, desmontó y ató las riendas sobre el cuello del animal a la espera de que el caballo negro tocara suelo firme.

Lanzó el sombrero al suelo y se desabrochó la chaqueta con gran parsimonia.

-Muy bien, milord. Como no me deja en paz cuando se lo pido, le reto a un combate. Al mejor de tres caídas. -Se quitó la chaqueta y lo miró fijamente.

Los ojos de Sylvester tenían una expresión ilegible mientras le sostenía la mirada un buen rato. Después, desmontó en silencio.

Theo dejó la chaqueta en la arena y se situó frente a él. Era una figura ágil y esbelta, con su camisa blanca, los pies separados y las piernas sin impedimentos gracias a la falda partida. Levantó los brazos y se sujetó bien las horquillas que le sujetaban las trenzas en un moño bajo en la nuca. Ese movimiento le alzó el pecho, y el color oscuro de las areolas se divisó un instante bajo la fina camisa de batista.

-Al mejor de tres caídas, milord. Y si gano, en lo sucesivo se mantendrá alejado de mí. ¿De acuerdo?

-Por supuesto -afirmó con calma Sylvester. Se había quitado también la chaqueta y remangado la camisa-. Y si gano yo, gitana, me dedicarás algunas atenciones que te harán replantear el significado de la palabra.

Sólo podía querer decir una cosa. Theo lo observó; de repente notó un hormigueo en los labios al recordar sus besos, y unas extrañas vibraciones en lo más profundo de su ser, como si su cuerpo reaccionara por voluntad propia ante el recuerdo de la rigidez del conde contra su cuerpo.

Tragó saliva al asimilar por primera vez cómo era debido a su físico: el cinturón ancho que realzaba la cintura esbelta, las caderas delgadas, los muslos fuertes que se tensaban bajo los pantalones de gamuza. ¡Era tan corpulento! La fuerza de esos hombros anchos, de los músculos que sobresalían en los brazos desnudos, intimidaba por completo. Sólo un loco creería que ella podría ganar un combate a un hombre así. Podría, pero no era seguro.

¿Y si perdía? Si perdía, volvería a tocarla de ese modo que le abrasaba el cuerpo, acercaría los labios a los suyos... ¿Cómo era posible que su cuerpo no supiera lo que su cabeza tenía tan claro: que detestaba a ese hombre y todo lo que representaba?

-¡Vaya al infierno, Stoneridge! -Se volvió y saltó a la silla de la yegua.

Sylvester observó cómo conducía el animal directa hacia las olas que besaban la costa curvada. Sacudió la cabeza medio divertido, medio irritado. ¿Qué clase de matrimonio le esperaba con una esposa que elegía el combate sin armas para solucionar una discrepancia?

Se agachó para recoger la chaqueta de ambos, les sacudió la arena y las depositó en una roca lisa. Después, se sentó en otro saliente rocoso y estiró las piernas en la arena, entrecerrando los ojos al sol mientras contemplaba a su joven y combativa prima conducir su yegua en un galope alocado entre las olas que rompían con suavidad en la orilla.

Cuando Theo volvió la yegua hacia la curiosa formación rocosa de herradura que había a la entrada de la cala, inspiró con fuerza. No era posible que fuera a llevar al animal mar adentro. Se incorporó en la roca para gritarle y entonces vio que había llegado a una lengua de arena a unos seis metros de la orilla y que la recorría a medio galope de modo que los cascos de Dulcie levantaban una fina niebla de agua.

¡Gitana exaltada! Se sentó de nuevo en la roca con la cara levantada hacia el sol y los ojos cerrados a la espera de que regresara.

Theo cabalgó hasta que parte de su frustración se había disipado para pasar a formar parte del aire marino y del agua salada. Dulcie se movía bajo ella con un placer evidente, y levantaba los cascos cuando las olas cubrían la arena compacta. Las olas golpeaban con un ritmo monótono las rocas que protegían la entrada de la cala, pero en su interior el agua era lisa como un cristal, y el sol le calentaba la cabeza y la nuca.

Echó un vistazo a la playa. Sylvester Gilbraith seguía ahí, y había algo en su pose que le indicaba que no tenía prisa por ir a ninguna parte. No podría quedarse en medio de la cala para siempre.

Hizo dar media vuelta a Dulcie y regresó a la costa. Llevaba el vestido mojado hasta las rodillas, las botas empapadas y la camisa sudada y pegada a la espalda. Se le habían soltado las horquillas y las dos trenzas le colgaban sobre los hombros.

Cabalgó hacia la playa, donde el conde de Stoneridge seguía echado en una roca en mangas de camisa y con las manos entrelazadas bajo la cabeza.

-Es detestable -afirmó-. Lo aborrezco.

-¿De veras? -Abrió los ojos y la miró con indolencia.

-Quizá sea tan amable de pasarme la chaqueta -dijo con fría compostura.

-Ven a por ella, gitana -soltó Sylvester sacudiendo la cabeza.

-¡Maldito sea! -exclamó, hizo dar media vuelta a Dulcie y salió a medio galope por la playa.

-Esto de maldecirme empieza a ser repetitivo -murmuró el conde mientras montaba y partía tras ella. Su caballo acortó la distancia que los separaba, incluso cuando Theo se inclinó sobre el cuello de Dulcie y la apremió para que aumentara el ritmo. La yegua estiró el cuello con un esfuerzo valiente pero no era rival para su perseguidor, y Theo aflojó las riendas para dejarla seguir su propio paso.

El caballo negro se situó a su lado. Theo miró de reojo al conde y se enfureció, asombrada, al ver que se reía. También vio el brillo en sus ojos, el gesto decidido de su boca, y espoleó con desesperación los flancos de Dulcie para que renovara su esfuerzo.

Sylvester sujetó las riendas de su caballo con los dientes, se inclinó hacia ella y levantó a Theo a peso de la silla. Con una chispa de diversión pensó que, curiosamente, era mucho más fácil hacerlo si la persona montaba a horcajadas que si lo hacía de lado. Agarró las riendas de

la yegua, tiró de ellas para detenerla y situó la figura rígida de su cautiva en la silla, delante de él.

-«El joven Lochinvar ha llegado cabalgando del oeste; en toda la frontera no hay otro corcel corno éste» -citó con los ojos iluminados por la risa al ver su expresión atónita-. Y no vuelvas a maldecirme, prima, o me veré obligado a tomar represalias.

Cambió de posición para estrecharla contra su pecho y el caballo negro se detuvo jadeante bajo ellos mientras la yegua solitaria resoplaba y piafaba en la arena.

Theo seguía aún tan sorprendida que, por el momento, estaba estupefacta. El conde le tocaba la cara, recorriendo con los dedos la curva de su mejilla, la línea de su mandíbula, la forma de sus labios.

-Tienes un rostro tan atractivo, gitana. Pero no puedo apreciarlo porque te pasas el rato siseando y deseando tumbarme por toda la playa. -Sonriente, le agarró el mentón y agachó despacio la cabeza.

Intentó resistirse, rechazar ese ataque tierno, pero era una causa perdida. Su cuerpo había dejado de obedecer las órdenes de su cerebro. Estaba apoyada en él, y la mano que la sujetaba, abierta y cálida, le apretaba la camisa húmeda contra la espalda. Sentía su aliento en la cara y el contacto meloso de su lengua. La sangre le volaba por las venas, el pulso le golpeaba con fuerza en la garganta y notaba el sol cálido y rojo tras los párpados cerrados.

Sylvester le deslizó una mano por el cuerpo para captar la forma redondeada de sus senos. No llevaba nada bajo la fina camisa, y los pezones se marcaron pequeños y duros contra su palma. Deslizó los dedos entre los botones y siguió su curva, y eso la hizo estremecerse con un gemido mientras le pasaba un brazo alrededor del cuello para acercarlo más a ella. Sus labios se separaron con pasión bajo los del conde y su lengua siguió ahora con premura su propia exploración.

Sylvester levantó la cabeza y abandonó su boca despacio, de mala gana, para observarle la cara, que tenía apoyada en su pecho. No le había apartado la mano del pecho derecho, y la tela empapada de sudor de la camisa se aferraba translúcida al otro, lo que destacaba su forma redondeada con la misma claridad que si estuviera descubierto.

Theo abrió los ojos y en lo más profundo de ellos se arremolinaba la pasión; la pasión y la confusión.

-Deberías llevar camisola-observó el conde, aún sonriente-. Provocas atenciones de lo más escandalosas, gitana. -Le tomó el seno bajo la camisa y le toqueteó el pezón con el dedo índice a modo de ejemplo.

Theo inspiró con fuerza e intentó incorporarse, pero la sujetó con más fuerza mientras seguía la caricia y se rindió con un suspiro de derrota.

-¿No es esto más agradable que amenazarme con un combate? -murmuró con una voz algo burlona.

-Era un reto, no una amenaza -dijo Theo, a quien su tono y la reflexión frustrante de que el maldito Gilbraith había conseguido sus llamadas atenciones de todos modos la habían sacado por fin de su trance sensual.

Había vuelto a suceder, y no tenía más fuerzas para resistirse que un niño. Le apartó la mano y se enderezó contra su pecho, parpadeando bajo el sol deslumbrante. Se sentía muy extraña. El caballo se movió inquieto ante el repentino cambio de peso en su lomo, y habría resbalado al suelo si Sylvester no la hubiera agarrado por la cintura.

-Estaría dispuesto a aceptar un reto amistoso, pero no a resolver un problema real de ese modo -dijo en serio el conde, a pesar de haber reído entre dientes-. Será mejor que lo recuerdes, primita. Sobre todo, ahora que vamos a vivir un tiempo bajo el mismo techo.

-Yo no contaría con eso -dijo Theo, más por decir algo que por otra cosa. Con un movimiento perfecto, se soltó de su primo y se deslizó hacia el suelo.

-¿Y por qué no? -Tenía una ceja arqueada para dar un toque socarrón a la pregunta mientras la miraba desde lo alto del caballo.

Exacto, ¿por qué no? Por ninguna razón en el mundo. Su madre parecía haber sucumbido a su encanto sin la menor queja.

¿Por qué no aprendía a tener la boca cerrada? ¿O a mantener bajo control su cuerpo rebelde? Sentía un hormigueo de pies a cabeza, cada centímetro de piel sensibilizado. Como si lo supiera, el detestable Gilbraith le contemplaba el pecho con fijación, y Theo notó que los pezones se le erguían bajo su mirada.

-Un consejo: en el futuro, lleva camisola -dijo con frialdad-. O no te quites la chaqueta, a no ser que estés preparada a seguir adelante con la invitación que lanzas.

-El día que nos conocimos se portó como un bellaco -comentó, temblando ahora con indignación renovada-. Tal vez entonces tenía una pizca de excusa: no sabía quién era yo. Pero ¿sabe qué, Stoneridge? Es un petimetre y un canalla redomado.

Montó a Dulcie y se marchó por la playa hacia el sendero ancho que ascendía por el.otro extremo del acantilado.

Sylvester hizo una mueca, compungido. Un pasito para delante, dos pasitos para atrás. Esa condenada chica tenía algo que sacaba a relucir lo peor de él. Era tan combativa, hacía que la mitad de las veces deseara someterla, pero a pesar de sus esporádicos arranques de niña mimada, su forma de ser tenía algo que despertaba una respuesta en él, y habría apostado lo que fuera a que resultaría una compañera maravillosamente apasionada en la cama, con la educación adecuada.

La observó desaparecer por el camino, y su entrepierna se agitó al recordar el contacto de sus senos y la ansiedad de sus labios. Pasara lo que pasara, iba a proporcionar esa educación a su recalcitrante prima.

Cabalgó por la playa hasta el lugar donde sus chaquetas todavía estaban extendidas en una roca. Se le ocurrió que los sentimientos deTheo eran tan confusos como los suyos. Sus respuestas eran siempre apasionadas, incluso cuando lo estaba maldiciendo. La indiferencia habría sido mucho más difícil de combatir, así que quizá la clave de la victoria radicara en mantener la presión y la confusión.

Desmontó y recogió las chaquetas. La de Theo tenía algo en el bolsillo: un paquete con unas suculentas tartaletas de manzana.

«Bueno, las ha abandonado», reflexionó mientras las consumía con deleite antes de volver a montar.

Cuando subía por el camino de la casa señorial, Elinor apareció del jardín de rosas con un par de tijeras de podar en la mano y una cesta con rosas amarillas y blancas en el brazo.

-Lord Stoneridge -lo saludó con amabilidad-. Qué amable al visitarnos.

Sylvester se descubrió y desmontó para caminar a su lado.

-He venido a devolver la chaqueta y el sombrero de lady Theo, señora,

-Será mejor que se explique -pidió Elinor con las cejas arqueadísimas.

-Me temo que tuvimos un ligero... un ligero altercado en la playa -explicó el conde con una sonrisa encantadora-. Mi prima se marchó con cierta prisa.

-¿Y qué hacía sin chaqueta?, para empezar. -La mirada de lady Bemont era penetrante, aunque el tono parecía sólo algo curioso.

-Mi prima me desafió a un combate sin armas, señora -contó, esta vez con una sonrisa atribulada.

-Un desafío que se abstuvo de aceptar, espero -suspiró Elinor.

-En cierto modo -dijo-. Induje a mi prima a retirar el desafío. Como consecuencia de eso, no está de buenas conmigo.

-Oh, es culpa de Edward -comentó Elinor sacudiendo la cabeza-. Enseñó a Theo todas esas tonterías cuando no eran más que niños y siempre que está aquí, practican lanzándose uno a otro en la galería.

-¿Edward?

-El prometido de Emily, Edward Fairfax. Su familia es vecina y los niños se conocen desde que andaban a gatas. Durante mucho tiempo, creí que él y Theo formalizarían una relación, pero por algún motivo se pusieron a pensar entre todos y, acto seguido, Edward y Emily estaban prometidos. -Esbozó una leve sonrisa-. Estoy convencida de que es la boda correcta, pero aún no sé cómo llegaron los tres a esa conclusión de un modo tan repentino y amistoso.

-¿Y dónde está el señor Fairfax?

-El teniente Fairfax. Está con Wellington, en la península Ibérica -aclaró mientras le lanzaba una mirada de reojo-. ¿Ha estado usted también en la guerra?

-Sí, y fui doce meses prisionero de los franceses -contestó con brevedad, y lady Belmont asintió.

-Así que disuadió a Theo del combate y ahora está enfadada con usted por eso.

-De hecho, siente una gran aversión por mí. -Dio un puntapié a una piedra suelta para alejarla del camino de lady Belmont-. No se me ocurre qué puedo haber hecho para suscitarla.

-Es evidente que usted y Theo se conocieron antes de su visita de ayer.

-Sí, fue un encuentro desafortunado -admitió con el ceño fruncido.

Elinor lo miró mientras caminaba a su lado. Había adaptado su habitual paso impaciente a su caminar más lento y comprendió que no le debía de resultar fácil ya que notaba de nuevo esa tensión contenida en su figura delgada y fuerte y ese gran dolor en su interior. No acababa de decidir si le gustaba o no, pero creyó que seguramente sí, o por lo menos, lo haría al conocerlo mejor. Sentía su atractivo y se preguntó cómo Theo lograba ignorarlo.

-Debe saber algo de Theo -dijo con naturalidad-. Esta casa, la propiedad y la gente forman parte de ella. Pasaba lo mismo con su padre y su abuelo. Lo significan todo para ella, de un modo que sus hermanas y por supuesto yo misma somos incapaces de comprender. Era la favorita de su abuelo. Y se siente traicionada por él. Usted es un intruso. Le está quitando algo tan importante como la sangre que fluye por sus venas.

Sylvester guardó silencio mientras oía la voz de su conciencia. ¿Y si contara a esa mujer la verdad, que el viejo conde no las había traicionado, por lo menos como ellas creían? Pero ¿por qué debería él, a expensas de su futuro, sacarlas del error respecto al anciano? No le debía nada. Ese viejo zorro había provocado ese lío, les había tendido una trampa a todos ellos.

-Pero estoy dispuesto a cambiar eso, lady Belmont -afirmó tras un minuto-. Ofrezco a su hija la oportunidad de quedarse aquí, de que esta herencia pase a sus propios hijos.

-Sí, y parece la solución perfecta -aseguró Elinor, que se detuvo para cortar una ramita rebelde del seto con las tijeras de podar-. Pero puede que Theo todavía no se haya dado cuenta de eso.

«Y yo no tengo todo el tiempo del mundo para convencerla», pensó. Tras sofocar esa reflexión irritante, se ajustó el cuello de lino con dedos inquietos.

-¿Le hablará a mi favor, señora? -soltó de repente. Elinor se detuvo en el camino y le observó fijamente desde debajo del ala ancha del sombrero de paja.

-No, Stoneridge. -Su tono era desapasionado pero muy firme-. Tiene que ser usted quien lo diga todo.

Sylvester se apresuró a corregir su error.

-Lo entiendo. Perdone la impertinencia. -Hizo una reverencia con ojos compungidos.

Elinor decidió que le gustaba. Y esas arrugas que tenía alrededor de los ojos eran muy atractivas.

Sonrió y le dio unas palmaditas en el brazo.

-No lo culpo en absoluto. En lo que se refiere a Theo, un hombre inteligente reúne todos los batallones que puede.

-Entonces tal vez debería empezar a reunirlos -comentó con sequedad.

Elinor siguió su mirada. Theo y Rosie se acercaban por el camino hacia ellos, con los ojos en el suelo. La niña salió de golpe disparada hacia delante y se puso de rodillas en un parterre de flores, junto al seto. Theo se agachó junto a ella.

-Más gusanos no -suspiró Elinor-. ¿O son caracoles ahora? No logro mantenerme al día en las obsesiones de Rosie.

Theo se levantó y, cuando miró camino abajo, pareció darse cuenta de su presencia. Sylvester se preguntó si iba a volverle la espalda y desaparecer, pero, tal vez por deferencia a su madre, se acercó a ellos.

Se había cambiado la ropa de montar por un vestido sencillo de lino, menos rústico que el vestido suelto que llevaba puesto para pescar truchas, pero que seguía siendo muy rural, con

el escote redondo y bajo y las mangas hasta el codo. Iba sin sombrero y con el cabello recogido en una trenza a la espalda. Sylvester observó cómo se acercaba, el modo en que el vestido se le movía sobre las caderas con la oscilación suave de sus pasos.

-Vaya por Dios, lord Stoneridge, qué placer tan inesperado -afirmó al llegar junto a ellos, con los ojos del color azul aterciopelado de los pensamientos y la cara morena del sol-. Confieso que no esperaba volver a verlo hoy.

-Te dejaste la chaqueta y el sombrero en la playa -dijo el conde a la vez que le entregaba las prendas-. Creí que podrías necesitarlas. Por lo menos la chaqueta -añadió con intención-. Pero veo que has rectificado la situación.

Había querido una conciliación, pero su saludo había sido tan burlón que respondió con un castigo inmediato recordándole esos momentos a lomos de su caballo, su respuesta apasionada a las atenciones más indecorosas. Sus ojos bajaron intencionadamente hacia el pecho de su prima, y el rubor de sus mejillas fue satisfacción suficiente. Pero se recuperó deprisa.

-No necesito la chaqueta en especial, milord. Pero se lo agradezco por lo que llevo en el bolsillo. -Levantó la prenda-. Rosie, te he traído unas tartaletas de manzana de la señora Woods.

-¡Oh! -exclamó Sylvester, confundido-. Lo siento, pero me las comí.

-¿Se las comió? -Theo lo miró sorprendida-. Pero estaban en mi bolsillo. Eran para Rosie.

Sylvester se rascó la cabeza con un aspecto tan desconcertado que Elinor se vio en apuros para mantenerse seria.

-Lo lamento mucho -dijo el conde-. Pero eran tan tentadoras... y creí que las habías abandonado.

Miró a Rosie, que lo contemplaba a través de las gafas con una expresión intrigada.

-Perdóneme, lady Rosalind -se disculpó, pero eso sonaba absurdo; la niña sostenía un puñado de caracoles en una palma mugrienta. Volvió a intentarlo-. Lo siento mucho, Rosie. No sabía que eran para ti.

-No pasa nada -contestó Rosie con solemnidad-. No me las habían prometido ni nada parecido. Iban a ser una sorpresa.

-¿Se supone que eso debería hacerme sentir mejor? -Sylvester parpadeó.

-Sí -rió Theo-. En la forma de hablar de Rosie.

-Oh. -Parecía tan apesadumbrado que Theo se apiadó de él.

-No importa -dijo-. Rosie y yo iremos al Haré and Hounds esta tarde y pediremos unas cuantas más a la señora Woods.

-Eso es cosa mía-intervino Sylvester, que volvió a montar-. Confieso el pillaje y ruego restituir las tartaletas. Es lo mínimo que puedo hacer. -Se descubrió-. Buenos días, lady Belmont, prima Theo, Rosie.

-Adiós -dijo Rosie con la atención puesta en lo que tenía en la mano-. Oh -soltó, levantando los ojos de golpe hacia él-. No tiene prisa porque nos mudemos, ¿verdad? Tengo que trasladar mi colección a la casa viudal, y podría llevar mucho tiempo porque se ha de poner todo en cajas con mucho cuidado y llevar a mano por el camino.

-¡Rosie! -exclamó Elinor.

-No, primita. -Esta vez fue Sylvester quien rió-. No me corre ninguna prisa que dejéis la casa señorial. Estoy seguro de que lograremos vivir en armonía todo lo que sea necesario. -Lanzó una mirada rápida y peculiar a su otra prima-. ¿No es verdad, prima?

-Eso está por ver, señor -aseguró Theo, pero sin convicción.

5

La puerta del dormitorio del conde estaba abierta. Theo se detuvo en el pasillo frente a ella. Había estado en esa habitación muchas veces, sobre todo las semanas que desembocaron en la muerte de su abuelo. Conocía el tallado elaborado de las columnas de la cama, podría seguir con la imaginación las líneas y giros que había recorrido con la mano durante las interminables vigilias junto a la cabecera. Conocía los ricos estampados serpenteantes del dosel bordado, a juego con los de la alfombra china. Pensaba que conocía todos los nudos de los paneles, todas las grietas del yeso del techo.

La habitación estaba vacía, así que cruzó la puerta y miró a su alrededor. Los muebles eran los mismos y, aun así, la habitación se notaba distinta. El espíritu de su abuelo ya no reinaba en ella, el ligero olor mohoso de la enfermedad y la vejez había desaparecido. Las pertenencias del nuevo conde estaban esparcidas por el dormitorio: sus cepillos de plata en el tocador, el sacabotas junto al armario, otros libros ocupaban los estantes.

Su mirada recayó en el retrato de su padre con el uniforme militar. Estaba colgado sobre la chimenea, frente a la cama, donde su abuelo podía verlo siempre que estaba despierto. Lo había situado ahí, según le dijo una vez, para que fuera lo primero que veía por la mañana y lo último por la noche. Y ahora lucía ante los ojos indiferentes de un Gilbraith.

La rabia y la frustración inextricable de su dolor y nunca lejos de la superficie esos días, despertaron de nuevo en ella y le atenazaron la garganta, le oprimieron la cabeza y le llenaron los ojos de lágrimas amargas. Se adentró más en la habitación para acercarse al retrato. El vizconde Belmont le sonreía, con la mano en la espada y los ojos azules tan claros como lagunas tras la lluvia. Trató de evocar sus propios recuerdos de esa cara, de su voz, de su olor. Recordaba cómo la rodeaba con los brazos cuando la izaba a lomos de su poni. Creía que podía recordar su voz, grave y cálida, cuando la llamaba «la cabecita loca de Theo»...

-¿Te puedo ayudar en algo, prima?

Se volvió de golpe al oír la voz algo irónica del conde detrás de ella. No tenía derecho a estar en esa habitación, ya no. No sin una invitación de su actual propietario. Lo miró a ciegas, sin ver a Sylvester Gilbraith sino la personificación y el motivo de su dolor y de la rabia intensa que lo acompañaba.

Alargó una mano como para rechazarlo y se movió para pasar frente a él.

-¡No tan deprisa! -La pilló por el brazo y la volvió con fuerza de cara a él-. ¿Qué estás haciendo en mi habitación, Theo?

-¿Qué cree usted que estoy haciendo, milord? -preguntó-. ¿Robando algo? ¿Espiándolo, tal vez?

-No seas tonta-contestó con brusquedad-. ¿Me estabas buscando?

-¿Por qué iba yo a hacer eso? -soltó con la voz llena de desprecio y de las lágrimas que no iba a derramar-. Si no volviera a verlo en mi vida, estaría muy contenta, lord Stoneridge.

La inspiración rápida de Sylvester le indicó que había ido demasiado lejos, pero no le importó. Deseaba lastimar al hombre que ocupaba el lugar donde debería estar su padre. Se soltó y le empujó a un lado.

Sylvester le agarró la trenza y le impidió dar un paso más.

-No, ni hablar -dijo, furioso-. Estoy harto de tanta grosería. ¿Qué diablos he hecho para merecerla?

-No tiene que hacer nada, sólo estar -exclamó Theo en voz baja-. Y si es demasiado insensible para comprenderlo, déjeme decirle que ese retrato que cuelga de su pared es el de mi padre.

Sorprendido, el conde le soltó la trenza y se volvió para mirar el cuadro. Theo se aprovechó de eso y lo dejó, casi corriendo para lograr perderle de vista antes de que las lágrimas se apoderaran de ella.

Sylvester maldijo en voz baja, pero no intentó seguirla. Examinó el retrato, deseando haberlo sabido antes para evitar aquella escena. No se había dado cuenta de quién era. La casa estaba llena de retratos familiares. Salió en busca de Foster.

-Haga que trasladen el retrato del vizconde Belmont a la habitación de lady Theo, Foster. A no ser que lady Belmont prefiera tenerlo ella.

-Lady Belmont tiene sus propios retratos del vizconde, milord -le informó Foster con gravedad-. Pero estoy seguro de que lady Theo apreciará el detalle.

-Sí... bien -murmuró el conde.

Una vez hecho eso, sus pensamientos volvieron a concentrarse en Theo. Llevaba dos días en la casa, y cuando su prima no lograba evitarlo, era espantosamente grosera con él. Hasta entonces, había fracasado en convencerla siquiera de que le mostrara la propiedad. No era lo que se dice un cortejo prometedor. Quizás ese viejo zorro había sabido que sería una tarea imposible y había disfrutado pensando en que su heredero desconocido pero detestado quedaría en ridículo.

Cruzó las puertas abiertas del salón y salió a la terraza. Tal vez se tratara de eso, y había caído en la trampa debido a la codicia... debido a la necesidad, se corrigió, mientras se sentaba en el muro bajo de piedra que separaba la terraza del césped.

Y no era sólo la necesidad de dinero. Necesitaba un objetivo, una función en el mundo, y dirigir una propiedad del tamaño de Stoneridge precisaría todas sus aptitudes. Se había incorporado al Ejército al principio de la guerra, o mejor dicho de la primera guerra napoleónica. El conflicto actual contra Napoleón era otra cosa respecto a esas primeras escaramuzas con la inexperta mezcolanza aún no puesta a prueba de revolucionarios franceses. Durante quince años el Ejército había sido su vida. Había habido mujeres, algunos romances apasionados, pero habían formado parte de la emoción embriagadora de la guerra, las privaciones, los terrores, las exultaciones violentas de la victoria. No había sentido necesidad de casarse, de formar una familia. Durante los últimos doce años, tras la muerte de Kit Belmont, había sabido que recibiría el título y la herencia de Stoneridge, y se había conformado con esperar ese momento antes de comprometerse a casarse, tener hijos y nuevas responsabilidades.

Y entonces había pasado lo de Vimiera, los doce meses en una hedionda cárcel francesa en Toulouse. Después, el consejo de guerra.

Se levantó de repente y empezó a caminar arriba y abajo por la terraza. Lo habían absuelto de cobardía. Pero no en el corazón y en el pensmiento de sus compañeros. Había renunciado al regimiento, en apariencia debido a los efectos prolongados de su herida en la cabeza, pero todo el mundo sabía el motivo real: no soportaba que le volvieran la espalda. Habría vuelto a la península como un hombre marcado, ya que la historia lo habría precedido. Habría habido un sinfín de humillaciones, algunas pequeñas y otras grandes. Y no tenía valor para enfrentarse a ellas.

No cuando no sabía qué había sucedido. ¿Cómo iba a defenderse si no sabía con exactitud qué había pasado?

Gerard había dicho que estaba de camino con los refuerzos, que no se había demorado.

Pero, si ése era el caso, ¿cómo se habían quedado tan. aislados? Había esperado recibir apoyo mientras sus hombres caían a su alrededor. Recordaba haber pensado...

Sylvester se apretó las sienes con los dedos al notar la tensión fatídica de su piel. ¿Qué había pensado? No recordaba con claridad nada de esa tarde y, aun así, había algo, la sombra de una idea.

-¿Le ocurre algo, lord Stoneridge?

La voz suave de Elinor atravesó la confusión de los pensamientos que se arremolinaban en su cabeza. Levantó los ojos, aturdido, sin dejar de masajearse las sienes con los dedos.

-No tiene buen aspecto -comentó acercándose deprisa a él. Le puso una mano fría en la frente. Tenía la piel sudorosa y estaba pálido como un muerto. Sus ojos no eran fríos y penetrantes como de costumbre, sino que estaban ensombrecidos por ese dolor que Elinor había notado en él desde el principio.

El conde sacudió la cabeza mientras intentaba calmar sus desordenadas ideas y sus intentos desesperados de recordar. La expresión preocupada de Elinor le llegó a través de su confusión, y su mano le refrescó la frente. Gracias a Dios, sintió que la tensión de las sienes se reducía, y supo que esa vez iba a librarse de la agonía.

-Estoy bien, gracias -afirmó con una sonrisa forzada-. Un recuerdo molesto, eso es todo.

Elinor no insistió.

-¿Le ha presentado yaTheo al señor Beaumont, el administrador?

-Su hija no se ha dignado dirigirme una palabra cortés en los últimos tres días -dijo de modo mordaz-. Mucho menos a ofrecerme su ayuda para conocer la propiedad. Debo decirle que estoy empezando a perder la paciencia.

-Bueno, quizá sea lo mejor -comentó Elinor en tono pensativo-. Algo tiene que sacarla de su estado de ánimo actual. -Se agachó y tiró de una mala hierba solitaria que crecía entre las losas.

-Me parece que no la comprendo, lady Belmont. Elinor se enderezó y observó la planta con una concentración inmerecida.

-Theo todavía no ha llorado la muerte de su abuelo como es debido, lord Stoneridge. Sospecho que no volverá a ser ella misma hasta que lo haga. Puede que ya la hayamos consentido lo suficiente y que haya llegado el momento de provocar ese llanto.

-Todavía no estoy seguro de entenderla. -Sylvester sabía que le estaba dando un consejo valioso pero no acababa de saber cómo interpretarlo.

-Siga su instinto, lord Stoneridge y vea dónde le conduce -concluyó Elinor con una ligera sonrisa.

-Mamá, acaba de llegar la costurera. -Emily apareció por la esquina de la terraza-. Ha traído las muestras de las cortinas nuevas, y hay una en concreto que yo... Oh, buenos días, lord Stoneridge. Perdone que los interrumpa. -El tono de su voz perdió gran parte de su exuberancia mientras le dedicaba una pequeña reverencia-. No me había dado cuenta de que estaba hablando con mamá.

-Por favor, prima, no tienes que disculparte -dijo, devolviéndole la reverencia-. Tu madre y yo estábamos sólo pasando el rato.

Elinor entrelazó su brazo con el de su hija y dedicó al conde una media sonrisa y una leve inclinación de cabeza como para decir: «Ya sabe lo que tiene que hacer.»

-Nos veremos en el almuerzo, milord.

Sylvester las observó marcharse tomadas del brazo. Lady Belmont parecía creer que había sido del todo clara pero, aunque lo mataran, no podría interpretar sus palabras.

Cruzó el césped con la intención de pasear hasta lo alto del acantilado, con la esperanza de que el aire del mar y la brisa fresca lo iluminaran. No había avanzado más de cinco metros antes de tropezar con un par de piernas que sobresalían de un arbusto.

-¡Ay! ¡Se me ha caído por su culpa! -exclamó Rosie, indignada. mientras se arrastraba hacia atrás para salir del arbusto y lo miraba a los ojos con el sol reflejado en las gafas-. Se me ha caído por su culpa -repitió.

-¿El qué?

-Un saltamontes. Estaba frotándose las patas traseras entre sí. Así es como hacen ese ruido. Lo quería para mi colección. Theo iba a ayudarme a montarlo.

Sylvester frunció el ceño al oír mencionar a ese otro miembro de la familia Belmont que lo tenía en tan poca estima.

-Pues perdona, estabas tan escondida que no te he visto los pies.

-Tendría que mirar por dónde anda, en lugar de ser tan embobado-soltó la niña, que volvió a sumergirse en el arbusto.

El conde alzó los ojos al cielo. ¿Cómo era posible que dos hermanas tuvieran la lengua tan afilada y las otras dos fueran, al parecer, todo lo dulces y dóciles que un hombre podía desear? ¿Y por qué no le había deparado el destino una de las complacientes?

-No tienes por qué ser grosera -dijo en dirección a las piernas.

-No lo he sido. -La respuesta le llegó apagada-. Pero un embobado es alguien que no mira por dónde va, ¿no? Embobarse significa eso.

-Hay cierta lógica inexorable en eso -afirmó Sylvester con el gesto torcido-. Sin embargo, podrías encontrar un modo más educado de decir lo que quieres.

Sacudió la cabeza y siguió su camino.

Theo no se presentó al almuerzo, pero su ausencia no pareció inquietar a nadie.

-Supongo que alguno de los arrendatarios la habrá invitado, milord-contestó Clarissa a la pregunta del conde. Su voz era un poco fría, como si no tuviera derecho a preguntar por el paradero de su hermana. La familia Belmont sabía mantenerse unida.

-Theo se siente como en casa en todas las cocinas de la propiedad-intervino Emily-. Siempre ha sido así, desde que era pequeña.

-Ya veo. -Con el ceño fruncido, Sylvester dedicó su atención al jamón que tenía delante-. ¿Quiere que le corte un poco más de jamón, lady Belmont?

Mientras él estaba sentado a la mesa charlando de cosas banales y cortando jamón como un viejo paterfamilias, su enérgica y emprendedora pr-ma estaba tratando los asuntos que mantenían la propiedad en funcionamiento. No iba a tolerarlo ni un día más.

Elinor aceptó una loncha fina de jamón y vio la tensión en los labios del conde y el músculo que se le movía bajo la mejilla contraída. Imaginó lo que estaría pensando. Tanto si Theo aceptaba casarse con el conde de Stoneridge como si no, Stoneridge Manor ya no le pertenecía, y Elinor sospechaba que su excelencia iba a dejárselo pronto claro de forma inequívoca.

Cuando llegó la hora de vestirse para cenar, Theo no había regresado, y Elinor sintió los primeros signos de ansiedad.

-¿Mencionó lady Theo esta mañana dónde iría, Foster? -preguntó al cruzar el vestíbulo de camino al piso de arriba.

-Creo que no, milady. -El mayordomo encendió el candelabro de la mesa larga, junto a la puerta.

-¿Está preocupada? -quiso saber Sylvester, que había oído la pregunta al salir de la biblioteca con un libro de contabilidad bajo el brazo.

-No... No, por supuesto que no. -Elinor habló con una seguridad que no convenció a Sylvester, ni al mayordomo-. A menudo está fuera todo el día. Sólo que normalmente... -Sacudió la cabeza-. Normalmente envía un mensaje si va a llegar muy tarde.

Sylvester esperó a que lady Belmont llegara al primer rellano y no pudiera oírlo para preguntar:

-¿Hay motivos de preocupación, Foster? ¿Deberíamos enviar gente en su busca?

-Creo que no, milord. Todo el mundo conoce a lady Theo. Si hubiera tenido un accidente, alguien nos habría avisado.

-Pero podría haberse caído en algún campo -sugirió.

-Es posible, milord, pero poco probable. Foster se volvió hacia la puerta que conducía a la zona de la cocina. Sylvester suspiró. El mensaje había sido claro. El mayordomo no compartía su interés por la familia con alguien de fuera.

Ni el mayordomo, ni el administrador, ni el ama de llaves. Y en cuanto a los arrendatarios y los habitantes del pueblo, le prestaban la misma atención que si se tratara de un visitante que no inspiraba confianza.

Subió a su dormitorio, donde Henry le estaba preparando la ropa para la cena.

Henry echó un vistazo rápido a su excelencia y decidió que no era un buen momento para charlar. Cuando el comandante Gilbraith tenía esa expresión, lo mejor era pasar desapercibido. Vertió agua caliente en la palangana y se dedicó a cepillar una chaqueta azul oscuro y unos pantalones crema mientras el conde se lavaba la cara y las manos y se ponía una camisa limpia.

-¿Qué te parece la gente de por aquí, Henry? -le preguntó de repente mientras se ponía los pantalones.

-¿Qué me parece? No entiendo muy bien a qué se refiere, señor. -Henry pasó un paño cuadrado de lino inmaculado y almidonado al conde-. ¿Querrá el gemelo de diamantes, señor?

-Gracias -Sylvester se sujetó los pliegues del pañuelo con el gemelo de diamantes y observó con ojo crítico su imagen en el espejo antes de volverse para tomar la chaqueta-. ¿Te parece amable?

-En el bar de la posada, la gente es bastante amable -comentó Henry, que se preguntaba dónde querría ir a parar.

-¿Y en la casa?

-Son todos un poco precavidos -admitió Henry, alisando la chaqueta sobre los hombros del conde con una palmadita y un movimiento rápido de la mano-. Weston tiene un buen corte, milord. Le sienta mejor que Stultz.

Henry había sido ayuda de cámara antes de unirse al Ejército y encontrarse en una prisión francesa con el comandante Gilbraith, gravemente herido y febril. Estaba contentísimo de haber vuelto a ejercer su profesión anterior y, después de los largos meses que cuidó al comandante hasta que se repuso, era un enfermero de lo más competente cuando sufría esos dolores de cabeza que lo dejaban casi inmovilizado. Y era la única persona que Sylvester soportaba tener cerca sin importarle que presenciara la espantosa degradación de esa agonía repugnante e insufrible.

-¿Qué dicen del nuevo conde? -preguntó Sylvester con cierta ironía.

-No gran cosa, por lo menos cuando estoy yo delante, milord.

-No, supongo que no. ¿Y de lady Theo?

-Oh, es la niña mimada de todo el mundo, milord -afirmó Henry-. No hace nada mal. La niña de los ojos del difunto conde.

-Humm. -Sylvester tomó los cepillos y se peinó el cabello, corto y rizado-. Dicho de otro modo, está malcriada.

-Según tengo entendido, está sufriendo mucho con la muerte de su abuelo -comentó Henry-. Por lo menos, eso es lo que dice la gente. Dicen que no es la de siempre.

-Eso espero -murmuró Sylvester. Se metió una cajita de rapé lacada en el bolsillo de la chaqueta y se dispuso a bajar al salón, preparado para otra velada tensa con Theo.

Emily y Clarissa estaban junto a la ventana abierta cuando entró en el salón. Contemplaban con intensidad el césped, donde las sombras de la tarde se iban alargando.

-No creo que vuelva por aquí -dijo Clarissa, que se volvió con un suspiro-. No de los establos.

-¿Todavía no ha dado señales de vida la ausente? -preguntó Stoneridge intentando sonar despreocupado y alegre. Cruzó la habitación hacia la mesa que había junto a la ventana-. ¿Un jerez, señora? ¿O prefiere un poco de madeira?

-Jerez, gracias. No, Theo todavía no ha vuelto. -Mientras tomaba la copita que Sylvester le trajo, la sonrisa de Elinor reflejaba una gran tensión.

-Foster parecía convencido de que si hubiera tenido un contratiempo, alguno de los arrendatarios nos habría avisado.

-Sí, eso es cierto, pero... -Se inclinó hacia su bordado-. La propiedad es muy grande y hay muchas zonas que quedan alejadas del camino.

-Quizá deberíamos enviar... -La voz suave de Emily se desvaneció cuando se oyó el tono enérgico de Theo desde el vestíbulo.

-Todavía no cenan, ¿verdad, Foster? No puedo creerme lo tarde que es. Oh, mamá, lo siento mucho... -La puerta del salón se abrió de golpe y Theo cruzó la habitación para tomarle las manos-. No tenía idea de lo lejos que había cabalgado. ¿Estabas muy preocupada? -Se agachó para besar a su madre y le apretó con fuerza las manos.

-Empezaba a estarlo -dijo Elinor con calma, pero el alivio que asomó a sus ojos fue evidente mientras la tensión abandonaba sus hombros.

-Bueno, ya estoy aquí, y hambrienta. -Theo dejó el sombrero, los guantes y la fusta en una mesita auxiliar-. Y me sabe muy, muy mal haberos asustado a todos. -Dedicó una sonrisa conciliadora a su madre y sus hermanas-. ¿Me perdonáis?

-Preferiría que no volviera a pasar -indicó Elinor, que tomó un sorbo de jerez.

-No se repetirá. -Theo se sirvió una copa de jerez, ignorando al conde, que estaba junto a la chimenea, con un brazo en la repisa y una copa en la otra mano-. Debe de ser la hora de la cena -afirmó hambrienta-. De la cocina llega un olor estupendo.

Llevaba las botas salpicadas de barro, la falda del vestido de montar cubierta de polvo del camino, el cuello de la camisa arrugado y aflojado, y los cabellos se le escapaban de las horquillas para formarle una nube oscura alrededor de la cara. Su aspecto era cansado, aunque saludable, y totalmente desaliñado.

De golpe, Sylvester se dio cuenta de que su paciencia había llegado al límite. Dirigió la mirada a lady Elinor esperando que dijera algo sobre la entrada y el aspecto poco ceremonioso de su hija. Pero Elinor siguió sorbiendo el jerez. ¿Qué le había dicho esa mañana sobre haber consentido suficiente tiempo el dolor no exteriorizado de Theo, que había llegado el momento de sacarla de su estado de ánimo actual? Elinor le había dicho que siguiera su instinto, y en ese instante, su instinto le indicaba que había llegado la hora de ponerla en su sitio.

-Perdóname, prima Theo -soltó resuelto-, pero no considero que el vestido de montar sea adecuado en la mesa.

-¿Y podría decirme desde cuándo eso le incumbe? -Theo se había vuelto hacia él con los ojos sombríos.

-Resulta que es mi mesa, prima. Por lo tanto, considero que me incumbe mucho.

-¿Suya? -Theo palideció bajo el bronceado del sol.

-Mía -afirmó con tranquilidad-. Y no acepto ropa de montar en mi mesa. -Alargó el brazo hacia el tirador de la campanilla que colgaba junto a la chimenea.

Foster apareció de inmediato en la sala en silencio.

-¿Podría pedir a la cocinera que retrase la cena quince minutos? -pidió el conde con educación.

Cuando Foster se retiró, se volvió hacia Theo.

-Tienes quince minutos, prima. A no ser, claro, que prefieras que te lleven una bandeja a tu habitación.

-¿Mamá? -Theo se volvió hacia su madre, con los ojos enfurecidos y suplicantes.

-Lord Stoneridge tiene derecho a establecer sus normas en su casa, Theo -contestó Elinor sin levantar la vista de su bordado.

Sorprendida, Theo contempló la cabeza agachada de su madre. ¿Cómo podía traicionarla de ese modo? Lord Stoneridge echó un vistazo al reloj y Clarissa se dirigió con rapidez hacia su hermana.

-Ven, Theo, te ayudaré a cambiarte. No tardaremos ni un minuto.

Theo se obligó a salir de su aturdimiento. Sus ojos se concentraron y se fijaron en la expresión impasiva del conde antes de volverse a su hermana.

-No, gracias, Clarry -dijo con voz distante pero inalterada-. No tengo apetito. -Dio media vuelta y salió del salón con el frufrú de la falda que provocaban sus pasos largos e impacientes.

«¡Gitana exaltada!», pensó el conde. No había querido privarla de la cena, pero ésa era su casa. Volvió a llenarse la copa mientras Elinor instruía con calma a Clarissa que tirara de la campanilla para llamar de nuevo a Foster.

-Puede servir la cena inmediatamente, Foster -dijo cuando apareció el mayordomo-. Lady Theo no cenará con nosotros.

-Espero que no esté indispuesta, milady. -Foster parecía preocupado.

-No creo -contestó Elinor, que dejó el bordado-. ¿Vamos al comedor, lord Stoneridge?

Sylvester le ofreció el brazo y siguió su dirección.

6

La silla vacía deTheo los contempló durante una cena incómoda. Elinor hizo lo posible por mantener un flujo continuo de charla banal con sus hijas y el conde, pero sabía que no engañaba a nadie, aunque por lo menos el conde mantenía su parte de conversación ante la mirada de reproche de sus primas.

Elinor no pudo evitar preguntarse por qué insistía con Theo a pesar de una oposición tan violenta. Las ventajas materiales de aquel matrimonio serían todas para Theo. Si su hija era incapaz de verlo, ¿por qué no se lavaba el conde las manos y se olvidaba de su generoso impulso?

La cena llegó a su fin, y Elinor, con el alivio reflejado en los ojos, se levantó con Clarissa y Emily.

-Le dejaremos para que tome su oporto, Stoneridge.

El conde se levantó con educación mientras salían del comedor y, después, con una decisión repentina, tomó la licorera de oporto con una mano, dos copas entre los dedos de la otra, y abandonó también el comedor. Cruzó el vestíbulo y subió las escaleras de dos en dos, sin ser consciente de la mirada sorprendida de Foster.

Se detuvo ante la puerta del dormitorio de Theo, con el brazo levantado para llamar con el codo, pero cambió de parecer. Era una ofensiva en que la sorpresa quizá fuera el arma más fuerte. Usó el dedo meñique de la mano con que sujetaba las copas para levantar el pasador y empujó la puerta con la rodilla para abrirla.

La luz era tenue, pero pudo ver a Theo sentada en el asiento junto a la ventana, acurrucada con las rodillas contra su cuerpo y el mentón apoyado en ellas.

-¿Por qué estás sentada a oscuras? -preguntó mientras entraba en la habitación.

-Como está en su casa, milord, imagino que prescinde de cortesías tales como llamar antes de entrar -comentó Theo con amargura.

-En absoluto -contestó el conde sin rencor. Se acercó una silla con el pie desde el rincón de la habitación y añadió-: Pero supuse que si llamaba, me cerrarías con llave en las narices.

Se sentó a horcajadas en la silla, frente a ella, con los brazos sobre el respaldo para apoyar sus manos cargadas. Con destreza llenó las dos copas con la licorera y alargó el brazo hacia ella.

-¿Oporto, prima?

Theo se enderezó en el asiento junto a la ventana y tomó una de las copas.

-No sé si te sentará demasiado bien con el estómago vacío -observó Sylvester, dejando la licorera en el suelo, a sus pies.

-¿Y de quién es la culpa de eso?

-Tuya y tú lo sabes. No tenías por qué marcharte con un berrinche. Theo sorbió el oporto. Se deslizó bien por su garganta tensa y le llegó al estómago con un calorcito agradable.

-Me insultó -dijo, y añadió con acritud-: Aunque eso es habitual.

-Y tú me has estado insultando siempre que has podido desde que nos conocimos. No podemos seguir atacándonos de este modo, Theo.

Se hizo el silencio en la penumbra del dormitorio. Sylvester la observó por encima de su copa. El vestido de montar yacía arrugado en un rincón del dormitorio y Theo sólo llevaba puesta la camisola y los calzones, con los cabellos sueltos. Era la primera vez que la veía sin trenza y se dio cuenta de que los tenía tan largos que podía sentarse sobre ellos.

Parecía no ser consciente de lo poco vestida que iba y fruncía el ceño, absorta en sus pensamientos. Entonces, de repente, dijo como si no hubiera restos de enfrentamiento entre ellos:

-Gracias por el retrato.

Era la primera vez que le decía algo cortés y parpadeó sorprendido de verdad. Cuando había entrado en la habitación estaba mirando el retrato de su padre, que colgaba en la pared que Sylvester tenía ahora a su espalda.

-Siento no haberlo trasladado antes -comentó-. Fue un descuido.

-¿Por qué? ¿Por qué tuvo que pasar? -Con una brusquedad sorprendente, lanzó la copa vacía al suelo y se puso de pie. La copa se rompió pero no se dio cuenta. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas y tenía la cara crispada de angustia. Su voz llenó la habitación de un torrente de palabras airadas ante la injusticia del destino-. ¡Es tan injusto! Era tan joven... significaba tanto para todos... era tan importante... y ahora todo ha desaparecido... perdido... desperdiciado...

Lloraba tanto por su padre como por su abuelo y, a veces, al oír sus palabras enojadas y desesperadas, a Sylvester le costaba distinguir en qué hombre concentraba su dolor. Pero no importaba. Sylvester comprendía el sufrimiento y la pérdida, así como los arranques violentos que provocaba la injusticia, y sabía que en ese momento, Theo no era consciente de su presencia. Toda la aflicción salió de ella en forma de palabras y lágrimas mientras estaba de pie en medio de la habitación con los puños cerrados con fuerza.

Sylvester sólo se movió cuando Theo golpeó a ciegas con el pie descalzo un trozo de cristal roto. Se levantó de la silla, la atrajo hacia él y la le-vntó del suelo.

-Quieta -le murmuró en los cabellos-. Te vas a cortar los pies. Theo intentó zafarse, aunque el conde notó que estaba tan sumida en su agonía que no sabía quién o qué era él. La siguió cargando, retrocedió hacia el asiento junto a la ventana y se sentó con ella en el regazo, recostada en su pecho. Sentía el calor de su piel bajo la fina camisola, el movimiento desesperado de sus muslos y nalgas en su regazo y, a pesar de las circunstancias, notó que su cuerpo adquiría rigidez como respuesta a esos gestos sinuosos. Poco después, cuando la fuerza de su llanto cedió un poco, dejó de forcejear. Seguía sollozando, pero apoyada en él y con la cara enterrada en su pecho mientras él le acariciaba los cabellos y murmuraba palabras inconexas para tranquilizarla.

No se dio cuenta de que la puerta se abría sin hacer ruido y volvía a cerrarse del mismo modo. Elinor se quedó fuera, con la mano en el pasador, reflexionando. Había subido para ver cómo estaba Theo y la oyó sollozar con desesperación a través de la puerta cerrada. No se había esperado la imagen que la aguardaba al otro lado de esa puerta.

Había dicho al conde que siguiera su instinto para tratar con Theo.

Parecía que se lo había tomado a pecho. Quizá debería arrancarle a su hija de los brazos. Pero le pareció que no. Así que regresó abajo a esperar acontecimientos.

Despacio, la tormenta remitió, la realidad se reafirmó y, cuando Theo volvió a forcejear para liberarse de los brazos de hierro que la sujetaban, ya no era una reacción ciega a su angustia.

Sylvester, que reconoció que volvía a tomar consciencia de las cosas, relajó la fuerza con que la sujetaba de inmediato. Theo levantó la cabeza y le miró los ojos grises que, por una vez, no eran fríos, irónicos ni burlones.

-¿Qué pasa? ¿Qué estás haciendo? -preguntó sorbiéndose la nariz y secándosela con el dorso del antebrazo.

-No estoy haciendo nada -dijo el conde-. Estás sentada en mi regazo hecha cisco, y lo único que he ganado con ello es una chaqueta arruinada. -Se cepilló la chaqueta empapada con una sonrisa compungida antes de sacarse un pañuelo del bolsillo delantero-. No te muevas.

Theo permitió que le sonara la nariz porque estaba demasiado desconcertada para protestar. Se apartó los mechones húmedos de lágrimas de las mejillas mojadas e inspiró jadeante por la boca para llenarse unos pulmones doloridos. Tenía la nariz tapada, le dolía y picaba la garganta y se sentía tan débil como un gatito.

Pero también exhausta y tranquila, como si hubiera expulsado un veneno. Recostó la cabeza en el hombro de Sylvester y permaneció así, con los ojos cerrados, esperando que sus extremidades debilitadas recuperaran las fuerzas.

Con cierta premeditación, Sylvester decidió que lo mejor era quedarse como estaba hasta que su prima estuviera dispuesta a moverse.

Siguió la curva de su mejilla con los dedos y ella se movió otra vez en su regazo con resultados previsibles. De forma deliberada, deslizó las manos bajo ella y le tomó el trasero

con las palmas, como si se preparara a levantarla de sus rodillas, pero sus manos permanecieron ahí durante más tiempo del estrictamente necesario.

-Arriba. -Por fin, con un movimiento rápido, la puso de pie-. Lamento molestarte, gitana, pero tenerte en el regazo sin otra cosa que esa ligerísima ropa interior para cubrirte las partes íntimas es más de lo que nadie que no sea de piedra puede resistir.

Sobresaltada, Theo se miró y comprendió a qué se refería, de repente muy consciente del calor del contacto prolongado e íntimo de las manos de Sylvester en sus nalgas. Se ruborizó y se lanzó al ataque.

-Yo no me senté en tu regazo -dijo, pero le picaba demasiado la garganta para exhibir su vehemencia habitual-. Y tampoco te he invitado a entrar.

Se estremeció de golpe ante el contacto del aire frío de la noche en su piel acalorada, lo que realzó la escasez de su atuendo. Dio un paso rápido hacia atrás para intentar instintivamente poner cierta distancia entre ambos, como si eso fuera a reducir la falta de delicadeza de la situación.

Soltó un grito al aplastar con el pie un cristal roto.

_Por el amor de Dios, eso era lo que intentaba evitar desde un principio. -Sylvester se levantó y la empujó con fuerza, de modo que cayó de espaldas en la cama, con el pie ensangrentado ondeando en el aire-. Quédate ahí hasta que haya recogido este desastre.

Theo se olvidó de cualquier muestra de pudor ofendido. Parecía inútil y, desde luego, demasiado tarde. Se sentó con las piernas cruzadas en la cama y se miró la planta del pie cortada.

-¿Rompí la copa?

_Sí -contestó Sylvester mirándola de rodillas, con los cristales que había recogido en la palma de la mano-. ¿No te acuerdas?

-Creo que debo de haber perdido el juicio. -Theo sacudió la cabeza.

-Espero que lo hayas recobrado -dijo con una sonrisa seca mientras se ponía de pie-. Creo que ya están todos. -Dejó los cristales sobre el tocador y sumergió un paño en la jofaina de agua fría-. Déjame echar un vistazo a ese pie.

Theo lo alargó para que lo inspeccionara, echada de espaldas en la cama. No estaba del todo segura de haber recuperado el juicio. De ser así, ¿por qué yacía en ropa interior recibiendo los cuidados de un hombre que detestaba? Quizás estaba demasiado cansada para que eso le importara. Cerró los ojos hinchados.

Un minuto después, el conde le aplicó el paño en los ojos y notó el agua fría en la cara acalorada.

-¿Mejor?

-Sí, gracias. -Abrió los ojos. Había el brillo de una sonrisa en esos ojos grises, y por primera vez pensó que no se parecía en nada a un hombre al que debería, o podría, detestar. Era casi como si no lo hubiera visto nunca antes con claridad, sino siempre a través del velo de su cólera y su dolor.

-Necesitas comer algo -dijo tras devolver el paño a la palangana-. Bajaré para pedir una bandeja mientras te metes en la cama. Después, tendremos una pequeña charla.

Theo se recostó en las almohadas y evaluó la situación. Se sentía extenuada por completo y no estaba en condiciones de entablar una «pequeña charla» con lord Stoneridge, cuyo tema podía adivinar con facilidad.

La licorera de oporto y la copa intacta del conde seguían en el suelo junto a la silla. Se levantó y se acercó con cuidado para llenarla y tomar un sorbo. Se suponía que el oporto era reconstituyente. En este caso, sintió que le bajaba directo hasta las rodillas, y se sentó deprisa otra vez en la cama acariciando la copa entre sus manos.

Sus ojos se dirigieron hacia el retrato que, de algún modo, le había hecho exteriorizar su dolor. Su padre le sonreía desde la eternidad. Su herencia podía ser suya. Si estaba preparada a pagar el precio. Tomó un sorbo de oporto.

Elinor salió del salón cuando Sylvester bajó las escaleras.

-¿Ha estado con Theo, Stoneridge? -Lo formuló a modo de pregunta.

Sylvester se detuvo en el último peldaño con la mano en el poste.

-Sí, señora -asintió-. Iba a pedir a Foster que le prepararan una bandeja. Tenía apetito cuando se recuperó.

-¿Piensa subirle la bandeja usted mismo? -Elinor lo miró pensativa.

-Con su permiso, lady Belmont. -Sus ojos se encontraron.

-Me parece que ya ha prescindido de él -dijo con sequedad-. Espero que no le haya arruinado la chaqueta por completo.

La mirada de Sylvester siguió la suya. Se tocó la zona húmeda del pecho.

-Si así fuera, habría sido por una buena causa.

Elinor asintió. Realmente, mostraba una perseverancia encomiable.

-Bueno, le sugiero que saque partido de su ventaja actual -aconsejó Elinor, que se volvió para dirigirse al salón-. Theo se recupera muy deprisa de los reveses.

-Me sorprende usted, señora -murmuró el conde con ironía mientras lady Belmont entraba de nuevo en el salón. Llamó a Foster, que llegó de la zona de la cocina con su acostumbrado paso majestuoso.

-Lady Theo necesita algo de cena -dijo Sylvester-. Prepare una bandeja y llévela a la biblioteca. Yo mismo se la subiré.

El semblante de Foster era la imagen de la desaprobación. El dormitorio de una dama no era lugar para un caballero, en especial uno que subía armado con una licorera de oporto.

-Quizá podría subirla una de las sirvientas, milord.

-Estoy seguro de que sí -afirmó su excelencia con impaciencia-. Pero voy a subirla yo.

-Muy bien, señor. -Con una reverencia estirada, Foster regresó a la cocina.

Cinco minutos después, entraba en la biblioteca con una bandeja cubierta con una tela.

-Le he puesto también un vaso de clarete, señor. El mismo que tomaron para cenar. Es uno de los favoritos de lady Theo. -Foster seguía rezumando desaprobación.

-Estoy seguro de que lo apreciará.

El conde tomó la bandeja y pasó ante la figura rígida del mayordomo en dirección a las escaleras.

-Por él amor de Dios, ¿no haces nunca lo que te dicen? -exclamó cuando entró en la habitación de Theo-. Te dije que te metieras en la camia. ¿Qué estás haciendo?

-Tomando oporto -contestó Theo en un tono bastante somnoliento-. Se supone que es reconstituyente.

-¿Y lo es? -preguntó el conde con una ceja arqueada mientras dejaba la bandeja en el tocador. Ya casi había oscurecido por completo, así que encendió las velas a ambos lados del mueble.

-No lo sé, pero no cabe duda de que me está atontando un poco.

Sylvester suspiró. A ese paso, no iba a estar en condiciones para oírle, y recordaba la advertencia de lady Belmont. Por la mañana, seguramente sería tan obstinada y descortés como siempre.

-Métete en la cama -ordenó.

-Es demasiado pronto para irse a la cama-replicó Theo, de pie, con el ceño fruncido mientras intentaba mantener el equilibrio. Después, asintió con satisfacción-. Debes saber que tengo la cabeza muy fuerte.

Fuerte o no, no estaba del todo sobria. Cuanto antes tuviera el contenido de la bandeja en el estómago, mejor.

-Te será más fácil cenar en la cama -afirmó el conde, que la cargó en brazos, retiró las sábanas y la metió bajo ellas. La facilidad con que logró efectuar esta maniobra le indicó la debilidad de Theo en ese instante. Puso bien las almohadas contra la cabecera y la recostó con firmeza en ellas.

-Y ahora, prima, vas a cenar.

Theo parpadeó, se preguntó un instante si sería sensato protestar por el mero hecho de hacerlo, aspiró el sabroso aroma de la bandeja que le puso sobre las rodillas y decidió que no.

-Me parece que será mejor que no te tomes el clarete -indicó Syl-vester, que retiró la tela.

-¡No! -Theo le agarró la muñeca cuando la acercó para llevarse el vaso-. No sé comer sin vino. Además, ¿no es un Saint Estéphe del noventa y ocho?

-Creo que sí. -Sylvester cedió. Comprendía demasiado bien esa cuestión para discutírsela.

Theo examinó el contenido de la bandeja. Un plato con sopa de setas, una pechuga de pollo asado frío y una tarta de crema.

-No es lo que cenasteis vosotros -observó-. Olí lechón.

-Pero decidiste no aparecer en el comedor -le recordó sin alterar-se-. Yo de ti, daría las gracias por lo que hay.

Situó la silla frente a la cama y volvió a sentarse a horcajadas en ella, con los brazos cruzados sobre el respaldo.

Theo se planteó soltarle una réplica agria, pero decidió que no tenía ninguna y hundió la cuchara en la sopa.

Era evidente que el oporto tenía un efecto suavizante, reflexionó Sylvester mientras llenaba la copa que Theo había dejado vacía en el suelo. Decidió esperar hasta que hubiera comido algo antes de empezar la conversación que tenía en mente, así que sorbió el vino y la contempló.

Los efectos de esa tormenta violenta se desvanecían con rapidez y, bajo la influencia de la cena, habían desaparecido casi por completo. Volvía a tener los párpados normales, y su nariz ya no estaba colorada. Bajo el brillo tenue de las velas, su pelo lucía su brillo habitual y su cutis había perdido su demacrada palidez y recuperado su tono dorado con un tinte rosado.

La camisola le dejaba los brazos y el cuello al descubierto, y la piel cremosa le brillaba a la luz de las velas. Los ojos de Sylvester se desviaron hacia su pecho, a la puntilla que bordeaba la curva suave de los senos y acentuaba el profundo surco entre ellos. Sus muslos recordaron el contacto de los de su prima, el movimiento inconscientemente sensual de sus nalgas bajo la tela fina de sus calzones.

Esas reflexiones voluptuosas no le facilitarían el ataque racional que estaba preparando llevar a cabo. Así que las descartó y dijo:

-¿Podrías explicarme con la mayor sencillez que puedas qué es exactamente lo que te disgusta tanto de mí?

La pregunta tomó tan por sorpresa a Theo que se atragantó con un bocado de pollo. Sylvester alargó la mano y le golpeó la espalda con energía antes de proseguir.

-¿Es mi aspecto? No puedo hacer gran cosa al respecto. ¿Mi forma... mi conducta hacia ti? Ha obedecido a la tuya, así que si deseas que cambie, tendrás que cambiar tu propia conducta hacia mí. ¿Qué más podría ser?

Theo tomó un sorbo de vino mientras reflexionaba. Su aturdimiento anterior había desaparecido gracias a la cena, y volvía a pensar con claridad, aunque seguía exhausta. El conde la observaba con una ceja arqueada, esperando una respuesta a una pregunta que encontraba racionalmente imposible de contestar.

No era su aspecto... ni mucho menos. Si se permitía admitirlo, era con diferencia el hombre más atractivo que había visto nunca, sin excluir a Ed-ward, a quien había amado durante años. Y si se permitía recordar el contacto de su cuerpo, el sabor de su lengua, el olor de su piel...

Mejor no permitir esos recuerdos. Le impedían pensar con frialdad.

Su conducta hacia ella era sin duda censurable: arrogante, controladora, descortés. Pero él la acusaba de lo mismo y la honestidad la obligaba a admitir su culpa. El conde era muy distinto con su madre y sus hermanas, lo que parecía indicar que era merecedora de un trato especial.

-¿Tienes problemas para contestar, prima? -preguntó Sylvester con ese conocido tono irónico en la voz.

-En absoluto -dijo algo sonrojada apartándose la bandeja de las ro-dillas-. Eres un Gilbraith.

-Esa vieja historia ya no te sirve, Theo -suspiró el conde-. Me educaron para sentir el mismo cariño hacia los Belmont que vosotros sentís por mi rama de la familia, pero es algo infantil y estúpido.

-No estoy de acuerdo. -Theo apretó los labios. Con un esfuerzo supremo para contenerse, Sylvester empezó a contar con los dedos.

-No soy responsable de la antigua pelea; ni tampoco de ser un Gilbraith, ya que no elegí a mis padres; no soy responsable de la muerte de tu padre y, por último, prima, no soy responsable del vínculo.

Todo eso era cierto. Pero algún demonio testarudo en su interior no iba a rendirse con tanta facilidad.

-Puede ser, pero no me gustarás nunca -dijo con un desapasionamiento categórico, ignorando la vocecita interior que le preguntaba cómo podía estar tan segura cuando ni siquiera le había dado una oportunidad.

-Ya veo. -La cara del conde se ensombreció-. Entonces, no hay nada más que decir. -Descansó el mentón en sus brazos cruzados, con los ojos más fríos que nunca-. Salvo esto: a partir de ahora, no tienes ni voz ni voto en los asuntos de la propiedad. -Ignoró la forma brusca en que su prima tomó aliento y siguió con la misma voz monótona e indiferente-. Daré órdenes a Beaumont para que deje de consultarte. Si tiene algún problema con eso, lo sustituiré.

Se levantó, y su figura resultaba imponente en la frágil habitación infantil.

-Dejarás también de intervenir en los asuntos de mis arrendatarios, prima. Sirven a un señor, el conde de Stoneridge, y se les va a dejar muy claro. A partir de este momento, ya no tienes ninguna influencia. Si intentas saltarte estas instrucciones, te prohibiré que circules con libertad por la propiedad. ¿He hablado con claridad?

Theo sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Lo odiaba porque tenía poder para hacer eso pero, por alguna razón, no se había imaginado que lo haría. Había creído que seguiría ejerciendo la verdadera influencia desde la casa viudal y que el conde sería el mero titular de la propiedad.

-No puedes hablar en serio... -Sacudió la cabeza y se humedeció los labios secos-. No sabes nada sobre la gente, sobre las tierras.

-Puedo aprender, prima. Y como me has negado tu ayuda, aprenderé sin ella. -Se dirigió hacia la puerta-. Buenas noches.

Se quedó sentada, aturdida, en la habitación en silencio, con el único ruido del pasador de la puerta y de los pasos del conde que se alejaban por el pasillo. La persecución había terminado. Ahora la dejaría en paz, como quería, como había estado luchando por conseguir.

Se trasladarían a la casa viudal y sólo existiría un contacto muy superficial entre las dos casas. No habría dotes, por descontado. El conde no estaba obligado a proporcionarlas, no si no había ninguna relación familiar. Pero Emily ya estaba prometida y Clarry se casaría sólo con la encarnación de su fantasía romántica, y tal encarnación estaría sin duda dispuesta a prescindir de una consideración tan mundana. Rosie era demasiado joven para que eso la inquietara. Y en cuanto a ella...

Le cayó una lágrima de enojo de los ojos. No quería un marido, pero sí la propiedad. Si aceptaba ayudarlo a conocer el lugar y su gente, ¿rescindiría la prohibición?

¡No! Antes muerta que sucumbir al chantaje.

Retiró las sábanas y se levantó cansada de la cama. Dejó la bandeja vacía en el tocador y ordenó el dormitorio con desgana antes de cambiarse la ropa interior por el camisón. Yacía en la cama a oscuras con los ojos abiertos escuchando los conocidos crujidos de la vieja casa cuando se asentaba para la noche. Desde hacía doce años sabía que no tenía derecho sobre la casa, pero enfrentarse a ello con tanta realidad era otra cuestión.

A pesar de lo cansada que estaba, el sueño la eludía. Dio vueltas y más vueltas hasta que las sábanas se le enrollaron alrededor de las extremidades calientes y la almohada parecía una roca ardiente. Apartó las sábanas a puntapiés y trató de permanecer inmóvil, con la esperanza de que la brisa fresca de la noche que entraba por la ventana abierta la ayudara a relajarse.

Abajo, en la biblioteca, el conde de Stoneridge estaba junto a la ventana mirando el césped bañado por la luna. Había perdido. Lo había derrotado un gitanita testaruda, consentida y maleducada que se negaba a ver más allá de sus prejuicios lo que era bueno para ella, para todos.

La había atacado, furioso y decepcionado por su terminante rechazo. Había dispuesto que sufriera hasta que se conocieran las verdaderas condiciones del testamento. Pero, por alguna razón, la idea de su aflicción le causaba menos satisfacción de la que debería.

Había tenido su oportunidad y había fracasado. La amargura se apoderó de su garganta. Qué venganza tan perfecta había planeado el viejo conde. Una maravillosa venganza en tres actos: primero, la humillación de un cortejo obligado a una fiera insolente y despectiva que no sería nunca una esposa como es debido para ningún hombre; después, la espantosa vergüenza del rechazo, y por último, la existencia desdichada de un noble ocioso y empobrecido con una casa majestuosa y sin medios para mantenerla.

¿Qué otra clase de vida esperaba a un soldado en desgracia en medio de la guerra? La buena sociedad podía ignorar las murmuraciones si se referían a un conde rico en posesión de una herencia magnífica. Pero el espectáculo que presentaría ahora sería patético.

Se pasó una mano cansada por la cara, parpadeó con rapidez y miró por la ventana. Una figura cruzaba con rapidez el césped hacia la pérgola de rosas. Una figura inconfundible bajo la luz de la luna, con esa cascada de pelo negro hasta más allá de la cintura y ese paso ágil y cadencioso.

¿Qué rayos haría a esa hora? Echó un vistazo al reloj. Eran las dos de la madrugada. Abrió más la ventana de la biblioteca, se encaramó al alféizar y saltó a la tierra blanda del parterre de flores que había debajo. Después, corrió por la hierba y entró en la fragante pérgola con pasos que resonaron sobre las losas.

Theo le oyó y se volvió de golpe, de modo que sus cabellos describieron medio círculo a su alrededor. Tenía una mano en la garganta y el corazón le latía asustado.

-¿Qué diablos haces aquí? -preguntó Sylvester al llegar junto a ella. Conservaba el terror en los ojos, de color púrpura en la oscuridad, cuando le puso las manos en los hombros en un gesto exasperado y tranquilizador a la vez.

-¿Qué haces? -soltó Theo con un requiebro para soltarse-. Me has asustado.

-No es extraño -afirmó-. No son horas de pasearse.

-Aquí no hay nada que me dé miedo, sólo tú -dijo su prima, enojada, mientras su corazón recuperaba su ritmo normal-. Todo el mundo me conoce. Nadie me haría daño.

-Puede ser, pero sigue siendo una locura. -Volvió a agarrarla por los hombros-. ¿Adonde ibas?

-¿Por qué debería importarte eso? -preguntó Theo-. Todavía no me has prohibido pasear por el jardín. ¿O se me pasó algo?

-Mira, nunca he sentido necesidad de usar la violencia con una mujer -afirmó el conde en un tono de ligera curiosidad-. Pero tú, prima, perteneces a una categoría aparte.

Theo retrocedió para alejarse de sus manos. Parecía un movimiento prudente. Se cerró la delgada capa alrededor del cuerpo y lo observó lo más calmada que la renovada fuerza de los latidos de su corazón le permitían. Inspiró a fondo y dijo lo que se había prometido no decir:

-Accedo a ayudarte en tu trabajo en la propiedad, si todavía lo deseas.

-Menuda concesión, prima. -Dio un paso adelante y Theo retrocedió otro-. Pero no estoy seguro de desearlo todavía.

El rostro de su prima mostraba tal franqueza, sus ojos tal vulnerabilidad... fruto de emociones explosivas y de las impresiones y sorpresas de la noche.

«Aprovéchate de su desventaja -pensó Sylvester-. Todavía hay una última táctica posible.»

Con un movimiento rápido le agarró el brazo y la atrajo hacia su cuerpo a la vez que la envolvía con la capa para aprisionarle los brazos antes de que pudiera utilizarlos con un efecto devastador.

-Esto es lo que deseo -dijo.

Theo quedó sepultada bajo un beso de una fuerza salvaje, un beso que se parecía tan poco a un acto amoroso como un disparo y, a pesar de eso, contra toda lógica, lo respondió con la misma pasión, sin saber ni importarle si era por cólera o por deseo. El contacto de sus cuerpos era tal que notaba cómo los botones de la chaqueta de su primo le oprimían la piel a través de

la ligera capa y del camisón. De nuevo fue consciente de la dureza rígida que se erguía contra su barriga, y de nuevo se apretó contra él con un gemido de necesidad.

El conde le situó las manos en las nalgas y la apretó contra él, y Theo arqueó la espalda con la cabeza echada hacia atrás mientras sus pechos ansiaban el tacto que recordaba de la playa y Sylvester devoraba su boca con la suya.

La luz plateada de la luna se filtraba a través de los capullos de rosa cerrados que adornaban el arco sobre ellos y le iluminó la cara cuando el conde levantó la cabeza, jadeante y excitado.

Theo abrió los ojos y unas corrientes sensuales recorrieron lo más profundo de su mirada cuando los fijó en los de su primo, donde vio el mismo mensaje.

-No quiero tu ayuda, prima-dijo éste despacio-. Quiero una asociación contigo. -Se inclinó para volver a tomar su boca, y esta vez hundió las manos bajo la capa, le levantó el camisón para dejarle las piernas, los muslos, al descubierto y tocarle la piel de modo que Theo se estremeció de pies a cabeza. Cuando le acarició las nalgas, la sobresaltó la intimidad de ese contacto, pero perdió toda sensación de sobresalto cuando le deslizó la palma entre los muslos e invadió sus partes más secretas con una caricia que abrió puertas de placer que no había imaginado nunca.

-Asociación -murmuró en su boca-. En esto y en todo, Theo. Únete a mí y te prometo que te haré descubrir un mundo que no sabías que existía. -Sus dedos la separaron, la abrieron, se deslizaron hacia su interior, y Theo oyó su propio grito de éxtasis estremecerse bajo la luz de la luna.

Sylvester la sujetó contra él hasta que sus piernas recuperaron las fuerzas y su respiración se tranquilizó. Entonces, le pasó la palma de la mano por la boca, y tenía la piel impregnada de su propio olor y sabor. Con una sonrisa, le inclinó hacia arriba la barbilla.

-¿Estás dispuesta a renegociar, prima?

Theo asintió despacio. En ese extraño medio mundo de luz de luna con aroma de rosas, cuando ya no parecía saber con exactitud quién era, cuando toda la confusión y aflicción de los últimos días se desvanecían entre las nieblas de la fatiga, era una decisión que parecía tomarse sola... una decisión que entonces parecía inevitable.

-¿Asociación? -Su voz era baja e intensa, su pulgar le acariciaba los labios, sus ojos reflejaban pasión.

Podía asociarse con ese hombre. Eran parecidos en muchos sentidos. Tal vez fuera eso a lo que se había estado resistiendo, lo que la había asustado con su poder.

-Asociación -accedió en voz baja.

El triunfo y una dulce oleada de alivio recorrió el cuerpo de Sylvester. Había arrancado la victoria de las fauces de la derrota.

-Bien -murmuró con una satisfacción tranquila. Volvió a atraerla contra su cuerpo y a besarla, esta vez con una ternura que la sorprendió y la deleitó tanto como su anterior ferocidad. Y después la soltó, la separó de él y la envolvió con la capa.

-Ahora tienes que irte a la cama, Theo. Mañana por la mañana hablaremos con tu madre.

Le permitió que la acompañara de vuelta a la casa y a su habitación, que le quitara la capa y que la tapara como si fuera Rosie.

-Duérmete -le dijo en voz baja, con un beso en la frente.

Y eso hizo.

7

-Theo, Theo, ¿estás despierta? Son más de las nueve. -La voz de Clarissa desde la puerta sacó a su hermana a la superficie desde las profundidades de un sueño profundo y tranquilo.

Abrió los ojos, se desperezó y bostezó.

-¿De verdad es tan tarde?

-Sí, y te acostaste muy temprano. -Clarissa entró en el dormitorio con el ceño fruncido de ansiedad-. Emily y yo queríamos venir a verte ayer por la noche pero mamá no nos lo permitió -dijo sentándose en el borde de la cama y mirando a su hermana con la misma expresión de angustia-. ¿Te encuentras bien?

-Sí, por supuesto. -Theo se incorporó y parpadeó para acabar de despertarse-. Me siento un poco como si alguien me hubiera golpeado la cabeza con un hacha, pero... ¡Dios mío! -Fijó la mirada en su hermana a medida que el recuerdo iba tomando cuerpo. No era extraño que hubiera dormido hasta tan tarde; eran casi las tres cuando se metió en la cama... cuando la metieron en la cama.

-¿Qué pasa?

Theo se pasó las manos por los cabellos y tiró de los enredos.

-Creo que dije que me casaría con Stoneridge -anunció despacio-. Debí de volverme loca, Clarry.

-Oh, Theo, ¿estás bien? -dijo Emily desde la puerta antes de que Clarissa pudiera reaccionar ante la sorprendente afirmación de Theo.

-Creo que no -comentó Theo-. Voy de camino al manicomio. ¡Dios mío! -Se echó hacia atrás en la cama y se tapó la cara con las sába-nas-. Decidme que no pasó.

-¿Qué no pasó?

-Aceptó casarse con Stoneridge -informó Clarissa a su hermana mayor con una sonrisa.

-Oh, me alegro -soltó Emily de corazón-. Es un hombre tan amable, Theo. Estoy segura de que os llevaréis bien. Y ahora no tendrás que irte de la casa señorial.

-Stoneridge no es un hombre amable... -la contradijo Theo con energía tras destaparse la cara-. Es muchas cosas, pero amable no es una de ellas.

-Sí, tienes razón -asintió Clarissa-. Es una palabra demasiado... demasiado sentimental para describirlo.

-Lo siento -dijo Emily con cierta acritud-. Es evidente que no tengo vuestra precisión lingüística. En cualquier caso, me gusta, y también a mamá.

-Pero a mí no -gimió Theo-. Lo detesto.

-Eso no es posible -soltó Clarissa con sentido práctico-. No ha-brías aceptado casarte con un hombre a quien detestas.

-No sabes lo persuasivo que puede ser -comentó Theo con amargura. Recordaba esos momentos en la pérgola de rosas con una vividez embarazosa: las manos del conde en su cuerpo, dentro de su cuerpo. ¿Cómo había podido permitir que sucediera? Pero no lo había permitido. Había pasado sin más.

-Bueno, es comprensible que tengas dudas -afirmó Emily, con la sabiduría enérgica de quien ya ha pasado por lo mismo-. Cuando Edward y yo decidimos casarnos estuve nerviosísima varios días, dudando si hacía lo correcto.

-Edward no es Stoneridge -señaló Theo-. Edward sí es un hombre amable. -Apartó las sábanas y se levantó de la cama-. Tengo que decirle que cometí un error.

-¡No. puedes hacer eso, Theo! -Emily estaba horrorizada de verdad-. Eso sería como un devaneo vulgar... un flirteo... mamá no lo permitiría.

-Mamá no esperaría que me casara con un hombre al que no soporto sólo por un momento indiscreto -afirmó Theo.

-¿Un momento indiscreto? -preguntó Clarissa, con los ojos iluminados por la curiosidad-. ¿Qué pasó?

-Nada... -Theo notó que se ruborizaba-. No fue nada.

-Oh, venga, Theo. ¿Qué pasó? Me encantaría tener un momento indiscreto.

Cuando Clarissa perseguía la verdad era como un terrier tras una rata.

-Espero que Theo se refiera a que el conde la besó -indicó Emily, con el mismo aire informado de antes-. Es de lo más decoroso entre las parejas prometidas. No es nada indiscreto.

-Pero tal vez Theo se refiera a que el conde la besó antes de prometerse -comentó Clarissa con un brillo en los ojos-. Eso sí sería indiscreto, ¿verdad?

-¡Oh, callaos, las dos! -Theo se quitó el camisón y se dirigió al tocador, donde se agachó para lavarse la cara en la jofaina.

-Bueno, ¿lo hizo? -insistió Clarissa.

-Ya que queréis saberlo, hizo mucho más que eso -soltó con la voz apagada bajo la toalla mientras se secaba.

-¡Theo! -exclamó Emily.

-¿Qué hizo? -quiso saber Clarissa, que observaba el cuerpo desnudo de su hermana con un interés renovado.

-No voy a decirlo. -Theo tomó con rapidez la camisola y se la pasó por la cabeza.

-Claro, es que el conde es bastante mayor -observó Emily con diplomacia-. Mucho mayor que tú, y con mucho más mundo, sin duda.

-Bueno, no podía ser de otro modo: era soldado -intervino Clarissa.

-También lo es Edward.

-Y estoy segura de que Edward tiene mucho más mundo ahora que antes -afirmó Theo, contenta de dejar de ser el centro de atención. Rebuscó en el armario para encontrar un vestido, el más sencillo que tuviera. Cuando dijera a Stoneridge que había cometido un error, no quería que recordara lo que había provocado ese error.

-¿Se lo has dicho ya a mamá?

-No... pasó hace tan sólo unas horas. Todo el mundo estaba dormido.

-¿Tuvisteis una cita en plena noche?

-No del todo. No fue una cita... fue una casualidad -aclaró mientras se pasaba un cepillo por el pelo antes de hacerse una trenza con gran habilidad-. De hecho, todo este jodido asunto ha sido un cúmulo de errores.

-Has dicho una palabrota, Theo.

Las tres hermanas se volvieron hacia la puerta.

-Rosie, deberías aprender a no acercarte a la gente con tanto sigilo -la riñó Clarissa.

-No he hecho eso. ¿Qué es un flirteo?

-¿Cuánto tiempo llevabas ahí escondida? -preguntó Theo mientras repasaba mentalmente lo que habían estado diciendo. Sin duda no había sido adecuado para los oídos de la niña.

-No estaba escondida. Sólo estaba aquí -protestó Rosie, que ondeó la red blanca que sostenía en la mano-. ¿Va a venir alguien conmigo a cazar mariposas?

-No, en este momento no -contestó Emily, distraída. Como Theo, trataba de recordar qué habían dicho.

Rosie entró en la habitación y se subió a la cama.

-¿Y qué es un flirteo? ¿Se va a casar Theo con el conde?

-Un día de éstos, esas orejas tan grandes que tienes te van a meter en un buen lío -la amenazó Theo, con el ceño fruncido.

-¿Es una fiesta privada o se puede pasar? -Elinor apareció sonriente en la puerta-. Me preguntaba por qué estaría desayunando sola. ¿Cómo te encuentras, Theo?

-No he estado enferma, mamá -dijo Theo.

-No, va a ser un flirteo -indicó Rosie-. Pero no quieren decirme qué es eso... Oh, y va a casarse con el conde.

Sus hermanas mayores suspiraron y su madre frunció el ceño.

-Theo no va a casarse con nadie sin mi permiso, hija. Y como nadie me ha comentado nada de ese asunto, puedes suponer que lo oíste mal. ¿Entendido?

-Sí, mamá -contestó Rosie, escarmentada, y se bajó de la cama-. Sólo quería que alguien cazara mariposas conmigo.

-Ya puedes irte. -Su madre la sacó de la habitación antes de volverse hacia las demás-. Clarissa, Emily, me gustaría hablar con Theo a solas.

Las dos intercambiaron una mirada rápida con Theo y se esfumaron cerrando la puerta tras ellas. Elinor se sentó en el asiento junto a la ventana y observó muy seria a Theo.

-Quizá te gustaría explicarme qué pasa.

-Es un lío, mamá... -dijo Theo tras suspirar y dejarse caer en la cama.

Elinor oyó una versión muy fragmentada de los acontecimientos de la noche anterior, pero si sospechaba las piezas que faltaban, no dio indicios de ello.

-¿Así que a la fría luz del día has cambiado de idea?

-Sí -asintió Theo sin rodeos.

-Entonces más vale que se lo expliques al conde con toda rapidez -indicó Elinor, que se puso de pie-. Es muy desagradable hacer eso a nadie sean cuales sean las circunstancias, y tienes la obligación de no ocultarle ni un instante más tu verdadera opinión al respecto.

-Estás enojada -afirmó Theo.

-Me gustaría que hubieras manejado las cosas con más principios, Theo -comentó mientras se dirigía hacia la puerta-. Aceptar casarse con un hombre para desdecirse acto seguido supone una falta de delicadeza que me cuesta aceptar en una de mis hijas. No voy a imaginar qué pasó entre tú y el conde ayer por la noche, pero si eso le dio pie a creer que sentías algo por él, confío en que te resulte muy violento desengañarlo.

Salió y dejó a Theo a punto de llorar de frustración. Su madre había puesto el dedo en la llaga con una precisión perturbadora... ¿Y por qué estaba Elinor tan a favor de ese matrimonio? Theo no dudaba que su madre estaba de parte del conde y que lo había estado desde el primer instante.

Pues sí, iba a resultar violento decírselo. Pero mejor soportar unos minutos de bochorno espantoso que toda una vida de amargura. Con una expresión forzada, bajó las escaleras en busca de Stoneridge.

Foster no había visto a su excelencia. No creía que hubiese desayunado aún, aunque eran casi las diez y el conde solía madrugar.

Desconcertada, Theo volvió arriba y se detuvo ante la puerta cerrada del dormitorio del conde. Se abrió mientras estaba ahí, indecisa, con la mano medio levantada para llamar.

Henry salió y la cerró con suavidad tras él.

-¿Puedo ayudarla en algo, lady Theo?

-Su excelencia... -dijo-. Necesito hablar con él urgentemente. ¿Podría pedirle que me dedique un momento?

-El señor está indispuesto, lady Theo -dijo Henry. Lo había sabido en cuanto había entrado en la habitación del conde al amanecer. Cuando fue a descorrer las cortinas como de costumbre, un hilo de voz le había hablado desde la penumbra de las cortinas de la cama. «Nada de luz, Henry.» Pasarían muchas horas antes de que el conde de Stoneridge estuviera en condiciones de hablar con nadie.

-¿Indispuesto? -Theo parpadeó sorprendida. Los hombres no se indisponían, por lo menos, no los hombres jóvenes y fuertes como Stoneridge. La indisposición era para viejos gotosos como su abuelo.

-Eso es, lady Theo -reiteró Henry, con educación pero con firmeza, lo que indicaba que no estaba dispuesto a ampliar la afirmación-. Si me dispensa. -Hizo una reverencia y se marchó hacia las escaleras.

Theo contempló la puerta cerrada. ¡Qué inoportuno! ¿Por qué no podría haberse indispuesto, o lo que fuera, una hora o dos más tarde?

Bajó las escaleras hacia el salón del desayuno para comentar el desconcertante estado del conde con su madre y sus hermanas.

Stoneridge yacía en la penumbra combatiendo las náuseas que aumentaban con cada zarpazo de dolor que le desgarraba el lado derecho de la cabeza. Las arcadas exacerbaban el dolor hasta un grado insoportable, de modo que si hubiera tenido fuerzas, habría gritado o se habría golpeado la cabeza con la columna de la cama; cualquier cosa con tal de eludir la agonía. Pero la debilidad insidiosa se había apoderado ya de sus piernas, aunque no

encontraran descanso, y empeoraría hasta que unas lágrimas incontrolables se abrieran paso entre sus párpados.

La puerta se abrió y Henry se acercó sin hacer ruido a la cama.

-¿Tomará algo de láudano, milord?

-No conseguiré retenerlo -dijo Sylvester. Sólo le iba bien si lograba tomarlo en cuanto aparecían los síntomas de aviso, pero esa mañana se había despertado, como sucedía tan a menudo, cuando el ataque estaba ya bien afianzado, y lo único que podía hacer entonces era soportarlo.

-Lady Theo quería hablar con usted, señor -dijo Henry, que le colocó un paño empapado en lavanda sobre las sienes-. Dijo que era urgente.

Sylvester se quedó inmóvil; por un segundo el dolor remitió. Sabía que eso sólo anunciaba una violencia renovada pero, de modo penoso, agradecía el pequeño respiro. ¿Por qué querría Theo hablar con él urgentemente? ¿Tendría dudas?

El dolor atacó en una nueva oleada y gimió a la vez que agarraba la palangana que tenía junto a la cama con unas arcadas agónicas mientras el dolor le traspasaba el cráneo como si le estuvieran hundiendo clavos en el hueso con un martillo.

Henry sostuvo la palangana; era lo único que podía hacer. Y cuando terminó, secó la cara gris de su excelencia y le ofreció un trago de agua. Sylvester permanecía quieto, intentando concentrarse.

-Henry, quiero que vayas a Londres de inmediato.

-¿A Londres, milord? -La sorpresa del hombre era evidente en su voz.

-Llevarás un anuncio a la Gazette. Tiene que llegarles esta noche para que puedan publicarlo mañana.

Controló el dolor, lo ignoró y sujetó el brazo de Henry con una presión convulsiva.

-Ve enseguida.

-Pero no puedo dejarlo, señor.

-Sí que puedes. Di a Foster que nadie, nadie, puede entrar en esta habitación a no ser que yo lo llame. Y, ahora, toma lápiz y papel; te diré qué hay que decir.

-Muy bien, milord. -Henry se hizo con los elementos solicitados. Discutir sólo empeoraría las cosas.

Sylvester soportó una nueva oleada de agonía y después, con la voz en un hilo, dictó:

-El conde de Stoneridge tiene el honor de anunciar su compromiso con ladyTheodora Belmont de Stoneridge Manor, hija del difunto vizconde Belmont y Elinor, lady Belmont. -Sacudió la mano a modo de final-. Eso tendrá que bastar. Encárgate de ello, Henry. Y trae un ejemplar de la Gazette cuando regreses por la mañana.

-¿Estará bien, milord? -El ayuda de cámara seguía dudando.

-No, hombre, claro que no. Pero sobreviviré. Hazlo.

-Sí, señor. -Henry salió sin más protestas y dio las órdenes del conde a Foster. Diez minutos después cabalgaba hacia la carretera de Londres con el anuncio del compromiso del conde con su prima guardado a salvo en el bolsillo delantero.

Theo se pasó el resto del día cerca de la casa, a la espera de que el conde reapareciera. Su madre se negaba a comentar el tema y sus hermanas mayores querían hablar de él sin fin. A ella ambas conductas le resultaban una dura prueba, ya que sólo ponían de relieve su propia confusión. Caminó arriba y abajo por el pasillo frente a la puerta cerrada del conde, preguntó a Foster un par de veces sobre las instrucciones exactas de Henry y trató de imaginar qué podría haber derribado a un hombre como Sylvester Gilbraith de modo tan repentino y absoluto.

No se le ocurrió preguntarse dónde habría ido Henry. Todavía no formaba parte del servicio y sus idas y venidas no le concernían demasiado.

Por la noche, estaba desesperada. Con cada hora que pasaba, su compromiso parecía ser más un hecho y menos una propuesta volátil. Cada hora que Sylvester seguía creyendo que iban a casarse hacía que desengañarlo resultara más difícil, por no decir más carente de escrúpulos e hiriente.

Se planteó escribirle una nota y deslizaría bajo la puerta, pero desechó la idea como un acto de cobardía. Le debía una explicación cara a cara.

Pero ¿cuál era la explicación? ¿Que no le gustaba? ¿Que no quería casarse con nadie? ¿Por lo menos todavía? ¿Que no podía plantearse vivir su vida con un Gilbraith? ¿Que tenía miedo de él?

Había algo de cierto en todo eso, pero lo más importante era que tenía miedo de él, de lo que le pasaba cuando estaba con él. Tenía miedo de perder poder, de perder control sobre sí misma y su mundo. Y si ella lo perdía, Sylvester Gilbraith se apoderaría de él. La sumergiría en un remolino turbulento de emociones y sensaciones en el que hasta entonces sólo había asomado un poco la nariz. Parte de sí misma pedía esa inmersión, y otra parte tenía pánico de sus consecuencias.

Se acostó sin haber decidido nada y se pasó la noche dando vueltas y más vueltas, agitada por la indecisión. De repente estaba resuelta, con las ideas claras y lo que iba a decir a punto, firme y racional, amable y comprensiva, y acto seguido, las palabras se le agolpaban confusas al pensar en lo que el matrimonio con Sylvester Gilbraith podría aportarle: Stoneridge Manor y la propiedad, por supuesto, pero más que eso, mucho más que eso. El conde había despertado la pasión en ella, le había mostrado un aspecto de sí misma que desconocía, la había llevado a las puertas de un mundo sensual que estaba impaciente por explorar.

Si Theo hubiera visto a quien tanto la asustaba y confundía durante las horas largas y terribles de la noche, no habría tenido tanto miedo.

El conde estaba hecho una piltrafa, sumido en el dolor, ciego a todo salvo a la agonía deshumanizante. Tomaba grandes tragos de láudano, incapaz ya de pensar que no le serviría de nada hasta que las espantosas náuseas remitieran. Quizá retendría algo, lo bastante para calmarlo un poco, incluso unos minutos. Sabía que lloraba, que unos horrorosos gemidos animales surgían sin querer de sus labios, pero estaba demasiado débil para guardar silencio, y estaba contento de que nadie fuera testigo de su vergonzosa fragilidad. No pensaba en su matrimonio, en el recado de Henry, en Theo ni en qué medidas se estaría planteando. Sólo suplicaba un alivio.

Y, gracias a Dios, llegó después de salir el sol, cuando la casa empezaba su rutina diaria. La última dosis de láudano le había permanecido en el estómago, le había recorrido las venas y lo había sumido en la inconsciencia.

A mediodía, Elinor decidió que ya no podía respetar las órdenes que el conde había dado a Foster. No se le había visto en treinta y seis horas. Nadie había entrado en su habitación desde la marcha de Henry, y todo tipo de explicaciones siniestras le acudía a la mente. ¿Sería un borracho? ¿O adicto a alguna práctica desnaturalizada que lo mantenía recluido varios días seguidos? Si ese hombre iba a casarse con su hija, no podía haber tales misterios.

Llamó con suavidad y, cuando no obtuvo respuesta, levantó sin hacer ruido el pasador y se coló en la habitación cerrando la puerta tras ella, ya que sentía que tenía que respetar la intimidad del conde hasta ese punto por lo menos.

El hedor del sufrimiento cargaba el ambiente del dormitorio en penumbras y se oía una respiración fuerte, estertórea, desde detrás de las cortinas corridas de la cama.

Se acercó de puntillas y descorrió las colgaduras junto a la cabecera tallada. Estaba muy oscuro y costaba distinguir algo más que la forma blanca de la cara del conde en la almohada, pero cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, vio las líneas del sufrimiento marcadas alrededor de su boca y sus ojos, la barba oscura a lo largo de su mandíbula. Reconoció la respiración sedada de la enfermedad de su suegro, y su mirada se depositó en la botella vacía de láudano en la mesilla junto a la palangana que había estado usando durante las últimas angustiosas horas.

¿Qué sería esa misteriosa enfermedad? ¿Un legado de la guerra, tal vez? Había muchos hombres en el continente afectados de tales legados.

Tomó la jofaina fétida, la cubrió con un paño del lavamanos para llevársela y salió del cuarto tan silenciosa como cuando entró.

Theo subía las escaleras cuando su madre las bajaba.

-¿Ha salido ya Stoneridge de su habitación, mamá?

-No, y no creo que lo haga por algún tiempo -dijo Elinor-. Ahora está durmiendo.

-¿Pero qué le pasa? -exclamó Theo, frustrada-. ¿Cómo puede desaparecer así dos días?

-Supongo que tiene algo que ver con su herida de guerra -respondió Elinor con naturalidad-. Nada que nos ataña. -Pasó junto a su hija y se llevó la jofaina hacia la cocina.

Theo se mordió el labio. Después, corrió escaleras arriba hacia la habitación del conde. Levantó una mano para llamar, pero algo la detuvo. Un fuerte sentido de intromisión.

Bajó la mano y se marchó. El conde no podía quedarse ahí para siempre, pero ella no podía pasar otro día en la casa, derrotada.

Siempre había trabajo que hacer y ahogaría su frustración en el aire fresco, el ejercicio y los asuntos útiles.

Así pues, no estaba en la casa cuando Henry regresó a última hora de la tarde. Estaba cansado después de haber cabalgado desde muy temprano y cambiado caballos con frecuencia para mantener el ritmo. Pero las carreteras eran buenas y había logrado un tiempo excelente. En el bolsillo llevaba un ejemplar de la Gazette, que había comprado al amanecer a un vendedor, con la tinta apenas seca.

Dejó el caballo en el establo y se apresuró a entrar en la casa preguntándose si el conde seguiría en cama, o si el ataque habría sido corto. Rara vez lo eran, pero nunca duraban más de dos días.

Foster lo recibió con la condescendencia altanera de un viejo criado no preparado aún para aceptar a un recién llegado.

-Su excelencia sigue en su habitación, Henry.

-Ya veo. Entonces querrá tomar el té, seguro -contestó en un tono eficiente, nada molesto por la actitud del mayordomo-. Pida en la cocina que preparen un poco, por favor. Y agua caliente para el baño de su excelencia. Bajaré a buscarlo cuando haya visto cómo está.

Sin esperar a ver cómo era acogida su petición, subió deprisa las escaleras y entró en la habitación del conde sin ceremonias.

Las cortinas de las ventanas seguían corridas, pero las de la cama ya no.

-Ah, Henry, hombre. ¿Lo has logrado?

La voz del conde era fuerte, y Henry se acercó a la cama, conocedor de lo que vería. Stoneridge le sonrió, con los ojos claros y la tez, a pesar de la barba, pálida pero saludable. Exudaba un aura de paz, como si hubiera exorcizado algún demonio espantoso.

-Sí, milord, aquí lo tengo -Alargó el periódico a su señor-. Le traeré un poco de té y tostadas, si le apetece.

-Sí, gracias -contestó Sylvester distraído mientras repasaba los anuncios con los ojos-. Tengo más hambre que un lobo. -Asintió con satisfacción ante la breve nota de su compromiso. Se necesitaría mucho más que una renuencia vaga o una simple indecisión de su prometida para anular ese anuncio. Jamás pensó que daría gracias por haber tenido un ataque, pero ése había resultado ser de lo más oportuno.

-También deseará tomar un baño, señor.

-Dios mío, sí. Apesto -afirmó el conde, que dobló el periódico y se pasó la mano por el mentón con una mueca de aversión-. Debo de oler a mil kilómetros.

-Pues no se nota, señor -sonrió Henry con alivio-. Pero me ocuparé de ello enseguida.

Dos horas más tarde, el conde observaba su imagen reflejada en el espejo con satisfacción bajo la luz del sol del ocaso. Unos pantalones color aceituna le cubrían los muslos y pantorrillas, y la chaqueta marrón oscuro le realzaba los músculos de los hombros como si se la hubieran cosido sobre el cuerpo.

Sus cabellos cortos brillaban, su piel tenía aspecto de salud y bienestar, y él sentía la euforia que seguía siempre al infierno. Su joven prima no iba a poder presentarle ninguna dificultad insuperable. Tomó la Gazette y se, dio unos golpecitos con ella en la palma de la mano. No, esa gitana exaltada iba a entrar amablemente en vereda.

Salió de la habitación y se dirigió con paso rápido hacia las escaleras. Oyó la voz de Theo en el vestíbulo hablando con Foster con esa falta de aliento que significaba que sabía que llegaba tarde. Echó un vistazo al reloj de bolsillo. Eran casi las seis, y apostaba lo que fuera que acababa de llegar de los campos.

Se apartó hacia una jamba profunda de una ventana cuando oyó sus pasos que ascendían deprisa por la magnífica escalera de madera.

-Tarde otra vez, prima. -Salió de entre las sombras en el momento en que llegó a su altura. Sus ojos eran burlones, su sonrisa indicó aTheo que su tono de reprimenda no iba en serio.

-¡Oh, me has asustado! -Se detuvo en seco-. Siempre lo haces, Stoneridge.

-Te ruego me disculpes, gitana. -Le agarró la muñeca para atraerla hacia él y le acarició la mejilla con la mano-. Te he echado de menos.

-¿Dónde estabas? ¿Qué te pasaba? -preguntó, desconcertada y frustrada, intentando soltarse.

-Una vieja herida de guerra -dijo mientras sacudía la cabeza para restarle importancia, y le sujetó con más fuerza el mentón.

-Tengo que hablar... -El resto se perdió bajo los labios del conde, y Theo empezó a sentir ese conocido cosquilleo al empezar a hervirle la sangre. La mano de Sylvester le recorrió la espalda y le rodeó el trasero en una caricia prolongada. Sonaron las campanas de alarma, pero apenas podía oírlas a través del latido de la sangre en los oídos. Alargó las manos y se las pasó tras la nuca para sujetarlo con mucha más fuerza que él a ella. El sabor y el olor de su cuerpo le dispararon los sentidos y era como si oyera el canto de las sirenas...

Hasta que él se llevó una mano a la nuca para soltar las suyas y las campanas repiquetearon su advertencia con renovada fuerza. Pero no le dio oportunidad de hablar. Le apoyó un pulgar en los labios enrojecidos, con una sonrisa en los ojos, aunque su voz era fría y serena.

-Date prisa en cambiarte, Theo. No queremos más situaciones desagradables respecto a la cena. -Como para corroborar sus palabras, el reloj de péndulo tocó las seis.

-Pero es que...

-Rápido -le dijo, y aumentó la presión del pulgar-. No puedes tener a todo el mundo esperando mientras la cena se pasa.

La frustración ensombreció los ojos de Theo, pero Sylvester leyó también aceptación en ellos. Retiró el pulgar, se agachó y le besó los párpados. Después, riendo, le pellizcó la punta de la nariz y se marchó hacia la escalera.

-Por todos los santos -murmuró Theo, retorciendo las manos, sin saber si quería estrangularlo o abrazarlo tan fuerte que no pudiera soltarse nunca.

Se quedó en la jamba perdiendo unos minutos valiosísimos hasta que Clarissa subió corriendo la escalera.

-Theo... Oh, estás aquí. ¿Qué estás haciendo? Lord Stoneridge me pidió que te ayudara a cambiarte. Dijo que, si no, llegarías muy tarde.

Theo se miró las manos. Quería estrangularlo... nada más. Había sido más hábil que ella, y el muy condenado seguía mandando.

Clarissa la apresuraba por el pasillo y, con un suspiro, se rindió. No podía hacer nada de momento. Después de cenar tendría su charla. Tendría que entender que su indisposición, o lo que fuera, era la causa de la demora.

-¿Qué vestido? -preguntó Clarissa a la vez que abría el armario-. El de muselina con ramitos y nudos de cinta verde es muy bonito.

-No quiero nada bonito, Clarry. Sólo limpio y arreglado -afirmó Theo mientras se quitaba el vestido de montar-. Pásame el de lino verde.

-¡Pero es tan sencillo! -se lamentó Clarissa.

-Es limpio y arreglado -articuló Theo con cuidado, y levantó la jarra para verter agua en la palangana.

-Pero vas a cenar con tu prometido...

-¡No! -Se salpicó el agua con fuerza en la cara-. Por el amor de Dios, Clarry, olvida esas estupideces románticas. No voy a casarme con Stoneridge. Así de simple.

Clarissa conocía el gesto testarudo de los labios de su hermana y sabía que era mejor no insistir. Le pasó el despreciado vestido de lino verde y le cepilló el pelo. Los mechones negros

relucían con cada movimiento del cepillo. Sólo Theo tenía el espectacular color de su padre; las demás se parecían a Elinor, con los cabellos castaño claro y los ojos azul cielo.

-¿Te hago un moño en la nuca? -preguntó con timidez-. Ya sabes lo mucho que te favorece.

-Hazme una trenza -le contestó su hermana de modo cortante. Clarissa suspiró e hizo lo que le había pedido.

-Muy bien... gracias. -Theo se puso de pie y se calzó un par de sandalias caladas, más apropiadas para un paseo vespertino en el jardín que para la cena. Alzó los ojos hacia el bonito reloj de marquetería de la repisa. Apenas eran las seis y veinte.

-Venga, bajemos -sonrió a su hermana y la abrazó un momento-. Eres un sol, Clarry. Perdona si he estado irritable.

-Lo has estado -contestó Clarissa con un suspiro resignado. Su gran hermana lograba siempre disipar cualquier resentimiento con su sonrisa.

Bajaron las escaleras y entraron en el salón tomadas del brazo.

Ambas se percataron de inmediato de que pasaba algo. Foster estaba descorchando con delicadeza una botella del champán añejo de la bodega del difunto conde.

Theo se quedó helada. ¿Quién había tenido la desfachatez de ordenar a Foster que abriera una botella tan buena? Su madre no, seguro. No tenía la menor idea de lo que había en las bodegas. Los ojos de Theo se desviaron hacia el conde de Stoneridge, que estaba en su lugar habitual, junto a la chimenea vacía, con un codo apoyado en la repisa.

«Por supuesto -pensó con amargura-. El conde de Stoneridge tenía derecho a beber la botella que quisiera, incluso aunque no hubiera dedicado esfuerzo, conocimiento ni dinero a su compra.»

-Ven -dijo Sylvester alargando una mano hacia ella-. Te estábamos esperando.

Su prima miró a su alrededor. Su madre estaba sentada en el sofá con su bordado en el regazo. Emily sostenía un ejemplar de la Gazette en la mano, y fue ella quien habló.

-¡Oh, Theo, qué ilusión! Mira, aquí está el anuncio de tu compromiso.

-¿Qué? -Su semblante perdió el color y lo recuperó después en una oleada de cólera-. Déjamelo ver. -Casi le arrancó el periódico a Emily.

La simple frase convertía el asunto en un hecho consumado, transformaba la indecisión en meras cenizas al viento.

Clarissa leyó el anuncio por encima de su hombro. Su hermana temblaba y le puso una mano tranquilizadora en el hombro. No sabía por qué a Theo le resultaba tan difícil, pero como era así, le ofreció todo el apoyo silencioso que podía. Theo habría hecho lo mismo por ella, tanto si hubiera .estado de acuerdo con ella como si no.

-Le ruego acepte mis felicitaciones más sinceras, lady Theo -dijo Foster. El tapón salió entre sus dedos con apenas un pop, y sirvió las burbujas del color de la paja sin derramar una sola gota.

-¿Stoneridge, podríamos...?

-Después de cenar -indicó éste con suavidad-. Si te apetece pasear un poco, estoy seguro de que tu madre lo permitirá.

¡Diablo manipulador! Después de lo que había pasado entre ellos, ¿qué tenía que ver el permiso de su madre en nada? Theo se sintió como un hombre que se ahogaba y se aferraba a una roca cubierta de hierbajos. Cada vez que agarraba un zarcillo, las hojas viscosas se le deslizaban entre los dedos.

Elinor tomó una copa de la bandeja que le ofrecía Foster.

-Theo, cielo, tú y lord Stoneridge podéis comentar lo que creas necesario después de cenar. Él te escuchará como tú lo escucharás a él.

Theo esperó enfadada que su madre brindara por la feliz pareja, pero Elinor no la abandonó tan por completo. Levantó la copa, tomó un sorbo considerado y dijo:

-Una buena idea, Stoneridge.

El conde inclinó la cabeza a modo de aceptación y tomó un sorbo de champán. Las chicas intercambiaron miradas comprensivas e hicieron lo mismo.

«No tiene sentido desperdiciar un champán añejo», pensó Theo mirando a su de momento prometido por encima de la copa. Tenía muy buen aspecto para ser un hombre que había pasado dos días indispuesto. ¿Habría sido un truco? ¿Habría previsto su cambio de parecer posterior? No podía ser. Ni siquiera un Gilbraith podía ser tan taimado, ¿o quizá sí?

8

El Black Dog, en Spiralfields, era un local nada saludable, frecuentado generalmente por carteristas y villanos de varios gremios. Era famoso entre los policías, cuyo aspecto, muy a menudo, se confundía con el de sus presas del otro lado de la ley.

La noche del día en que la Gazette contenía la noticia del compromiso de Sylvester Gilbraith con Theodora Belmont, un hombre bajó de un coche de alquiler frente a la taberna y se detuvo un momento en los adoquines embarrados. Arrugó su nariz aguileña al notar el hedor de basura putrefacta y excrementos humanos que fluían por las cloacas abiertas que recorrían la sucia calzada.

Un pilluelo harapiento simuló chocar con él, pero antes de que pudiera volver a emprender la marcha, el capitán Neil Gerard, del Tercero de Dragones de Su Majestad, le echó el guante. El chiquillo, no mayor de siete u ocho años, contempló con ojos aterrados a su captor, que con dedos de acero, le obligó a abrir el puño.

-¡Ladrón! -exclamó el capitán con gran frialdad mientras recuperaba su reloj de la palma mugrienta. Levantó el bastón con la empuñadura de plata y el pequeño gritó. Nadie prestó atención a la escena ni a los gritos del niño cuando cayó de rodillas bajo los golpes implacables. Esa violencia era relativamente suave para los estándares de aquella parte de Londres, e incluso el pilluelo que yacía gimoteando en la alcantarilla sabía que había salido bien parado. Si el caballero lo hubiera entregado, se habría enfrentado al lazo de la horca en Newgate Yard o a las cárceles flotantes que había en el estuario del Támesis.

El capitán Gerard dio un puntapié al huesudo cuerpo acurrucado a modo de despedida y entró en la posada agachando la cabeza para cruzar el bajo dintel.

Le lloraron los ojos debido al humo denso que se elevaba de un montón de pipas de cerámica y el hedor nocivo del carbón mineral que quemaba en la enorme chimenea, a pesar de tratarse de una calurosa tarde de verano. Los hombres alzaron los ojos de las jarras o los dados y volvieron a bajarlos. La taberna de Jud era un local del hampa, un lugar donde un hombre podía hacer negocios de cierto tipo sin llamar la atención. Si se sabía a quién y cómo preguntar y se tenía el dinero suficiente, se podía encontrar a un boxeador profesional, a un asesino, a un pirómano, a un descerrajador o a un salteador de caminos.

El hombre que servía tras la barra tenía el rostro brutalmente desfigurado de alguien que vive usando la violencia. Una cicatriz escarlata le cruzaba la mejilla donde una espada francesa había cortado el hueso; le habían roto la nariz en tantas peleas que ya no podía respirar por ella, y tenía la boca siempre abierta, de modo que dejaba al descubierto un incisivo negro. Un parche manchado le cubría la cuenca vacía del ojo izquierdo.

-Vaya, vaya, pero si es el capitán -saludó al recién llegado con lo que podría haber sido una sonrisa pero era más bien una expresión de sorna-. ¿Vuelve a ser ese día, señor? Es increíble cómo pasa el tiempo.

Agarró una jarra de cerveza y dio un buen trago. Después, se secó la boca con el dorso de una mano mugrienta.

-¿Qué puedo ofrecerle, señor? -Su desdén aumentó. Sabía que el capitán no tocaría nada en aquel local.

El capitán Gerard no se dignó contestar. Esa humillación semanal le resultaba cada vez más difícil de soportar, pero no tenía elección. Y mucho menos ahora. Se sacó una bolsa de piel del bolsillo y la dejó caer en la barra con un fuerte ruido.

-Bueno, ¿pero qué tenemos aquí? -Jud abrió la bolsa y dejó caer las guineas de oro a la barra, donde brillaron débilmente en la superficie sucia.

-¿Sólo cuatro, señor? -Su voz adoptó un tono burlón-. Y yo que pensaba que habíamos acordado un poco más... porque mi memoria mejora día a día. Extraño, ¿no? -Secó la barra con la manga y su único ojo brilló con maldad-. La mayoría de la gente olvida las cosas con el tiempo, pero no yo, no Jud O'Flannery.

Neil Gerard sintió la rabia habitual mezclada con la humillación de su impotencia. Aquel hombre lo tenía bien agarrado. Sostenía en la palma de una inmensa mano sucia la reputación

del capitán, su prestigio social, quizás incluso su vida: un pelotón de fusilamiento era el castigo por la cobardía ante el enemigo.

-Ese comandante Gilbraith era como es debido -reflexionó Jud-. Un hombre valiente. Todo el mundo dice que fue uno de los mejores oficiales que tenían en la península Ibérica. Incluso el viejo Nosey lo creía.

El duque de Wellington, a quien correspondía ese apodo, tenía muy buena opinión de Sylvester Gilbraith. Fue eso lo que había salvado al comandante de la condena por cobardía que los hechos vagos podían haber provocado con tanta facilidad como la absolución. Pero el duque había insistido en que se concediera a su favorito de siempre el beneficio de la duda.

Y eso había dejado a Neil Gerard con un problema sin solución que permanecería con él mientras Sylvester Gilbraith y Jud O'Flannery coexistieran en el mundo.

Pero Jud no sabía que el problema de su viejo capitán había empeorado de repente. Sylvester era ahora el conde de Stoneridge y estaba a punto de contraer un matrimonio excelente. Tarde o temprano se reincorporaría a la buena sociedad. La vieja historia resucitaría; habría murmuraciones, pero la buena sociedad perdonaba deprisa, en especial cuando se trataba sólo de un rumor y la persona tenía unos contactos tan buenos en el mundo privilegiado que habitaba la clase alta.

Que la historia se reabriera era lo último que quería el capitán Gerard La gente haría preguntas, quizá cada vez más inquisitivas. ¿Y si Sylvestej empezaba a indagar? ¿Y si empezaba a recordar lo que pasó momentos antes de que le clavaran esa bayoneta? ¿Y si decidía defenderse con energía en los clubes de St. James? La defensa de Sylvester Gilbraith provocaría inevitablemente que las miradas se dirigieran hacia Neil Gerard, que debería haber acudido a apoyar la posición en problemas y no lo logró de modo inexplicable.

Neil se metió una mano en el bolsillo y dejó caer otra guinea en la barra. Contempló su cruz con desprecio, y Jud rió a la vez que recogía las mo nedas.

El sargento O'Flannery había presenciado el momento en que su capitán decidió abandonar al pequeño grupo del comandante Gilbraith a su suerte. El sargento O'Flannery había recibido la orden de retirar a los hombres, mientras su capitán había galopado hacia la seguridad de la línea del piquete.

Sólo el sargento O'Flannery había sabido lo que se ocultaba tras la orden de retirada, y cada vez ejercía su poder sobre Gerard con más codicia y más fuerza.

Neil echó un vistazo alrededor del bar a través del humo que se elevaba hacia las vigas ennegrecidas. Entre los bebedores, habría alguien que lo librara de Sylvester Gilbraith por dinero. Pero si Jud se enteraba de ese plan que le robaría la gallina de los huevos de oro, la propia vida del capitán Gerard no valdría un penique. Jud O'Flannery era el rey incuestionable de los bajos fondos de Londres; no había dinero suficiente como para tentar a un ladrón o un asesino para que se peleara con él. Y tenía espías en todos los tugurios inmundos de la ciudad.

Dio media vuelta y se marchó de la fétida habitación sin mediar otra palabra. Y, cuando la elegante figura salía a la calle, el sargento escupió con desdén en el serrín a sus pies.

Gerard subió al coche de alquiler que lo esperaba. La eliminación del ahora conde de Stoneridge significaría que no tendría que volver a hacer nunca esas visitas degradantes a Spitalfields, visitas que Jud insistía en que hiciera en persona. Gerard tenía pues que arrastrarse a ese antro de ladrones para pagar su chantaje, y esa humillación parecía comportar al repugnante sargento O'Flannery más satisfacción aún que el dinero en sí.

Había otros locales del hampa además de la taberna de Jud donde podía encontrarse un asesino a sueldo. Nadie estaría dispuesto a enfrentarse a Jud O'Flannery, por supuesto, pero nadie tendría reparos en acabar con un caballero desconocido. Por un buen precio, nadie haría preguntas.

Neil frunció el ceño bajo la tenue luz del coche, sujeto a la correa mientras las ruedas de hierro del vehículo traqueteaban sobre los adoquines y viraban bruscamente para no atrepellar a un chucho sarnoso. Si pudiera librarse de Stoneridge mientras todavía estuviera en el campo... algún tipo de accidente... se habrían terminado sus problemas. No tendría por qué identificarse ante un posible asesino, y si elegía a ese hombre en un barrio alejado de la zona de Jud, no era probable que éste se enterara. Valía la pena correr el riesgo.

Pero si fracasaba, si Sylvester reaparecía en la buena sociedad, ¿qué pasaría? Habían sido amigos antes de lo de Vimiera. Y él había sido el primero en hacerle el vacío a Gilbraith. Sabía que todo el mundo estaba esperando ver qué actitud adoptaría él para seguir su ejemplo. Cuando volvió la espalda a Gilbraith, se supuso que había sabido la verdad pero que, por su vieja amistad, no había querido contar algo que condenaría al comandante. La buena sociedad había vuelto la espalda a Sylvester Gilbraith, y éste había desaparecido del mapa llevándose su vergüenza con él. Costaría mucho hacer que volviera a enfrentarse con esa humillación otra vez.

La buena sociedad no sabía nada de Jud O'Flannery, a quien se había solicitado, como el único suboficial presente durante los hechos en cuestión, que asistiera al consejo de guerra. Jud había amenazado con relatar su propia versión de los hechos si su capitán condenaba a Gilbraith sin pensárselo. Y, de ese modo, se había asegurado unos bonitos ingresos que podía aumentar a voluntad.

Pero suponiendo que Sylvester volviera a Londres, ¿qué pasaría si Gerard fuera el primero en acogerlo de nuevo en la buena sociedad? ¿Si tendiera la mano de la amistad, dispuesto con generosidad a dejar las sospechas atrás? La buena sociedad seguiría su ejemplo y se acabaría el escándalo. Sylvester estaría loco si intentaba reabrirlo.

Pero Sylvester era un hombre muy orgulloso, capaz de actos de un valor enorme en lo que afectaba a sus lealtades o principios. Si creía que había razones para limpiar su nombre, lo haría fuera cual fuera el coste personal. Se enfrentaría a la censura de la buena sociedad para demostrar que tenía razón. No, el mejor plan era disponer que alguien le preparara un accidente en Dorset. En algún lugar de ese sombrío mundo de asesinatos y robos, podría permanecer en el anonimato y contratar a alguien dispuesto y capaz de lograrlo.

Los pensamientos y los planes de un hombre desesperado se arremolinaban en la cabeza del capitán mientras el coche lo conducía por las calles pobres del East End de Londres hacia la zona elegante de pocos kilómetros cuadrados que ocupaban los de su propia clase.

Mientras su antiguo amigo estaba ocupado de ese modo, Sylvester Gilbraith estaba terminando una incómoda cena con su prometida y su familia. El silencio de Theo empañaba cualquier intento de conversación. Si hubiera sido un silencio hosco, habría sido más fácil de ignorar, pero lo doloroso de su inquietud era tan evidente que cualquier posible tema sonaba irrelevante y banal.

Por fin, Sylvester no pudo soportarlo más. Lanzó la servilleta a la mesa y se puso de pie.

-Perdone, lady Belmont, pero me parece que vamos a sufrir todos de indigestión si Theo no se desahoga pronto. -Se dirigió hacia donde estaba sentada su prima, que contemplaba una fresa en el plato como si no hubiera visto nunca tal fruta, y le corrió la silla hacia atrás-. Vamos, prima. Acabemos con esto de una vez.

-¿Con qué? -Alzó los ojos hacia él, de pie a su espalda, sobresaltada al tener que abandonar su concentración.

-Espero que tú me lo digas -soltó con sequedad mientras la agarraba por el codo y la obligaba a levantarse-. Dispénsenos, señora.

-Por supuesto -dijo Elinor, aliviada.

Un lacayo se apresuró a abrirles la puerta, y Sylvester se llevó a Theo al vestíbulo.

-Muy bien, ¿quieres que lo comentemos en la biblioteca o prefieres que demos un paseo?

-No hay nada que comentar. -Las palabras le salieron de golpe-.No puedo casarme contigo, Stoneridge. Eso es todo.

-Me parece que tenemos mucho que comentar -contestó éste con frialdad-. ¿O crees que basta con soltar eso de improviso? La prerrogativa de una mujer a cambiar de parecer, ¿es eso?

Theo se ruborizó. Había esperado que la hiciera quedar mal, y no cabía duda de que tenía derecho a hacerlo, pero era horrible verse de ese modo.

-No lo entiendes...

-No, no lo entiendo -aseguró de manera cortante-. Pero me lo vas a explicar. Veamos, ¿prefieres ir a la biblioteca o que demos un paseo?

Si no hubiera habido tanto en juego, Sylvester se habría compadecido de ella. Tenía los ojos afligidos y se pasó una mano sin darse cuenta por el flequillo ralo que le cubría la frente. Pero no podía permitirse sentir compasión. Su prima estaba en una situación de desventaja, e iba a explotarla al máximo.

-¿Qué decides?

Theo se sentía sofocada. Los ojos del conde no eran nada comprensivos, sus labios formaban una línea tensa, y era como si una piedra enorme la estuviera aplastando.

-Paseemos -dijo antes de dar media vuelta y salir por la puerta principal casi corriendo.

Sylvester la siguió de un modo más relajado y cruzó tras ella el césped en dirección al puente de piedra a los pies de la colina. Theo se detuvo en el puente y se apoyó en el parapeto con la mirada puesta en las aguas mansas del río que fluía debajo.

Dos cisnes se zambullían entre las nubes de mosquitos que cubrían la superficie del agua.

Sylvester llegó al puente con unos pasos que sonaron con fuerza en medio de la quietud. Se inclinó hacia el muro junto a ella. Aunque Theo no dijo nada, pudo notar el escalofrío que le recorrió el cuerpo cuando la rozó con el brazo.

-Espero que no te estés haciendo la interesante, gitana -comentó.

-¡Claro que no! -Se volvió enfadada hacia él. Nadie la había acusado nunca de eso.

-Entonces, ¿qué rayos te pasa?

-¡Tengo miedo! -exclamó con la misma rabia. No tenía intención de decírselo, pero las palabras le habían salido solas. Era lo último que él se habría esperado.

-¿Tienes miedo? ¿Pero de qué, mujer?

-¡De ti! -admitió con un susurro feroz.

-¿De mí? -Sylvester estaba estupefacto-. ¿Qué he hecho para que me tengas miedo?

Theo tomó una piedrecita suelta del parapeto y la lanzó al río.

-No es tanto lo que has hecho como lo que temo que hagas -afirmó en voz baja.

-¿Qué crees que voy a hacerte, tontita? -preguntó Sylvester con el ceño fruncido.

-No soy tontita -dijo recuperando parte de su sangre fría-. Tengo miedo de que me envuelvas, que te apoderes de mí.

-Sigo sin comprenderte. -Se armó de paciencia. No había ninguna duda de que era un tema mucho más complejo de lo que había creído en un principio.

-Me da miedo perderme si me caso contigo -aclaró-. Tomarás el control y me barrerás del mapa. -Tenía la mirada fija más allá del río, consciente de que tenía las mejillas coloradas, de que no lograba expresarse nada bien, pero era algo muy embarazoso de explicar.

-Apartémonos para que no nos vean desde la casa -soltó Sylvester de repente, consciente de las ventanas que los observaban desde lo alto de la colina como ojos brillantes. La tomó del brazo, la guió por el puente y la llevó a unos metros de la orilla hacia el grupo de robles donde había visto a su prima por primera vez.

-Y ahora veamos qué puedo hacer para calmar tus miedos. -Sonriente, la apoyó en un árbol, con una mirada algo divertida. Creía comprenderla-. Tal vez esto te ayude...

Era terrible. En cuanto los labios del conde tocaron los suyos, Theo estuvo perdida.

No había nada que le permitiera controlar sus reacciones. Deslizó las manos bajo la chaqueta de Sylvester en un viaje de exploración particular y notó la calidez de su piel bajo la camisa, la musculatura de su espalda e incluso la firmeza de sus nalgas.

Cuando sus lenguas se unieron y se enzarzaron, le mordisqueó el labio inferior y lo rodeó con las piernas, oprimiendo con urgencia la entrepierna contra su cuerpo.

Le recorrió el cuerpo con una mano para moldear la turgente rigidez que quedaba retenida bajo sus pantalones, y cuando notó cómo la carne cobraba vida con sus caricias, sintió una exultación desenfrenada porque supo que estaba tan lleno de deseo como ella.

Se echó en el suelo bajo la presión urgente de la mano de Sylvester en su hombro y se recostó en la hierba húmeda del rocío de la tarde. El conde la levantó un momento hacia él y le desabrochó los corchetes de la parte trasera del vestido para dejarla caer después de nuevo en la hierba. Theo se retorció y levantó el cuerpo para ayudarlo mientras le quitaba el vestido. Después le desabrochó la camisola y, una vez que tuvo el pecho desnudo, le pasó la lengua por las areolas rosadas mientras le acariciaba con delicadeza su curva suave con un dedo.

Theo ardía en deseos. Carecía de pudor, de voluntad para contener sus movimientos, y separó los muslos para exponer la ansiosa hendidura de su cuerpo a la mano que se deslizaba hacia abajo, se metía bajo la cinturilla de sus calzones y se abría sobre su barriga. Buscó con frenesí la prenda y se la quitó como pudo, alejándola de un puntapié.

Arqueó las caderas en busca del cuerpo del conde para acercarlo a ella,mientras intentaba encontrar con las manos la forma de tocarle la piel y llegar a la parte turgente que todo su cuerpo sabía que le proporcionaría el placer máximo.

Y, entonces, de repente, con una fuerte exclamación, Sylvester se separó de ella. Bajó los ojos hacia la chica medio desnuda que yacía abierta y expectante con los ojos enloquecidos de pasión y los brazos aún extendidos como si esperara que volviera a su abrazo.

-¡Por todos los santos! -susurró pasándose una mano por los cabellos mientras trataba de recuperar el control. Inspiró a fondo, con un escalofrío, y recogió los calzones de Theo-. Póntelos.

-¿Por qué? -farfulló Theo, que entrecerró los ojos. A ella le estaba costando más recuperar el juicio-. Vuelve aquí.

Sylvester se agachó, le tomó las manos que lo invitaban a seguir y la levantó. Había logrado controlar por completo el deseo y, mientras sostenía la prenda, estaba dividido entre la risa y la exasperación.

-Levanta el pie.

-Pero ¿por qué?

-Porque, mi apasionada jovencita, no tengo intención de concebir un heredero antes de la noche de bodas. Venga, levanta el pie. -Y para enfatizar las palabras, le dio una palmadita en la pantorrilla.

Theo obedeció, pero la sangre le estaba tardando mucho en enfriarse. Se abrochó como pudo los botones de la camisola mientras Sylvester le subía los calzones con gran eficiencia.

-¿Comprendes ahora de lo que tengo miedo? -preguntó en voz baja-. Me envuelve, me pierdo. No sé qué hago.

-Dime la verdad -dijo mientras le apartaba un mechón de la cara-. ¿En este momento estás asustada o decepcionada?

-Decepcionada-contestó por fin Theo tras pensar un momento, y esbozó una sonrisa atribulada.

-Yo también -rió Sylvester, que se puso serio-. No tienes que tener miedo. Yo siento lo mismo que tú. Si tú te pierdes en mí, yo me perderé en ti. Hacer el amor es el grado máximo de asociación. No es ninguna debilidad, gitanita. No es algo de lo que deba sacarse provecho. Te prometo que nunca me aprovecharé de tu pasión. ¿Comprendes?

«Nunca más», rectificó en silencio, aplastando una sensación de disgusto.

Theo asintió despacio. Pero seguía temiendo el poder de esos sentimientos, de los fuertes deseos de su cuerpo. Si alguien se decidiera a usarla, sería un arma muy potente. Se agachó para recoger el vestido y se lo pasó por la cabeza.

Sylvester apoyó la espalda en un árbol, cruzado de brazos, y la observó con una leve sonrisa.

-¿Me veré obligado entonces a enviar otro aviso a la Gazette, o sigue en pie nuestro compromiso?

-Supongo que sí -concedió, aceptando así la derrota-. Tú quieres mis conocimientos de la propiedad. Yo quiero la propiedad. Con ello ambos obtenemos algo que queremos.

-No cabe duda de que es una forma de verlo -soltó con ironía, y se separó del árbol-. Venga, volvamos a la casa y tranquilicemos a todo el mundo.

Esa noche Elinor se acostó tranquila por primera vez desde la muerte de su suegro. Ahora sus hijas tenían el bienestar asegurado; incluso Rosie recibiría una buena dote cuando llegara el día, y su hija más inquieta y problemática estaba al cuidado de un hombre que, al parecer de Elinor, sería la única clase de marido adecuado para ella. No estaba del todo segura de poder describir la clase de hombre que era, pero una especie de instinto maternal le decía que Theo pronto lo descubriría.

Al día siguiente, Sylvester cabalgó hasta Dorchester para un recado importante, sin saber que su prometida había ido también a hacer un recado matrimonial por su cuenta.

Theo cruzó el pueblo de Lulworth y lo dejó atrás en dirección al castillo de Gorfe. Se detuvo en una casita, más una edificación anexa que una vivienda, situada justo antes de llegar a las ruinas del castillo. Dulcie ya había estado ahí antes y pastó con satisfacción la hierba del lugar donde estaba atada mientras Theo desaparecía hacia el interior de la casita con el techo bajo de paja.

-Buenos días, señora Merriweather. -Dejó un paquete envuelto en tela en la mesa, sin comentar nada.

-Buenos días, jovencita. -Era una anciana, tan mayor que costaba imaginar que la vida palpitara bajo esa piel arrugada que le quedaba como una prenda de vestir demasiado grande. Estaba sentada en un taburete de tres patas, junto a la chimenea. Pero tenía unos ojos penetrantes y, al echar un vistazo al paquete, supo que contenía carne y queso de la cocina de la casa señorial, y que también habría algunas monedas. Suponía que suficientes para acabar de vivir con lo que ganaba como herborista de los lugareños de Dorsetshire.

Volvió la mirada hacia su visita, a quien conocía desde que tenía diez años, cuando en uno de sus paseos por el campo había llegado por casualidad a la casita llorando de rabia. Llevaba en brazos un conejo que había perdido una pata en una trampa y tenía una rodilla ensangrentada debido al corte que se hizo al arrodillarse en una piedra muy afilada para intentar soltar al animal herido.

La anciana le había vendado la herida, le había dado jarabe de rosa canina y un poco de pastel y la había enviado a casa con la promesa de que cuidaría del animalito.

El conejo había ido a parar a la cazuela esa misma noche y había alimentado a la mujer una semana pero, cuando la niña volvió, le dijo que se había marchado con las tres patas que le quedaban, capaz de sobrevivir en libertad.

Desde entonces Theo había visitado a la anciana con regularidad, y siempre llevaba algo, aunque sólo fuera media hogaza de pan del desayuno. Al hacerse mayor, los regalos habían sido más considerables y siempre elegidos con esmero.

En la mesa de la vieja herborista el queso y la carne escaseaban.

-¿Qué puedo hacer por ti, jovencita? -preguntó la anciana, que se dio cuenta de que no era una mera visita de cortesía. La tensión del cuerpo esbelto de la muchacha hablaba por sí sola.

-Tiene formas de impedir que una mujer conciba un hijo -dijo directamente, apoyada en la mesa destartalada.

-Sí, y también formas de detener un embarazo, si es lo que necesitas. -La mujer se puso de pie, tomó una botella de un estante junto a la chimenea, la destapó y llenó una copa-. ¿Te apetece tomar un poco de vino de saúco?

-Muchas gracias. -Theo se bebió con gusto la copa y se la devolvió a su anfitriona, que volvió a llenarla y bebió a su vez.

-¿Qué va a ser entonces? -dijo mientras se volvía hacia los estantes.

-No tengo deseo de concebir todavía -indicó Theo.

-Eso tiene fácil solución. -Una garra arrugada rebuscó entre las botellas y las bolsas del estante-. Esto te irá bien.

Quitó el tapón y olió el contenido, de modo que la nariz se le arrugó como la de un cerdo a la búsqueda de trufas.

-¿Un amante?

-No -contestó Theo-. No exactamente. Pero un marido en unas cuantas semanas.

-Ah -asintió la anciana-. Mejor encargarse del amor antes de empezar a tener hijos. Si no funciona bien antes, no lo hará nunca después, puedes estar segura.

-Eso me había parecido -aseguró Theo-. ¿Cómo debo tomarlo?

Recibió instrucciones precisas y cinco minutos después se marchó. Sería ella quien decidiera cuándo era el momento de dar un heredero a los Gilbraith.

Esa noche Sylvester entró en el salón antes de cenar con una sonrisa en los ojos. Se sentía muy contento consigo mismo, y su sonrisa se hizo mayor cuando vio que Theo se había

esmerado en arreglarse y llevaba un vestido bastante bonito de seda, azul oscuro, que hacía juego con sus ojos y, en lugar de llevar una simple trenza, se había hecho un caracol a cada lado, con el flequillo que le cubría un poco la frente.

-Señora -saludó con una reverencia a lady Belmont-. Primas. Espero que hayáis tenido un buen día.

-Pues no -comentó Rosie-. Se me escapó una libélula que quería atrapar y una rama de un árbol me partió la red.

-Lo siento, Rosie -afirmó.

La niña no solía estar presente por la noche, pero como llevaba un vestido de muselina y una amplia faja, los cabellos sujetos con recato con una cinta de terciopelo y parecía tener las manos insólitamente limpias, supuso que cenaría con ellos.

-Es de lo más desesperante -dijo Rosie, que sorbía una limonada-. ¿Qué ha hecho hoy?

-Pues he ido de compras. -Se sacó del bolsillo una cajita cuadrada, se acercó a Theo y le tomó la mano izquierda-. Permíteme, prima.

Theo se miró el dedo y observó el círculo delicado de diamantes y aljófares que se deslizaba por él. Era sencillo, exquisito. El hombre que lo había elegido para ella debía de conocer sus gustos más de lo que se había imaginado.

Alzó la mirada hacia Sylvester. Los ojos del conde eran interrogantes, con cierta expresión de duda. Quería que le gustara su elección.

-Es precioso -dijo Theo y, cuando el conde sonrió, se le marcaron unas arruguitas alrededor de los ojos.

Levantó la mano de su prima y le besó los dedos. Después, cuando pareció sorprendida ante un saludo tan reverente, le besó la punta de la nariz.

-Los próximos tres domingos se leerán las amonestaciones y nos casaremos el lunes siguiente.

9

El sol español era como una águila con garras de metal aferradas a la tierra abrasadora del terreno semidesértico de Zaragoza. Edward Fairfax se secó la frente con un pañuelo mugriento mientras agachaba la cabeza para entrar en la penumbra agradable de la casa de piedra que servía de cuartel general al batallón.

-Hace un calor infernal ahí fuera -comentó innecesariamente a los hombres despatarrados, con las guerreras escarlata y los cuellos abiertos, en las diversas sillas y bancos que amueblaban la única habitación del edificio-. Es probable que los soldados del piquete acaben con una insolación, los pobres.

-Cámbielos cada dos horas, teniente -intervino una voz grave desde el rincón más oscuro de la sala.

-Sí, señor -Edward asintió hacia su coronel mientras se abría la guerrera y se desabrochaba el cuello antes de llevarse una jarra de cobre a los labios. El agua cristalina y fría le suavizó la garganta reseca y se llevó la tierra fina que le cubría la lengua.

-Hace un rato llegó el correo -comentó un hombre barbudo con un gesto indolente hacia la mesa donde había un montón de cartas y periódicos. La mano volvió a caerle en el regazo como si ese único movimiento en medio del calor lo hubiese agotado.

Edward repasó el montón y sacó una carta de su madre. Esperaba que hubiera una de Emily o, mejor aún, de Theo. No era que no le gustaran las cartas de su prometida: eran cariñosas, tiernas y dulces; pero las de Theo poseían el tipo de información que ansiaba recibir sobre la tierra y las personas que ambos conocían, y siempre eran divertidas. Parecía saber que el humor escaseaba en el ejército de Wellington, que soportaba otro sofocante verano en España.

La carta de su madre, sin embargo, contenía una noticia asombrosa.

-¡Dios mío! -exclamó.

-Espero que no sean malas noticias.

-No sé qué decir -frunció el ceño mientras volvía a leer el párrafo pertinente-. La hermana menor de mi prometida acaba de comprometerse con el nuevo conde de Stoneridge. Algo repentino, por lo que tengo entendido.

-¿Stoneridge? -preguntó un fornido capitán que se abrochaba la guerrera y la hebilla del cinturón-. ¿No pasó ese título a Gilbraith?

-Sylvester Gilbraith... ¿No fue el implicado en ese escándalo de Vimiera? -intervino el coronel.

-¿Qué escándalo, señor? -Edward miraba con gran atención a su superior.

-Un asunto muy turbio -contestó el coronel con el ceño fruncido-. Gilbraith perdió la bandera. Lo hirieron de gravedad y, al parecer, se rindió. Se pasó un año en una cárcel francesa hasta que lo intercambiaron. El consejo de guerra lo absolvió de cobardía, pero aun así fue algo muy turbio. Renunció al regimiento. Dicen que si el alto mando no le hubiese defendido, se habría enfrentado a un pelotón de fusilamiento. Pero Wellington afirmó que lo conocía bien y que sabía que no era ningún cobarde, pareciera lo que pareciera.

-¿Y qué parecía, señor? -quiso saber Edward.

-Turbio... -contestó el coronel, que alargó un brazo hacia la jarra de agua y tomó un trago-. Muy turbio. Los refuerzos iban de camino y él lo sabía, pero dicen que se rindió sin chistar.

-Pero si estaba herido... -aventuró Edward con el ceño fruncido.

-Parece que entregó la bandera y se rindió antes de que lo hirieran. -El coronel sacudió la cabeza-. Un gabacho le dio un bayonetazo porque sí. Cuando llegaron los refuerzos, todo había terminado.

-¿Y los hombres de su compañía?

-Los que sobrevivieron dijeron que los franceses avanzaban por enésima vez y que les ordenó rendirse sin disparar una vez. Un asunto vergonzoso.

-Sí -estuvo de acuerdo Edward. Salió al infierno de la tarde de verano. Theo no podía casarse con un cobarde; era inconcebible. Era de suponer que no conocía la historia y probablemente lo mejor sería que no la supiera nunca. Sería muy desgraciada con un hombre al que no respetara. Y, en cualquier caso, ¿por qué se casaría con Stoneridge? Un odiado Gilbraith. Aunque sospechaba saber la razón: sería el único modo de seguir controlando su querido hogar. Theo, a pesar de su carácter voluble, era siempre pragmática en lo que se refería a la propiedad.

Pero no habría aceptado casarse con el conde si no le hubiera gustado. No era tan pragmática. ¿Sabría él la perla que tendría por esposa? Sería tan fácil entender mal a Theo si uno no se tomaba el tiempo y la molestia de mirar bajo la superficie rápida y eficiente, de escuchar lo que decía bajo las palabras impacientes y rotundas.

Edward conocía a las hijas de los Belmont desde la infancia y sabía lo fácil que era lastimar a Theo y la dureza con que podía contraatacar. Vivir con ella podía ser maravilloso... o un verdadero infierno.

Sonrió un poco para sí mismo mientras caminaba bajo el calor. Los pocos hombres que no se apiñaban bajo la escasa sombra que el pueblo ofrecía miraban con curiosidad al absorto teniente. La guerrera desabrochada indicaba que no estaba de servicio... sólo un loco pasearía por voluntad propia bajo el sol de mediodía.

Edward pensaba lo cerca que él y Theo habían estado en su día de unir sus vidas, hasta que Theo había decidido que no sería buena idea. Dijo que lo quería como amigo y que temía que si fuera su marido, su amistad se resentiría.

Para ser francos, se sintió aliviado. Se había ido sintiendo cada vez más unido a Emily, de quien valoraba su dulzura. Sospechaba que Theo se había dado cuenta de eso, lo mismo que del cariño que su hermana sentía por él. Como era típico en ella, había tomado una decisión rápida y la había ejecutado sin armar revuelo.

Edward estaba tan absorto en sus pensamientos que no se percató de que atravesaba el pueblo y se acercaba a la última línea del piquete. El francotirador situado en el olivar poco denso más allá del piquete captó el brillo de los botones plateados de la guerrera del teniente bajo los rayos del sol.

Acababa de ocupar su posición. Sabía que podría lograr una víctima antes de que los ingleses lo detectaran. Ese oficial joven y arrogante que caminaba con la cabeza descubierta y sin tener en cuenta su seguridad, parecía el blanco perfecto.

Levantó el fusil y ajustó la mira. Apretó con suavidad el gatillo.

Un cernícalo salvó la vida de Edward. El animal se abatió sobre una musaraña que corría por la carretera. Edward se volvió para mirarlo y la bala que iba destinada a su corazón se le introdujo en el hombro con una punzada terrible y dolorosísima.

Gritó sorprendido con la mano sobre el lugar de donde le brotaba la sangre a borbotones; después, se lanzó al suelo junto a la reluciente cinta blanca que formaba la carretera y rodó bajo unos cactos, consciente de que apenas lo cubrían. Pero el francotirador tendría que disparar otra vez directamente hacia la luz cegadora del sol de mediodía, una desventaja que suponía la única esperanza que Edward tenía de salir con vida.

-Parece agobiada, lady Belmont -observó Sylvester dos días antes de su boda.

Elinor se detuvo en la escalera y le dedicó una sonrisa distraída.

-No estoy lo que se dice agobiada -aseguró-. Sólo algo exasperada. Hace dos días que la modista intenta hacer la última prueba del vestido de novia a Theo, pero nunca está en casa. Esta mañana he conseguido pillarla por fin, pero no está poniendo demasiado de su parte.

-Quizá pueda ayudar en eso -dijo Sylvester con una ceja arqueada. Elinor reflexionó un momento; el conde había demostrado manejar muy bien a su prometida.

-Si no te asusta pelearte justo el día antes de la boda.

-Theo no me asusta lo más mínimo, señora -contestó-. Y si desea pelearse, no se lo impediré. En realidad, me parece que le iría bien liberar algo de tensión.

-Puede que tengas razón, Stoneridge -concedió Elinor con una sonrisa-. Te dejo para que lleves a cabo tu misión. Encontrarás el campo de batalla en la sala de costura, en el ala este.

Sylvester subió las escaleras tarareando. Era cierto que Theo estaba más nerviosa a medida que se acercaba el día de la boda, pero notaba que se trataba tanto de entusiasmo y de expectativa como de aprensión.

La puerta de la sala de costura estaba abierta y pudo oír la voz de Theo desde la mitad del pasillo.

-Por el amor de Dios, Biddy, date prisa. ¿Qué más da si el bajo está un poco torcido? Nadie se dará cuenta.

_Claro que se darán cuenta, Theo -afirmó Clarissa-. No puedes recorrer el pasillo con una mitad de la falda sobre los tobillos y la otra arrastrada por el suelo.

-No exageres, Clarry.

-Estése quieta, lady Theo.

-Tu madre dice que estás algo fastidiosa, cariño. -Sylvester estaba apoyado en la jamba y observaba la escena divertido. Theo, con una mirada fulminante y los labios apretados, estaba sobre un taburete, envuelta en una nube de gasa blanca. Una mujer estaba arrodillada ante ella, y sus dedos se lanzaban hacia la tela como peces para poner las agujas.

-No debería ver el vestido de novia antes de la boda, milord -gimió horrorizada Clarissa, que sujetaba el alfiletero de donde se proveía la modista.

-Oh, creo que podemos prescindir de las convenciones -dijo Sylvester, y entró en la habitación.

-Es una estupidez -anunció Theo-. Tengo un montón de vestidos que podría haber llevado. No va a ser ningún acontecimiento por todo lo alto.

Era cierto que iba a ser una ceremonia familiar como deferencia a la reciente defunción del abuelo de Theo, pero lady Belmont insistía en que se respetaran algunas tradiciones.

Su excelencia se acercó al taburete y tomó a su futura esposa por la esbelta cintura.

-Estáte quieta. Cuanto más pongas de tu parte, antes se habrá terminado.

Abarcó con las manos la cintura de su prometida y notó la tensión que generaba su contacto. Theo se estremeció como un cervatillo a punto de huir ante el cazador. De pie en el taburete, tenía los ojos casi a la altura de los suyos, y su color azul pensamiento se oscureció hasta convertirse casi en negro, a la vez que la mirada fulminante desaparecía.

Los labios de Sylvester esbozaron una sonrisa comprensiva y le sujetó la cintura con más fuerza. Theo sonrió temblorosa.

-Eso está mejor -dijo el conde-. La mayoría de las chicas se interesa por los preparativos de su boda, en lugar de combatirlos a cada momento.

-La mayoría de las chicas no tiene tantas cosas que hacer -contestó un poco cortante, aunque se mantuvo quieta entre sus manos-. Esta tarde el herrero tiene que ir a la granja principal, y tengo que ajustar cuentas con él respecto a su última factura. Nos cobró por herrar los dos caballos de tiro, pero Bigjack tenía un tendón distendido y lleva dos meses sin trabajar.

Sylvester frunció el ceño y el brillo cálido le desapareció de los ojos.

-¿Por qué no me lo habías contado? Puedo encargarme muy bien de este asunto con el herrero.

-Oh, no puedo acordarme de explicarte todos los detalles -se excusó-. Es un asunto bastante trivial y, además, aún no conoces al herrero.

-¿Y supongo que esta tarde ibas a rectificar eso? -soltó Sylvester con las cejas arqueadas a modo de interrogante irónico.

-Todavía no estás familiarizado con los libros de contabilidad -dijo con rigidez, aunque su rubor ya había sido respuesta suficiente.

-Eso no es excusa. Estáte quieta -le espetó cuando se movió para bajar del taburete a pesar de que la sujetaba. Dio un paso hacia ella y aplastó un volante de encaje blanco con la bota de montar. Al oír la exclamación afligida de la modista, bajó la mirada con impaciencia. Con los ojos fijos en Theo, movió con exagerada precaución la bota.

Clarissa sintió un escalofrío al observar las grandes manos del conde en la cintura de su hermana. Parecía llenar la habitación con su enfado y su presencia física.

-Estoy segura de que se le olvidó -dijo incómoda tras aclararse la garganta-. Pero podrá acompañarla y conocer al señor Row esta tarde.

-Claro que voy a conocer al señor Row esta tarde. Y no será precisa ninguna presentación. Mi olvidadiza prima estará demasiado ocupada con los preparativos de la boda con su madre para acompañarme.

A Clarissa no se le ocurrió nada más para suavizar la situación. La modista, ajena al parecer al ambiente hiriente, se echó hacia atrás con un suspiro de satisfacción.

-Listo, lady Theo. Ya están puestos los alfileres. Si quiere quitarse el vestido, se lo coseré en un periquete.

-Más tarde te comentaré cómo ha ido mi conversación con el herrero, prima -dijo el conde soltando la cintura de Theo, y se volvió hacia la puerta.

-¡No, espera! -Theo saltó del taburete y, con las prisas, tropezó con los metros de cola. Le agarró el brazo-. Es un hijo de puta tramposo y...

-¿Qué has dicho? -El conde interrumpió su discurso apasionado con verdadero asombro.

-No lo sé. ¿Qué he dicho? -Parecía sorprendida. Sylvester se dio cuenta, atónito, de que su nada convencional prometida no sabía a qué le ponía objeciones.

-Hijo de puta no forma parte del lenguaje adecuado para la nieta del conde de Stoneridge, y menos aún para su esposa.

-Sí, pero es que no lo entiendes -replicó Theo, que rechazó esta objeción con un gesto impaciente-. Llevas aquí poco tiempo y Johnny creerá que puede engañarte. No sabes lo cabrón que...

-¡Theo!

-Perdón. -Trataba de parecer arrepentida, pero sus ojos brillaban ahora traviesos-. Es que se me escapa.

Había algo deliciosamente absurdo en el contraste entre la sonrisa pícara en el semblante moreno de Theo, la energía que sacudía su complexión delgada y el encaje y los volantes recatados de un vestido que parecía haber llegado al destinatario equivocado.
Sylvester trató de mostrarse severo sin lograrlo.

-Procura controlar la lengua en el futuro.

-Dame un minuto, enseguida estaré lista para ir contigo -pidió Theo encogiéndose de hombros y, de inmediato, empezó a pasarse el vestido por la cabeza.

-¡Theo! -exclamó Clarissa con los ojos puestos en el conde, que seguía en la habitación. La modista, cuyas prioridades estaban muy claras, no prestó atención a su presencia y se apresuró a ayudar a Theo antes de que su forrna de tratar el vestido dañara la delicada seda.

-Te daré cinco minutos para que te reúnas conmigo en los establos -soltó Sylvester riendo entre dientes ante una acción tan típica de Theo, y se marchó de la sala de costura antes de que Clarissa se escandalizara más.

-¡Maldición! -murmuró Theo entre los metros de cola de gasa fina que le cubrían la cabeza-. Date prisa, Biddy.

Por fin, se liberó de la restrictiva tela, se colocó la ropa de montar, tomó la fusta, el sombrero y los guantes, y salió corriendo de la habitación.

-Lady Theo siempre va con prisas -observó la modista mientras recogía el vestido y lo llevaba hacia la mesa larga de costura.

Sylvester tenía el reloj de bolsillo en la mano cuando Theo llegó a los establos, jadeante y ajustándose el sombrero en la cabeza. Dulcie, ya ensillada, la esperaba tranquila junto al caballo negro del conde. El enorme semental piafaba sobre los adoquines, movía la cabeza y resoplaba. Antes de percatarse de algo mucho más importante, la muchacha pensó que ése era un comportamiento inusual para el tranquilo Zeus.

-Siete minutos -comentó Sylvester-. No está mal dadas las circunstancias.

Theo no le hizo caso. Contemplaba la silla de mujer que reposaba en los lomos de Dulcie.

-¿Qué es esto? -preguntó-. ¿Dónde está mi silla?

-Ah -contestó Sylvester-. Ha llegado la hora de que empieces a montar como una dama. La condesa de Stoneridge no puede ir por ahí como una gitana nómada.

Theo echó un vistazo alrededor del patio del establo. Dos mozos enjabonaban unas sillas a la sombra de un roble.

-No tienes derecho a tomar esa decisión por mí -dijo en voz baja con un tono feroz.

-Si no la tomas tú, Theo, tengo derecho -contestó también en voz baja-. En dos días serás mi esposa, y mi orgullo me impide casarme con un marimacho.

-¡Tu orgullo! -exclamó en un susurro-. Si no molestaba a mi abuelo y no molesta a mi madre, ¿qué derecho tienes tú a quejarte? Me importa un comino tu orgullo. -Incluso mientras lo decía, sabía que era ridículo, y Sylvester no le prestó atención. Se limitó a tomarla por la cintura y subirla a la silla.

-Pon la rodilla en el...

-Sé cómo usarla -lo interrumpió enojada.

-Supongo que algo es algo. -Sonrió, con ganas de conciliarse ahora que la tenía donde quería. Sin embargo, todavía la sujetaba en la silla. Pero Theo no tenía intención de montar un espectáculo bajándose de ella. Estaba convencida de que Stoneridge volvería a colocarla en la silla, y no tenía intención de efectuar una exhibición de ese tipo delante de los mozos.

-¡Suéltame, Stoneridge! -Tomó las riendas y lo fulminó con la mirada.

La sujetó un segundo más. Después, asintió y la soltó, y se volvió para montar el caballo negro, que piafaba nervioso.

-Tranquilo, chico. -Acarició el cuello del animal mientras tomaba las riendas y se preparaba para izarse en la silla-. Tranquilo. ¿Se puede saber qué te pasa?

-Supongo que le molesta que lo montes -dijo Theo deseando haber encontrado una réplica más ingeniosa.

Sylvester rió entre dientes y entrecerró los ojos para mirarla.

-¿Te molestaría a ti, gitana? No sé por qué, pero diría que no.

Theo abrió la boca, invadida por la gran cantidad de emociones que había desatado ese comentario pícaro y sugestivo. Sylvester vio que sus ojos se oscurecían de esa forma tan reveladora que conocía ya de sobra y soltó una carcajada a la vez que se instalaba en la silla.

Apenas había llegado a sentarse cuando el caballo levantó la cabeza y resopló con los ojos entornados. Antes de darle tiempo a agarrar bien las riendas y poner el segundo pie en el estribo, Zeus salió a galope tendido sobre los adoquines con la cabeza levantada y resoplando.

Sylvester tiró de las riendas mientras trataba de encontrar el otro estribo y de mantenerse a lomos del caballo. El animal saltó la valla que separaba el establo de los pastos con el jinete aferrado a él para salvar la vida, y salió disparado hacia el trigal situado más adelante.

Theo se sorprendió tanto que no se movió de inmediato; después, espoleó los flancos de Dulcie y la yegua salió en persecución del caballo. Incluso a galope, era imposible que pudiera atrapar al semental desbocado. Su velocidad era terrible al saltar sobre la valla que separaba los campos. Theo vio que Sylvester tenía los dos pies en los estribos y se inclinaba sobre el cuello del animal sujeto a la crin además de a las riendas para intentar mantenerse en la silla.

Horrorizada, pensó que si se caía desde esa altura y a esa velocidad, tendría suerte si no se partía el cuello. ¿Qué habría pasado para que un caballo tan bien entrenado se desbocara? A duras penas podía mantenerlo a la vista mientras se acercaba veloz a un bosquecillo, irguiéndose de vez en cuando sobre sus patas traseras, resoplando y corcoveando con violencia. Por suerte, Sylvester lograba mantenerse a lomos del animal.

-Dios mío -exclamó Theo en voz baja, sabedora del peligro que suponía que el caballo se adentrara en el bosquecillo. Si una rama baja golpeaba al jinete en la cabeza o en la garganta a esa velocidad, lo lanzaría despedido del caballo con el cuello roto o el cráneo fracturado.

Pero Sylvester era también consciente del peligro. Sabía que Zeus no estaba simplemente desbocado sino que, además, intentaba derribarlo con sus movimientos. Era un animal inteligente y conocía tan bien como el jinete los peligros del bosquecillo. Cargó hacia un lado para tratar de golpearle la pierna contra el tronco de un árbol. Sylvester lo vio venir y levantó la pierna cuando el caballo se desplazó a la derecha. Eso hizo que su equilibrio fuera aún más precario, y vio las ramas bajas que tenía delante casi demasiado tarde para agacharse sobre el cuello del animal.

Ahora tenía los pies fuera de los estribos y no conseguía volverlos a poner en ellos. Lo único que podía hacer era agarrarse de la crin. Cuando Zeus se lanzó por el angosto sendero, Sylvester extendió los brazos hacia arriba y sujetó una rama para elevarse y dejar la silla mientras el caballo seguía adelante.

Cayó al suelo, muy zarandeado pero sano y salvo de milagro. Dulcie llegó galopando por el camino hacia él. Theo estaba pálida de la impresión y del susto.

-¿Estás bien? -Tiró de las riendas y la yegua irguió la cabeza con un soplido enérgico tras la extenuante carrera.

-Más o menos -contestó Sylvester-. No pude atar las riendas, así que espero que no tropiece con ellas y se rompa una pata.

-¿Qué puede haberle pasado? -Theo desmontó-. No había visto nunca hacer algo así a un caballo.

-No es propio de Zeus -estuvo Sylvester de acuerdo-. ¿Podrá Dulcie con el peso de los dos?

-No podemos montar los dos con la silla de mujer -indicó Theo, no sin algo de satisfacción a pesar de las circunstancias adversas.

-Montaremos a pelo -soltó con brusquedad el conde, y empezó a desatar las cinchas-. Zeus se agotará pronto y quiero atraparlo antes de que se haga daño.

Levantó la silla de los lomos de la yegua y ofreció a Theo las palmas juntas de las manos para que se apoyara en ellas para montar. Después, montó tras ella y sujetó las riendas.

La yegua caminó cansinamente por el bosquecillo y salió a la luz del sol en una franja de terreno común cubierto de aulagas. Zeus piafaba y resoplaba en lo alto de una colina. Tenía el cuello y los flancos empapados de sudor, y una espuma verde le rodeaba el bocado. Las riendas le colgaban hasta el suelo y tenía un casco atrapado en ellas.

-Si sale corriendo otra vez, se pillará el pie -comentó Theo, consciente a pesar de su ansiedad del cuerpo portentoso a su espalda, de la fragancia de su piel, de la fuerza de los brazos que la rodeaban.

Stoneridge, en cambio, parecía no notar su proximidad. Cuando estuvieron a unos diez metros de Zeus, desmontó con rapidez.

-Quédate aquí. No será tan fácil que lo asuste si me acerco a pie.

Theo permaneció donde estaba, observando con el corazón en un puño. Al acercarse, Zeus levantó la cabeza, resopló y golpeó la tierra con los ojos todavía entornados. Sylvester le habló con dulzura y alargó la mano mientras se acercaba a él. La voz conocida pareció traspasar el terror y la fatiga del animal y, aunque levantó la cabeza y resopló con fuerza, no se marchó.

Sylvester se abalanzó hacia las riendas y las agarró, y Theo, que suspiró de alivio, se acercó al trote.

-Vamos a echarte un vistazo -dijo Sylvester mientras se enroscaba las riendas en la muñeca y daba palmaditas en el cuello sudoroso de Zeus. El animal gimoteó y puso los ojos en blanco.

Theo desmontó y ató a Dulcie a una aulaga.

-Tiene sangre en el flanco -indicó a Sylvester, cuanto éste se agachó para pasar las manos por los espolones y el vientre del caballo, por debajo de la cincha-. Es como si le saliera de la silla.

Sylvester desató las cinchas y le quitó la silla. Eso provocó que Zeus resoplara, piafara y levantara la cabeza.

-¡Dios mío! -Sylvester tomó aliento y Theo soltó un grito ahogado. El lomo del caballo sangraba con abundancia. El conde dejó caer la silla al suelo y, tras volverla, se agachó para examinarla-. ¡Cabrones! ¡Malditos cabrones!

Theo se arrodilló a su lado y pasó la mano por la silla ensangrentada. Alguien había clavado una hilera de tachuelas afiladas en ella para que, al recibir el peso del jinete, se clavaran en el animal y le causaran un dolor insoportable.

-¿Quién puede haber hecho algo así? -se sorprendió Theo, horrorizada.

-Algún desgraciado despiadado del establo -afirmó Sylvester-. Y te aseguro que, cuando lo encuentre, le daré una paliza que se acordará toda su vida.

-No ha sido nadie de nuestros establos -aseguró Theo con los ojos encendidos ante ese insulto a los trabajadores de los Belmont-. Nadie haría algo así.

-Alguien lo hizo -replicó el conde de plano a la vez que arrancaba las tachuelas-. Un canalla rencoroso.

-¡No! -Theo se puso de pie-. Es imposible que mi gente haya hecho tal cosa.

-¡Tu gente! -dijo-. Exacto. Gente que no soporta a un Gilbraith.

-¡No! -exclamó Theo de nuevo-. Es imposible que ninguno de los trabajadores de los Belmont haga algo así. Los conozco a todos desde que era pequeña.

-No sabes nada sobre la naturaleza humana, querida-afirmó-. Tu fe es conmovedora, pero esto lo ha hecho alguien del establo; ¿quién más podría haber sido?

-No lo sé -contestó Theo-. Pero sé que nadie de por aquí es tan despiadado. No lastimarían un caballo de esta forma, incluso aunque te guardaran algún tipo de rencor. Lo que, por otra parte, no es cierto.

-Sé muy bien lo que piensan los Belmont de los Gilbraith -comentó con los labios apretados-. Y esto es obra de una mente retorcida. Llegaré al fondo del asunto aunque tenga que encararme con todos los miembros de la propiedad.

-Nunca te aceptarán si acusas a alguien de hacer algo tan horrible -observó Theo con los ojos encendidos por la pasión que suscitaba su convicción.

-Me da lo mismo que me acepten -contestó el conde-. Quiero que me respeten y obedezcan. Y voy a lograr ambas cosas. Alguien va a pagar muy caro por esto. Y si no encuentro al culpable, tendrán que pagar todos. -Se dirigió hacia el caballo, que estaba ahora tranquilo en la hierba-. Ven, chico, vamos a llevarte a casa.

-Escúchame bien, Stoneridge. -Theo lo siguió-. Estás hablando de arrendatarios, de granjeros muy trabajadores, no de siervos feudales, y te respetarán si tú los respetas a ellos. No los conoces y no tienes derecho, ningún derecho, a acusar a ninguno de ellos de un acto tan ruin. No tienes justificación ni derecho.

-Sube al caballo -ordenó Sylvester sin prestar atención a esta diatriba-. Llevaremos a Zeus y mandaremos a alguien aquí para recoger las dos sillas.

-¿Me estás escuchando?

-No -dijo mientras la cargaba sin miramientos a lomos de Dulcie y montaba tras ella. Después, sujetó las riendas de Zeus con la mano que le quedaba libre-. Entiendo que quieras defender a esta gente; es natural. Pero ignoras la realidad. Ya he tenido algunos enfrentamientos con gente que no quiere cambiar su forma de hacer las cosas, y algún bruto con malas intenciones creyó que así podría salirse con la suya.

Theo lo miró volviendo la cabeza por encima del hombro con un desprecio hiriente.

-Está claro que no tienes la menor idea de cómo establecer buenas relaciones con los arrendatarios. Como consecuencia de ello, nunca sabrás las cosas importantes que pasan en la propiedad. Si no confían en ti, no te contarán nada.

-No tengo ningún deseo especial de que me cuenten cosas -aseguró con los labios apretados-. Y la confianza no depende de un exceso de familiaridad con los pueblerinos y los labriegos.

-Eso demuestra lo poco que sabes -soltó Theo con desdén-. Mi abuelo conocía a todos sus arrendatarios y sus familias...

-Yo no soy tu abuelo -la interrumpió-. La confianza se deriva de respetar al propietario y de saber que éste siempre desea lo mejor para ellos, incluso aunque no siempre estén de acuerdo con sus métodos. No es preciso bromear y cotillear con todas las ordeñadoras y todos los mozos de establo de la región. Y te diré una cosa, Theo, vas a tener que olvidar todas esas confianzas y libertades cuando estemos casados. Tu conducta no es adecuada para la condesa de Stoneridge.

-¿Qué sabrás tú lo que es adecuado? -preguntó con un desprecio glacial-. A mi abuelo no le parecía inadecuado. ¿Qué te hace pensar que tú sabes más que él? No tienes experiencia en dirigir una propiedad. Mi abuelo decía siempre que la propiedad de los Gilbraith era una

especie de Lilliput. No se aprende a dirigir a los arrendatarios si no se tienen. Te sugiero que no te metas en lo que no sabes.

Sólo era vagamente consciente de que había ido demasiado lejos. Las críticas a su abuelo además de los insultos a los trabajadores leales de los Belmont eran intolerables y se había lanzado en su defensa con una pasión ciega.

Pero sus palabras enojadas y despectivas fueron a parar a un silencio terrible. Los dedos del conde apretaron con tal fuerza las riendas que los nudillos se le volvieron blancos, pero no dijo ni una palabra hasta que llegaron al patio de los establos con Zeus, agotado y dócil, sangrando despacio por la herida de la espalda.

Stoneridge saltó al suelo y gritó al jefe de los mozos. El hombre cruzó el patio corriendo, acobardado ante la furia evidente del conde. Adoptó una expresión tan indignada al ver el daño que había sufrido Zeus que resultaba imposible creer que tuviera alguna culpa en sus heridas. El conde dio unas órdenes rápidas para que se tratara a su caballo y se recuperaran las sillas, y se volvió hacia Theo.

La muchacha todavía no había desmontado y seguía creyendo de forma insensata que había dicho la última palabra cuando Sylvester se acercó a la cabeza de la yegua con la mano en la brida.

-Desmonta -ordenó en voz baja.

Theo bajó los ojos hacia su rostro y se dio cuenta, horrorizada, de que nunca había visto un semblante tan colérico. Se le marcaba la cicatriz de la frente, que formaba una línea blanca y abultada, y también un músculo de la mejilla, y se le veía una sombra blanca alrededor de los rasgos bien dibujados de la boca. Parecía a punto de matar a alguien. Theo recordó con exactitud y consternación las palabras insultantes y el tono desdeñoso que había utilizado.

-Sólo te lo repetiré una vez -dijo todavía en voz baja-. Desmonta ahora mismo. O este patio va a presenciar un espectáculo que será recordado durante años.

Theo tragó saliva y desmontó a Dulcíe. Apenas había tocado los adoquines con los pies cuando sintió el frío de la empuñadura plateada de la fusta del conde en los riñones, y se vio obligada a salir del patio. No tenía más remedio que obedecer a la presión si no quería atraer una atención inoportuna a este paseo forzoso hacia la casa.

Trató de convencerse de que su ataque había sido justificado, pero sabía que había elegido palabras de lo más insolentes e imperdonables. Reconoció con desaliento que su maldita lengua había vuelto a dispararse, y Sylvester Gilbraith no era un hombre que pusiera la otra mejilla ante un insulto intolerable.

Doblaron la curva de grava hacia a la casa. Frente a la escalinata de entrada había un carruaje y, de repente, dejó de sentir la opresión fría de la fusta en la espalda. Sylvester se detuvo en el camino y tomó aliento.

De modo involuntario, Theo miró intrigada por encima del hombro al notar la corriente de tensión que lo invadía y que no tenía nada que ver con su enfado con ella.

-Tendré que hablar contigo más tarde -comentó casi distraído-. Parece que mi madre y mi hermana han llegado.

Ese aplazamiento supuso un gran alivio para Theo. Con un poco de suerte, en las próximas horas pasarían tantas cosas que, por lo menos, se calmaría un poco.

Sylvester se acercó con rapidez al vehículo y dejó que Theo lo siguiera. Había temido esta llegada. Su madre era una mujer difícil en sus mejores momentos y una bruja dominante en los peores; su hermana, una solterona amargada de mediana edad, a quien lady Gilbraith intimidaba sin piedad. No se imaginaba lo que ninguna de las dos pensaría de su futura esposa. Detectaba que lady Belmont tenía un gran temple, lo que le permitiría medirse de sobra con su madre, pero los próximos días iban a ser incómodos, por no decir espantosos.

-Ah, Sylvester, estás aquí -comentó lady Gilbraith, que bajaba del coche cuando su hijo llegó, y aceptó la mano que éste le ofrecía para ayudarla-. Me gustaría que hubieras tenido la cortesía de venir a buscarnos. Las carreteras son muy peligrosas,

-Tienes seis escoltas, madre -comentó el conde, que le dio un besamanos-. Eso es mucho más útil que un hijo.

-Mamá, no te dejes las sales -exclamó una voz aguda a la vez que un sombrero asomaba por la portezuela-. Y la bolsa

-Bienvenida, Mary. -Sylvester alargó la mano para ayudar a una mujer oronda con un abrigo de alpaca-. Espero que el viaje no fuera demasiado pesado.

-La posada donde nos hospedamos ayer era terrible -afirmó Mary-. Las sábanas estaban húmedas y estoy segura de que mamá tendrá fiebre.

-Tenía entendido que mamá viajaba siempre con sus propias sábanas -contestó su hermano.

-Eso es cierto, claro, pero había una corriente de aire terrible. Las ventanas no encajaban bien, y estoy segura de que el colchón estaba húmedo. -Se secó la nariz enrojecida con un pañuelo.

Como Sylvester sabía que su hermana sufría de una nariz siempre roja y goteante, no hizo ningún comentario y, en lugar de eso, se volvió para buscar a Theo, que estaba de pie a algo de distancia, con las manos unidas delante y una sonrisa vacilante en los labios.

«La imagen de la conciliación», pensó el conde, medio divertido a pesar de su gran enfado.

-Theo, me gustaría presentarte a mi madre -dijo, pidiéndole que avanzara. Su voz era deliberadamente fría, y no sonreía.

«Nada prometedor -pensó Theo mientras se acercaba-. Tal vez si me gano a su madre y su hermana estará predispuesto a olvidar la ofensa anterior.»

-Lady Gilbraith. -Hizo una reverencia y alargó la mano con una sonrisa-. Estoy encantada de conocerla.

Lady Gilbraith no hizo caso de su mano, levantó los impertinentes y la analizó.

-¡Dios mío, qué morena eres! -afirmó-. Eso no es nada elegante. Me sorprende que tu madre te permita que te dé el sol y te arruines la tez de esta forma.

No iba a gustarle su suegra. Y la frase se quedaba corta. Pero Theo decidió que iba a demostrar a Sylvester que podía comportarse con una cortesía impecable a pesar de la provocación.

-Tengo la tez oscura, señora -comentó-. He salido a mi padre. Mis hermanas son mucho más blancas.

Alzó los ojos hacia el conde y vio una chispa de alivio en su mirada.

-Theo, te presento a mi hermana, Mary.

-¿Theo? -Mary se sorbió la nariz y le estrechó la mano-. Qué nombre tan extraño. Debes de querer decir Thea.

-No -contestó Theo-. Siempre me han llamado Theo. Era como me llamaba mi padre.

-Qué extraño. -Volvió a sorberse la nariz con este comentario-. Tendríamos que entrar, mamá. Noto mucha humedad.

Lady Gilbraith examinó la elegante fachada isabelina con aires de ser la dueña de la casa, lo que puso a prueba el propósito de Theo.

-Supongo que es una casa bastante bonita. Pero estos edificios con entramado de madera tienen a veces un interior muy estrecho.

-No creo que Stoneridge Manor le parezca estrecho, señora -comentó Theo con rigidez-. Suele considerarse un ejemplo muy espacioso de arquitectura isabelina.

-Ya veremos -manifestó su futura suegra en un tono que indicaba que no creía ni media palabra-. La casa Gilbraith es una residencia muy elegante. Espero que a mi hijo no le falte ninguna comodidad aquí.

Se dirigió hacia las escaleras con su hija tras ella. Theo miró incrédula a Sylvester, que le dirigió una sonrisa compungida.

-Muy bien, gitana -dijo-. Te has ganado un aplazamiento de la sentencia siempre y cuando mantengas tu buena conducta.

-¿Por qué no me advertiste? -preguntó Theo sin hacer caso de su comentario.

-¿Advertirte que mi madre es una bruja? -Arqueó las cejas a modo de interrogación-. Sé realista, Theo -comentó, y se depositó una mano de su prometida en el brazo-. Ven, entremos para apoyar a tu madre. No será mucho tiempo. Puedes controlar la lengua un par de días.

Esa última frase contenía un claro «o si no, ya verás»; pero con o sin amenazas, Theo decidió que le debía el esfuerzo de soportar las descortesías de su madre con buen talante. Sin duda se lo debía a su propia madre.

Sin embargo, sabía llegar a un buen acuerdo como el que más.

-Controlaré la lengua si tú controlas la tuya. -Inclinó la cabeza hacia un lado para mirarlo con un brillo retador en los ojos-. Prométeme que no acusarás a nadie en los establos hasta que haya tenido ocasión de hablar con ellos.

Sylvester apretó los labios, pero recordó la repugnancia en el rostro del jefe de los mozos. Era él quien establecía los criterios y las condiciones en los establos. Quizá Theo tuviera razón; conocía a esa gente mucho mejor que él.

-Muy bien. Pero si estás ligera de lengua frente a mi madre, Theo, pagarás como te mereces esa demostración vergonzosa de descortesía. ¿Está claro?

Theo hizo una mueca al oír su tono intransigente, pero después reflexionó que había ganado un aplazamiento y una victoria vital.

-Muy claro, milord -afirmó encogiéndose de hombros.

10

-Sylvester, tienes que cambiar la tapicería de este salón enseguida; está muy gastada. -Theo levantó unos impertinentes imaginarios y frunció el ceño y también la boca en una imitación perfecta de lady Gilbraith que desató la hilaridad de sus hermanas.

-Theo, no deberías hacer eso -protestó Emily sin demasiada convicción cuando paró de reír.

-Pareces ella -aseguró Clarissa-. Y pones la nariz exactamente igual. -Intentó imitarla, y Theo se dejó caer en un alegre sofá de chintz aplaudiendo con energía.

-¿Podría ayudarme alguien a envolver estos esqueletos de conejo? -preguntó Rosie desde la mesa de la sala de estudios, donde se dedicaba a empacar su colección mientras escuchaba a medias la conversación irreverente de sus hermanas. Solían visitar esa sala, sobre todo cuando querían que no las molestaran los demás miembros de la casa.

-Ya te ayudo yo. -Clarissa se acercó a la mesa-. Aunque no me gustan nada los esqueletos.

-Pero son muy bonitos -afirmó Rosie, que enderezaba con cuidado una columna vertebral.

-Yo lo siento por mamá -comentó Emily-. Lady Gilbraith no ha hecho otra cosa que quejarse desde que llegó. El dormitorio tiene demasiada corriente de aire, el agua del baño no está lo bastante caliente, los criados son demasiado lentos.

-Es insoportable -corroboró Theo, y la dureza sustituyó la diversión que mostraban sus ojos-. Actúa como si la casa fuera suya. Cualquiera diría que somos nosotras las usurpadoras. No sé cuánto tiempo más podré aguantar sin abrir la boca.

-Estás teniendo muchísima paciencia -observó Clarissa mientras envolvía con delicadeza un fémur con papel de seda-. Incluso cuando te dijo que no sacas el máximo partido de tu aspecto y que necesitas que una mujer elegante te oriente.

-Por lo menos no lo dijo delante de mamá -dijo Emily, que se unió a sus dos hermanas en la mesa-. Pero te aseguro que creía que perderías los estribos, Theo.

-Por desgracia, no puedo. Tengo una espada de Damocles sobre la cabeza -soltó Theo enojada.

-¿Qué quieres decir?

-Damocles tenía una espada colgada de una crin sobre la cabeza en un banquete y no se atrevió a comer nada para no perturbarla -explicó con seriedad Rosie.

-Sí, conozco la historia. Lo que quería saber es a qué se refiere Theo con eso -dijo Clarissa con una mirada interrogante hacia Theo, que se había levantado del sofá y caminaba arriba y abajo en la soleada habitación-.¿Quién la sostiene sobre tu cabeza?

-Pues Stoneridge, si quieres saberlo -suspiró Theo; no debería haber dicho nada-. Pero tiene que haber una ley de prescripción y cuando llegue el momento, esa vieja no sabe lo que le espera.

-¡Theo! -protestó Emily, aunque reía entre dientes.

-¿Una ley de prescripción de qué? -insistió Clarissa.

-Estábamos enfadados y dije algo que no le gustó -suspiró Theo-. Y ahora lo estoy pagando siendo muy bien educada con su madre ante una provocación insoportable.

-¡Oh! -Clarissa parecía querer conocer más detalles, pero para alivio de Theo, Emily desvió el tema.

-Quizá no la veas demasiado una vez que te hayas casado.

-Mi único consuelo es que Stoneridge también cree que es una bruja -afirmó Theo.

-Menudo reproche hizo ayer a su hermana -observó Clarissa-¿Os disteis cuenta? Fue cuando se quejaba de tener que llamar y llamar para pedir chocolate por la mañana. Le dijo que no era justo que esperara que el servicio le llevara chocolate diez minutos antes del almuerzo y que si se despertara a una hora decente y se moviera un poco, no parecería tanto una inválida.

-Sí, eso me encantó -sonrió Theo-. Pero no hace reproches a su madre, y yo estaría dispuesta a hacerlo con mucho gusto.

-Podría ponerle uno de mis ratoncitos blancos en la cama -se ofreció Rosie-. Ayer estuvo horrible conmigo. Dijo que era demasiado pequeña para estar en el salón, sobre todo con las uñas sucias. No creo que estuvieran sucias... Aunque quizá sí -añadió-. Había estado buscando lombrices.

-Me parece que es más probable que sufra el ratón blanco que la bruja Gilbraith -dijo Theo-. Seguramente lo aplastaría. De hecho, lo más probable es que se muriera del susto con sólo verla.

-Entonces no se lo pondré -replicó Rosie con indiferencia mientras se acercaba un cartón con mariposas clavadas para observarlas.

-Será mejor que bajemos -indicó Emily a regañadientes-. No podemos dejar a mamá al cargo del fuerte demasiado rato.

-Mañana a esta hora se habrán ido. -Clarissa se levantó.

-Y nos habremos instalado en la casa viudal.

-Y Theo será una mujer casada -terminó Rosie por sus hermanas-. Me gustaría saber cómo debe de ser eso.

-¿Estás nerviosa? -preguntó Emily, que tomó el brazo de Theo al salir de la sala.

-Por el futuro, quizá, pero no por mañana -sacudió Theo la cabeza.

-¿Ni por mañana por la noche? -Clarissa le lanzó una mirada penetrante cuando dejaron el ala oeste hacia el pasillo central.

-No, por eso en absoluto -sonrió Theo.

-¿Te ha contado mamá qué pasa?

-Sí, pero ya lo sabía, sólo que no podía decírselo.

-¿Cómo lo sabías?

-Stoneridge ha sido muy revelador al respecto -le aseguró con picardía.

-Theo, no habrás ya...

-No exactamente, porque Stoneridge no ha querido -explicó-Pero no espero ninguna sorpresa.

-¿Sorpresa en qué, prima?

Las tres soltaron un grito ahogado al oír la voz fría del conde que procedía del pasillo tras ellas. ¿Cuánto habría oído?

Theo se volvió. Sylvester estaba riendo, con los ojos brillantes, y supo que había oído mucho más de lo que debería.

-¿Nos escuchabas a escondidas?

-En absoluto. Ha coincidido que venía detrás de vosotras -dijo levantando la mano en un gesto de negación-. Pero te diré algo, mi amor, si no esperas ninguna sorpresa puedes llevarte un susto.

Dejó que su mirada descansara en sus rostros sonrojados mientras asimilaban sus palabras. Su repentina aparición había puesto nerviosas a las tres hermanas, y disfrutó de la sensación de tener ventaja por una vez en la compañía masiva de las mujeres Belmont. Tomó despacio el mentón de Theo con la palma de la mano y le besó los labios.

-La vida está llena de sorpresas, primas. -Dejó la barbilla de Theo, les dedicó una reverencia de fingida formalidad y se marchó hacia la galería.

-Me alegro de que mamá no le dejara elegirme a mí-comentó Cla-rissa, pensativa, observando el semblante de su hermana menor-, Tiene mucho mundo y es... es, bueno... maduro -dijo tras buscar la palabra adecuada, aunque ésa no significaba del todo lo que quería. Y añadió enseguida-: No es que no me guste. Me gusta, pero es un poco intimidante.

-Y te quedas corta -declaró Emily-. Pero parece entender a Theo. -Sabía que eso era lo que su madre opinaba, aunque Elinor había confiado a su hija mayor que esperaba que el matrimonio soltara chispas de vez en cuando.

-Creo que eso despacha el asunto de mi matrimonio de manera bastante satisfactoria -dijo Theo con sequedad-. Me voy a mi habitación. Tengo cosas que hacer.

Sus hermanas observaron cómo se marchaba e intercambiaron una mirada elocuente antes de bajar a ayudar a su madre a soportar a sus invitadas.

Theo cerró la puerta de su dormitorio con un suspiro de alivio. Esa noche sería la última que pasaría en él. Desde la muerte de su abuela, las dependencias que ocupaba la condesa de Stoneridge habían permanecido vacías, con los muebles cubiertos con fundas de lino. Pero ahora, pasados veinte años, las habían preparado para la nueva condesa.

Aparte de las colgaduras de la cama y de las cortinas nuevas, la decoración era la misma que había habido desde hacía trescientos años. Habían rellenado el colchón de plumas, pulido y encerado los paneles y los muebles de cerezo, cosido las zonas raídas de la alfombra y sacado brillo a los candelabros de plata hasta que el metal parecía casi transparente. Y el día anterior había visto a Dan, el carpintero, lubricando las bisagras de la puerta que conectaba los dormitorios conyugales.

Todavía notaba el calor de ese beso suave en los labios, y cruzó los brazos sobre los senos mientras el conocido cosquilleo de la excitación le erizaba el vello de la columna. Mañana por la noche se revelarían los misterios y entendería por completo esas extrañas oleadas de deseo.

Sin que se diera cuenta, lucía una sonrisa petulante al tomar la muñeca de porcelana que descansaba en el asiento junto a la ventana y observar pensativa su cara redonda y plácida y sus ojos azules de cristal. Dejaría su habitación como estaba para su hija.

Pero tendría que haber un hijo también. Un hijo que se convertiría en el sexto conde de Stoneridge. La sangre de su padre correría por las venas de ese niño, que devolvería Stoneridge a los Belmont.

Theo se sentó junto a la ventana acunando inconscientemente la muñeca como cuando era pequeña. Cerró los ojos y recordó la cara de su abuelo, todavía vivida en su memoria. No sucedía lo mismo con la de su padre, que sólo tenía presente en el retrato de la pared. Al volver a abrir los ojos, observó el cuadro y buscó las semejanzas claras entre padre e hijo. Estaban en la nariz de puente alto, el labio superior carnoso, la forma del mentón. Cuando llegara el momento, transmitiría esa imagen a su hijo.

Pero no habría hijos durante cierto tiempo. La botellita que lo haría posible yacía oculta en el fondo de uno de los cajones del tocador.

Al mediodía del día siguiente recorría el pasillo del brazo de sir Charles Fairfax, quien tiempo atrás creía que la vería casada con su hijo.

Sylvester observó cómo se acercaba y sonrió un poco ante el recatado aspecto tradicional que ofrecía. La gitana desaliñada que había conocido invisible bajo el velo etéreo; la figura ágil, tan rápida y eficiente en combate, disimulada con los metros de virginal seda blanca y la cola de gasa que llevaban sus hermanas mayores tras ella.

Rosie, de muselina rosa, las seguía con gran solemnidad y un ramillete de rosas blancas en las manos. Sylvester notó que parecía estar concentrada en sus pasos porque tenía los ojos fijos en el suelo. Aunque, pensándolo bien, quizá buscara algún insecto interesante en las grietas de las piedras del enlosado.

Theo se situó junto a Sylvester, y sir Charles le cubrió un momento la mano con la suya para confortarla de modo cariñoso. Era un hombre tierno y entrañable al que conocía desde que era pequeña, pero no era su abuelo... no era su padre. Y sabía que Elinor estaría sintiendo lo mismo. Los ojos se le llenaron de lágrimas y parpadeó con rapidez para librarse de ellas, contenta de que el velo le tapara la cara. No iba a echarse a llorar; tenía que ser fuerte por su madre, igual que Elinor lo sería por ella.

Sus hermanas se hicieron a un lado, y el reverendo Haversham empezó la ceremonia.

Cuando su marido le levantó el velo y el órgano cobró nueva vida, a Theo le pareció que todo había ido muy deprisa. Demasiado para tratarse de un cambio tan importante en la vida de una persona. Ahora era una Gil-braith.

Pero sólo de nombre.

Se había cambiado el nombre para tener derecho a decir que Stoneridge era suyo. Para que sus hijos heredaran lo que les correspondía por derecho.

Los labios de Sylvester se posaron en los suyos en el beso ritual, y sus ojos abiertos se encontraron. Por un segundo desconcertante, creyó ver algo muy parecido al triunfo en la mirada gris del conde. Después, desapareció, y vio en su lugar una invitación sensual que sabía reflejada en su propia mirada.

Salió de la iglesia del brazo de su esposo, con el velo ya retirado mientras la gente de la propiedad y del pueblo lanzaban gritos genuinos de felicitación. Estaban contentos de que hubiera un Belmont en la casa señorial, aunque fuera un Belmont que ahora se llamara Gilbraith.

Caminaron de vuelta a la casa señorial cruzando el pueblo como mandaba la tradición, seguidos de sus habitantes, y los niños lanzaban flores silvestres a su paso. Theo contestaba a los gritos de felicitación con comentarios alegres, llamando a las personas por su nombre y preguntando por miembros de su familia que no estaban a la vista.

Sylvester se contentaba con sonreír y saludar, ofreciendo un aspecto jovial y simpático, y dejando el toque personal a su esposa. Estaba henchido de satisfacción. Lo había logrado. En cuatro semanas había cortejado y contraído matrimonio con su pasaporte para una herencia total. Contra todo pronóstico, había convencido a ese marimacho temperamental para que abandonara sus prejuicios y tomara su nombre. Por supuesto, el destino le había puesto un as en la manga: la pasión innata de Theo. Hasta ese momento la había utilizado en su provecho, pero a partir de entonces sería un instrumento de puro placer para ambos.

Casi como si le hubiera leído el pensamiento, Theo le puso la mano en la suya y movió los dedos contra su palma en un gesto que de algún modo logró ser de lo más sugestivo. Sylvester cerró los dedos con fuerza para impedir su movimiento y se agachó para acercar su cabeza al oído de su esposa.

-Paciencia, gitana. Todo a su tiempo.

Theo soltó una carcajada y un saltito, y Sylvester sonrió de oreja a oreja. Por primera vez desde lo de Vimiera, sentía alegría, placer ante las perspectivas que le ofrecía el futuro.

El desconocido, vestido con la ropa sencilla de un vendedor ambulante, se mantuvo detrás de la multitud alegre que acompañaba a los novios hacia la casa señorial. Tenía los ojos y los oídos puestos en todas partes para comprobar la reacción de los lugareños ante el nuevo propietario. El hombre cubierto y enmascarado que lo había contratado en el Fisherman's Rest, en la calle Dock, le había dado instrucciones precisas: tenía que encontrar la ocasión de provocar algún perjuicio al conde, un perjuicio mortal, si era posible. El hombre era algo extraño: iba envuelto en una capa y hablaba con la boca tapada para distorsionar su voz, pero su dinero era bueno.

El desconocido se sacó una moneda del bolsillo y la mordió para asegurarse de ello. Observó a los hombres y mujeres sonrientes y joviales que lo rodeaban con el desdén de un londinense por la gente del campo. Unos imbéciles aduladores que dependían de la buena voluntad de la casa señorial para subsistir y que se desvivían por acoger a los viajeros. Había llegado al bar del Haré and Hounds, se había presentado como vendedor ambulante y nadie lo había puesto en duda, ni siquiera ante la ausencia de mercancía. Era sorprendente lo crédulos que llegaban a ser esos paletos. Le habían dado toda la información que quería sin siquiera saberlo.

Manipular la silla del conde había sido tan fácil como quitarle un pedazo de pastel a un niño pequeño: una charla con los muchachos de los establos, un paseo por el cobertizo de los arreos para identificar la silla de cuero bien trabajada, con su estampado grabado alrededor de la perilla, y unos cinco minutos durante la madrugada con un martillo y un puñado de tachuelas en el establo sin vigilancia. Había sido una verdadera lástima que un plan tan bueno no hubiera surtido el efecto deseado. Pero un hombre interesado en las actividades deportivas que gustaban a la aristocracia podía sufrir todo tipo de accidentes.

Siguió al grupo por el camino de grava hacia la parte delantera de la casa. Los novios se volvieron en la escalinata para saludar a los campesinos que los aclamaban antes de desaparecer por la puerta de roble engalanada. La gente se dirigió de inmediato hacia la parte posterior del edificio y, con ella, el supuesto vendedor ambulante. En el patio de la cocina, las mesas crujían bajo el peso de los pasteles, pudines, jamones y lomos, y había barriles de

cerveza dispuestos a lo largo de la pared del huerto. Mientras sujetaba una jarra bajo la espita de un barril, el desconocido reflexionó que la casa señorial sabía lo que sus arrendatarios esperaban en tales ocasiones. Una generosidad así sería difícil de encontrar en la ciudad.

Bebió a gusto y miró a su alrededor. Nadie ponía en duda su derecho a compartir esa munificencia. Idiotas. Podría robar a todos los invitados sin que llegaran a sospechar. Pero le pagaban demasiado bien para hacer otra cosa y no sería sensato enredar la situación. Paseó con toda tranquilidad por el patio. Sería una buena ocasión para explorar el lugar. Nadie prestaría atención a un invitado borracho que recorriera el terreno.

En la galería un grupito de amigos y familiares se había reunido con una exuberancia más moderada que los pueblerinos en el patio de la cocina. Lady Gilbraith, con su hija a la zaga, iba de un invitado a otro con toda la seguridad de una anfitriona que ofrece la hospitalidad en su propia casa. Los Gilbraith habían tomado posesión de su herencia y todo el mundo tenía que saberlo. Los viejos amigos de Elinor observaban esta toma de autoridad entre desconcertados e indignados mientras ella se esforzaba en mostrar que no la afectaba. Sus hijas, sin embargo, notaron la tensión en los labios de su madre, la rigidez inusual de su pose al moverse por la habitación para velar con discreción por la comodidad de sus invitados cuando éstos salían dando tumbos de la arremetida de lady Gilbraith.

Theo dejó de estar junto a Sylvester en la puerta cuando pareció que todo el mundo había llegado de la iglesia y fue a reunirse con su madre. Elinor se volvió sonriente cuando la mano de su hija se deslizó bajo su brazo. Abrió la boca para decir algo, pero todavía no había pronunciado las palabras cuando se oyó la voz de lady Gilbraith que hablaba con un grupo junto a uno de los ventanales.

-Stoneridge es un hombre de lo más generoso. Ha sido un gesto tan delicado casarse con una de esas pobres chicas... sin fortuna alguna. Un sacrificio, por supuesto. No podía esperar dote alguna, pero es propio de él pensar sólo en hacer lo correcto.

-Pues a mí me parece, lady Gilbraith -el tono frío de Elinor rasgó el silencio de los invitados, anonadados-, que casarse con una de mis hijas no es un sacrificio para nadie, ni siquiera para lord Stoneridge.

Theo palideció y después se puso colorada de la rabia. Buscó con los ojos al conde, que estaba enfrascado en una conversación con el padre de Edward y el caballero Greenham con la cabeza inclinada cortésmente hacia los otros dos hombres, más bajos que él. Tomó una copa de champán de una bandeja que pasó un lacayo, y los músculos de la espalda se le movieron bajo la seda gris de la chaqueta. Pero, por una vez, Theo no fue consciente de su físico. Cruzó la sala hacia él abriéndose paso entre la gente con demasiada rapidez para lo que marcaba la cortesía.

-¿Stoneridge? -Le tiró de la manga.

Sylvester bajó los ojos hacia ella y la sonrisa que esbozaban sus labios se desvaneció al ver su expresión. Los ojos azules de Theo brillaban furiosos como hogueras en mitad de la noche, y casi pudo notar su enfado como una corriente palpable que la recorría.

Se excusó con sus acompañantes y se llevó a Theo a un rincón aislado.

-¿Qué ha pasado para que estés de este genio, gitana?

-No me has dado mi regalo de boda. -Theo sacudió la cabeza impaciente.

-Aún no -estuvo el conde de acuerdo, con un desconcierto patente en la voz y en la mirada.

-Pues te lo reclamo ahora -dijo Theo con dureza en voz baja-. Quiero decirle lo que pienso a tu madre. Pero creí que debía comentártelo antes, ya que tenemos una especie de contrato al respecto.

-¿Es así como lo llamas? -soltó Sylvester con una sonrisa seca, sin darse todavía cuenta de la gravedad del asunto. Miró a su madre al otro lado de la habitación-. ¿Qué ha pasado?

Theo le contó lo que lady Gilbraith había dicho.

-No me importa por mí -confesó Theo en el mismo tono duro-. Pero ha avergonzado a mamá y la ha obligado a ser grosera con un invitado, algo que detesta hacer, así que voy a decirle a su excelencia lo que pienso de ella.

Sylvester cerró los ojos ante un arrebato de cólera que iba dirigido tanto a su madre como a él mismo. Sólo él sabía lo equivocada que era esa afirmación. Si alguien había sido generoso en ese matrimonio, aunque sin saberlo, era Theo.

-De esto debo encargarme yo, no tú -afirmó de manera cortante mientras se disponía a alejarse de ella.

Theo lo miró y vio que estaba tan enfadado como lo había estado con ella en el patio del establo. Casi sintió lástima por lady Gilbraith. Esa bruja no sabía lo que le esperaba.

-¿Puedo ir contigo? -dio un saltito para seguirlo.

-¡No, ni hablar!

Fue una negativa tan rotunda que se quedó atrás para observar la escena desde una distancia discreta.

-Me gustaría hablar contigo un momento -la voz de Sylvester era gélida cuando llegó junto a su madre. Se volvió hacia su suegra y dijo-: Permita que me disculpe en nombre de mi madre por un insulto imperdonable, lady Belmont. Lo único que se me ocurre es que sufre de un exceso de agitación.

La cara de lady Gilbraith pareció desmoronarse. Soltó un grito ahogado y se le sonrojaron las mejillas, pero se quedó muda.

-Desearás despedirte, supongo -comentó Sylvester-. Te acompañaré al carruaje. Sé que quieres llegar a Stokehampton antes del anochecer. Mary... -Sacudió la cabeza de modo imperioso hacia su hermana, igual de atónita, tomó a su madre por el codo y la acompañó fuera sin que protestara.

-Dios mío -murmuró Elinor. Sylvester Gilbraith no era un hombre con quien pudiera uno meterse. Pero había acudido en defensa de su mujer y eso le granjeaba el cariño de su suegra. Elinor reanudó sus deberes de anfitriona con un suspiro de alivio al haberle sido retirada la competencia.

Aunque no pudo oír el intercambio de palabras, Theo vio la turbación de su suegra y su rápida desaparición, y decidió que había sido vengada como era debido.

A su vuelta a la galería veinte minutos más tarde, Sylvester se tropezó con Rosie, que estaba sentada en el suelo del pasillo observándose con atención la palma de la mano. Tenía una copa de champán vacía a su lado.

-¿Hay una o dos hormigas? -preguntó, sin levantar la mirada-. Unas veces me parece que hay una y otras, dos.

El conde se puso en cuclillas a su lado y le tomó la palma vuelta hacia arriba.

-¿Cuánto champán has tomado?

-No estoy segura -contestó Rosie de modo impreciso-. ¿Hay una?

-Podría haber habido dos, pero en este momento hay sólo una mancha -afirmó doblándole los dedos sobre la palma-. Y que no te vea con otra copa de champán, hermanita, si no quieres tener problemas. -Se levantó y se agachó para ponerla de pie.

-¿Es esto una espada de Damocles? -quiso saber Rosie mientras se cepillaba la falda rosa llena de polvo.

-¿Una qué?

-Eso que Theo dijo que le colgaba sobre la cabeza -dijo distraída-. Creo que iré a la casa viudal a ver si mi colección ha llegado bien. ¿Se lo dirás a mamar

-Sí. -Sacudió la cabeza, medio sonriente al ver cómo Rosie se marchaba por el pasillo a la búsqueda de algún espécimen interesante. Tuvo la impresión de que empezaba a tomarle el tranquillo a su nueva familia. No había duda de que tenía un atractivo especial... sobre todo al compararla con la suya propia.

Se negó a pensar más en su madre y volvió a la galería, donde la recepción empezaba a tocar a su fin.

-¿Ha tenido noticias de Edward, sir Charles? -Emily tomó del brazo a su futuro suegro mientras bajaban juntos la escalinata-. No dejo de leer la Gazette para ver si hay noticias de su regimiento, pero cuando recibimos el periódico, está muy desfasado.

-Las noticias ya lo están antes de que se impriman, querida -comentó sir Charles con un suspiro-. Pero si no hay noticias, es señal de que todo va bien.

-Escribí a Edward sobre el compromiso de Theo hace unas semanas -intervino lady Fairfax, que tomó el otro brazo de Emily-. Imagino que su respuesta ya debe de estar de camino desde España.

-Sí -estuvo Emily de acuerdo-. Theo y yo también le escribimos.

-Quizá tenga un permiso en los próximos meses -sugirió sir Charles, dándole unas palmaditas en la mejilla-. Es difícil para ti, querida. La guerra siempre lo es para las mujeres. Esperan y se preocupan.

-Las mujeres y los padres -corrigió su esposa con dulzura. Edward era su único hijo.

-Creo que lord Stoneridge sirvió en la península Ibérica -dijo Emily-. Pero antes de que enviaran ahí a Edward.

-Tengo entendido que él estuvo en Portugal -contestó sir Charles. Su anfitrión no se había extendido en el tema más allá de la información sucinta de que lo habían herido, capturado e intercambiado.

-¿Ya se van? -Theo se acercó a ellos-. Gracias por entregarme ante el altar, sir Charles.

-Ha sido un placer, querida. -Besó la mejilla a la joven esposa-. Espero que Stoneridge hará pronto lo mismo por Emily.

Emily se ruborizó, pero Theo rió y abrazó a su hermana.

-Claro que sí. Tengo la impresión de que Edward estará pronto en casa.

-¿Qué te hace pensar eso? -preguntó lady Fairfax poniéndose la capa.

Theo frunció el ceño. ¿Por qué había dicho eso? Le había salido sin más y, aun así, sabía que era cierto. Una sensación de aprensión le ensombreció la mente.

Una mano se apoyó en su hombro y al alzar los ojos vio a su marido, que se había situado tras ella. Su aprensión se desvaneció. Su mirada contenía una intención silenciosa, dirigida a ella sola.

-¿Quieres acompañar a tu madre y tus hermanas a la casa viudal?

-Oh, sí, por supuesto -dijo, un momento demasiado tarde para tratarse de un entusiasmo auténtico, y la risa brilló en los ojos del conde. Su esposa tenía otras cosas en la cabeza.

-Ven, pues. Tu madre y Clarissa os esperan a ti y a Emily. Sir Charles, lady Belmont esperaba que usted y lady Fairfax pudieran tomar el té con ella en la casa viudal.

-Nos encantaría -afirmó lady Fairfax con dinamismo-. Las bodas y cosas así le dejan a uno nostálgico.

Se marchó enérgicamente en pos de Elinor, y los demás la siguieron. El grupo se dirigió despacio hacia la casa viudal, y todos eran conscientes de lo que significaba ese paseo. Elinor perdía su hogar, pero dejaba a su hija en posesión de todo lo que habría sido suyo si su marido hubiera vivido. Y eso le daba la sensación de que todo estaba bien.

En la puerta de la casa viudal besó a Theo en ambas mejillas y con total naturalidad le dijo:

-No te visitaré, cielo. Cuando tú y Stoneridge estéis a punto para recibir visitas, manda a Billy con un mensaje. Tienes a Foster, a la señora Graves y a la cocinera para ayudarte si necesitas consejo sobre el manejo de la casa.

Todas las partes habían acordado de buena gana que cuando Theo tomara las riendas domésticas de Stoneridge Manor necesitaría los servicios del viejo servicio más que su madre en la casa viudal, mucho más pequeña.

Elinor alargó la mano hacia su yerno.

-Que seáis muy felices, Stoneridge.

-Gracias. -Le dio un besamanos y, después, se miraron a los ojos un momento.

-Theo no es siempre fácil de entender, pero vale la pena el esfuerzo -dijo Elinor en voz baja.

Los ojos del conde se dirigieron hacia su esposa, que se estaba despidiendo de sus hermanas.

-Lo sé.

Las chicas estaban susurrando con las cabezas muy pegadas; luego, Theo se separó y quedaron al descubierto sus tres semblantes sonrientes. Tenían un aire pícaro que divirtió e

intrigó a Sylvester, y supuso que habían tenido una charla parecida a la que había oído por casualidad en el pasillo el día anterior. Entonces Theo se separó de su familia y se acercó a él.

El conde le rodeó los hombros con el brazo y emprendieron el regreso por el camino. Ambos eran conscientes de que las miradas los seguían hasta que estuvieron fuera de la vista.

Theo tomó la cola de gasa del vestido de novia, se lo pasó por encima de un brazo y empezó a correr hacia la casa con el velo ondeando tras ella.

Tras un momento de sorpresa, Sylvester se echó a correr y la atrapó con facilidad.

-¡Gitana! -La agarró por la cintura y la estrechó entre sus brazos-. ¿A qué vienen esas prisas?

-Esperaba que tú me darías la respuesta a eso -soltó Theo, que apoyó la cabeza en su hombro y aleteó las pestañas hacia él en una parodia maravillosa del flirteo de una damisela recatada.

-Oh, pienso hacerlo -afirmó, y con un movimiento raudo se la cargó al hombro-. Creo que será mucho más rápido de esta forma.

Sin hacer caso de sus protestas ruidosas ante este método poco digno de transporte, Sylvester subió la escalinata y entró en la casa.

Theo se incorporó sobre su hombro cuando llegaron al vestíbulo. La casa parecía muy extraña.

-¿Dónde está todo el mundo?

-Fuera -contestó el conde-. Celebrando nuestra boda. En el patio o en el Haré and Hounds. Y lo estarán muchas horas.

-¿Quieres decir que la casa está vacía? -exclamó Theo.

-Por así decirlo -aceptó su marido con la voz alegre mientras subía los peldaños de dos en dos a pesar de su carga.

Abrió de un puntapié la puerta de su dormitorio y lanzó a la novia sin ceremonias a la cama en medio de un remolino de seda y gasa.

-Y ahora, lady Stoneridge, vamos a dejar este matrimonio sin posibilidad alguna de anulación.

11

-¿Y qué pasa ahora? -Theo se recostó en los codos y miró a su marido con una sonrisa burlona. El reloj de la repisa dio las cuatro. Su noche de bodas empezaba bastante temprano.

-Para empezar, quédate donde estás y no hagas nada -indicó Sylvester. Estaba con los ojos entrecerrados y los labios apretados con firmeza, de pie, frente a la cama, y la observaba así echada, envuelta en una nube de blanco virginal.

-¿No debería quitarme los zapatos por lo menos? -Sacudió los pies cubiertos con unos zapatos de raso color marfil a modo de demostración.

-No, no quiero que te quites ni una sola prenda. -Se quitó la chaqueta de seda de los hombros sin apartar los ojos de ella.

Su mirada gris poseía una determinación tan intensa que Theo se estremeció, y todas sus ganas de bromear se desvanecieron. Se dio cuenta de que habían sido sólo una forma de aliviar su tensión.

Lo contempló mientras se desabrochaba el pañuelo y lo lanzaba junto a la chaqueta a la chaise longue. Lo siguió el chaleco blanco. Deliberadamente despacio se desabrochó los botones perla escondidos en los volantes de la camisa antes de quitársela y de unirla a las otras prendas.

Theo había notado el calor de su piel, la fuerza de su tórax y sus hombros, pero no le había visto nunca el torso desnudo. Cuando se volvió para lanzar la camisa a la chaise longue, los músculos de la espalda se le movieron bajo la piel tersa. No le sobraba un gramo de grasa y, cuando se giró de nuevo, vio una fina cicatriz que le bajaba por la caja torácica, se curvaba en la cintura y seguía la línea de vello negro bajo la cinturilla de los pantalones de raso.

Con lentitud se quitó los zapatos y los calcetines. Theo contuvo el aliento cuando se desabrochó los botones de los pantalones, se los pasó por las caderas, se los quitó y los lanzó también a la chaise longue.

Los ojos de Theo se abrieron como platos cuando descendieron por su espalda para depositarse en sus nalgas firmes, sus muslos largos y musculares, sus pantorrillas fuertes.

Sylvester se acercó despacio a la cama. La cicatriz le seguía por la barriga y terminaba sobre una cadera delgada. Theo observó su excitación y sintió el primer ligero indicio de alarma al imaginar ese miembro prominente penetrándola, convirtiéndose en una parte vital de su propio cuerpo, invadiéndola.

Pero no podía apartar los ojos de él. Era hermoso en su desnudez... hermoso y terrorífico.

Sylvester se inclinó hacia ella, le tomó el mentón con la palma de la mano y acercó con ternura sus labios a los de su esposa.

-No hay nada que temer -comentó como si comprendiera la complejidad de sus emociones-. Puede que sientas algo de dolor al principio, pero pasará pronto.

Theo asintió, incapaz por una vez en su vida de encontrar palabras. Tímidamente puso una mano en el hombro de su marido y notó el hueso redondeado bajo la palma antes de deslizar la mano por su brazo, por el bíceps fuerte de un esgrimista, mientras acariciaba con los dedos el vello tupido y oscuro de su antebrazo. Tras una levísima vacilación, le colocó la mano abierta en el tórax y notó el latido regular de su corazón bajo la piel. Le tocó atrevida un pezón con la punta del dedo, y él sonrió sin moverse, inclinado hacia ella mientras proseguía su exploración.

Siguió la cicatriz con el dedo por encima del contorno de las costillas hacia la cadera y notó el hueso prominente de la pelvis. Quería continuar pero, de repente, no pudo. Levantó la mirada y vio que Sylvester todavía sonreía.

-Todo a su debido tiempo -dijo en voz baja como si comprendiera a la perfección su repentina timidez-. Vamos a despojarte de algunas de estas prendas nupciales.

Puso una rodilla en la cama, le quitó con destreza la cinta color perla que le sujetaba el velo en su sitio y le retiró la nebulosa blanca de la cabeza. Llevaba una trenza a modo de diadema. Se trataba de un peinado que confería a su cara una pulcritud y una madurez que

distaba mucho de su estilo desaliñado de gitana o de la sencillez intransigente de una trenza larga.

Dejó que una mano vagara por el cuerpo de su esposa, que yacía echada en la cama, por las formas redondeadas de sus senos en el corpiño de encaje de su vestido, por su barriga, donde oprimió la seda blanca contra su piel en el hueco cóncavo, y por sus muslos, que moldeó a través de la rica tela. Rodeó con los dedos sus tobillos y recordó la primera vez que la había sujetado del mismo modo para arrastrarla hacia el barro.

-¿Te acuerdas, gitana? -Levantó los ojos hacia ella y se lo preguntó con una sonrisa.

Por toda respuesta, Theo le lanzó un puntapié con un mal genio fingido y Sylvester rió antes de pasarle la palma de la mano pierna arriba por las medias de seda bajo la falda.

Sus dedos encontraron la liga con puntilla. Tras decidir que le gustaría ver lo que estaba haciendo, agarró los bajos del vestido de su esposa y los levantó despacio hasta sus muslos.

Theo se estremeció al sentir correr el aire por la seda fina de las medias. Su marido le quitó las ligas y después le enrolló las medias hacia los tobillos para pasárselas por los pies. El aire tocaba ahora directamente su piel desnuda y la invadió una oleada de vulnerabilidad. Lanzó las manos hacia abajo para taparse con la falda, pero se le quedaron en los costados cuando él le soltó la cinta de los calzones.

-Levanta el trasero, cariño -le ordenó en voz baja mientras le pasaba la prenda interior por las caderas.

Se mordió un labio e hizo lo que le pedía. De repente, estaba perdida y temerosa en un mundo extraño, y olvidó lo mucho que había soñado con ese instante, olvidó la sensación de deseo, los momentos de pasión que ya habían vivido. Quería cubrirse, bajarse la falda y salir corriendo de la habitación. El hombre cuyas manos la tocaban con tan abrumadora intimidad era un desconocido que tenía ahora todos los derechos sobre su cuerpo. Cuando y siempre que quisiera ejercerlos.

Sylvester notó su cambio de actitud cuando apretó de golpe los músculos de los muslos y se quedó rígida ante su tacto. Frunció el ceño, desconcertado. No le estaba haciendo más que esa tarde junto al arroyo y entonces se mostró desbordante de pasión. Retiró las manos de su cuerpo y vio que se relajaba de inmediato.

-¿Qué pasa? -La miró y pudo ver el temor en sus ojos-. ¿Qué te asusta, Theo?

Movió la cabeza contra el cobertor en una negación inarticulada, cerró los ojos con fuerza y se cubrió los muslos con la falda.

-Ven -dijo Sylvester con una nota de firmeza en la voz-. Levántate para que pueda quitarte el vestido.

La tomó por la cintura, la sentó en la cama y, por fin, la puso de pie. Estaba junto a ella, y su desnudez suponía ahora una amenaza. Theo se preguntó cómo había podido desear nunca ese momento. ¿Cómo podía haber ansiado ser poseída, tomada, invadida? Y, aun así, lo que más había temido era ese deseo que borraba cualquier pensamiento racional de su cabeza. Pero ahora estaba mucho más racional que nunca en su vida, y no quería eso. Su cuerpo le pertenecía sólo a ella.

Pero los dedos de Sylvester le estaban desabrochando con habilidad el corpiño del vestido, se lo pasaron por los hombros de modo que cayó a sus pies descalzos. Sólo la delgada camisola separaba su desnudez de la de su marido, y éste se la quitó con la misma eficiencia.

Sylvester acercó su cuerpo al suyo y le besó los párpados y los labios antes de decir en voz baja:

-Vamos a acabar con la parte difícil enseguida, Theo. Haré todo lo posible para no lastimarte pero será más fácil si intentas relajarte.

Quería gritarle que no quería que le hiciera eso, pero las palabras no le salieron. Lo había aceptado al aceptar casarse con él. Había aceptado casarse con él por eso. Estaba casada con Sylvester Gilbraith, y eso era lo que el matrimonio significaba.

Volvió a echarse en la cama y cerró los ojos con fuerza. No le daba miedo el dolor, sino la posesión.

Sylvester hizo una mueca al darse cuenta de que no iba a ayudar a ninguno de los dos. Le separó los muslos y la acarició con suavidad hacia arriba abriéndole los labios contraídos para

rozarle el sensible centro con los dedos. No obtuvo reacción. Deslizó los dedos hacia el interior de su cuerpo y notó lo tensa y poco preparada que estaba.

Se arrodilló entre sus muslos y le acarició los párpados hasta que abrió los ojos. Le pasó la yema del pulgar por los labios.

-Cariño, voy a hacerte daño si no te relajas.

-El daño no me asusta -dijo mirándolo a los ojos, y vio en ellos la inquietud que se ocultaba tras el deseo.

-¿Entonces qué?

-Me asustas tú... entregarte mi cuerpo -susurró. La respuesta cándida, tan franca y tan típica de Theo, causó un gran alivio en Sylvester. Si sabía a qué se enfrentaba, podía superarlo.

-Tú me entregarás tu cuerpo y yo te entregaré el mío -dijo sin dejar de acariciarle la mejilla-. Es una asociación, Theo. Este acto más que cualquier otro.

-No te estoy deteniendo -dijo-. Acaba de una vez, por favor.

Su marido asintió, alargó la mano por encima de su cabeza para tomar la almohada y se la colocó bajo el trasero, de modo que su cuerpo adoptó un ángulo que facilitaba su entrada. Con un empuje decidido, su carne se introdujo en la de ella y le rasgó el himen.

Theo soltó un grito ahogado ante el dolor desgarrador pero no dijo nada; se mantuvo lo más quieta que pudo bajo su cuerpo mientras él empezaba a moverse en su interior y su cuerpo se abría y humedecía por voluntad propia, de modo que los movimientos rítmicos dejaron de dolerle y empezaron a provocar una reacción extraña en lo más profundo de su cuerpo. Pero antes de que la reacción llegara a ser algo más que un indicio de placer, Sylvester dio rienda suelta a su climax y le llenó el cuerpo con su simiente mientras su miembro palpitaba en su interior. YTheo experimentó una curiosa sensación de liberación física y ninguna de invasión, sino de fusión, al notar la pulsación del cuerpo de Sylvester en el suyo.

Sylvester cayó hacia delante y su corazón retumbó contra el pecho de Theo, que le puso una mano en la espalda cubierta de sudor. Le pareció que era algo que tenía que hacer.

Sylvester se separó despacio de ella y la miró con una expresión compungida.

-Lo siento, Theo. Creía que preferías que acabara deprisa.

-Pero me parece que me he perdido algo -dijo, y sonó algo ofendida-. Es así, ¿verdad?

-Sí, mi querida gitana -soltó Sylvester, que se dejó caer en la cama con una carcajada de alivio-. Te has perdido mucho. Pero no lo harás la próxima vez.

-¿Podemos volver a hacerlo ahora?

-Hay algunas cosas que tienes que saber sobre la anatomía masculina -le indicó, todavía riendo mientras se sentaba-. Tarda un rato en recuperar la fuerza.

-¿Estoy sangrando? -Ni la pregunta personal ni la observación delicada que invitaba la inquietó ya.

-Un poco -contestó Sylvester-. Pero era de esperar. No te muevas y, cuando haya parado, volveremos a intentarlo.

Se acostó y, tras hacerle apoyar la cabeza en el hombro, empezó a quitarle las horquillas que le sujetaban el peinado. Theo encontró el contacto de sus dedos en su cabello tranquilizante y excitante a la vez debido a su familiaridad. Se percató de que era una familiaridad que implicaba posesión, lo que había temido unos momentos antes.

Sylvester contempló el color increíble de sus cabellos mientras hundía en ellos los dedos y los disponía sobre sus senos de forma artística, de modo que el negro azabache ofrecía un contraste sorprendente con la piel blanquecina que se veía entre los mechones. Su aspecto físico era tan distinto al de sus hermanas como su carácter, aunque Rosie tenía algunas peculiaridades de Theo en ambos aspectos.

Sonriendo, retiró un mechón para dejar al descubierto la areola rosada de un seno. Con un dedo dibujó despacio círculos alrededor del pezón y sintió cómo éste se erguía y endurecía.

Theo se estremeció y dejó escapar un suspiro. Movió una pierna hacia él con cierto apremio.

-¿Estás descansado ya? -le murmuró en el hombro.

-¿Por qué no lo descubres por ti misma? -sugirió su marido mientras le deslizaba una mano por el costado hacia la cintura y por el contorno redondeado de la cadera.

-Oh, ¿quieres decir así? -Le deslizó a su vez la mano por la barriga hasta que los dedos llegaron a la mata rizada de vello que le cubría la entrepierna.

-Exactamente así -corroboró en voz baja, aspirando de placer mientras se excitaba contra la palma de su mano.

Theo se puso de lado para llegar a él con más facilidad y mantuvo el ceño fruncido de concentración mientras se acostumbraba a su tacto.

Sylvester le acarició las nalgas y le deslizó una mano entre los muslos en su propia exploración voluptuosa, y ella empezó a imitar sus caricias, con la teoría de que lo que le gustaba a ella también le gustaría a él.

Esta vez, cuando la penetró, su cuerpo estaba relajado y a punto, y sus ojos lo miraban con intensidad como si, decidida a no perderse la menor sensación, quisiera que su expresión la guiara.

Sonriendo, Sylvester bajó la cabeza y le besó los ojos mientras se introducía más en ella y sentía cómo su cuerpo se tensaba a su alrededor.

-¿Te hago daño ahora?

-Al contrario -sacudió Theo la cabeza con los ojos brillantes-. Es maravilloso.

Sylvester rió en voz baja y empezó a moverse con más intención, mirándole los ojos mientras Theo le seguía el ritmo y levantaba el cuerpo para recibir cada empuje. Le recorrió la columna con los dedos y de repente le agarró las nalgas y lo estrechó contra su entrepierna mientras le rodeaba las pantorrillas con los pies. Tenía los ojos muy abiertos y llenos de sorpresa a medida que el placer aumentaba y se intensificaba inexorable.

Esta vez Sylvester se contuvo y utilizó su cuerpo para dirigir el placer de Theo y lograr que llegara a su propio clímax. Al llegar el momento, sus ojos echaron chispas, sus labios formaron una O de sorpresa y sus caderas se arquearon de la cama. Sylvester situó las manos bajo ella y la sostuvo sobre las palmas mientras la penetraba hasta el fondo. Theo gritó contra su boca, sobre la cresta de la oleada de placer hasta que volvió a recostarse en la cama y se hundió en el colchón de plumas con las extremidades extendidas en un gesto de abandono y los ojos cerrados por primera vez.

Sylvester permaneció en su interior disfrutando sin prisas de su clímax y le acarició la mejilla con el índice hasta que abrió los ojos y le sonrió a la vez que levantaba una mano para acariciarle la espalda mientras salía de su trance y reconocía a su compañero de placer.

-¿Han quedado atrás esos temores, gitanita? -dijo el conde en voz baja, atrayéndola hacia él mientras se dejaba caer en la cama, satisfecho, junto a ella.

-¿Qué temores? -murmuró con una risita entre dientes-. Tengo mucho sueño.

-Pues duerme un poco. -Él también cerró los ojos y le acarició los cabellos mientras notaba cómo se adormilaba.

Theo se movió y se despertó. Su sueño había sido tan ligero que era como si no hubiese dejado en ningún momento de ser consciente del dormitorio soleado y del colchón. Todavía sentía el olor de su relación física en la nariz, la piel de su marido aferrada a la suya, su aliento cálido todavía en su mejilla, su mano reposaba con fuerza en su espalda y la apretujaba contra él. Y el recuerdo de ese glorioso momento de placer era tan claro como si acabara de ocurrir.

-Me muero de hambre-comentó mientras se desperezaba junto a él.

-No comiste nada en el banquete -murmuró el conde-. Si mal no recuerdo, estabas demasiado ocupada preparándote para atacar a mi madre.

-No quiero comentar eso -dijo en un tono altanero que un bostezo inmenso echó a perder-. Podríamos pelearnos.

-¿Podríamos? -Se sentó y la miró con una sonrisa burlona-. Creía que el asunto estaba zanjado.

-Por esta vez -contestó Theo arrugando la nariz-. Pero no puedes prometerme que no voy a tener que tratar a tu madre en el futuro, ¿verdad?

-No -estuvo de acuerdo-. No puedo prometerte eso.

-¿Y que siempre te pondrás de mi parte?

-Me temo que tampoco puedo prometerte eso. Lo dijo por lo menos en parte como una broma, pero Theo frunció el ceño y se recostó en un codo.

-¿Cuántos años tenías cuando murió tu padre? -preguntó a su marido.

-Tres. ¿Por qué? -Sólo tenía un vago recuerdo de sir Joshua Gil-braith; tan vago que debía de basarse en el retrato que colgaba en las escaleras de la casa Gilbraith.

-¿Y has vivido solo con tu madre y tu hermana mayor toda tu vida?

-No -sacudió la cabeza-. Cuando tenía cinco años me enviaron a un colegio. Después de eso, apenas pasé tiempo en casa. A los diez años fui a la Westminster School, donde pasaba la mayor parte del año.

-¿Por qué te enviaron fuera tan pronto? -Theo se horrorizó ante una idea tan triste. Un niño de cinco años era demasiado pequeño para ser enviado solo a un mundo que solía ser brutal.

Sylvester se encogió de hombros. No había pensado nunca demasiado en su infancia. Era un mundo que había compartido con sus amigos del colegio, y ninguno de ellos se planteaba si era duro o era adecuado. Salvo Neil Gerard, que se pasó esos años en un estado de terror permanente. Un colegio privado inglés no era el mejor lugar para los físicamente tímidos, y mucho menos para los cobardes. De nuevo, la sombra de un recuerdo quería abrirse paso con insistencia entre la oscura periferia de su mente. Durante un segundo se esforzó por sacarla a la luz, pero desapareció. Theo lo miraba con cierto desconcierto, esperando una respuesta a su pregunta.

-Mis tutores creían que no sería bueno para un chico crecer sin un hombre en la casa-explicó-. Se considera preferible un entorno sólo masculino para educar a los chicos. -Con una sonrisa, le apartó un mechón de pelo de la frente-. No te preocupes, gitana. Sufrí en buena compañía.

-¿Pero aun así sufriste?

-Supongo que sí. -Se encogió otra vez de hombros-. Pero en aquel momento no nos lo parecía. Al fin y al cabo, era una existencia privilegiada.

-Pero no te pegarían, ¿verdad?

-Sin parar -contestó con una carcajada.

-¿Y no te besaban ni abrazaban nunca?

-¡No, por Dios! -La idea parecía chocarle de verdad.

Theo frunció el ceño con la mirada puesta en el cobertor. No era extraño que fuera un hombre tan reservado. Y, sin embargo, tras el exterior intimidante y controlador, sabía que había humor, calidez y sensibilidad. Sólo había que saber encontrarlos.

-Pues a mí me suena terrible -afirmó, y dejó el tema para regresar al original-. ¿Hacemos un picnic? Debe de haber mucha comida en la cocina. Sé dónde había un plato de cangrejos preparado, y mousse de salmón, y creo que había pastel de conejo. -Balanceó las piernas con energía para salir de la cama-. Subiré una bandeja.

-Detesto comer en la cama, Theo -protestó Sylvester, divertido ante su entusiasmo.

-Oh, ¿de veras? A mí me gusta.

-Migas -aclaró de manera sucinta-. En las sábanas. Se te clavan en la piel.

-¡Qué va! Después sacudiremos las sábanas. -Theo se dirigió hacia la puerta que comunicaba los dos dormitorios para buscar una bata en su lado de la puerta-. Podemos tomar una botella de borgoña del noventa y nueve. ¿Puedes subirla? Está en el cuarto estante a la izquierda de la primera bodega, en la tercera fila.

-Un día tendrás que dibujarme un plano de las bodegas -comentó con las cejas arqueadas.

-No necesitas ningún plano. Si no estoy aquí para ayudarte, Foster lo hará. Se las conoce tan bien como yo.

Desapareció en su habitación y no vio que su marido fruncía el ceño. No tenía intención de depender de los conocimientos de su esposa y su mayordomo. Pero la noche de bodas no era el momento para tratar ese tema. Se encogió de hombros y se puso una bata.

En el patio el criado de su excelencia estaba inclinado hacia un barril de cerveza que se vaciaba deprisa, conversando animado con el vendedor ambulante, otro londinense que se había sentido igual de feliz que Henry de encontrarse con un conciudadano en medio de tanto pueblerino.

-Así que se ha dedicado un poquito a la perversión de menores ese jefe tuyo -observó el vendedor, que miró con atención el borde de su jarra.

-Yo no lo llamaría así -replicó Henry, que entrecerró los ojos al sol-. Lady Theo parece saber lo que se hace. Es más lista que un lince. Se conoce la propiedad como la palma de la mano.

-Pero sigue siendo una niña comparada con su marido.

-¿Y a ti qué más te da eso? -preguntó Henry, cuyo sentido de la intimidad y de la lealtad personal se veía perturbado con estas observaciones de un desconocido.

-Nada, en realidad. -El vendedor se encogió de hombros-. Pura curiosidad. La gente del pueblo ha hecho comentarios.

-Son todos unos bocazas -afirmó Henry.

-Dicen que la chica es una Belmont y que su excelencia procede de otra familia, y que existe resentimiento entre ambas -insistió el vendedor, que se agachó para volver a llenarse la jarra de la espita del barril. El chorro salía con lentitud y, tras jurar en voz baja, apoyó un hombro en el barril para inclinarlo un poco más.

-No sé nada de eso -gruñó Henry-. Me da la impresión de que todo el mundo está contento con el matrimonio. Su excelencia se ha ganado una esposa, la familia de la esposa se queda con la propiedad familiar. Todo el mundo sale ganando, es lógico.

-Tal vez -asintió el vendedor con gravedad-. A su excelencia le gusta cazar, ¿no?

-Como a la mayoría de los de su clase, supongo. -Henry se encogió de hombros-. Sale con el arma alguna que otra mañana.

-Me han dicho que la caza de patos es buena en Webster's Pond-reflexionó el vendedor-. A la gente del pueblo le gusta mantenerlo en secreto según me han dicho, así que supongo que tu jefe no lo sabe. Yo de ti se lo diría. -Dejó de apoyarse para terminar diciendo-: Bueno, me voy. Ha sido un placer hablar contigo.

-Lo mismo digo. -Henry levantó una mano a modo de despedida, sin estar demasiado seguro de si le caía bien o no aquel desconocido, por muy conciudadano suyo que fuera. Había algo desagradable en un hombre que prestaba atención a los chismes. Pero a su excelencia quizá le interesaría saber que podían cazarse patos en Webster's Pond, una vez que se hubiera acostumbrado lo suficiente a la cama matrimonial para abandonarla a primera hora de la mañana.

Con una leve sonrisa, Henry cruzó el patio hacia un grupo de lecheras que reían entre sí. Le había echado el ojo a Betsy desde hacía varias semanas: una chica de mejillas sonrosadas con una bonita figura que a un hombre le gustaría rodear con el brazo.

-Viene para acá. -Una de las chicas dio un golpecito a Betsy en las costillas mientras susurraba con fuerza-. Te dije que te había echado el ojo, Betsy.

-No digas tonterías, Nellie -soltó Betsy con un codazo en las costillas de su hermana, pero tenía las mejillas más coloradas que nunca.

-¿Te apetece dar un paseo, jovencita? -Henry le guiñó un ojo, satisfecho al ver que se sonrojaba-. Te invito a una cerveza negra en el bar.

-Mi padre me mataría -exclamó Betsy, con genuina sorpresa-. No puedo entrar en un bar. No es decente que vean a una chica en uno. «Pueblerinos», pensó Henry, que sacudió la cabeza con sorna.

-¿Qué tal si damos sólo un paseo entonces? -insistió.

-Vamos, Betsy -la animó Nellie, que la empujó hacia delante. A papá no le importará. El señor Henry es un caballero con una buena posición.

Betsy parecía indecisa, y Henry empezó a pensar que quizá se estaba complicando demasiado. Un mero paseo no comprometía a nada a un hombre, y no tenía el menor interés en seguir a su excelencia al altar. Por lo menos, en cierto tiempo.

-Oh, muy bien. Vamos -dijo Betsy antes de que tuviera tiempo de retirar la oferta-. Sólo un paseo hasta el pueblo, pero por la carretera principal, claro. -Le tomó el brazo con una confianza que hizo dudar a Henry sobre su anterior rubor virginal. Quizás esos pueblerinos no fueran tan ingenuos como parecían.

Mientras Henry paseaba hacia el pueblo con Betsy, el vendedor se dirigía a pie hacia Webster's Pond. Los patos se estaban acomodando para la noche, sentados en el agua u ocultos en las hierbas altas de la laguna. Tenía aspecto de ser un buen lugar para cazar.

¿De qué dirección llegaría un hombre desde la casa señorial? El desconocido recorrió la circunferencia de la laguna, decidió que la ruta más natural sería desde el sur y se abrió paso entre la maleza para buscar los mejores sitios donde poner las trampas.

Un hombre que recorriera la maleza al alba en medio de la neblina con un arma al hombro y un zurrón no esperaría encontrarse los dientes mortales de una trampa, sobre todo en sus propias tierras.

12

-¡Theo... Theo! ¿Theo, dónde estás? -Emily cruzó como una exhalación la puerta principal, dos días más tarde, y su grito urgente ascendió por las escaleras hasta la galería donde Theo esperaba a que Sylvester se reuniera con ella. Había accedido a un combate amistoso sin armas, aunque con cierta renuencia, y empezaba a sospechar que estaba buscando una forma de posponerlo.

Pero al oír el grito de Emily salió corriendo de la habitación con el corazón acelerado por una premonición repentina. Era la primera visita que hacía alguien de su familia desde la boda, y como su madre había dicho que era ella quien debía indicar la duración de su luna de miel, sabía que sólo algo grave habría llevado a Emily a presentarse de un modo tan poco ceremonioso.

La cara de su hermana confirmó sus temores. Las lágrimas le resbalaban por la cara angustiada, y su aspecto distaba mucho de tener la elegancia habitual. Esa noche había llovido mucho, y llevaba la cabeza descubierta, los cabellos despeinados, el vestido de lino salpicado y los zapatos enlodados debido a los charcos del camino.

-¿Qué pasa? -Theo bajó a toda velocidad las escaleras.

-¡Edward!-exclamó Emily-. ¡Es Edward...!

-¿Muerto? -Theo palideció y sintió un peso terrible en el estómago.

Emily sacudió la cabeza, pero lloraba tanto que no podía hablar.

-¿Qué le ha pasado, Emily? -Theo la había agarrado por los hombros y la zarandeaba desesperada-. ¡Por el amor de Dios, habla!

-Tranquila. -Sylvester entró por la puerta principal y se acercó por el pasillo. Estaba hablando con el jardinero en los arbustos cuando su cuñada había pasado disparada frente a ellos por el camino. Su angustia era tan evidente que la había seguido de inmediato.

-Tranquila, Theo -repitió mientras la tomaba por la cintura y la hacía a un lado-. ¿Qué ha pasado?

-Es Edward -dijo Theo, que estaba casi tan consternada como su hermana-. Le ha pasado algo, pero Emily no me dice qué.

-Bueno, gritarle no va a servir de nada -afirmó. Tomó a Emily por el brazo y la condujo hacia la biblioteca. Theo los siguió.

De momento, su firmeza y autoridad tuvieron un efecto tranquilizante y Emily procuró contener el llanto mientras aceptaba el pañuelo que su cuñado le había puesto en la mano.

Theo saltaba de un pie a otro, desesperada e impaciente, a la espera de que su hermana lograra controlarse por fin lo suficiente para ser coherente.

-Han herido a Edward -logró soltar Emily finalmente.

-¿Es grave? -Theo estaba blanca bajo el bronceado del sol, lo que le realzaba las pecas que le salpicaban la nariz. Tenía los ojos tan abiertos por la ansiedad que el resto de sus rasgos quedaba empequeñecido.

-El brazo... Le han amputado el brazo -soltó Emily antes de dejarse caer en el sofá con un renovado arranque de sollozos incontrolados.

-Oh, no. -Theo, horrorizada, trataba de imaginar a Edward lisiado: un hombre al que le gustaban todos los deportes físicos, el amigo que le había enseñado el combate sin armas y la lucha, el amigo con quien nadaba hacia la cala de pequeña, escalaba acantilados, trepaba a los árboles en busca de nidos de aves, cazaba zorros.

Sylvester se acercó a la chica que lloraba en el sofá. Su llanto empezaba a aferrársele al cuello de modo alarmante y tenía miedo de que le diera un ataque de histeria.

_¡Emily! -Le agarró los hombros y la obligó a mirarlo, pero tenía los ojos desorbitados y no lo veía. Abrió la boca para soltar un grito silencioso.

Sylvester le abofeteó la mejilla con una fuerza medida, y su mirada reflejó primero la impresión y después el reconocimiento.

-Perdona, Emily -afirmó-. Pero ibas a ponerte histérica.

-Mamá siempre hace eso -indicó Theo con la voz temblorosa debido a la angustia-. Emily es de temperamento nervioso, no puede evitarlo. -Se sentó junto a su hermana y la rodeó con los brazos. En ese momento necesitaba su apoyo más que ella tiempo para aceptar la noticia-. Pobrecita, qué impresión tan terrible habrás tenido. ¿Cómo te enteraste?

-Por lady Fairfax -la voz de Emily seguía temblando pero era evidente que había recuperado el dominio de sí misma y que no estaba ofendida con Sylvester por su rápida intervención-. Vino a la casa viudal. Habían recibido una carta del coronel de Edward.

-¿Cómo ocurrió? -preguntó Sylvester con calma mientras se acercaba al aparador y llenaba una copa de ratafia. No era lo que él habría elegido para una impresión, pero conocía los gustos de su cuñada.

-Un francotirador -contestó Emily, que aceptó la copa con una sonrisa educada aunque llorosa-. Le dispararon en el hombro. ¿Pero por qué le amputarían todo el brazo?

-Para evitar la gangrena -explicó Sylvester sirviendo jerez para Theo y para él-. La amputación instantánea puede parecer una medida extrema, Emily, pero salva la vida.

Recordó las mesas empapadas de sangre de las tiendas hospital, los cubos de los que sobresalían miembros amputados, la luz parpadeante de las velas, los cirujanos exhaustos que apestaban a sangre con sus bisturíes, y revivió los gritos angustiados.

-Los franceses tienen más éxito que nosotros con sus heridos -prosiguió manteniendo un tono natural-, porque descubrieron pronto que cuanto antes se elimina un miembro herido, mayores son las probabilidades de sobrevivir. Antes de cada batalla, o incluso escaramuza, han montado tiendas hospital y un ejército de literas y armones para retirar a los heridos del campo de batalla en cuanto se declara una tregua. Estamos aprendiendo de ellos despacio y sacamos más rápido a nuestros heridos del campo de batalla, pero no lo suficiente todavía. Nuestras bajas en las tiendas hospital siguen superando a las suyas.

Edward Fairfax, aunque era probable que no lo aceptara entonces, había tenido suerte de que un cirujano inteligente hubiese tomado una medida drástica a tiempo.

-¿Qué más decía la carta? -Theo tomó un sorbo de jerez intentando suprimir las imágenes terroríficas que se formaban en su mente: Edward sufriendo un gran dolor, mordiendo una bala mientras le serraban el brazo...

Miró a Emily y se dio cuenta de que la imaginación de su hermana había cubierto esas ideas terribles. Se dijo que ese tormento ya se había terminado para Edward, así que no tenía sentido pensar en cosas tan morbosas, pero seguía teniendo esas visiones horrorosas en su interior.

-Va a volver a casa -dijo Emily-. Evidentemente no podrá volver a combatir.

«Siempre hay algo positivo -pensó Theo-, incluso en una tragedia. Hubiera sido peor que Edward yaciera muerto en un campo de batalla.»

-Saldrá adelante -afirmó-. Ya sabes lo decidido que es. No permitirá que algo así le arruine la vida.

Sylvester se sentó en el borde de la mesa y observó a las dos hermanas. Oyó cómo Theo se esforzaba en consolar a Emily, seguro de que trataba con todas sus fuerzas de creerse sus propias palabras tranquilizadoras. Conocía mejor que ellas los efectos devastadores de una amputación. Un hombre joven que tenía que aceptar que ya no estaba completo. ¿Cómo iba a jugar Edward Fairfax la carta que el destino le había repartido? La mayoría de los hombres se volvían amargados y se daban asco a sí mismos, y veían en las palabras y los gestos de cariño y de apoyo la caridad condescendiente de la gente que sentía lástima por ellos. Si Emily esperaba que su prometido corriera a sus brazos como si nada hubiera sucedido, iba a llevarse una sorpresa muy desagradable cuando volviera.

Volvería a la vecindad y al contacto íntimo que siempre había tenido con los Belmont. La idea le vino a la cabeza con fuerza por encima de sus vacilaciones.

-¿En qué regimiento está?

-El Séptimo de Húsares -contestó Theo.

-¿Cuándo juró bandera?

-Hace un año.

Era probable que el Séptimo de Húsares no supiera nada de los asuntos del Tercero de Dragones. Un joven del Séptimo de Húsares no sabría nada de Vimiera. Su regimiento no había formado parte de ese cuerpo expedicionario, y, en cualquier caso, Fairfax no estaba aún en el Ejército entonces. A no ser que hubiera oído algo... pero, ¿por qué habría de haberlo hecho? No sabría nada del pasado del actual conde de Stoneridge. Incluso aunque hubiera oído rumores sobre el escándalo de Vimiera, no los asociaría con el marido de Theo. Y esa historia era ya muy vieja y había quedado desbancada por muchos otros escándalos.

Miró a Theo, que seguía sentada rodeando con el brazo a su hermana. Tenía la cara contraída y la mandíbula firme. ¿Qué pensaría una persona tan franca y audaz de un marido mancillado con la acusación de cobardía? No era difícil imaginar la respuesta, y se le heló la sangre en las venas. Se dijo otra vez que no había razón para que su pasado deshonroso reapareciera, pero deseaba que Edward Fairfax se fuera al diablo.

-¿Cuánto tiempo tardará en viajar desde España? -le preguntó Emily con la voz mucho más fuerte, aunque seguía retorciendo su pañuelo convulsivamente con las manos.

Un hombre debilitado por el dolor y la pérdida de sangre avanzaría despacio a no ser que tuviera compañeros que se encargaran de que encontrara transporte en carros por el país hasta que llegaran a la costa y a un barco naval.

-Es difícil decirlo, Emily. Desde una semana hasta un mes.

-Es mucho tiempo -murmuró Theo, cuyos pensamientos seguían de modo sorprendente los de Sylvester en la ruta de un soldado gravemente herido a través de una España devastada por la guerra-. Ven, Emily, volveremos a la casa viudal y hablaremos con mamá. ¿Sabe la noticia?

-Cuando lady Fairfax vino, ella no estaba -sacudió Emily la cabeza-. Lady Fairfax no quería contármelo sin mamá, pero estaba tan afectada que no pudo contenerse.

-Me lo imagino. -Theo se levantó con brío-. No sé cuánto tardaré, Stoneridge.

Sin mirar a su marido, se llevó a Emily al vestíbulo. Sylvester arqueó una ceja al verla salir. Desde la boda, había usado su nombre de pila con toda naturalidad pero, al parecer, con la intrusión del mundo exterior, volvían a imponerse las viejas costumbres. Le hubiera gustado acompañarlas a la casa viudal, pero era evidente que Theo creía que las mujeres Belmont estarían mejor solas.

Esa reflexión le dejó una extraña sensación de vacío y de carencia en cierto sentido después de las horas de intimidad que habían compartido los últimos dos días.

-¿Cómo es? -preguntó Emily de golpe, medio corriendo para seguir el paso rápido de su hermana. Su futuro, hasta esa mañana tan cierto y seguro, se había visto amenazado de repente, y la pregunta surgió de forma natural de su confusión-. Me refiero al matrimonio. ¿Fue..., quiero decir, es...?

-Es maravilloso -contestó Theo para sacarla del atolladero, muy consciente del aspecto del matrimonio que la inquietaba-. Pero imagino que ayuda que uno de los dos sepa lo que se hace. -Entrelazó un brazo con el de su hermana y añadió con intención-: Muy pronto lo descubrirás por ti misma.

-¡Pobre Edward! -Las lágrimas espesaron la voz de Emily-. Tener sólo un brazo...

-Edward se las arreglará muy bien -la interrumpió Theo, que se negaba a que su hermana se compadeciera de Edward-. Y en lo que se refiere a hacer el amor, te aseguro que no es necesario tener dos brazos. Piensa en lord Nelson, un ojo y un brazo no ahuyentaron a lady Hamilton.

-¡Oh, no pensarás que eso me importa!

-No. Y Edward sabrá adaptarse a la situación, lo sabes muy bien. Y tú le ayudarás a lograrlo.

Habló de modo tranquilizador para impedir que se echara a llorar otra vez, y, en lo más profundo de su corazón, creía que su viejo amigo no permitiría que su discapacidad le arruinara la vida, pero si pensaba cómo debía de sentirse en ese momento, tan lejos de las personas que le darían el apoyo y la fuerza para aceptar su mutilación, deseaba poder estar con él.

Cuando entraron en la casa, Elinor las estaba esperando. Clarissa le había contado la visita de lady Fairfax y la marcha precipitada de Emily hacia la casa señorial para buscar a su hermana. Era una lástima que la luna de miel se hubiera interrumpido, y con una noticia tan desgraciada, pero Elinor sabía que no podían ocultar a Theo la tragedia de su mejor amigo.

Y como había esperado, Theo estaba pálida pero serena y sujetaba a su hermana, que parecía a punto de desmoronarse, lo que hizo en cuanto vio a su madre. Elinor se la llevó al salón, la instaló en el sofá con unas sales y una tisana y acompañó con firmeza a Theo hacia fuera.

-Vuelve con tu marido, cielo. Superarás esto a tu modo, y no hay nada que puedas hacer por Emily que no pueda hacer yo igual de bien.

-No, ya lo sé. -Theo se pasó una mano por el pelo y se apartó el flequillo de la frente. Las lágrimas le nublaban los ojos, y la boca, normalmente firme, le temblaba. Elinor la estrechó entre sus brazos.

-¡Oh, mamá! -dijo Theo en un tono que expresaba a la vez en esa sola palabra rabia y pesar por lo injusto de la situación. Su madre la abrazó y le acarició los cabellos hasta que Theo se separó de ella y le dedicó una sonrisa temblorosa-. Estaré bien -afirmó, y Elinor sabía que era cierto.

-Deberías hablar con Stoneridge sobre ello -le sugirió-. Ha estado en el Ejército; sabrá cómo logra la gente superar estas heridas.

-Pero no conoce a Edward -comentó Theo con el ceño fruncido-. Es imposible que sepa lo que Edward estará sintiendo.

-Pero querrá saber lo que tú sientes -afirmó Elinor muy seria.

Theo frunció aún más el ceño. Sylvester sabía encargarse muy bien de las cosas y sabía lograr que las cosas sucedieran, como demostraba el hecho de que ella fuera ahora lady Stoneridge. Pero no se imaginaba llorando en su hombro ni compartiendo sus sentimientos más íntimos con él. Podía reír y hacer el amor con él, pero no creía poder llorar con él.

Regresó despacio a la casa señorial. Quizá no debería suponer que Sylvester sería incapaz de comprender el dolor de los Belmont. Se había casado con él para que todos pudieran permanecer juntos y, en el fondo de su alma, esperaba que procurara convertirse en un Belmont. Al fin y al cabo, ella no podría convertirse nunca en una Gilbraith. Él había recibido la herencia de los Belmont y era su deber convertirse en uno de ellos. Pero ¿cómo iba a hacerlo si no le incluía en las preocupaciones familiares?

Edward no tendría que convertirse en un Belmont honorario cuando se casara con Emily. Los Fairfax y los Belmont habían coexistido juntos en Dorsetshire durante tres generaciones. No había competencia, ni rivalidad, ni resentimientos.

«Edward.» De repente, las lágrimas le inundaron los ojos y esta vez las dejó caer. Salió del camino y se abrió paso por los arbustos en dirección a la parte posterior de la casa. Descendió la colina hacia el puente de piedra que cruzaba el río. La trenza le oscilaba en la espalda y la falda pantalón que se había puesto para su reto amistoso en la galería le ondeaba alrededor de los tobillos.

Sylvester la vio desde la ventana de la biblioteca. Iba a seguirla, y ya había pasado una pierna por el alféizar cuando se lo pensó mejor. Si hubiera querido su consuelo, habría acudido a él.

Volvió a los libros de contabilidad que recogían los asuntos de la propiedad durante el último año, pero no podía concentrarse. La cara pálida de Theo con las pecas marcadas y sus ojos angustiados no abandonaban sus pensamientos. ¿Qué clase de hombre era ese tal Edward Fairfax que inspiraba tanto amor y amistad a una mujer que, como él sabía bien, no se entregaba con facilidad?

Era un hombre que regresaba a casa herido, como un héroe.

Dejó caer la pluma y corrió hacia atrás la silla con una imprecación baja mientras se obligaba a evitar la comparación amarga que efectuaba interiormente. Eso no tenía nada que ver. Theo amaba a Edward Fairfax como a un familiar íntimo. Iba a ser su cuñado. No había nada en esa relación que pudiera motivar la menor inquietud en un marido. Ninguna pasión sexual.

Pero la fuerza de la lujuria no duraría siempre. La pasión desaparecería con el tiempo si no había una amistad profunda y duradera que la alimentara.

Pero no se había casado con una Belmont porque quisiera una amistad profunda y duradera en su matrimonio. Se había casado con ella porque necesitaba lo que ella le proporcionaría... porque aquel astuto cabrón lo había estipulado en su testamento. Que hubiera terminado con una compañera inquieta y apasionada en la cama no era más que un plus maravilloso.

Con resolución tomó otra vez la pluma y volvió a prestar atención a la columna de cifras que detallaban los gastos en viviendas de los arrendatarios. El viejo conde no había escatimado en ese sentido, y era de suponer que se esperara que el nuevo siguiera sus pasos. Seguro que Theo lo esperaría, pero había algunos despilfarros...

Pasó una hora antes de que Theo subiera la colina. Sylvester miró por la ventana y la vio acercarse a la casa. Sin pensarlo, se asomó y la llamó, y ella cambió de dirección y se dirigió hacia él.

Seguía estando pálida, pero se veía serena y tranquila, aunque con la sonrisa algo distraída.

-¿Entras? -preguntó el conde con alegría, y se inclinó para sujetarla por debajo de los brazos y levantarla a peso para pasarla por la ventana. Una vez en el suelo, le inclinó la barbilla y la besó con suavidad en los labios. Y aunque no se opuso a su caricia, no obtuvo su reacción habitual.

-¿Cómo se tomó tu madre la noticia? -preguntó soltándola.

-Como era de esperar -afirmó encogiéndose de hombros-. Ha sufrido mucho y nunca la he visto desfallecer.

Sylvester asintió y trató de encontrar algo para sacarla de su desconsuelo.

-¿Qué tal ese combate amistoso que habías propuesto?

-Me había dado la impresión de que no querías hacerlo -comentó sorprendida.

-Bueno, para serte franco, no me parece bien que un marido luche con su mujer. Sin embargo, por esta vez... -Sonrió, pero la invitación cayó en saco roto.

Theo sacudió la cabeza. No le apetecía jugar, y la sugerencia le pareció insensible por su parte.

-En ese caso te aliviará saber que he perdido interés en la idea -soltó con brío fingido-. Voy a ir al pueblo a ver cómo le va a la abuela Moretón. Lleva semanas enferma, pero es una anciana tan cascarrabias que la gente del pueblo no le presta toda la atención que debería. Le llevaré una infusión de menta verde y una botella de ron. Está de mucho mejor humor cuando se ha tomado una o dos gotas.

Ahí se acabó el intento de acercamiento. Cuando Theo cerró la puerta al irse, Sylvester volvió a sus libros de contabilidad. Lo había intentado y, si ella lo rechazaba, no podía hacer nada.

Al entrar en el pueblo de Lulworth, Theo tuvo que detenerse a menudo para responder a los saludos de sus habitantes. Le llamó la atención que la trataran con una deferencia inusual desde que se había convertido en la condesa de Stoneridge. Las mujeres le hacían reverencias y los hombres se descubrían con respeto. Como era gente del pueblo que, en su mayoría, la había visto meterse en líos durante su infancia, le había vendado alguna que otra rodilla arañada, dado pan de jengibre y zumo de manzana las tardes de invierno, contado historias de la familia, bromeado con ella y reñido de pequeña, le resultaba muy extraño y bastante incómodo.

Se percató de un hombre que estaba sentado en el banco del exterior de la taberna. No lo había visto antes en el pueblo. Tenía la tez pálida de la gente de la ciudad y la contemplaba con un interés grosero que Theo no había conocido hasta entonces.

-¿Quién es el desconocido, Greg? -preguntó al posadero, que charlaba en la calma de la tarde con uno de sus amigos bajo las ramas de una haya inmensa.

Greg volvió la vista hacia la dirección de donde ella venía y escupió en la tierra.

-Un vendedor, milady. Dice que está de paso, pero lleva aquí mucho tiempo para ser alguien que viaja, a mi entender.

-¿Se hospeda en la posada?

-Sí, y me paga cada mañana, así que no tengo queja.

Theo frunció el ceño. Bastante a menudo había gente que pasaba por Lulworth, pero no se quedaba sin motivo en el pueblo. De repente se acordó del misterio de la silla de Zeus. El mismo Sylvester se había convencido de que nadie de sus propios establos era culpable de eso.

-¿Está haciendo negocio con las granjas?

-No que yo sepa, lady Theo. Ni siquiera le he visto la mercancía. Pero es bastante generoso en el bar y sabe contar buenas historias.

-Qué raro -murmuró Theo, e hizo que Dulcie reiniciara la marcha-. Buenos días, Greg.

Era una tontería dejar volar la imaginación, pero alguien se había propuesto lastimar al conde de Stoneridge. ¿Por qué? ¿Qué clase de rencor podía guardarle alguien para intentar una venganza tan feroz? Su marido había estado treinta y cinco años en el mundo antes de cruzarse en su vida. ¿Cómo iba a saberlo nunca todo sobre él? Pensó en Edward, en lo bien que lo conocía; lo bastante bien para formar parte de su tormento ahora, incluso a tanta distancia. No podía imaginarse llegar nunca a sentirse tan cerca emocionalmente de su marido; era un desconocido en muchos aspectos. La idea le dio escalofríos y la alejó de su mente. Las cosas podían cambiar.

El vendedor, consciente de que había sido el tema de conversación, decidió que estaba a punto de excederse en su estancia en Lulworth. Había colocado las trampas entre la maleza del camino a Webster's Pond desde la casa señorial y quizás hubiera llegado el momento de ir al próximo pueblo para vigilar los cepos al alba hasta que atraparan lo que tenían que atrapar.

Por supuesto, cabía la posibilidad de que, por accidente, cayera en ellos otra víctima, pero los cazadores furtivos recibían lo que se merecían. Y una víctima accidental se ahorraría la bala en la cabeza, aunque «ahorrarse» tal vez no fuera la palabra adecuada. La bala pondría fin al sufrimiento de un hombre al que los dientes sanguinarios se le clavaran en la carne. Se había dado el caso de guardabosques que dejaban a hombres gritando en esas trampas durante días, a veces hasta que dejaban de sufrir desangrados.

El vendedor sonrió y se escarbó los dientes. Se había deleitado con un suculento estofado de conejo para almorzar. La señora Woods era una cocinera que le robaba a uno el corazón. Lamentaba tener que irse.

Theo terminó el encargo de la tarde y volvió a casa, incapaz aún de aceptar la imagen de un Edward tullido. Era tan activo, tan ágil y rápido, un excelente tirador y jinete en las cacerías, una persona tan física...

Las lágrimas le nublaron una vez más los ojos, y cruzó el vestíbulo con rapidez para dirigirse escaleras arriba hacia su antiguo dormitorio. Sentía que necesitaba tocar recuerdos de la infancia que le hicieran revivir a Edward.

Foster, que sabía todo lo que sucedía bajo el techo de Stoneridge Manor, informó a su excelencia, cuando éste le preguntó, que encontraría a lady Theo en su anterior habitación.

El semblante del mayordomo era impasible, su tono tan educadamente distante como siempre, pero Sylvester pudo captar su inquietud bajo el tono tranquilo.

-Gracias, Foster. ¿Ha oído la noticia sobre el teniente Fairfax?

-Sí, milord. Una gran tragedia. El señor Fairfax es un caballero excelente, uno de los mejores, si me permite el atrevimiento. -Foster enderezó un montón de papeles del escritorio de la biblioteca-. Será un buen marido para lady Emily.

-Estoy seguro -dijo Sylvester, que se dirigió hacia la puerta. Subió deprisa las escaleras. Al llegar a la puerta de Theo, vaciló; no sabía muy bien por qué la seguía cuando ella había dejado tan claro que quería estar sola. Pero algo le impidió marcharse. Al fin y al cabo era su mujer, y estaba sufriendo.

Levantó el pasador sin hacer ruido y abrió la puerta. Theo estaba sentada junto a la ventana, con la frente apoyada en el cristal y el cuerpo muy quieto.

Iba a cerrar la puerta de nuevo, cuando, sin volver la cabeza, dijo:

-¿Sylvester?

-¿Puedo entrar?

-Si quieres.

Esas palabras dichas con voz monótona no suponían una buena acogida, sino más bien un «si no queda más remedio».

Lamentando su impulso, cerró la puerta despacio y se marchó sin mediar otra palabra.

Era una intromisión en su dolor, una irrelevancia en lo que se refería a los tormentos de su querido amigo. Bueno, la próxima vez ya sabría a qué atenerse.

Regresó a la biblioteca y a los libros de contabilidad diciéndose que debería estar contento de librarse del deber conyugal de consolar a su esposa. Sin embargo, por algún motivo, la idea no lo convencía. No dejaba de pensar en Edward Fairfax. Theo no habría rechazado consuelo de ese lado.

Sola, Theo se meció en el asiento junto a la ventana, abrazada a sí misma. ¿Por qué lo había echado con tanta frialdad? No lo sabía, salvo que no se imaginaba abriéndole su corazón. No era ese tipo de matrimonio.

Sintió que el pesar la invadía, y volvió a apoyar la cabeza en la ventana, con el cristal frío contra la frente, insegura de si lloraba por Edward o por ella.

13

El abogado Crighton se sentía incómodo. Su vecina en la diligencia de Londres a Dorchester era una señora especialmente obesa adornada con cajas, paquetes y cestas. Viajaba para reunirse con su hija, que iba a dar a luz, y transportaba todos sus bienes terrenales. También era una habladora empedernida y no dejó de charlar para describir con detalle a todos los miembros de su amplia familia y de su círculo de allegados hasta que el abogado les deseó a todos una defunción tranquila pero pronta.

El hombre sentado enfrente no hizo nada para aliviar las molestias del señor Crighton. Durmió todo el viaje, roncando muy alto con la boca abierta, y su aliento apestaba a cerveza rancia y a cebolla. Tenía las botas de granjero cubiertas de estiércol y las piernas extendidas a través del estrecho espacio entre los dos bancos, con los pies plantados con firmeza entre los del abogado.

Una señora nerviosa con un canario en una jaula y un niño escandaloso completaba el pasaje del vehículo, y después de que el pequeño le hubiera arreado el enésimo puntapié en la espinilla y la señora obesa le hubiera ofrecido un bocadillo grasiento de beicon que le revolvió el estómago, el señor Crighton hubiera abandonado con gusto su asiento en el interior para sentarse en el pescante junto al cochero. Pero llevaba puesta su mejor ropa y los caminos estaban cubiertos de una finísima tierra blanca debido al bochorno del verano.

Cuando el coche llegó al patio del Dorchester Arms y el abogado bajó muy estirado y se despidió encantado de sus compañeros de viaje, era bien entrada la mañana. Se quedó de pie con los ojos entrecerrados por el resplandor del sol y se llevó las manos a los riñones para aliviar el dolor.

-Buenos días, abogado Crighton -lo saludó el dueño, que se acercó por el patio adoquinado limpiándose las manos en el delantal-. Ya toca otra vez, ¿verdad? -Chasqueó los dedos a un criado con librea--. Lleva la bolsa del caballero a su habitación de siempre, Fred. Sí, señor -se dirigió a Crighton, con una enorme sonrisa en su rostro bonachón--. Parece mentira cómo pasa el tiempo. Dentro de cuatro días será Navidad.

El abogado Crighton asintió para darle la razón y lo siguió hacia el interior fresco del bar.

-Ahora mismo le sirvo una jarra de cerveza -dijo el dueño. El abogado efectuaba visitas trimestrales rutinarias al Dorchester Arms cuando iba a tratar asuntos con sus clientes del condado, y el posadero conocía de sobra sus gustos y costumbres. Colocó una jarra de peltre en la superficie reluciente de caoba de la barra-. La parienta está preparando una deliciosa espaldita de cordero para la cena, y le buscaré una botella del mejor borgoña.

El señor Crighton tomó un trago grande y reconfortante de cerveza, se secó la boca con el pañuelo y afirmó:

-Voy a ir a Stoneridge Manor directamente, señor Grimsby. Si fuera tan amable de pedir que enganchen el caballo a la calesa.

El posadero asintió. Sabía que eso significaba que el abogado esperaba que lo invitaran a comer en Stoneridge, como era habitual en tiempos del viejo conde. Por supuesto, las cosas podían ser distintas ahora; nadie se había formado todavía una opinión definitiva sobre el nuevo lord Stoneridge, pero con ladyTheo aún al timón las cosas no podían cambiar de forma demasiado drástica.

-Mañana iré a ver al caballero Greenham -comentó con intención el abogado. De nuevo, el señor Grimsby asintió. El caballero no era famoso por su hospitalidad, y una espaldita de cordero en el Dorchester Arms iría muy bien en esa ocasión.

-Pediré al mozo de caballos que prepare la calesa -dijo de modo agradable-. Pero tal vez le apetezca tomar un pastel de carne a modo de desayuno tardío antes de irse.

El abogado Crighton accedió a eso y se instaló junto a la ventana que daba a la concurrida calle principal de la capital del condado. Le gustaban estas visitas trimestrales a los clientes del campo. Con cierta satisfacción, pensó que eran más bien unas vacaciones que un viaje de negocios, y un verdadero placer dejar atrás un par de días la mugre y el ruido de Londres.

Theo se dirigía a la casa viudal a primera hora de la tarde con un montón de rosas para el salón de su madre. Hacía mucho calor y, a mitad del camino, se detuvo y se sentó con los ojos cerrados en un tronco caído a la sombra de un viejo roble para aspirar la fragancia de las rosas y escuchar el zumbido de una abeja en la hierba salpicada de tréboles a sus pies.

-¿Theo? ¿Qué estás haciendo?

El tono curioso de Rosie la sacó de su ensueño, y se volvió con una sonrisa.

-Podría preguntarte lo mismo. ¿No tendrías que estar en clase a esta hora del día?

La niña se sacó las gafas y se las limpió con una punta del delantal. Sus ojos azules eran débiles y vulnerables cuando miraron de modo miope a su hermana.

-El reverendo Haversham tenía que ir a ver al obispo y nos ha dado

fiesta esta tarde. Estoy buscando.

-¿Qué buscas?

-Cualquier cosa que me guste. -Rosie se encogió de hombros-No hay que desperdiciar nada.

-¿Cómo van las cosas en la casa viudal? -preguntó Theo dando unas palmaditas en el tronco, tras soltar una carcajada. Rosie se sentó.

-Emily sigue llorando por lo de Edward y mamá empieza a exasperarse un poco, y ayer Clarry se cortó un dedo con el cuchillo de trinchar. Casi se cortó toda la parte de arriba y había sangre por todas partes. Tuvimos que darle sales.

Esta relación sucinta llenó de nostalgia a Theo, y le provocó una emoción que tuvo que dominar.

-Ojalá no te hubieras casado con Stoneridge -afirmó Rosie, que encadenó el relato con sus pensamientos-. No es lo mismo sin ti.

-No seas tonta -la animó Theo-. Si no me hubiese casado con Stoneridge, habríamos perdido la casa señorial. Además, puedes venir a verme siempre que quieras.

-Mamá dijo que no podía molestarte en tres semanas -la informó Rosie-. Quería venir ayer y también anteayer pero no me dejó, y eso que quería pedirte consejo sobre mi ratón blanco. Mister Graybeard se está engordando mucho y empiezo a pensar que tal vez no sea macho. Podría estar embarazado. ¿Tú qué crees?

-Sólo si es hembra -dijo Theo, distraída, al oír el sonido de ruedas en la grava al otro lado de la curva-. ¿Quién será?

Se levantó cuando la calesa del Dorchester Arms apareció deprisa con el abogado Crighton en el asiento del conductor. Al verlas, tiró de las riendas.

-Buenos días, lady Theo -dijo con evidente placer-. Y lady Rosalind. Espero que estén bien.

-Muy bien, gracias -contestó Theo, que no entendía cómo podía habérsele olvidado la práctica invariable del abogado de visitar a sus clientes de Dorset el quince de cada trimestre. Se sentiría dolido y violento si se daba cuenta de que no lo esperaban, así que le sonrió afectuosamente y dijo-: Es un placer verlo, señor Crighton. Lo acompañaré a la casa. -Se volvió hacia su hermana y le dio las rosas-. Llévaselas a mamá, por favor.

-¿Vendrá a visitar a mamá también, señor Crighton? -preguntó Rosie, que había asentido contenta antes de hundir la nariz en las flores.

-Será para mí un honor presentarle mis respetos a lady Belmont -afirmó el abogado.

-Entonces, advertiré a mamá -afirmó Rosie que, como siempre, decía justo lo que pensaba. Theo contuvo una sonrisa y esperó que Crighton no se hubiera percatado. Su madre encontraba al abogado de lo más aburrido, aunque nunca lo demostrara.

Se subió a la calesa prescindiendo de la mano que le ofreció el abogado para ayudarla, y se situó junto a él en el asiento. Cuando el caballo reemprendió la marcha, saludó a Rosie con la mano.

-Permítame que la felicite, lady Theo -dijo el abogado con una reverencia-. Un acuerdo muy satisfactorio, si se me permite decirlo.

-Sí, supongo que sí -dijo Theo, a quien le pareció una forma poco entusiasta de describir un matrimonio.

-Hay algunos asuntos pendientes que tratar -prosiguió Crighton, que sacó el pañuelo y se echó el sombrero un poco para atrás para secarse el sudor de la frente-. Pero podremos ver los detalles después de haber tenido nuestra conversación habitual sobre la cuestión de las inversiones y los registros de las rentas.

-¿Qué asuntos pendientes? -preguntó Theo con interés.

Notó la rigidez que adoptaba de repente el abogado mientras se aclaraba la garganta, incómodo.

-Oh, unos detalles sin importancia -comentó sin precisar.

-¿Detalles? -Theo frunció el ceño-. El testamento de mi abuelo me pareció de lo más claro.

El abogado sucumbió a un ataque de tos, que le puso la cara colorada.

--Las dotes, lady Stoneridge... -soltó cuando se recuperó-. Se trata de eso, de la cuestión de las dotes de sus hermanas. Y su provisión de viudedad. Es preciso dejarlo bien atado.

-Comprendo. -Esa conversación había despertado la curiosidad de Theo, que no creía que el abogado Crighton le estuviera diciendo la verdad, o por lo menos, no toda.

Pero recorrieron el corto trecho hasta la puerta delantera antes de que pudiera decidir un nuevo enfoque.

Cuando subieron a la casa, Sylvester estaba en su estudio leyendo un folleto de Coke de Norfolk sobre la rotación de cultivos. Era un tema que Theo y Beaumont dominaban con entusiasmo y sobre el que él no sabía nada. De hecho, los misterios de la agricultura eran como un libro cerrado para él, lo que suponía que no era nada extraño dado que había sido soldado la mayor parte de los últimos quince años. Pero también era consciente de que la burla de Theo sobre el hecho de que la propiedad de los Gilbraith parecía Lilliput en comparación con las tierras de Stoneridge no se alejaba demasiado de la realidad. Los Gilbraith eran los parientes pobres, y aunque le hubiese interesado, no habría tenido ocasión de dominar los conocimientos que Theo había adquirido.

Por Dios, qué rabia debía de dar al anciano pensar que su fantástica fortuna en tierras caería en manos de un hombre no educado para ello. Alguien que no conocería las complejidades de la dirección de una propiedad, las técnicas agrícolas.

Sacudió la cabeza con una sonrisa compungida. Lo más probable era que él hubiese sentido lo mismo en esas circunstancias. Quizá tras las artimañas del viejo no hubiera sólo malas intenciones.

Echó un vistazo por la ventana abierta tras él al oír las ruedas sobre la grava que se detenían a la puerta y corrió hacia atrás la silla para ver mejor. Lo que vio le llenó la frente de un sudor frío y le heló la sangre en las venas.

Theo en compañía del abogado Crighton.

¿Qué rayos hacía ese hombre ahí? ¿Sin haber avisado? Y, por el amor de Dios, ¿qué le habría dicho a Theo?

Inspiró profundamente y esperó a que el pulso se le calmara. Era una tontería ponerse nervioso. Daba lo mismo que Theo descubriera la verdad sobre el testamento de su abuelo. Ya tenía la herencia y nadie podría arrebatársela.

Pero sabía que se engañaba a sí mismo. La idea de que ese engaño saliera a la luz le repugnaba. Era un secreto terrible con el que debería cargar toda la vida... siempre y cuando a Crighton no se le hubiese escapado nada, nada que llamara la atención de Theo.

Se obligó a adoptar una expresión de tranquila neutralidad y se dirigió al vestíbulo en el preciso instante en que Theo y el abogado entraban.

-Oh, Sylvester -lo saludó Theo, que parpadeaba deslumhrada en lo que para ella era oscuridad tras el brillo del sol en el exterior-. El abogado Crighton ha venido de Londres para su visita trimestral de negocios. Esta mañana olvidé mencionarte que siempre viene el día quince. -Quizá su negligencia fuera una afrenta para Sylvester pero, por lo menos, la mentirilla serviría para no herir los sentimientos del abogado.

-Exacto, milord -corroboró Crighton, que avanzó con la mano extendida-. Tengo el honor de que algunos otros propietarios destacados de la zona me encarguen sus asuntos, así que los visito. -Y, dicho esto, soltó una sonora carcajada, aunque tenía un tinte de incertidumbre.

Estaba recordando que el quinto conde de Stoneridge tenía tendencia a ser más irascible e impaciente aún que su predecesor.

-No me diga -dijo Sylvester con frialdad y le estrechó la mano que le ofrecía-. Entonces, acompáñeme a mi estudio, por favor.

Observó a Theo, que estaba en la penumbra. No detectó nada adverso en su actitud ni en su pose. Parecía que al abogado no se le había escapado nada que despertara su curiosidad, y una sonrisa de alivio suavizó la dureza de sus rasgos.

-Theo, ¿podrías pedir a Foster que traiga algún refrigerio al estudio. -sugirió haciéndose a un lado para guiar al abogado en la dirección necesaria.

-No hace falta, ya lo sabe -soltó Theo con alegría, y los siguió.

De repente, Sylvester se dio cuenta de que esperaba participar en la charla de negocios y desfalleció. Era de suponer que lo haría en tiempos de su abuelo y no vería por qué tendría que ser distinto ahora.

Al llegar al estudio dejó pasar al abogado y cerró la puerta hasta la mitad.

-No sé cuánto tardaremos, Theo -dijo con calma-. Pero tal vez podríamos ir después a cazar patos a Webster's Pond.

Theo parpadeó con el ceño fruncido, sin entender por un momento lo que estaba diciendo. Pero Sylvester abrió un poco más la puerta y entró en la habitación.

-Espera un momento -pidió Theo cuando empezó a cerrar la puerta tras él-. Yo también entro.

--No, Theo, me temo que no -la contradijo Sylvester con la misma calma tras suspirar-. Prefiero hablar de mis negocios solo. Siempre lo he hecho y no veo motivo para cambiar una costumbre de toda la vida.

-Pues yo tampoco -replicó con fiereza-. Los últimos tres años he estado presente en las conversaciones de Crighton con mi abuelo; ésa es mi costumbre y no voy a cambiarla.

Levantó el mentón hacia él, con los labios carnosos contraídos en una fina línea. Todo su cuerpo temblaba de rabia y resolución.

-En este caso, me temo que tendrás que hacerlo -dijo el conde, de manera cortante ahora, ansioso por no alargar más la discusión. El abogado debía de estar preguntándose a qué obedecían sus susurros. Con firmeza, dio un paso hacia atrás y le cerró la puerta en las narices.

Theo se quedó mirando incrédula la madera de roble. Sin darse cuenta levantó la mano hacia el pasador, pero algo la detuvo a tiempo. No podía provocar una escena frente al abogado, y sabía que si entraba en la habitación, habría una. Sylvester no iba a ceder simplemente porque lo pusiera en una situación embarazosa.

Furiosa, se dio la vuelta justo en el momento en que Foster aparecía Con una bandeja con licoreras y copas. Tres copas; no se le había ocurrido que lady Theo fuera a quedarse fuera del estudio.

Ruborizada de cólera y vergüenza, salió de la casa. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué asuntos pendientes tenía que comentar el abogado con el conde? ¿Habría algo que ella no pudiera saber?

Theo no era desconfiada por naturaleza, pero era una persona lógica, y no veía ninguna razón lógica para que Sylvester le prohibiera participar en esa conversación. Estaba presente cuando hablaba con el administrador y con el agente; ¿por qué tenían que ser los asuntos legales distintos?

Sin tomar una decisión consciente regresó a la casa y se dirigió hacia la biblioteca.

El estudio del conde era una habitación pequeña contigua a la biblioteca. En algún momento de la historia, lo más seguro durante una de las muchas persecuciones religiosas y políticas que habían sacudido el país, un Belmont había cerrado la zona de asientos de la chimenea de la biblioteca para crear un escondrijo reducido pero suficiente que lindaba con la chimenea del estudio.

Theo lo había descubierto de pequeña, al jugar al escondite con sus hermanas y Edward una Nochebuena. Jamás había pensado que haría tan buen uso de él.

Oprimió el mecanismo del interior de la enorme chimenea vacía y la losa retrocedió con un crujido. Estaba oscuro y húmedo, y olía a hollín y a humo de leña. Aunque pensó que lo que iba a hacer era descabellado para la condesa de Stoneridge, se deslizó en el hueco. Iba a salir de ahí negra como un deshollinador.

Dejó la losa un poco entreabierta, ya que no había motivo para encerrarse en la oscuridad. Era su casa y no estaba haciendo nada ilegal, sólo algo un poco vergonzoso.

La voz de Crighton le llegó con claridad a través de la piedra, pedante y pesada, junto con los tonos graves de Sylvester, llenos de impaciencia ante la precisión interminable del abogado.

Estaban hablando del testamento.

-Ahora que ya ha cumplido las condiciones del difunto conde, milord, tengo el placer de entregarle los documentos relativos a la propiedad -dijo Crighton.

«¿Condiciones? ¿De qué diablos estaba hablando?»

-¿Tengo ya la titularidad absoluta e irrevocable de todo el patrimonio?

-Desde el día de su boda, milord.

Un escalofrío recorrió la columna de Theo. Un escalofrío sepulcral. Se apretujó más contra la piedra.

-La fortuna particular del difunto lord Stoneridge pasa a sus manos ya que cumplió su condición, pero según los términos del testamento, tiene que crear fideicomisos para las tres hermanas restantes.

-Por descontado.

-He traído los documentos, milord. Tendría que firmarlos uno a uno, en la línea inferior. Gracias. Y yo atestiguaré su firma.

-Cada una recibirá una dote de veinte mil libras procedentes del patrimonio -la voz de Stoneridge era reflexiva, como si estuviera leyendo la letra pequeña-. Una dote generosa.

-Sí, milord, pero que no supone ningún problema con un patrimonio tan importante como el de Stoneridge. -El abogado sonó un poco tenso.

-Pues sí -contestó el conde en su tono desapasionado--. Con una dote así, a Clarissa no le costará encontrar marido. Y estoy seguro de que Edward Fairfax recibirá a Emily con más entusiasmo todavía. Son chicas agradables... Incluso la pequeña Rosie tiene cierto encanto tras las gafas. -Su voz poseía un aire divertido al decir esto.

Theo sintió náuseas y apretó los puños con tanta fuerza que las uñas se le clavaron en las palmas. No estaba segura de entender lo que oía y, sin embargo, sabía que lo entendía.

-Pasemos a la provisión de viudedad de lady Stoneridge -prosiguió el abogado. Se aclaró la garganta de ese modo suyo tan irritante, y Theo se lo imaginó recorriendo la habitación con la mirada en busca de inspiración. Por fin, hizo una tímida sugerencia-. Quizá su excelencia debería estar presente para tratar este asunto, milord.

-No hay ninguna necesidad de que su excelencia esté presente -afirmó Stoneridge de modo cortante-. Yo mismo le explicaré lo que tenga que saber.

Theo sucumbió a una rabia terrible. Aun así, no acababa de dar forma a sus sospechas; parecía imposible.

«Desde el día de su boda. Titularidad absoluta e irrevocable del patrimonio desde el día de su boda.»

Siguió escuchando mientras el abogado enumeraba las cifras de su provisión de viudedad. Era sumamente generosa. Si sobrevivía a su marido, sería una mujer rica a título propio. Y cuando tuviera hijos, ellos serían los beneficiarios de esa riqueza. Pero Stoneridge no establecía esos términos por generosidad propia; el señor Crighton se los estaba dictando. Eran obra de su abuelo.

Ella era el precio que Stoneridge tenía que pagar por el patrimonio, y para heredarlo, tenía que aceptar además algunas obligaciones que su abuelo le había impuesto.

Su abuelo no las había abandonado.

¿Pero qué le había hecho a ella? ¿A su nieta favorita? La había atado en cuerpo y alma a un hombre al que ahora aborrecía con una repugnancia indescriptible. Un hombre que la había engañado y manipulado. Un hombre que la había atrapado en un matrimonio que había

terminado con su independencia, que había destruido su posibilidad de elegir otra cosa para el futuro. Con su lengua sibilina, ese Gilbraith había convencido a su madre de que era un hombre generoso y honorable que asumiría obligaciones hacia la familia de su esposa por una cuestión de deber.

Pero no tenía nada de honorable. Era un mentiroso. Un mentiroso y un codicioso.

Atónita pero fascinada como un conejo acorralado por un zorro, Theo escuchó la conversación hasta el final aunque no se dijo nada más que fuera esclarecedor. Pero se había formado una idea, y la rabia sólo le dejaba ver que tenía que acabar con esa farsa repugnante de matrimonio y decirle a ese manipulador asqueroso y falso lo que pensaba de él.

Y, en medio de la rabia, recordó cómo días atrás le había prometido que no se aprovecharía nunca de su pasión. Que podía confiar en él para compartir esa pasión de modo que él le entregaría su cuerpo como ella a él el suyo. Y le estaba mintiendo vilmente. Se había entregado a él con toda honestidad y confianza, y él la había poseído con una codicia despiadada, usándola, usando su pasión.

Salió en silencio de su escondrijo, cerró la losa y fue a su habitación para limpiarse el hollín de las manos. Vio su cara pálida en el espejo, con los ojos llenos de un dolor tan profundo que era como si le hubiesen clavado un puñal en las entrañas. Por primera vez en veinte años, su idea de quién y qué era, de su propio valor en su propio mundo, estaba destruido. Toda la vida la habían consentido y elogiado. Sabía que era una persona útil, conocía sus talentos. Pero ya no, pisoteada por un desconocido que se había cruzado en su vida y le había arrebatado todo lo que era importante para ella.

14

-Cuando tenga asuntos que tratar conmigo en el futuro, lo haremos en la ciudad, señor Crighton -dijo Stoneridge levantándose del escritorio para indicar que la entrevista se había terminado-. Bastará una carta pidiéndome una cita. Tengo previsto estar en Londres con bastante frecuencia, de modo que no habrá ninguna dificultad en tratar estas cuestiones en sus oficinas.

-Espero no haberlo importunado, milord -comentó el abogado, incómodo-. Siempre he efectuado estas visitas trimestrales en persona para presentar mis respetos...

-No... No -Sylvester le hizo callar con un gesto-. Le agradezco la cortesía, pero no será necesario que la repita, ¿comprende?

-Sí, milord. Por supuesto, milord -murmuró Crighton con tristeza mientras el conde accionaba el tirador.

-Pida que traigan la calesa del señor Crighton a la puerta, Foster -ordenó Stoneridge cuando apareció el mayordomo.

Así pues, no lo invitaban a cenar, y sólo le habían ofrecido una copa de clarete; copa que, además, no habían vuelto a llenarle. Las circunstancias habían cambiado sin duda en Stoneridge Manor, y no para mejor, decidió el abogado, descontento, al recoger el sombrero y los guantes de la mesa del vestíbulo.

El conde lo acompañó hasta la puerta principal, donde le estrechó la mano con energía antes de regresar al estudio sin esperar a que subiera a la calesa. Era consciente de que lo había tratado con algo de brusquedad, pero tenía muchas ganas de que se fuera de la casa antes de que Theo volviera.

Caminó arriba y abajo por la habitación unos minutos para decidir qué hacer a continuación. Seguro que Theo estaría molesta por su exclusión brusca de la reunión, pero el peligro ya había pasado, y Crighton no volvería a presentarse más por sorpresa; podía permitirse ser todo lo conciliador que fuera preciso para que se le pasara el enfado.

Antes había sugerido ir a cazar patos. Henry le había informado de que Webster s Pond era un lugar excelente para ello. Aparte de algunos cazadores furtivos, apenas iba nadie, ya que estaba en el terreno privado de Stoneridge Manor.

Tal vez la idea de competir apeteciera a su esposa. No la había visto nunca rechazar ningún tipo de reto. La idea le hizo sonreír, y al ver lo aliviado que estaba, comprendió lo desesperado y nervioso que había estado cuando Crighton se había presentado a la puerta... ¿hacía sólo una hora? Le parecía imposible guardar toda la vida ese despreciable secreto, pero no sabía cómo podría contárselo.

Cuando se dirigió hacia la puerta, ésta se abrió. Theo entró en la habitación y la cerró sin hacer ruido tras ella.

Las palabras que iba a decir para saludarla no salieron de sus labios. Nunca la había visto tan pálida, y sus ojos parecían pozos sin fondo.

-¿Ya ha terminado sus asuntos con el señor Crighton, milord? -Su voz sonaba inexpresiva.

-Por favor, Theo -dijo, acercándose a ella sonriente con una mano extendida-. Sé que estás acostumbrada a participar en estas conversaciones pero...

-Pero en esta ocasión iban a conversarse cosas que yo no podía oír -lo interrumpió con la misma voz inexpresiva. Antes de que pudiera contestar, prosiguió-. ¿No pensó que casarse conmigo podría ser un precio demasiado alto que pagar por el patrimonio, milord? Aunque imagino que ningún precio sería demasiado alto.

-¿Estabas escuchando? -Sylvester, que palideció a su vez, la miraba demasiado sorprendido de momento para captar lo horrible que era esa revelación.

-Sí-afirmó Theo-. Escuchaba a escondidas. Una costumbre muy fea, ¿verdad? Aunque no tan fea como el engaño y la manipulación, milord. ¿Sabría mi abuelo cómo era? ¿Sabría a qué hombre codicioso y deshonroso tentaba con el cuerpo de su nieta?

-Ya basta, Theo. -Tenía que controlar la situación, detener ese monólogo terrible y destructivo antes de que se dijera o hiciera algo catastrófico-. Tienes que escucharme.

-¿Escucharte? Ya te he escuchado bastante, Stoneridge. Si no lo hubiera hecho, no estaría atada a un embustero despreciable y traicionero.

-¡Para de una vez, Theo! -La culpa dejó paso a la cólera a medida que las palabras amargas de su esposa volaban corno flechas envenenadas por la habitación-. Hablaremos de esto como personas razonables. Sé cómo te sientes...

-¡Lo sabes! -exclamó, y sus ojos brillaron de furia-. Me lo has quitado todo, y ahora me dices que sabes cómo me siento.

Con un sonido inarticulado y repentino de rabia y confusión, se volvió y salió corriendo de la habitación.

Sylvester permaneció donde estaba, con el cuerpo inmóvil y las acusaciones de Theo en los oídos. Contenían una verdad terrible, pero era una verdad en blanco y negro que ignoraba las complejidades de la decisión que había tomado. Theo, como la gitana testaruda, franca e independiente que era, dibujaba su mundo con los trazos firmes de un carboncillo, sin matices ni líneas temblorosas.

Tenía que lograr de algún modo que aceptara el papel de su abuelo en todo eso. Su abuelo había dispuesto el tablero y él mismo no era más que un peón más, como Theo, en el juego del viejo diablo.

Masculló una imprecación y empezó a caminar arriba y abajo por la habitación. Las palabras odiosas le hervían en la sangre: «Deshonroso; traicionero; falso.» Las acusaciones le dieron vueltas y más vueltas en la cabeza hasta que el cerebro le giraba con ellas. Un hombre deshonroso y traicionero que se rendiría al enemigo sin luchar. Que dejaría masacrar a sus hombres, que entregaría la bandera y condenaría a los supervivientes de su compañía a pudrirse en una prisión enemiga...

Cerró los ojos como si pudiera suprimir así las espantosas imágenes, se tapó las orejas como si pudiera borrar la voz del general, lord Feringham, en el consejo de guerra; una voz que no intentaba disimular el desprecio del general por el hombre que se estaba juzgando. ¿De qué servía la absolución cuando ni siquiera el general que presidía el consejo creía en su inocencía? Cuando se había emitido el veredicto, le habían vuelto la espalda en la sala...

Y ahora su esposa le lanzaba las mismas acusaciones a la cara. Sus ojos brillaban con el mismo desdén. ¡No iba a tolerarlo!

Salió a grandes zancadas de la habitación, sin saber muy bien qué hacía.

-¿Dónde está lady Theo?

Foster, que cruzaba el vestíbulo, se detuvo asustado ante la brusquedad de la pregunta. Lo que vio en el semblante del conde le hizo tartamudear al apresurarse a responder:

-Creo que arriba, milord. ¿Pasa algo?

El conde no contestó, sino que pasó frente a él y subió los peldaños de dos en dos. Foster se frotó el mentón con el ceño fruncido. En la quietud de la casa a última hora de la tarde resonó un portazo. El mayordomo supo de inmediato que procedía de los aposentos de la condesa. Había ocurrido algo grave y, por una vez, no sabía de qué se trataba. ¿Debería intervenir? ¿Ordenar a la doncella de lady Theo que subiera con algún pretexto, tal vez? ¿Ir él mismo? Esperó, pero la calma volvió a reinar en la casa. Intranquilo, volvió hacia la antecocina y la plata que estaba limpiando.

Theo observó muy pálida a su marido cuando la puerta se cerró de golpe tras él.

-¿No puedo disfrutar ni siquiera de la intimidad de mi propia habitación? -preguntó con un desprecio gélido-. Ya sé que toda la casa le pertenece, lord Stoneridge. Supongo que sería esperar demasiado...

-¡Basta, Theo! -le ordenó, con los ojos puestos en la cama, donde había un baúl de viaje abierto-. ¿Qué diablos estás haciendo?

-¿A ti qué te parece? -Sacó un camisón de un cajón y lo lanzó a la bolsa-. Me voy a la casa viudal, la única parte de la propiedad que no conseguiste robar.

Su voz era espesa y, enfadada, se secó las lágrimas de los ojos con el antebrazo antes de lanzar los cepillos y los peines de marfil sobre el camisón.

No lo miró y no vio su expresión cuando prosiguió, encegada de rabia y dolor.

-Mi madre tiene la titularidad absoluta e irrevocable de la casa viudal y ni siquiera un mentiroso falso y traicionero sería lo bastante cobarde como para irrumpir en la casa de una mujer desprotegida.

Los repetidos insultos desataron por fin una rabia intensa, y Sylvester se esforzó por controlar su cólera aunque estaba decidido a obligarla a dar marcha atrás.

-Por Dios que vas a retirar eso -afirmó-. Eso y todos los demás insultos que me has lanzado esta última hora.

-Jamás! -replicó Theo, que cambió de postura de modo imperceptible y lo miró con atención para calcular qué haría su marido a continuación.

Sylvester avanzó hacia ella con los ojos centellantes y la cara demacrada. Theo agarró el cepillo del baúl y se lo lanzó. Le acertó con fuerza en el hombro y apenas tuvo tiempo de agacharse para esquivar el zapato que seguía al cepillo antes de encontrarse en medio de una verdadera lluvia de objetos. Theo utilizaba todo lo que encontraba a su alcance para lanzárselo a la cabeza: cojines, libros, zapatos, adornos.

-¡Maldita fiera! -bramó cuando una figurilla de cristal le pasó rozando la oreja y se estrelló en la pared hecha añicos. Se abalanzó hacia ella, agachado, y la agarró por la cintura para levantarla del suelo antes de que pudiera contraatacar.

Theo le maldijo con el vigor y la fluidez de un mozo de caballerizas, y Sylvester se dio cuenta de que hasta entonces sólo había oído la punta del iceberg en lo referente al vocabulario de su esposa. En otras circunstancias, eso podría haberle divertido.

Theo se encontró en un rincón de la habitación, con la cara contra la pared, las manos sujetas por las muñecas detrás de la espalda, no lo demasiado fuerte para lastimarla, pero lo suficiente para dominarla. El cuerpo de Sylvester se apretujaba contra el suyo y la mantenía en el rincón sin espacio ni posibilidad alguna de moverse.

--Vamos -dijo, jadeante tras esa lucha, con una resolución que confería un tono de dureza a su voz-. Retíralo, Theo. Todo lo que has dicho.

Pero ella soltó otro taco fuerte. Tensó los músculos y se movió para probar su fuerza contra el obstáculo físico a su espalda. Notaba la rigidez del cuerpo de Sylvester, una barrera tan sólida e invencible como un muro de acero. Cuando lo hizo, él levantó una rodilla y se la llevó al trasero para sujetarla aún más contra el rincón.

-Retíralo, Theo -repitió, ahora en voz baja, pero su intención seguía siendo igual de fuerte-. No nos moveremos de aquí hasta que lo hagas.

Podía notar la resistencia de su esposa en las oleadas vibrantes que recorrían su cuerpo en tensión, y se concentró por completo en ganar esta batalla de voluntades. Al nivel más primitivo sabía que no podía tolerar el desprecio de su mujer. Había soportado ya suficiente desdén y oprobio de hombres cuya opinión valoraba, hombres a quienes consideraba amigos y colegas, y no creía que esas heridas se cerraran jamás.

-Escúchame -dijo en medio del silencio-. Tienes derecho a estar enfadada... tienes derecho a una explicación...

-Hablas de derechos, de explicaciones, cuando has tomado...

-¡Espera un poco! -la interrumpió-. Sólo sabes la mitad de la historia, Theo.

-Suéltame. -Se retorció, aun a sabiendas de que sería en vano.

-Cuando retires esos insultos. No voy a tolerar que tú ni nadie me llame cobarde.

Captó la intensidad de la voz de Sylvester a pesar de su ira y su desconcierto. Recordaba vagamente haber añadido «cobarde» al cúmulo de acusaciones rabiosas que le había lanzado, pero había sido un epíteto entre muchos otros. Sentía la calidez de las manos de Sylvester en sus muñecas y la sangre de los pulgares que latía contra su propio pulso. Y la respiración de su marido que susurraba por encima de su cabeza, y la fuerza de su cuerpo que parecía envolverla, apoderarse de ella como cuando hacían el amor, y su confusión aumentó con los recuerdos de las horas de placer que habían compartido.

Sylvester notó el cambio que experimentaba; cómo la confusión se mezclaba ahora con su enfado y su dureza se suavizaba.

-Acabemos de una vez -dijo, y movió un pulgar sobre su muñeca.

De repente, la proximidad de Sylvester le resultó insoportable. Emborronaba la claridad de su rabia, el conocimiento absoluto de su traición. Había utilizado su cuerpo para traicionarla, y estaba volviendo a suceder.

-Muy bien -dijo, desesperada por soltarse-. Muy bien, lo retiro. No tengo pruebas de que seas un cobarde.

Su marido espiró despacio y la apartó con él del rincón. Theo levanto los ojos hacia él y no vio satisfacción por aquella pequeña capitulación. La cara de Sylvester estaba demacrada y sus ojos, tensos. Parecía un hombre que se dirigiera a la horca.

-Hablemos de ello -indicó.

-No hay nada de que hablar -replicó Theo, que se soltó en cuanto dejó de sujetarla con tanta fuerza-. Ni siquiera quiero estar en la misma habitación que tú. -Le empujó para pasar y se dirigió hacia la puerta. Llegó a poner una mano en el pasador, pero Sylvester ya la había atrapado.

-¡No, ni hablar! -Cerró la puerta de golpe cuando la estaba abriendo y apoyó la espalda en ella. La miraba con una frustración casi desesperada- Maldita sea, mujer, vas a escucharme -soltó. Después, cerró los ojos un segundo y se frotó las sienes con el pulgar y el índice-. No servirá de nada salir huyendo.

-¿Por qué tendría que escucharte? -preguntó Theo-. ¡Eres un mentiroso y un hipócrita! ¿Por qué tendría que creer nada de lo que digas?

-Porque nunca te he mentido -contestó con calma.

-¿Qué? ¿Tienes la desfachatez de negar...? -Se volvió con una exclamación de indignación-. Me das asco.

Un músculo se tensó en la mejilla de Sylvester y una sombra blanca le rodeaba la boca contraída.

-Piénsalo un momento. Mis actos fueron dictados por tu abuelo -dijo esforzándose por mantener la voz moderada-. Fue tu abuelo quien redactó los términos del testamento. En cuanto a sus motivos, no tengo modo de saberlos. -Le explicó los detalles del codicilo.

-¿Culpas a mi abuelo de tu codicia? -Theo se lo quedó mirando como si fuera un canalla de primera-. Tú aceptaste este engaño tan despreciable. Tú me privaste de mi libertad y a mis hermanas de su parte del patrimonio para poder tenerlo todo. Y te presentaste como un benefactor benevolente, dispuesto a hacer lo correcto. ¡No lo soporto un minuto más! Déjame salir. -Esto último fue una petición vehemente, acompañada de un empujón en el tórax de Sylvester ya que éste seguía delante de la puerta.

Ocurrió con una espantosa falta de aviso. Unos destellos irregulares de luces blancas le cruzaron la visión y notó esa sensación terrible en la nuca.

«¿Por qué ahora?», pensó con un gemido silencioso de angustia.

-¡Sal de en medio! -Theo volvió a empujarlo, pero incluso a través del terror y la frustración, se percató de que había perdido parte de su seguridad.

«¿Por qué ahora?» La blancura irregular le explotó de nuevo ante los ojos y el corazón empezó a latirle con rapidez ante el pánico que tenía que contener y que sólo servía para que la agonía fuera aún más intolerable.

Theo lo estaba mirando. Lo había visto así antes, pero no conseguía recordar cuándo. Se estaba achicando ante ella, convirtiéndose en un guiñapo desprovisto de fuerza.

-Muy bien, vete -dijo, y se apartó tambaleante de la puerta,

-¿Qué tienes?

-¡Vete!

¿Sin más? Insistía en que tenían que solucionar ese problema y, de repente, la echaba de la habitación sin una triste explicación. Y ahora, contra toda lógica, no estaba segura de seguir queriendo abandonar esa confrontación. Quizás hubiera aspectos que todavía no conocía. Quizás hubiera algún tipo de explicación, algún motivo que pudiera tener sentido. Su abuelo tenía que haber tenido algún motivo.

-Pero yo...

No prosiguió. Sylvester no dijo nada, pero su expresión la acalló; su mirada era espantosa y su boca, un rictus de pavor. Theo abrió la puerta mientras él se volvía y cruzaba tambaleando la habitación para desaparecer por la puerta que daba a sus aposentos.

Fuera de su dormitorio, se detuvo e inspiró a fondo. Ahora recordaba cuándo lo había visto así. Fue cuando se conocieron, esa tarde junto al río de truchas. ¿Qué le pasaba? ¿Era la misma indisposición que lo había tenido encerrado en su cuarto casi dos días?

Oyó que su campanilla sonaba con urgencia, y un minuto después Henry llegó corriendo escaleras arriba. Pasó ante ella sin apenas disculparse y desapareció en la habitación del conde.

Agotada y desconcertada, Theo bajó a la planta baja. Se sentía desamparada, como si Sylvester la hubiese conducido a un bosque oscuro y la hubiese abandonado. Su ira se había disipado, y sin su apoyo, se había quedado indefensa ante el dolor y la confusión.

Salió de la casa y se sumergió en el aire suave del atardecer sin saber muy bien qué hacer. Una parte de ella quería correr hacia su madre, pero algo la retenía. Eso sería el impulso de una niña herida, pero su renuencia obedecía a algo más. En ese momento, no se veía capaz de revelar ni siquiera a su madre que el hombre que la había perseguido y cortejado con tanta asiduidad se habría casado con ella aunque hubiera sido una mujer insulsa. Daba lo mismo quién o qué fuera, era sólo el precio que había tenido que pagar para recibir su herencia.

Los ojos se le humedecieron de lágrimas y parpadeó enojada. No lloraría; ni tampoco pediría consuelo. Tal vez más adelante podría contar la historia sin esa hiriente sensación de humillación pero, hasta entonces, sacaría fuerzas de flaqueza.

Paseó hacia el jardín de rosas con la intención de tomar el atajo hacia el acantilado que daba a la cala. Al llegar al césped salpicado del color azul intenso de la escabiosa, vio que se acercaba un jinete procedente de esa dirección. Tenía un aire familiar, y entrecerró los ojos hacia la puesta de sol. Después, se echó a correr.

-¡Edward! ¡Edward!

El jinete obligó al caballo a ir a medio galope y recorrió la distancia
que los separaba en unos segundos.

-¡Theo! -Tiró de las riendas-. Esperaba que estuvieras en casa. Iba
a verte.

-Edward -repitió su nombre, sonriente, y se produjo un minuto de silencio que, sin embargo, contenía tanta emoción, tantos pensamientos no expresados en alto, que pareció una avalancha de ruido.

Edward seguía a lomos de su caballo con la manga izquierda vacía de la chaqueta sujeta al pecho. Sujetaba las riendas con la derecha. Entonces, con un movimiento extraño, muy distinto a su gracilidad y agilidad habituales, desmontó.

-Todavía no lo domino -comentó-. Tengo todo el cuerpo desequilibrado, Theo. Me molesta mucho ser tan patoso e inestable.

-Bueno, ya te acostumbrarás -lo tranquilizó mientras él la rodeaba con el brazo. Lo abrazó con mucho cariño-. He estado muy angustiada por ti.

-Fue culpa mía -afirmó estrujándola tan fuerte que casi la ahoga-. Hice la cosa más arrogante y estúpida que puedas echarte a la cara. Debería estar muerto, Theo.

-¡No digas eso! -Se separó para observarle la cara. Había envejecido; el sufrimiento le había surcado el rostro para siempre con unas líneas alrededor de la boca y los ojos, pero esos ojos verdes seguían conservando su brillo divertido, y esa boca, su peculiar ironía.

-¿Has visto ya a Emily?

-Llegué a casa ayer por la noche -dijo sacudiendo la cabeza-. Iba le camino a la casa viudal, pero quería verte antes. -Se pasó la mano por el mentón con una mirada sombría-. Quería que vinieras conmigo.

Theo lo entendió enseguida. Edward sabía lo sensible que era Emily y tenía miedo de aparecerse ante ella de improviso en su estado.

-Emily estaba consternada -comentó Theo en voz baja-. Pero estará muy contenta de verte.

-¿Sí? -Después, desechó la pregunta autocompasiva con su brío característico-. ¿Me acompañas entonces? ¿Vamos a buscar a Dulcie o prefieres ir andando?

-Mejor vamos andando -eligió Theo, que se dio cuenta de que no deseaba volver a Stoneridge y estropear este reencuentro con un regreso a la situación deprimente de su casa.

Edward se detuvo para observarla y Theo maldijo en silencio. Ellos siempre se habían sabido captar respectivamente los sentimientos más íntimos.

-¿No le debería presentar mis respetos a tu marido? -preguntó Edward.

-Ahora no. Está ocupado.

--¿Oh? -Edward seguía mirándola-. Me sorprendió mucho la noticia. Parece muy repentino.

-Lo fue -aseguró Theo, incapaz de suprimir la amargura en su voz-. Cuatro semanas de principio a final. Stoneridge no se entretiene cuando se ha decidido por algo.

--¿Qué pasa, Theo? -preguntó Edward con el ceño fruncido.

No, no podía contárselo ni siquiera a Edward... Edward, con quien no había tenido nunca secretos, ante quien no podía imaginarse sintiéndose violenta o avergonzada. No podía contárselo, por lo menos todavía. Además, tenía sus propios problemas e inseguridades, y no podía apabullarlo con más cosas ahora, aunque hubieran podido contarse.

-Nada grave, Edward. Estamos un poco enfadados -aclaró, y era el eufemismo del año-. ¿Quieres que lleve a Robírf. Así podrás tomarme la mano.

Le sonrió, y ya no hubo mayor indicio de su agitación. Edward se permitió no concentrarse en eso. El temor a su próximo encuentro con Emily le había preocupado demasiado tiempo para dejarlo a un lado hasta que hubiese tenido lugar.

-Dime cómo pasó --le pidió Theo mientras caminaban agarrados de la mano por el acantilado hacia el camino que conducía a la casa viudal. Le escuchó. Captó la cólera amarga hacia sí mismo bajo la descripción desenfadada de su caminata insensata hacia la línea del piquete; captó la terrible agonía bajo su breve descripción de la amputación y el viaje por España hasta la costa. Pero no le concedió más importancia que su amigo. Emily se encargaría de armar alboroto, y Edward lo estaría esperando de ella.

No lo esperaría de su amiga de la infancia.

-No me gustaría sobresaltarla -murmuró Edward al llegar a la casa viudal, y su paso firme flaqueó-. ¿Podrías entrar y advertirla?

-¿De qué debo advertirla? -preguntó Theo con una ceja arqueada-¿Del regreso de su prometido? Por el amor de Dios, Edward, te encantaba sorprenderla. A Emily le encantan las sorpresas. Se echará a llorar,por supuesto, pero será de alegría. Le encanta llorar de alegría.

-Oh, Theo -dijo-. Ya sabes a qué me refiero.

-Sí, claro que sí. Y te estoy diciendo que no seas tonto. Vamos.

Ató a Robin al poste de la casa y tomó a Edward de la mano para guiarlo por el sendero.

-Emily... Mamá... Clarry... Mirad quién ha venido.

Elinor estaba en el tocador cuando oyó la voz exuberante de Theo seguida de inmediato por la exclamación de Emily:

-¡Edward! ¡Oh, Edward!

Y el ruido del vestíbulo se convirtió en un tumulto de voces y lágrimas. Elinor bajó con calma las escaleras, preparada para enfrentarse a la inevitable cantidad de emociones que conllevaría la llegada de Edward.

El muchacho se separó de su prometida al verla llegar. Avanzó unos pasos con la mano extendida.

-Lady Belmont.

-Edward, querido. -Lo abrazó sin prestar atención a su mano-. Qué alegría verte.

Edward se puso muy colorado y una mirada resuelta le cruzó el semblante.

-Lady Belmont, Emily, he venido a decir que, por supuesto, estoy dispuesto a liberar a Emily de nuestro compromiso de inmediato.

El asombro provocó un silencio muy incómodo, que Theo rompió diciendo:

-Mira que eres tonto, Edward. ¿Cómo se te ocurre decir algo tan idiota?

Antes de que Edward pudiera reaccionar, Emily ya se había abrazado a él.

-¿Cómo se te ocurre pensar que me importa lo más mínimo? Theo tiene razón, eres tonto, Edward -soltó llorándole en la pechera. Edward la abrazó con fuerza mientras sus ojos se encontraban con los de lady Belmont, que sacudió la cabeza a modo de reproche y le sonrió.

-¿Puedo verlo, Edward? -La voz aguda de Rosie interrumpió la escena cariñosa.

-¿Ver qué? -Edward soltó a Emily y se agachó para abrazar a la niña.

-Donde tendrías que tener el brazo -contestó Rosie con naturalidad-. ¿Tienes un muñón o está cortado justo por el hombro?

-¡Oh, Rosie! -Fue una queja unánime.

-Pero me interesa -insistió la niña-. Es bueno interesarse. El abuelo decía que si no te interesas por las cosas, no aprendes nada.

-Y es cierto -estuvo Theo de acuerdo-. Pero eso no te da permiso a hacer preguntas tan personales, mocosa repelente.

-No soy una mocosa repelente -replicó Rosie, nada ofendida-. ¿Me lo enseñarás, Edward?

-Algún día -contestó éste, riendo con ellas. Rosie había logrado convertir su pesadilla en un hecho normal e interesante. De algún modo había conseguido ahuyentar su temor a que su mutilación repugnara a quienes amaba y convirtiera su amor en lástima.

-¿Está curado del todo?

-Sí, pero no es demasiado agradable. -Observó a Emily por encima de la cabeza de la niña-. Está muy colorado y se ve muy crudo.

-¿Te duele? -La pregunta tierna era de Emily.

-Cuando el viento sopla en mala dirección -comentó-. Ven, vamos a dar un paseo, cariño.

Emily asintió y tomó la mano que le había extendido.

-Espero que cenes con nosotros, Edward -dijo Elinor.

-Sí, me encantaría -aceptó éste.

-En ese caso espero que la invitación me incluya a mí también -afirmó Theo.

--¿Y Stoneridge? -Edward arqueó una ceja.

-Tiene un compromiso previo -dijo Theo con firmeza.

Por un instante casi cedió a la tentación de desahogarse con su madre, de llorar de rabia y vergüenza, y recibir el consuelo que Elinor le ofrecía siempre.

-Ha ido a Dorchester por un asunto de negocios -dijo, por fin con una breve sonrisa-. Cenará ahí.

Elinor asintió.

Su hija estaba mintiendo. La tensión en sus ojos oscuros y su tono de tristeza no escapaban a su madre, Pero Theo había solucionado siempre los problemas a su manera y si, como Elinor sospechaba, se trataba de algo referente a su matrimonio, lo mejor era que Theo y Stoneridge lo resolvieran juntos. Elinor no tenía intención de ser una suegra entrometida ni una madre demasiado protectora. Sería contraproducente tratándose de dos personalidades tan fuertes.

15

Hacia medianoche, Sylvester se sumió en un sueño inducido por el láudano y se despertó antes del alba lleno de esa sensación de bienestar próxima a la euforia que seguía siempre a la agonía.

La euforia no tardó mucho en disiparse cuando, echado en la semioscuridad, recordó lo que había desencadenado el ataque. Ataque que, por una vez, había sido felizmente corto, pero que no podía haberse presentado en un momento más inoportuno.

Retiró las sábanas para levantarse y se desperezó antes de acercarse a la ventana y abrirla de par en par para inhalar las fragancias marinas de la leve brisa que procedía de lo alto del acantilado. Observó la luz pálida y neblinosa y recordó la voz desesperada de Theo, llena de confusión y de rabia, lanzándole aquellas terribles acusaciones.

Desvió la mirada hacia la puerta que daba al dormitorio de su esposa. Seguramente, todavía dormía. En otras circunstancias, habría estado tentado de entrar y despertarla del modo que sabía que tanto le gustaba, con las apasionadas caricias que hacían aflorar gemidos somnolientos de placer a sus labios, y sus ojos se abrirían por fin, claros y profundos, rebosantes de sensualidad, mientras su boca esbozaba una sonrisa de placer.

Pero no esa mañana.

Decidió que aprovecharía la quietud del alba para poner en orden sus pensamientos y preparar sus argumentos, así que se vistió con rapidez y bajó a la sala de armas, donde tomó una escopeta y un zurrón, y salió de la casa.

Webster's Pond estaba al otro lado del huerto, tras cruzar una franja de maleza y zarzamoras. El aire olía a mar y a la hierba húmeda que yacía bajo la maleza. Los zarcillos espinosos de los arbustos se le enredaban en la chaqueta y se le clavaban a través de los pantalones. La niebla del alba cubría el sol, un brillo que teñía de rojo el horizonte, y el aire se llenaba con los trinos exuberantes de los pájaros y el cotorreo indignado de las ardillas a medida que avanzaba por la maleza y perturbaba su terreno.

Seguía una cinta angosta donde la maleza estaba aplastada y formaba algo parecido a un sendero, aunque era evidente que no se había usado recientemente. No daba la impresión de ser un lugar demasiado visitado. Seguro que la caza sería excelente.

Detectó el agua reluciente de la laguna a través de los arbustos cuando apartó unas ramas llenas de espinas con la culata de la escopeta. Era bastante grande; más bien un lago que una laguna. Tenía las orillas cubiertas de juncos y unas azucenas flotaban en el agua.

Dio un paso adelante hacia la estrecha orilla y algo le golpeó en mitad de la espalda y lo tumbó al suelo.

-¡Qué diablos...! -exclamó, dándose la vuelta para mirar, más enfadado que alarmado, a su agresor. Un hombre joven lo contemplaba... Un hombre joven con la manga vacía de la chaqueta sujeta en el pecho y un arma en el otro hombro.

-Le ruego que me perdone -dijo Edward-, pero iba a poner el pie en este trasto. -Señaló los dientes recortados de la trampa oculta entre la maleza-. Lo vi un segundo antes de que diera ese paso.

-¡Dios mío! -Sylvester se puso de pie y contempló el aparato de hierro. De sólo pensar en esos dientes clavados en la pantorrilla partiéndole el hueso, le vinieron náuseas.

-Nunca habían usado trampas en las tierras Belmont -comentó Edward con el ceño fruncido. Después, dirigió la mirada al otro hombre-. Usted debe de ser lord Stoneridge.

Se oyó el crujir de unas ramitas desde los arbustos y ambos se dieron la vuelta situando el arma en posición de disparo con el instinto de un soldado. Edward lo hizo con un giro muy hábil para balancear la escopeta y colocársela bajo el brazo.

-¡Ahí atrás hay una trampa! -exclamó Theo con los ojos furiosos y la boca tensa.

-Y aquí otra -dijo Edward, que bajó el arma y se la señaló.

Theo se agachó y tomó un palo del suelo. Lo metió en la trampa y los dientes se cerraron con velocidad para atrapar a su presa.

-También he hecho saltar la otra -comentó. Alzó hacia Sylvester unos ojos todavía llenos de rabia-. ¿Es cosa tuya, Stoneridge? No hemos permitido nunca colocar trampas en las tierras Belmont.

Se lo quedó mirando con el mentón levantado y la hostilidad y el desafío evidentes en todos los rasgos de su cuerpo. Estaba claro que la noche no la había suavizado.

-No, por supuesto que no es cosa mía -aseguró Sylvester con calma-. Un poco más y caigo en una yo mismo. Si no hubiese sido por la rápida intervención de... -Se volvió hacia Edward-. El teniente Fairfax, supongo.

-Sí, señor. -Edward alargó la mano-. Espero que no piense que estoy violando su propiedad. Verá, Theo y yo habíamos acordado encontrarnos aquí para cazar un poco.

-Mi querido amigo, estoy en deuda con usted -soltó Sylvester con una mueca. Miró a Theo y vio que ella también llevaba una escopeta al hombro-. Veo que los tres hemos tenido la misma idea.

-No le gustas a alguien, Stoneridge -dijo despacio Theo con el ceño fruncido. Parecía haberse calmado.

-¿Qué? -Por un minuto, creyó que se refería a ella.

-Esto, además de lo de la silla de Zeus -explicó su esposa-. ¿Te parece pura coincidencia?

-No tengas tanta imaginación -contestó-. En una trampa puede caer cualquiera.

-Pero casi nadie viene aquí. ¿Quién te habló de la laguna? Estoy segura de que no fui yo.

-No me acuerdo. -Sylvester había fruncido el ceño-. Oh, sí, fue Henry. Dijo que alguien del pueblo se la había mencionado.

-¿Quién del pueblo?

-No lo sé -contestó sacudiendo la cabeza.

-Bueno, pues alguien puso estas trampas y estoy segurísima de que no fue ningún empleado de los Belmont.

Sylvester miró a Edward. El joven no parecía darse cuenta de lo suelta y larga que tenía Theo la lengua. Pero el caso era que nadie se daba cuenta... al parecer, sólo su marido.

-Será mejor que golpeemos la maleza para ver si hay alguna otra trampa -sugirió Edward, que tomó un palo grueso y lo agitó entre las zarzamoras.

Se separaron para atacar los arbustos por zonas y enseguida encontraron otras dos.

-¿Habéis visto que siguen la misma ruta? -indicó Theo mientras aplicaba una rama caída al último cepo-. Están colocadas en el camino que seguiría alguien que viniera de la casa señorial.

-No encontramos ni una en ningún otro lado -Edward estuvo de acuerdo. Observó al conde, que tenía la mirada puesta a media distancia, absorto en sus pensamientos-. Parece como si alguien quisiera hacer daño a alguien de la casa señorial. Y nadie de por aquí lastimaría a Theo.

-Pero no es de por aquí -dijo Theo sin dudar-. Conoces a esta gente tan bien como yo, Edward... A diferencia de Stoneridge -añadió, beligerante.

-Quizá sea alguien del pasado, lord Stoneridge --le sugirió Edward,que se aclaró la garganta, algo incómodo-. ¿Tal vez alguien que le guarde rencor?

Sylvester reflexionó un momento. Alguien estaba provocando accidentes y él parecía ser el objetivo. Bajó la mirada hacia la trampa desarmada a los pies de Theo y volvió a sentir náuseas. ¿Quién podría desearle tanto daño, un daño mortal? No había vivido una existencia intachable, ni mucho menos, pero no había hecho nada que se mereciera una venganza tan terrible.

Miró de reojo aTheo. Su mujer tenía más motivo que nadie para guardarle rencor, y sabía muy bien que ella no era la culpable.

-Estoy seguro de que estamos dejando volar la imaginación -afirmó por fin-. No sé a vosotros, pero a mí se me han pasado las ganas de cazar esta mañana.

-A mí también -coincidió Edward.

-Entonces lo mínimo que puedo hacer es invitarlo a desayunar -dijo Sylvester con alegría y dejando de lado su inquietud. Dio unas palmadas en el hombro bueno de Edward y se volvió

hacia la casa-. Mandaré a alguien para que se deshaga de estos trastos. Ven, Theo. -A mí todavía me apetece cazar -comentó ésta.

-Tú sola, ni hablar -replicó el conde, a quien tanta obstinación le había acabado la paciencia.

-¿Por qué no? -Parecía sorprendida de verdad-. He cazado aquí sola muchas veces.

-Eso era antes de que alguien plantara un campo de minas -le indicó.

-Pero no estaban destinadas a mí.

-Puede que no, pero aquí pasa algo malo. No seas obtusa, Theo.

«¿Y de quién es la culpa de que pase algo malo en Stoneridge?» La presencia de Edward la obligó a guardarse esa acusación amarga. Le habían arrebatado lo que debería ser suyo. Los lugares conocidos habían cambiado, se habían vuelto peligrosos y desagradables. ¿Empezaría acto seguido a ver la amenaza en los rostros de las personas que habían formado parte de su vida desde siempre?

Edward retrocedió hacia ella. Notaba su angustia, lo mismo que la tensión que fluía entre Theo y su marido.

-Vamos, Theo, me muero de hambre -comentó-. Y si insistes en quedarte aquí, tendré que quedarme contigo.

Theo logró esbozar una sonrisa de disculpa y se reunió con él en el camino.

Sylvester vaciló y después emprendió la marcha delante de ellos. Era un intruso en esa amistad tan antigua. No se le escapaba que donde él ordenaba, su amigo engatusaba.

Caminó con el ceño fruncido, absorto, mientras oía sus voces en el camino, tras él. Un desayuno sin prisas le daría la oportunidad de conocer mejor al teniente Fairfax. ¿Sabría algo de Vimiera?

En ese momento, Edward estaba recordando lo que su coronel le había contado sobre el escándalo militar asociado a Sylvester Gilbraith. Durante sus sufrimientos de las últimas semanas lo había olvidado por completo, pero ahora le volvió a la cabeza. Theo iba agarrada de su brazo de regreso a la casa, pero estaba distraída. Pensaba en el vendedor sin mercancía y contestaba sólo con brevedad a las observaciones esporádicas de Edward.

Éste dedujo que lo más probable era que Theo no supiera lo de Vimiera. Una historia así no tenía nada que ver con la vida apacible de Lulworth y era tan antigua que no había motivo para que su marido le hubiera revelado un hecho personal tan humillante. Ni él mismo lo haría salvo en las circunstancias más imperiosas. Pero algo provocaba la hostilidad que notaba en ella cada vez que se dirigía a su marido.

Observó los hombros anchos del conde de Stoneridge que caminaba delante de ellos por el estrecho sendero. Le había caído bien de inmediato, como sucede a veces al conocer a alguien. Tenía un aire de naturalidad, de aceptación amistosa. No se había referido ni una sola vez a la amputación de su brazo, pero tampoco la había ignorado de modo deliberado. Sus ojos habían captado la manga vacía del mismo modo que habían tomado nota del color de sus ojos y sus demás características físicas.

Se dio cuenta de que, si hubiera tenido que pensar en el tipo de hombre que atraería a Theo, habría imaginado a alguien como Sylvester Gilbraith. Un jovencito no tendría nada que hacer. Theo necesitaba un hombre con fundamento. Alguien que valorara su carácter franco y que no se sintiera amenazado por sus insólitos conocimientos y su personalidad fogosa. Necesitaba un marido con experiencia en la vida, que pudiera medirse con ella y, cuando fuera necesario, dominar sus arranques más alocados. En resumen, alguien como el conde. Y, aun así, sabía que el antagonismo que había captado esa mañana era real, por lo menos por parte de Theo.

El hombre bien escondido en la copa de un roble inmenso en el otro lado de la laguna bajó del árbol mientras la fauna recuperaba su ritmo habitual tras la marcha de los tres ruidosos seres humanos. Menuda mala suerte. Su vigilia diaria al alba había estado a punto de obtener recompensa y, entonces, ese dichoso tullido se había inmiscuido. Había estado preparado para rodear la laguna y administrar el golpe de gracia a su víctima, atrapada en el cepo. Habría utilizado el arma del conde y habría parecido que, en sus esfuerzos violentos por liberarse, se había disparado él mismo sin querer... o que había puesto fin a su sufrimiento de

modo intencionado en ese lugar desierto. Nadie se habría molestado demasiado en buscar un motivo en un caso así.

Y él habría regresado a Londres para cobrar el pago final que le permitiría comprar esa taberna en Cheapside.

Tendría que volver e informar de su fracaso. Ya había estado demasiado tiempo en la zona. Costaba mucho preparar accidentes.

En el comedor del desayuno, el conde fue todo afabilidad y demostró ser un conversador ameno y comprensivo, con lo que se ganó aún más la simpatía de Edward. Sólo hacia el final de la comida, éste se dio cuenta de que sólo habían hablado de sus propias experiencias en la península Ibérica. Stoneridge hizo un montón de comentarios militares y políticos, pero no contribuyó con recuerdos propios, a pesar de que había participado en la guerra actual y en las dos anteriores y de que Edward apenas llevaba un año en el Ejército.

Ese hombre no podía ser un cobarde. Parecía imposible. Edward tenía una imagen formada del tipo de hombre que haría lo que se afirmaba que había hecho el comandante Gilbraith, y el hombre que tenía delante llenando una jarra de cerveza y animándole con tacto a hablar de su herida, de cómo se sentía al estar lisiado de ese modo, no encajaba en absoluto con esa imagen.

Theo habló poco durante el desayuno. Se daba cuenta de cómo reaccionaba Edward ante Sylvester, de cómo necesitaba hablar con alguien que supiera realmente cómo era la guerra en la península. Sus padres querrían que hablara, pero tendría que retocar el relato. Su padre sólo querría oír hablar sobre éxitos, valor y gloria; su madre sólo de lo cómodos que eran los alojamientos y lo amables que eran los habitantes, y del apoyo valiente de los partisanos. Ninguno de los dos soportaría imaginar la realidad de la batalla, el terror y el ruido, el calor y la sed y los gritos de los heridos.

Parecían haber olvidado su presencia, pero eso la alegraba. A diferencia de Edward, no se percató de lo poco que Sylvester contaba sobre sus propias experiencias.

Sólo podía pensar en lo poco que conocía al hombre que era su marido y lo poco que estaba dispuesto a revelarle. Le había ofrecido sólo el esbozo de una infancia carente de cariño que ella había supuesto ser la causa de las barreras que había levantado a su alrededor. ¿Sería el vendedor sin mercancía cómplice de alguien que deseaba herirlo, alguien con quien el conde se había portado mal en el pasado?

Al fin y al cabo, se había portado mal con ella; ¿por qué no podía haber perjudicado a alguien más? Dejó la taza de café y corrió de repente la silla hacia atrás.

-Si me disculpáis, tengo cosas que hacer. Edward, ¿querríais cenar tú y tus padres con nosotros mañana? Se lo diré a mamá y a las chicas, y podríamos celebrar una cena familiar como en los viejos tiempos.

-Seguro que Rosie insistirá en que le muestre mis fascinantes cicatrices -advirtió Edward con un gruñido fingido.

-Tírale de las orejas -contestó Theo con una sonrisa-. Solías hacerlo.

-Ya no es tan pequeña como antes -observó riendo entre dientes-. Lo consultaré con mi madre, pero estoy segura de que estará encantada.

-Hasta mañana entonces. -Se dirigió hacia la puerta mientras los dos hombres se levantaban con educación.

-¿Theo?

-¿Stoneridge? -Se detuvo con la mano en el pasador.

-Hay algunos asuntos que me gustaría comentar contigo. ¿Podrías venir a la biblioteca dentro de media hora?

Vaciló. Quería decir que tenía otra cita pero, ¿cómo mejoraría eso la situación?

-Si así lo deseas...

-Sí. -Se sentó de nuevo cuando la puerta se cerró.

-Perdóneme, milord, pero... -Edward se detuvo, algo sonrojado.

-No, por favor, siga -lo animó Sylvester, que tomó un gran trago de cerveza y se recostó en la silla. Sus ojos descansaron, penetrantes, en la cara de su visita; su cuerpo estaba tenso como la cuerda de un arco mientras esperaba que hablara.

-No es asunto mío -dijo Edward, incómodo-. Olvide lo que he dicho.

-Hasta ahora, no ha dicho nada -indicó Sylvester-. Suéltelo, hombre.

-Theo parece desdichada -soltó Edward de repente-. La conozco muy bien.

-Estoy seguro de que mejor que yo -estuvo de acuerdo su anfitrión sin alterarse y sin que su rostro reflejara el alivio que sentía. Podía desviar las preguntas sobre Theo, pero no tenía nada que decir sobre Vimiera.

-No... No, estoy seguro de que no -tartamudeó Edward, con la cara muy colorada.

-No del mismo modo, quizás -aseguró Sylvester en el mismo tono.

Edward se ruborizó aún más y hundió la nariz en la jarra de cerveza.

-Perdone. Como dije, no es asunto mío -dijo.

-No, no lo es -coincidió Sylvester-. Sin embargo, tiene razón, ahora es desdichada. Pero confórmese, amigo mío, no tengo intención de que las cosas sigan así. ¿Quiere que le corte un poco más de ternera fría?

-No, gracias. Tendría que irme. -Edward corrió la silla hacia atrás sintiéndose como si un oficial superior le hubiera reprendido con delicadeza pero con firmeza por una metedura de pata de poca importancia.

Sylvester lo acompañó a la puerta principal.

-Espero que nos veamos mañana por la noche -dijo sonriente, sin rastro alguno de la altivez de un momento atrás-. Salude a sir Charles y lady Fairfax de mi parte.

16

Sylvester esperó hasta que su invitado se perdió de vista, y regresó a la casa con el ceño algo fruncido. Edward Fairfax no había dado muestras de haber oído nada del escándalo de Vimiera. Pero tarde o temprano podría contárselo algún amigo en el Horse Guards.

El escándalo lo perseguiría hasta su muerte y esa idea le resultaba ahora más difícil de aceptar que antes. Fue a la biblioteca y se quedó mirando la chimenea vacía. ¿Iba a vivir aterrorizado ante la posibilidad de que su mujer se enterara? ¿A esconderse en el apacible Dorsetshire y temblar cada vez que alguien de Londres se cruzara en su camino?

El ruido de la puerta al abrirse le hizo levantar la cabeza. Theo estaba en el umbral.

-¿Qué te pasó ayer? -preguntó sin más preámbulo.

-Es una vieja herida, nada más. Me fastidia de vez en cuando.

-¿Cómo?

-Me da dolor de cabeza, Theo. -Y descartó la pregunta con un gesto-. No merece la pena comentarlo. Hay otros asuntos más importantes que tratar.

Eso no bastaba a Theo, pero parecía que no iba a sacarle nada más. De nuevo pensó que había muchas cosas de su vida que su marido se negaba a comentar.

Pero ¿qué más daba? ¿Por qué debería importarle lo que le ocurriera? ¿O lo que le hubiera ocurrido en el pasado? Tenía la cara contraída y la expresión de sus ojos era la de alguien que no sabe si es el cazador o la presa.

-Cierra la puerta con llave -ordenó Sylvester.

-¿Con llave? ¿Por qué?

-Porque no quiero que nos molesten. Puedes dejar la llave en la cerradura. No voy a retenerte aquí contra tu voluntad.

-Eso es una novedad -soltó con mucho sarcasmo mientras giraba la llave, y se alejó de la puerta.

Sylvester estaba apoyado en la mesa de caoba situada en el centro de la habitación, con las piernas cruzadas por los tobillos y las manos apoyadas en el borde. Con una mirada tranquila evaluó la cara tensa de Theo.

«Pobre chiquilla», pensó sin darse cuenta. Y esa reflexión compasiva lo sobresaltó porque estaba acostumbrado a pensar que tenía que enfrentarse a ella como un combatiente, sin ceder un centímetro, ni siquiera cuando estaban de buenas. Pero era tan joven y vulnerable en medio de su incertidumbre y su dolor. De un modo u otro tenía que conducirla con él fuera de ese matorral espinoso, sin tener en cuenta los pinchos de su esposa, tratándolos como las defensas desesperadas que eran.

-Ven aquí, Theo -dijo con las manos extendidas.

Ella no se movió, sino que permaneció en medio de la habitación con los brazos cruzados. Llevaba puesto uno de los vestidos amplios que utilizaba cuando recorría la propiedad como una gitana, unas sandalias abiertas y el pelo recogido en dos trenzas gruesas que le colgaban sobre los hombros.

Sylvester se incorporó de la mesa y le agarró las manos, se las separó del cuerpo y la atrajo hacia él.

Le tomó la mejilla para levantarle la cara, y un escalofrío recorrió el cuerpo delgado de Theo en una reacción instintiva a un gesto que precedía siempre el contacto de sus labios en los de ella. Le deslizó la yema del pulgar por los labios en otro gesto conocido, y detectó el cambio de luz en sus ojos.

-¡No! -exclamó a la vez que intentaba girar la cabeza-. No permitiré que confundas las cosas.

No hizo caso de su protesta y agachó la cabeza para besarla mientras con la otra mano le recorría la espalda. Tras entretenerse un momento en las caderas, la apretujó contra el calor creciente de su entrepierna y notó cómo se le aceleraba la respiración.

-No lo hagas... No quiero que lo hagas. -Era una súplica en voz baja mientras intentaba alejarse de él.

--Sé que lo quieres -afirmó con suavidad sin soltarla.

Y era cierto. A pesar de todo, lo quería. Se había dicho que lo despreciaba y, sin embargo, era como siempre. Se deleitaba con la fuerza con que la abrazaba, con el calor y el poder de su cuerpo y con el aroma de su piel, una mezcla de tierra y de sol por encima del olor penetrante del jabón de afeitar que se percibía aún.

Y en su interior, una parte de ella le pedía a gritos que la ayudara a comprender, que le enseñara cómo interpretar ese sufrimiento y su terrible confusión. No quería despreciarlo, quería sentirse cariñosa y amorosa y abrirse al cariño y al amor que había notado en él. Quería volver a creer en ese cariño y sensibilidad, volver a creer que él reaccionaba ante algo esencial que ella poseía.

Pero su dolor seguía siendo grande y, sin hacer caso a esa vocecita, trató de resistir la creciente excitación que suprimiría toda protesta, toda indignación, todo pensamiento racional de su mente y su alma.

-Me lo prometiste -dijo-. Me prometiste que no te aprovecharías de esto.

-Te prometí una asociación -replicó Sylvester a la vez que le subía la falda para acariciarle con las manos la piel desnuda de los muslos. Sus ojos estaban fijos en los de Theo y los penetraban como si pudieran ver los secretos de su alma-. Te deseo como tú me deseas a mí, Theo.

Estaba a punto de hundirse en el cálido mundo del deseo, de aceptar la verdad de lo que le decía, de olvidarse de toda precaución y rendirse a ese ardor vibrante cuando le vino de nuevo a la cabeza lo que le había hecho, lo que le había arrebatado.

-¡No! -Le pasó una pierna por detrás de las rodillas a la vez que levantaba las dos manos para empujarle con ellas el tórax. Sylvester se cayó hacia atrás, pero le tenía la falda agarrada con una mano y tiró de ella con fuerza. La falda se rasgó, pero logró engancharle la pantorrilla con la parte interior del codo, de modo que la desequilibró y aterrizó sobre él en la alfombra.

-¡Maldita gitana! -exclamó, pero sus ojos ardían de pasión.

La rodeó con los dos brazos y le situó los suyos a la espalda mientras rodaba hasta tenerla bajo su cuerpo, echada sobre las palmas de sus propias manos. Le atenazó las piernas con las suyas y, una vez que la tuvo inmovilizada, la besó sumergiéndose en la dulce humedad de su boca. Por un segundo ella se resistió, y tensó todo el cuerpo como si creyera que podría quitárselo de encima. Después, se rindió, y sus labios se separaron bajo la presión de su lengua, mientras su alma dejaba de ser un campo de batalla y el deseo se apoderaba de ella.

La falda desgarrada había quedado atrapada bajo su cuerpo, y movía las piernas desnudas con urgencia contra las de su marido. Sylvester deslizó las manos entre sus cuerpos y se separó lo suficiente para poder agarrar la cinturilla de los calzones deTheo. La finísima tela se rompió cuando tiró de ella hacia abajo, y Theo soltó un grito ahogado contra su boca y le mordió el labio. Sylvester notó el sabor de la sangre y levantó la cabeza un segundo. Theo tenía los ojos abiertos, llenos ahora de pasión, y estaba en otro mundo. Se pasó la lengua por los labios y se quitó de ellos una gota de sangre de su marido.

-Mira que eres salvaje -soltó Sylvester con los ojos brillantes de satisfacción mientras movía los dedos con rapidez y destreza para desabrocharse los pantalones. Theo todavía tenía las manos bajo su cuerpo, y las piernas atrapadas entre las de su marido, de modo que sólo podía mover la cabeza, pero Sylvester sólo vio una excitación irreprimible en sus ojos y en la expresión de sus labios cuando le pasó una mano bajo las nalgas, que arañó sin querer al levantarla sobre la palma para que recibiera el empuje de su carne.

Y cuando estuvo dentro de ella y le miraba a la cara sumergiéndose en sus ojos como él en su cuerpo, empezó a hablarle en voz baja.

-No voy a disculparme, Theo. No tengo la culpa de las maquinaciones de tu abuelo, pero él sabía muy bien que Stoneridge y el título no son nada sin la propiedad. Y quería que quien la heredara fuera sangre de su sangre. Si la hubiera dividido entre vosotras cuatro, habría sido casi imposible de administrar. Una propiedad no puede prosperar si tiene cuatro propietarios. Ésta fue su forma de resolver todos estos conflictos. No soy mejor ni peor que nadie, Theo, y te prometo que ningún hombre que se preciara de serlo habría dejado escapar una oportunidad así.

Le pasó la palma abierta de la mano por la cara en una caricia que era a la vez una afirmación de posesión.

-En especial cuando el premio es una gitana maravillosa y apasionada.

Sus palabras penetraron el mundo de excitación en que se encontraba Theo como había sido su intención, pero ya estaba demasiado arriba de la montaña, demasiado cerca de la cima para que la devolvieran a la base y al lago cristalino y frío de la realidad.

Sylvester observó su expresión, la ligera protesta que se formaba en sus ojos, y empezó a moverse, acariciando con suavidad su interior para avivar así de nuevo el fuego de la pasión y sintió que se tensaba a su alrededor mientras el intenso brillo translúcido aparecía en su piel al aumentar su placer.

-Esto es lo que importa -afirmó-. Ha sido así entre nosotros desde el primer momento, Theo. Lo sentí incluso antes de saber quién eras. Tú lo sentías incluso cuando me oponías resistencia, ¿verdad?

Cerró los ojos como si quisiera ocultar sus reacciones a su marido, y éste rió entre dientes.

-Falso orgullo, gitana. Admitirlo no tiene nada de malo. Dime, Theo. Lo sentías, ¿verdad?

Se pasó la lengua por los labios y movió la cabeza de modo casi imperceptible pero sin duda afirmativo.

-Abre los ojos, cariño -insistió, retirándose hacia el límite de su cuerpo, donde permaneció observando los rasgos expresivos bajo él. Theo abrió los ojos de golpe y contenían el asombro que siempre la invadía, como si cada vez las sensaciones fueran únicas.

Despacio, muy despacio, volvió a deslizarse hacia el interior de su cuerpo. Theo apretó la entrepierna contra su marido y sus músculos internos se tensaron alrededor de éste, que le tapó la boca con la suya para ahogar un grito de placer que estaba fuera de lugar en la soleada biblioteca un miércoles por la mañana.

Sylvester se dejó caer pesadamente sobre ella bajo el repentino torrente de su propio climax sin acordarse de que todavía tenía los brazos atrapados bajo sus cuerpos. Y por un momento, Theo, sumida aún en el éxtasis sensorial, no notó la molestia.

Finalmente, Sylvester rodó hacia un lado y la atrajo hacia él para que descansara la cabeza en su pecho, y le acarició los cabellos mientras los latidos violentos de su corazón recuperaban la normalidad.

Theo permaneció inmóvil junto a él. Sentía un cosquilleo en las manos y los brazos entumecidos por donde la sangre volvía a circular. Su cuerpo estaba relajado, rebosante de satisfacción, pero sus pensamientos estaban tan desgarrados y alborotados como sus ropas.

Las palabras de su marido se repetían en su mente. No se iba a disculpar por manipularla y engañarla porque, desde su punto de vista, no había tenido más remedio que hacerlo. Le decía que Stoneridge no habría sobrevivido con cuatro propietarios. Como administradora, sabía que eso era cierto, pero ella habría conservado la dirección de todas las herencias en sus manos... ¿no? Si eso dependiera de sus hermanas, por supuesto que sí. Pero tendrían maridos, desconocidos que podían tener otras ideas.

De repente se vio a sí misma: una solterona cascarrabias que se peleaba con los maridos de sus hermanas y sembraba la discordia familiar con motivo de un prado.

Se movió en sus brazos. Fue un movimiento inquieto, de un intenso desasosiego mental, y Sylvester siguió la línea de su mejilla.

-Di lo que sea, mi amor.

-Me has arrebatado tantas cosas -dijo en voz baja, incorporándose apoyada en el pecho de Sylvester, de modo que se quedó sentada de lado junto a él-. Con engaños. ¿Cómo esperas que finja que no ha sido así?

-Has perdido tu independencia -comentó su marido-. Pero eso te lo ha arrebatado el matrimonio, Theo, no yo. Y tú accediste a casarte por voluntad propia.

-Creía que casarme contigo beneficiaría a mis hermanas, y no era ése el caso.

-No, tienes razón -concedió sin alterarse Sylvester, que se sentó. Theo se retorcía las manos en el regazo, y él se las tomó entre las suyas-. Escúchame. Cuando llegué aquí, tenía intención de casarme con una de vosotras. Supuse que sería con Clarissa porque era la mayor.

Tu madre dijo con mucha firmeza que Clarissa y yo no haríamos buena pareja. -Sus labios esbozaron una ligera sonrisa y le sujetó con más fuerza las manos-. No lo pongo en duda. Pero tú y yo, Theo, sí hacemos buena pareja.

-¿Y cuándo lo decidiste?

-Desde el primer momento -afirmó soltándole las manos y tomándole el mentón-. Desde la primera maldición que me lanzaste a la cara, gitana. -Rió en voz baja y le pasó el pulgar por la boca-. Eres de lo más apasionado, fogoso y combativo. Y no te querría de ningún otro modo.

Quería creerlo. Oh, cómo quería creerlo.

-Si me querías por mí misma, ¿por qué no me contaste la verdad y me cortejaste por mí misma?

-Por favor, cariño, sé realista. -Sylvester sacudió la cabeza y un destello de exasperación iluminó sus ojos grises-. ¡Un Gilbraith apoderándose de tu querida casa! Te habrías reído en mi cara y mandado a paseo sin la menor contemplación.

Se levantó y se abrochó los pantalones observándola mientras seguía sentada en medio de sus ropas destrozadas.

-Puede que hayas perdido tu independencia, Theo, pero en gran medida, yo también.

-No sé cómo es eso -dijo, y parecía indecisa-. Parece que las mujeres renuncian a todo y los hombres lo ganan todo.

Se puso de pie y recogió los jirones esparcidos a su alrededor.

--Espero que algún día pienses que has ganado mucho más de lo que has perdido -dijo por fin tras pasarse una mano por los cabellos rizados y la nuca.

Theo, con la mano en la llave de la puerta, se detuvo como si fuera a decir algo; después, abrió sin hacer ruido y se fue.

Un silencio violento cayó sobre Sylvester como una losa cuando su esposa se marchó. Se sirvió una copa de madeira y se sentó en una silla junto a la chimenea, donde un jarrón de cobre con crisantemos dorados resplandecía en lugar de un fuego. Había ganado una victoria, pero no podía considerarse decisiva, y había usado un arma que se había prometido no volver a utilizar nunca más contra Theo. Había jurado usar su pasión sólo para el placer de ambos. Pero seguro que tenía una utilidad mucho mejor en este caso...

-Lady Belmont, rnilord -anunció Foster desde la puerta de la biblioteca, y entró Elinor, con la cara oculta bajo la sombra del ala ancha de su sombrero de paja.

-Qué sorpresa tan agradable, señora. -Stoneridge avanzó con la mano extendida para darle la bienvenida e imaginó qué habría pasado si su suegra hubiese llegado media hora antes y se hubiera encontrado a su hija entregada a la pasión en el suelo de la biblioteca. Conociendo a Elinor, se habría marchado sin decir nada y ni tan sólo se habrían enterado. La idea le divirtió y suavizó su humor sombrío.

-Espero no molestar -dijo Elinor en tono agradable mientras le tornaba la mano.

-En absoluto -contestó Sylvester-. Creo que Theo está arriba, Foster le avisará de que está usted aquí. ¿Le apetece tomar una copita de madeira?

-Gracias. -Elinor se volvió hacia el mayordomo-. En un minuto subiré a ver a lady Theo, Foster. No es necesario que la moleste. Me gustaría comentar antes una cosa con lord Stoneridge.

Sylvester arqueó una ceja al volverse hacia la licorera, sin saber qué escondería ese cara a cara.

-Tenga. -Le dejó una copa en la mesita junto a la silla donde Elinor se había sentado.

-Gracias. -Su suegra se quitó los guantes de modo formal-. Iré directamente al grano. Tengo pensado ir a Londres a pasar la próxima temporada. Gracias a tu generosidad... -Inclinó la cabeza para sorber el madeira-. Gracias a tu generosidad con las dotes de las chicas, puedo permitirme la presentación en sociedad de Emily y Clarissa. La de Emily tenía que haberse hecho hace dos años pero fue imposible debido a la enfermedad de su abuelo.

-No, por supuesto -murmuró Sylvester, sentado frente a ella. Se había estremecido con esa referencia a su generosidad. Por lo menos Theo no estaba ahí para oírlo-. ¿Quiere que abra la casa Belmont? Me encantaría ponerla a su disposición.

-No, por Dios -dijo Elinor-. No se me ocurriría nunca ser una carga para ti, Stoneridge. Alquilaré una casa adecuada para mí y las chicas. El abogado Crighton se encargará de ello. Pero me gustaría hablarte de Theo.

-¿Quiere que vaya con ustedes? -preguntó con el ceño fruncido.

-Esperaba convencerte para que la llevaras tú mismo. -Elinor dejó la copa en la mesa-. Debería ser presentada en la Corte y, aunque yo la apadrine, por supuesto, sería más apropiado que viviera bajo el techo de su marido. -Se recostó observando la reacción de su yerno con la expresión oculta bajo el ala del sombrero.

A Sylvester la cabeza le daba vueltas. Ir a Londres. Soportar las espaldas vueltas, las cejas arqueadas, los susurros.

Soportarlos y hacerles frente. Era eso o esconderse en ese rincón de mundo el resto de su vida, esperando aterrado que su deshonor lo alcanzara. Esperando aterrado que su esposa se enterara de su deshonor. Sin una esposa... Sin una esposa como Theo podría haber vivido con su vergüenza, como había hecho el último año. Pero ahora era distinto.

Le vino a la cabeza la cara de Neil Gerard cuando estaba en el consejo de guerra. Neil le había apartado la mirada, y Sylvester había supuesto que su amigo se sentía violento. Gerard no podía honradamente limpiar nombre de su viejo amigo y, por eso, se mostraba evasivo. Y Sylvester había interpretado su culpabilidad en esa actitud y había vuelto la cabeza para ahorrar un mayor desasosiego a Neil.

Tras el consejo de guerra había evitado a Neil. La única vez que se habían encontrado, su antiguo amigo le había negado el saludo en público, y no había estado preparado para exponerse a una repetición de esa humillación. Como el cobarde que había sido designado, huyó del escenario de su vergüenza. ¿Pero cuánto tiempo iba a seguir así?

-¿Stoneridge? -La voz suave de Elinor interrumpió sus reflexiones. Parecía desconcertada y se dio cuenta de que debía de haber estado callado un buen rato.

Se puso de pie y se dirigió al aparador para volver a llenarse la copa. -No le iría mal a ese marimacho adquirir un aire de ciudad, señora -aseguró con una sonrisa.

-Lo mismo pienso yo -rió Elinor-. Así pues, ¿abrirás la casa Belmont para la temporada?

-Me inclino ante su criterio, lady Belmont. Pero creo que dejaré que sea usted quien convenza a Theo. No me parece que vaya a aceptar la idea con entusiasmo; está demasiado implicada en Stoneridge y sus asuntos.

-Es cierto -aceptó Elinor con brío-. Pero sus hermanas serán muy persuasivas, y si contamos con tu apoyo... -Se levantó y volvió a ponerse los guantes.

-Lo tienen, si eso sirve de algo -expresó con ironía. -Entonces iré a abordarla enseguida.

Sylvester hizo una reverencia a su suegra desde la biblioteca y se quedó absorto, con el ceño fruncido, pensando en qué se había metido. Theo no entendería por qué su marido era un paria social. Oiría los rumores...

Si pudiera recordar qué había ocurrido ese día en Vimiera. Si pudiera demostrar que los rumores eran falsos de una vez por todas. Tenía que haber otra explicación para lo que había pasado. Y tenía que haber una forma de descubrir la verdad.

17

-Presentar tres muchachas en una temporada es bastante arduo -comentó la condesa Lieven cuando el lando se detuvo ante una casa alta en la calle Brook.

-Pero sólo una de ellas necesita marido -indicó Sally Jersey mientras recogía la sombrilla y la bolsa.

-Bueno, esperemos que no sean ariscas -afirmó la condesa con un movimiento ascendente de su estrecha nariz al bajar del coche-. Después de vivir tantos años en el campo...

-Estoy segura de que ninguna hija de Elinor puede ser nada desagradable -dijo lady Jersey con su buen carácter habitual-. No me importaría darles entrada al Almack's sin haberlas conocido.

-Sí, tienes una desafortunada tendencia a fiarte de las cosas -soltó con brusquedad su acompañante-. ¿Debo recordarte que tenemos que mantener ciertos niveles? -Subió el corto tramo de escaleras tras su lacayo, que había corrido desde el coche para llamar a la puerta-. ¿Y qué sabemos del joven Fairfax?

-Procede de una familia intachable de Dorsetshire -le explicó Sally-. No es un matrimonio fantástico, pero sí sumamente respetable. Según tengo entendido, es un matrimonio por amor.

-No sé qué tienen en la cabeza las muchachas de hoy en día -manifestó la condesa Lieven-. Casarse por amor, madre mía. Por lo menos la más joven hizo lo sensato y se casó con Stoneridge.

La puerta se abrió y el mayordomo de lady Belmont hizo una gran reverencia a las visitas. El lacayo regresó al lando cuando las señoras entraron.

La condesa Lieven echó un vistazo alrededor del vestíbulo cuadrado con ojo crítico antes de asegurar:

-Es de un increíble buen gusto para ser una casa alquilada.

Avanzó de modo majestuoso hacia la escalera y su acompañante la siguió con algo menos de elegancia.

-¿Por qué tengo la sensación de que hubo algún escándalo asociado a Stoneridge?

-Oh, no fue nada -dijo Sally-. Algún asunto militar; nadie tiene en cuenta esas cosas.

-Estoy segura de que Lieven comentó algo -murmuró la condesa.

-Sí, los hombres se preocupan mucho más por esas cuestiones -afirmó Sally-. Yo diría que sin demasiada necesidad, la verdad.

-Nunca me gustó Lavinia Gilbraith. Es una mujer autoritaria-manifestó la condesa.

Sally pensó que, en cuanto a autoritarismo, su compañera patrocinadora del Almack's tenía pocas rivales; sin embargo, se limitó a afirmar, apaciguadora:

-Creo que eso no debería afectar nuestra opinión sobre las chicas Belmont.

-Sí, bueno, ya veremos. -La condesa cruzó las puertas dobles de un elegante salón que abrió el mayordomo para anunciar con discreción a las recién llegadas.

En el salón de lady Belmont había bastantes visitas, una cantidad gratificante si se tenía en cuenta que Londres todavía estaba poco concurrido al principio de la temporada. Elinor atribuía una atención tan halagadora a la novedad de sus hijas. Sin duda, eso explicaría el grupo de jóvenes admiradores en su primera reunión «en casa». Pero no explicaba del todo el grupo de hombres de su propia generación reunidos junto a la chimenea. Era demasiado sensata para pensar que sus encantos podrían tener algo que ver con la atención. Si recordaba haber sido una de las bellezas de la sociedad durante su primera temporada y haber dejado muchos pretendientes suspirando por ella cuando se casó con Kit Belmont, lo hacía de modo afectuoso y pasajero, y desechaba la reflexión con rapidez para dedicarse a asuntos más pertinentes.

Emily y Clarissa estaban sentadas con su madre en un sofá, y Edward, en el brazo del mismo junto a su prometida. Elinor se levantó y cruzó el salón para saludar a sus visitas. Emily y Clarissa la siguieron con la mirada recatadamente baja en previsión de esta presentación vital.

-Elinor, querida, qué alegría verte -dijo lady Jersey con verdadero afecto al abrazar a su vieja amiga-. ¿Cómo has podido esconderte todos estos años? Te hemos echado mucho de menos, ¿sabes? ¿No es cierto, condesa? -Se volvió para recibir la corroboración de la condesa Lieven, quien hizo una reverencia y esbozó su habitual sonrisa glacial.

-Sí -dijo alargando la mano-. Mucho.

Elinor les estrechó las manos, nada turbada por la intimidadora condesa.

-Me gustaría presentarles a mis hijas. -Hizo avanzar a Emily y a Clarissa y lanzó una mirada furtiva al reloj pensando dónde estaría Theo. Había prometido que iría a conocer a las patrocinadoras, y no era una persona que incumpliera sus promesas aunque la ocasión no le hiciera ninguna gracia.

Mientras estaba reflexionando así, se abrió la puerta y Theo entró en la habitación con su paso rápido, trayendo con ella el frescor de la tarde de septiembre en las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes. De debajo del sombrero de paja con cintas se le escapaban algunos mechones negros que le caían sobre la frente.

-Perdona que llegue tarde, mamá -se disculpó cruzando la habitación, tomó las dos manos de su madre con las suyas y la besó--. Esta mañana fuimos a cabalgar a Richmond y volver nos ha llevado más tiempo del esperado.

-Me gustaría presentarles a mi hija, lady Stoneridge -dijo Elinor-. Theo, cielo, la condesa Lieven y lady Jersey.

-Mucho gusto -saludó Theo, que alargó la mano primero a una y después a otra sonriendo con su franqueza y falta de ceremonia habitual-. Espero gustarles.

Lady Jersey sonrió, pero era evidente que la condesa se había molestado.

-Pasen para tomar un poco de té -se apresuró a intervenir Elinor, que hizo avanzar a sus invitadas por el salón-. Theo, ¿no ha venido Stoneridge contigo?

-Sí, enseguida estará aquí. Ha llevado él mismo el carrocín a las caballerizas -explicó Theo. Una ligera preocupación se asomó a sus ojos. En la semana que llevaban en Londres, Sylvester se había mostrado muy reacio a participar en los actos sociales de la temporada, aunque insistía en que Theo acompañara a su madre y sus hermanas a todas partes. No estaba segura de lo que hacía cuando ella no estaba y no se atrevía a preguntárselo. Esos días sus conversaciones solían ser las de conocidos educados, salvo cuando hacían el amor, y las palabras intervenían poco en esos intercambios todavía maravillosos. De modo irónico, Theo extrañaba el tono desafiante de su relación; era como si un resorte se hubiese roto en alguna parte.

En el camino desde la calle Curzon, Sylvester había estado distraído, incluso irritable, y la había dejado a la puerta de su madre diciendo de forma cortante que llevaría él mismo el carrocín a las caballerizas, aunque tenía un lacayo totalmente competente para esas tareas.

Se olvidó de su desconcierto y fue a saludar a Edward mientras Emily servía té a la condesa Lleven y a lady Jersey, y Clarissa seguía la operación con atención.

-Tendrías que estar haciéndote la simpática con tus hermanas -comentó Edward en voz baja cuando Theo llegó a su lado.

-Emily y Clarry lo harán muy bien sin mí -murmuró ésta con una sonrisa burlona-. Me importa un comino no gustarles a esas fieras.

-Qué mala eres -soltó Edward, incapaz de contener una sonrisa. Dirigió una mirada orgullosa a su prometida, que estaba especialmente encantadora con un vestido de muselina con un estampado de flores y los suaves cabellos castaños ensartados con una cinta color verde manzana.

-¿Sabes una cosa? -dijo Theo, pensativa-. Creo que al conde de Wetherby le gusta mamá. ¿Te has fijado en que siempre está a su lado?

-A él y a Bellamy -contestó Edward observando cómo los caballeros en cuestión se inclinaban solícitos hacia lady Belmont.

-Sí... Oh, aquí está Stoneridge. -Se volvió hacia la puerta al entrar su marido. Realmente era una figura imponente, y le sorprendió lo orgullosa que se sintió al pensarlo. La chaqueta azul oscuro y los pantalones azul claro realzaban la potencia de sus hombros y la fuerza muscular de sus muslos; llevaba el pañuelo atado con elegancia pero con sencillez, y su

chaleco color crema sólo tenía un bolsillo. La elegancia comedida de su aspecto suponía un marcado contraste con los jóvenes de la habitación, que lucían cinturas de avispa y unos pañuelos muy almidonados. Hasta Edward había sucumbido al pañuelo elaborado, aunque no se habría puesto nunca un chaleco con cintura de avispa ni rayas demasiado exageradas.

Sylvester se quedó un momento en el umbral del salón, armándose de valor para la acogida que fuera a recibir.

A pesar de su resolución de enfrentarse a su primer acto social, en la semana que llevaban en Londres había logrado evitar eventos como ése. Había acompañado a su mujer al teatro, había cabalgado con ella por Hyde Park a la hora de moda, pero no había visitado ninguno de sus clubes ni había acompañado a Theo a ninguna de las visitas que había hecho con su madre para que ésta retomara las amistades de su vida anterior, ni a la recepción a la que habían asistido todos en la casa Garitón. Pero no había podido evitar la reunión informal «en casa» de esa tarde, destinada a presentar a las chicas Belmont a los miembros más importantes de la clase alta, sin ofender a su suegra y desconcertar a su esposa.

Observó el salón con la mirada dura y la boca tensa, y reconoció algunas caras entre el contingente mayor, aunque no conocía a la mayoría de los jóvenes.

-Stoneridge. -Elinor se acercó para saludarlo con una cálida sonrisa en los labios-. Ya casi creía que no vendrías. Conoces a la condesa Lieven y a lady Jersey, por supuesto.

-Por supuesto. -Hizo una reverencia a las señoras y recibió una inclinación glacial de cabeza de la condesa y una sonrisa de Sally Jersey. La gélida acogida de la condesa no le preocupó, ya que era la que dedicaba a todo el mundo salvo a sus íntimos.

-Y estoy segura de que conoces a lord Wetherby y a sir Robert Bellamy. Y supongo que el vizconde Franklin será un viejo compañero del Ejército -prosiguió Elinor, que indicó con una sonrisa el grupo situado junto al fuego, incluyendo con su gesto a los cinco hombres cuyo nombre no había mencionado.

Se produjo un silencio, una sensación fría casi palpable en la caldeada habitación.

Theo contempló a los hombres que, como uno solo, dirigieron una mirada de desdén a su marido cuando éste hizo una reverencia con una expresión pétrea. No intentó acercarse al grupo y nadie alargó la mano para saludarlo.

Theo vio el músculo revelador marcarse en la mejilla de Sylvester cuando se volvió y se dirigió a la ventana, donde permaneció solo con los brazos cruzados, una mirada durísima y una mueca especial en los labios. Asombrada, alzó los ojos hacia Edward, que parecía agobiado. Lord Wetherby rompió de repente el silencio al hacer un comentario banal al vizconde. Una tacita repiqueteó en un plato.

Sin una decisión consciente, Theo cruzó el salón hacia la ventana con la falda de su vestido de batista ondeándole alrededor de los tobillos.

-Me parece que no conozco al vizconde Franklin, Stoneridge. ¿Podrías presentármelo? Le deslizó una mano en el brazo y le sonrió con los ojos brillantes de determinación. Casi arrastró a su marido hacia el fuego y volvió su semblante encendido a los hombres que lo habían insultado.

-¿Quieres té, Stoneridge? -la voz clara de Emily sonó desde el otro lado del salón-. A no ser que prefieras clarete. Sé que te apetece mucho a esta hora del día.

-Llamaré a Dennis -indicó Elinor con calma, y se dirigió al tirador-. Señores, ¿comparten los gustos de mi yerno? ¿O les parece bien tomar té? -La sonrisa que les dirigió habría congelado las hogueras del infierno.

-Prueba un mostachón. -Clarissa quitó un plato de debajo de la mano de la condesa Lieven y lo llevó a su cuñado-. Son tus favoritos.

De repente se vio rodeado por las mujeres Belmont, convertido en el centro de sus atenciones. Se ocupaban de sus necesidades y sus deseos como si fuera el sol que iluminaba su universo. Le recordó una manada de leonas protegiendo a un cachorro herido. La vergüenza de que presenciaran su humillación se mezclaba con gratitud. No sabían qué había tras la recibida insultante que le habían proporcionado, pero parecía no importarles.

-¿Estuvo también en la península, vizconde Franklin? -Theo se dirigió al vizconde, con el brazo entrelazado con el de Sylvester. El vizconde, un caballero cabal de unos treinta y ocho

años, resplandeciente con su uniforme, se acobardó al ver la rabia de los ojos púrpura de la joven condesa. Los dientes blancos de Theo relucieron contra su tez morena, pero era la sonrisa de un tiburón que cerraba los dientes sobre su presa.

El vizconde Franklin había combatido todas sus batallas militares en los pasillos políticos del Horse Guards y no se había enfrentado nunca al enemigo en el campo de batalla. Se aclaró la garganta y movió los pies, incómodo.

-Pues el caso es que no he tenido la buena suerte de servir en el extranjero, condesa.

-Oh, ¿de veras? -Theo arqueó una ceja-. Buena suerte no me parece una expresión demasiado acertada. Estoy segura de que mi marido y el teniente Fairfax lo describirían de otro modo. -Su sonrisa depredadora recorrió al resto del grupo. Edward, que había abandonado su puesto para situarse junto a Stoneridge como gesto de solidaridad, pareció violento y murmuró algo sobre el honor de su país.

La expresión imperturbable de Stoneridge no mostró el menor cambio, pero no le escapó la ironía de la situación. Theo no tenía idea de lo que motivaba su ostracismo y, aun así, en su entusiasmo por defenderlo había acertado de pleno.

El vizconde pareció no saber cómo reaccionar ante el sarcasmo de la condesa. Sus ojos se dirigieron sin querer a la manga vacía de Edward y a la cicatriz que rasgaba la frente de lord Stoneridge.

Lord Wetherby interrumpió la incómoda pausa.

-Tengo entendido que ha adquirido unos Melton, Stoneridge -dijo con frialdad.

-Sí, por una ganga -contestó Sylvester sin pestañear, y tomó una copa de clarete que había aparecido milagrosamente junto a su codo-. Pero también estoy buscando un par tranquilo para que conduzca lady Stoneridge.

Bajó los ojos hacia Theo que, una vez logrado lo que había deseado, parecía meditabunda. Sin embargo, todavía tenía depositada la mano en su brazo, y estaba convencido de que no iba a abandonarlo otra vez a los lobos. Por si acaso no sabía defenderse solo.

-¿Vas a conducir tú misma por la ciudad, Theo? -preguntó Edward para llevar la conversación a aspectos de carácter general.

-Stoneridge ha accedido a comprarme un carrocín para mí -contestó Theo. Su mirada recorrió el círculo con una actitud evidente de desafío-. Espero que eso no les horrorice, señores.

-Sólo cabe elogiar su habilidad, señora -dijo sir Robert con una reverencia.

-Bueno, espero no volcarlo -soltó, y su sonrisa era entonces pícara, sin relación alguna con los ánimos encendidos de un momento antes.

-Si hubiera el menor riesgo de que pasara eso, no te dejaría conducirla, mi amor -dijo Sylvester con naturalidad-. Pero tengo plena confianza en tu habilidad... para hacer todo lo que te propongas -añadió, y una nota de humor se reflejó en su expresión de dureza.

Antes de que Theo pudiera contestar, una voz aguda manifestó tras ellos:

-Stoneridge, hay algo que me gustaría recordarte.

-Rosie, ¿se puede saber qué haces aquí? -Sorprendida, Theo se volvió hacia su hermana menor, que observaba atentamente al conde desde detrás de las gafas. Se le había soltado una cinta del pelo, llevaba el vestido de muselina manchado de hierba y sostenía un tarro de mermelada tapándolo con la palma de una mano, al parecer para impedir que lo que contenía se escapara.

-Acabo de volver de la plaza ajardinada con Flossie. Hemos ido a buscar especímenes, y Dennis me dijo que tú y Stoneridge estabais aquí -explicó Rosie muy seria-. Y he querido aprovechar la oportunidad para recordarte que prometiste llevarme a Astley lo antes posible. Me gustaría saber cuándo será.

La pequeña mantenía los ojos fijos en su cuñado. Sylvester soltó una carcajada y la diversión recorrió el círculo junto al fuego.

-¡Rosie! -Elinor acababa de percatarse de la llegada nada convencional de su hija menor y cruzaba el salón hacia ella-. Esta tarde no tendrías que estar en el salón. Mira cómo vas. -Señaló con cierto disgusto el aspecto de la niña-. ¿Y qué llevas en ese tarro?

-Mejor no pregunte, señora -sugirió Sylvester, todavía riendo-. Pero le ruego que la disculpe, tenía que preguntarme algo con urgencia.

-Oh, vaya -suspiró Elinor-. ¿Y qué era?

-Sobre Astley -le explicó Rosie. Separó un poco los dedos con los que tapaba el tarro y miró entre ellos-. Espero que no se haya escapado. Es un insecto palo, y cuesta mucho ver si sigue ahí o no.

-Fuera de aquí, muchachita terrible -soltó Theo conteniendo una sonrisa mientras se la llevaba hacia la puerta para que no incomodara más a su madre.

-¿Pero cuándo...?

-Pasado mañana -contestó Sylvester a la pregunta ansiosa de la niña mientras era sacada inexorablemente del salón.

-Tenemos que llegar temprano. No quisiera perderme el gran desfile -dijo Rosie cuando Theo la dejó en el pasillo.

-No nos perderemos nada -le aseguró Theo, y cerró la puerta con firmeza.

La distracción de Rosie había reducido la tensión del círculo junto al fuego. Sylvester se alejó para presentar sus respetos a las patrocinadoras e intercambiar algunas palabras con los jóvenes que rodeaban a Emily y Clarissa. Sentía una vergüenza terrible pero fue comedido y educado, e hizo lo que era necesario. Notaba los ojos meditabundos de Theo clavados en su espalda y sospechaba el montón de preguntas que iba a dispararle. Preguntas que se veía incapaz de contestar.

Pero en ese sentido se equivocó. Cuando dejaron el salón de lady Belmont y estuvieron de nuevo en la intimidad relativa de su carrocín, Theo hizo unos cuantos comentarios despreocupados sobre la reunión y no dijo ni una palabra sobre lo sucedido. Pero su silencio sólo ocultaba su total desconcierto.

¿Por qué había reaccionado la gente de ese modo ante Sylvester? ¿Qué podía haber hecho? Tenía que ser algo que se considerara vergonzoso, pero no podía obligarlo a decírselo si él no quería hacerlo. Y era evidente que no quería. Su silencio actual tenía un cariz de mírame y no me toques mucho más fuerte que el distanciamiento que había existido entre ellos desde su llegada a Londres.

No podía creer que hubiese hecho nada deshonroso. Era cierto que la había engañado para que se casara con él. Pero si eximía a su abuelo en ese asunto, no tenía más remedio que hacer lo mismo con su marido. Por un lado ambos la habían sacrificado por la propiedad, pero por otro resultaba difícil que la sacrificaran por algo que ella quería más que a sí misma.

No, lo peor que sabía sobre su marido era que era arrogante, controlador y reservado en extremo. Y ésas no eran razones suficientes para su ostracismo en la buena sociedad.

El carruaje llegó a la calle Curzon, y Sylvester interrumpió sus pensamientos con un tono educadamente neutro.

-¿Te importaría entrar sola? Tengo que atender unos asuntos en el banco Hoare. -Tiró de las riendas frente a la casa.

-Claro -dijo Theo, que bajó sin esperar a que la ayudara-. Supongo que te veré en la cena.

-Por supuesto. Y tendríamos que comentar cómo vamos a preparar esa salida a Astley. ¿Querrán acompañarnos Emily y Clarissa?

-Sí, y también Edward -estuvo Theo de acuerdo-. Será una salida familiar. -Se detuvo un momento con la mano en la portezuela y los ojos aterciopelados, serios-. Tenemos tendencia a mantenernos unidos.

-Eso parece -asintió. Levantó una mano para despedirse y ordenó los caballos que emprendieran la marcha.

Cuando Sylvester regresó, Theo estaba en el salón, vestida para la cena.

-Siento llegar tarde -se disculpó al entrar en la habitación-. Me serviré un jerez e iré a cambiarme.

Theo estaba sentada en un diván con las piernas acurrucadas bajo ella en una postura que ignoraba las limitaciones de su delicado traje de noche de seda color azul cielo.

-¿Para qué molestarte en cambiarte? -Dejó el libro y le sonrió-, Sólo estamos nosotros.

-No me gustaría ser descortés con mi esposa -dijo en un tono ligero al volverse para tomar la licorera de jerez.

Theo notó la tensión en su voz y también en su espalda al llenarse la copa. Se levantó despacio.

-No creo que a tu esposa le pareciera eso -comentó acercándose a él. Le rodeó la cintura con las manos a la vez que apoyaba la mejilla entre sus omoplatos-. De hecho, a tu esposa no le importa un comino lo que llevas puesto cuando estás con ella. Cuanto menos mejor, en realidad.

Sylvester dejó la copa y alargó las manos hacia atrás para rodear con los brazos el cuerpo de Theo, que seguía apoyada en su espalda. Notaba su fuerza, las corrientes que fluían del alma de su esposa hacia la suya. Quería tranquilizarlo de mucho más que de su guardarropa.

Esa lealtad tan acérrima e incondicional era tan asombrosa como conmovedora. La hizo ponerse frente a él, y volvió a rodearle la cintura con los brazos, mirándolo con una sonrisita inquisitiva que no dejaba traslucir la seriedad de sus ojos.

De repente, se sintió invadido por la necesidad del calor y el consuelo que le estaba ofreciendo. La atrajo hacia él y su boca buscó la de su mujer con ansiedad. Theo se puso de puntillas y se apretujó contra su cuerpo a la vez que separaba los labios bajo la arremetida de su beso.

Foster abrió la puerta con su discreción habitual para anunciar la cena, y volvió a cerrarla con la misma discreción.

18

La chica del centro de la pista llevaba una blusa escarlata con mangas anchas y el cuello con volantes, pantalones de cuero y botas de cosaco. El caballo engualdrapado bajo ella caracoleaba como si brincara sobre las puntas de los cascos herrados, y la chica daba vueltas sobre su lomo sin perder el equilibrio. Después saltó, dio una voltereta en el aire y cayó de nuevo con los pies apoyados con firmeza sobre el caballo.

Emily chilló y agarró la mano de Edward. Clarissa abrió unos ojos como platos y Rosie se inclinó hacia delante, con las manos en las rodillas, como si no pudiera acercarse lo suficiente para ver. Theo sacudió la cabeza, admirada.

-¡Qué maravilloso hacer eso! -exclamó con envidia-. ¡Qué vida tan apasionante!

-¿La de un artista del circo de Astley? -preguntó Sylvester con las cejas arqueadas-. Desde aquí no ves lo raída que es su ropa. Imagina vivir en una caravana helada, sin privacidad, yendo de un sitio a otro la mitad del año.

-Pura gloria -afirmó Theo con los ojos en la pista, donde una troupe de malabaristas actuaba con antorchas.

-¡Oh, va a tragársela! -exclamó Clarissa, que palideció cuando uno de los artistas echó la cabeza hacia atrás y se acercó la antorcha encendida a la boca.

-¿Cómo lo hace? -quiso saber Rosie-. Tiene que haber truco.

-No tienes sensibilidad para la magia -le dijo Clarissa con las manos sujetas con fuerza en el regazo.

-Sólo quiero saber -protestó su hermana pequeña con su cantinela de siempre.

Sylvester se recostó un poco y descansó los ojos en el perfil de su esposa, que contemplaba embelesada la pista, donde seis caballos daban ahora vueltas con unas plumas blancas ondeando en el aire. Sobre cada uno de ellos iba un jinete de pie, todos vestidos igual, pero era evidente que tres eran hombres y tres, mujeres. Empezaron una danza complicada; una especie de cuadrilla en la que participaban tanto los caballos como los jinetes, y estos últimos cambiaban de caballo como si cambiaran de pareja.

-¿Por qué gloria? -preguntó en voz baja.

-Es emocionante -contestó Theo sin apartar los ojos de la pista-. Es hacer algo... algo arriesgado que tienes que hacer a la perfección si no quieres hacerte daño. Es una vida auténtica, no esta... esta... -Se detuvo, pero Sylvester sabía lo que había estado a punto de decir. Londres la aburría, y despreciaba la necia vida social, aunque procuraba que su madre y sus hermanas, que parecían pasárselo bien, no notaran su tedio.

La mirada de Sylvester se desvió de la cara de su mujer hacia Edward Fairfax. Emily seguía tomándole la mano. Edward se hospedaba en la calle Albermarle, aunque pasaba todo el tiempo en la calle Brook y sólo iba a su alojamiento para dormir. Sylvester todavía no estaba seguro de si sabía algo sobre Vimiera, pero en caso de ser así, era evidente que no lo decía. Y no había dudado en unirse a las mujeres Belmont para apoyarlo.

Cerró los ojos al notar la tensión en las sienes. Theo no había hablado abiertamente sobre su humillación de la otra tarde, y hoy sus hermanas y Edward actuaban como siempre. Tal vez se debía a la distracción de la actuación.

Pero tal vez era otra forma de mostrarle su apoyo. Una especie de lealtad incondicional por el mero hecho de que ahora era uno de ellos. Eran una familia extraordinaria. Ojalá pudiera demostrar que su lealtad era merecida.

La conocida frustración lo invadió de nuevo. Si pudiera recordar lo que había ocurrido antes de que la bayoneta le golpeara la cabeza, o encontrar a alguien que lo hiciera. Tenía que haber una explicación para su rendición. Una explicación que no fuera la vil cobardía. Había ido a consultar los archivos del Horse Guards y se había obligado a mirar a la cara a los hombres con quienes se cruzaba en los pasillos, pero la transcripción del consejo de guerra no le reveló nada nuevo. Había llegado el momento de hacer algunas preguntas.

La cara de Neíl Gerard le vino de nuevo a la cabeza. Gerard todavía no había hecho acto de presencia en la ciudad, pero estaban muy al inicio de la temporada. Cuando apareciera,

Sylvester lo abordaría. Si no lo trataba socialmente, lo iría a buscar a su alojamiento. De algún modo le obligaría a hablar sobre Vimiera. Quizás ahora, ahora que Sylvester se había distanciado de la agonía de su encarcelamiento y de la inmediatez de su vergüenza, podría obtener algún dato o alguna impresión que desbloqueara su memoria.

A no ser que ya supiera la verdad. A no ser que supiera todo lo que había que saber: había entregado la bandera, se había rendido y condenado a sus hombres. Tal vez la verdad era demasiado terrible para recordarla.

Theo apartó los ojos de la pista un momento y miró a su marido. Sintió un escalofrío al ver su expresión. Tenía la mirada perdida, la cara tensa y ese músculo le temblaba en la mejilla. ¿Qué sería?

Observó a sus hermanas, concentradas en lo que sucedía en la pista. Con la delicadeza natural de las hijas de Elinor Belmont, ninguna de ellas había mencionado lo de la otra tarde. Si Theo no sacaba el tema, ellas tampoco lo harían. Lo habrían comentado entre ellas y con Elinor, pero no pasaría de ahí a no ser que se les diera permiso.

Pero por alguna razón no podía especular sobre algún deshonor oscuro del pasado de Sylvester, ni siquiera con sus hermanas o su madre, a quienes rara vez ocultaba nada. Del mismo modo, algo le había impedido revelar las verdaderas condiciones del testamento del viejo conde. Los motivos que tenía para guardarlo en silencio la confundían, pero fueran cuales fueran, los mantenía en secreto.

--Me gustaría saber montar -afirmó con una fuerza repentina, y obtuvo su recompensa de inmediato ya que los ojos de Sylvester se concentraron y volvió al mundo del circo de Astley.

-Pero si ya lo haces -indicó Clarissa-. Esta mañana montaste en Hyde Park.

-¿A eso lo llamas montar? -replicó su hermana con desdén. ¿A un trote decoroso ante los ojos de todas las arpías de la ciudad?

Sylvester arqueó las cejas y captó la mirada de Edward. El joven le dedico una sonrisa comprensiva.

-¡Mirad cómo se traga ese hombre una espada! -exclamó Rosie-.Tiene que haber truco. Tiene que doblarse o algo a medida que la empuja

-Sería la pesadilla de cualquier mago -murmuró Sylvester.

-Es de naturaleza inquieta -le contestó Theo con una carcajada

-Me he dado cuenta.

La apoteosis final llevó la actuación a un cierre entusiasta. Sylvester vio que esa sencilla salida había sido un éxito. Emily y Clarissa estaban encantadas, Rosie fascinada aunque bastante incrédula, y Theo se había entretenido unas horas.

-Vamos a cenar -indicó con alegría mientras le colocaba a Theo la capa sobre los hombros. Llevaba la trenza recogida en un moño y su cuello blanco desnudo era irresistible. Olvidó por un momento donde estaban y se agachó para besarle la nuca.

Sobresaltada, Theo volvió la cabeza por encima del hombro. Sus ojos relucían con la sensualidad que había provocado su caricia, y Sylvester le besó la comisura de los labios y la punta de la nariz.

-¿Dónde vamos a ir a cenar? -preguntó Rosie, que no había prestado atención a esta demora ni había captado cómo sus hermanas y Edward miraban con tacto en otra dirección.

-He pensado que te gustaría ir al Pantheon, Rosie -dijo Sylvester con soltura.

-¿Tendrán ostras gratinadas y helados? -preguntó la niña, que se quitó las gafas para limpiarse los cristales con la falda-. Me gustan mucho las ostras gratinadas y los helados de fresa.

-Pues vas a tomarlos -le aseguró Sylvester-. Vamonos de aquí.

Condujo a su pequeño rebaño delante de él a través del tumulto de gente que abandonaba el local; gente de la ciudad, vendedores ambulantes escandalosos, pilluelos veloces. Astley era un espectáculo que atraía a todos los que pudieran permitirse el penique que costaba la entrada de platea.

Fuera, la noche de otoño era bastante fresca y la gente, bulliciosa y ruidosa como la del interior. Los vendedores de fruta y de flores anunciaban sus mercancías compitiendo con los

gritos de los vendedores de pasteles y la música de un organillero cuyo mono escuálido bailaba frenéticamente.

-Voy a ver ese mono -avisó Rosie cuando se lanzaba entre la multitud en dirección del organillero.

-¡Rosie! -Theo se lanzó tras ella, pero Sylvester fue más rápido. Agarró la capa de la pequeña y tiró de ella.

-No estamos en Lulworth -le comentó-. No puedes salir corriendo así sola, ¿me oyes, Rosie?

-Sólo quería ver qué clase de mono era -contestó dolida-. Para que lo sepas, hay muchos tipos de monos, Stoneridge. Tengo un libro que los enseña y quería identificarlo.

-Es un monito negro -intervino Edward-. Ven, vamos. Emily tiene frío. -Tomó la mano de Rosie y se marchó con ella, y con Emily y Clarissa, que caminaban tomadas del brazo a su lado, hacia el rincón donde los esperaban el carruaje y el carrocín de Sylvester con el cochero, el mozo y el lacayo.

Sylvester y Theo iban detrás abriéndose paso entre una multitud que pareció crecer de repente. De golpe Theo se dio cuenta de que no era eso, sino más bien que tres hombres con los delantales de cuero de un obrero los empujaban por ambos lados. Eran muy corpulentos. Buscó a Sylvester con la mirada y vio que ahora estaba detrás de ella; los hombres habían logrado separarlos a la vez que los alejaban de la gente.

Vio que su marido se percataba del peligro en el mismo instante que ella.

-Ve al carruaje, Theo -le ordenó en voz baja e intensa mientras se hacía a un lado y evaluaba a los tres hombres, que llevaban las gorras caladas. Una bota con tachuelas le golpeó la pantorrilla, y el aire se le escapó silbando entre los dientes. Estaba rodeado, sin margen de maniobra, y la multitud indiferente pasaba a sus espaldas ya que habían abandonado las inmediaciones del circo.

Sylvester no iba armado. Un hombre no llevaba armas en una salida familiar en compañía de mujeres y niños. Tenía la fusta en el carrocín. Uno de los hombres levantó un brazo con un garrote en la mano, y Sylvester quiso gritar cuando el recuerdo de la bayoneta clavándosele en la cabeza desprotegida lo paralizó un instante. Levantó los brazos para protegerse la cabeza en el preciso instante en que Theo le lanzaba una patada al hombre del garrote en los riñones.

El hombre gritó y se volvió hacia ella, lo que dio a Sylvester un respiro. Theo volvió a arrearle un puntapié; su pierna era un arma precisa y acertó de pleno en el objetivo con un fuerte golpe en la entrepierna del desalmado, que se dobló con un bramido.

Los otros dos estaban concentrados en Sylvester, y brilló un cuchillo. El conde lanzó el puño hacia la mandíbula de uno de sus agresores, un hombre inmenso, que sólo sacudió la cabeza y se preparó para atacar de nuevo. Y cuando lo hizo, Theo se lanzó hacia él y le metió dos dedos en los ojos. Cegado, cayó hacia atrás con un grito de pavor mientras ella levantaba la pierna y le atizaba con el talón en el corazón por debajo de las costillas.

-Cabrones -soltó mientras se sacudía el polvo de las manos-. Ha sido emocionante, ¿verdad?

Sylvester había acabado con la misma eficiencia con el tercer agresor, que yacía jadeante enroscado en posición fetal en el suelo con la navaja a cierta distancia del cuerpo. El conde, que no sabía qué decir, se volvió hacia su esposa. Theo respiraba con rapidez, le brillaban los ojos, tenía las mejillas ruborizadas y el cabello se le escapaba del moño. Parecía preparada para atacar a media docena más de atracadores.

Su sombrero yacía en el suelo y Sylvester se lo recogió, le sacudió el polvo contra su muslo y se lo entregó en silencio.

-Eso les enseñará -dijo Theo mientras se ponía el sombrero y le dirigía una sonrisa.

-Sí -contestó-. Estoy seguro. ¿Dónde diablos aprendiste a pelear así?

-Edward me enseñó. Ya sabías que sabía pelear.

-Sabía que sabías luchar -afirmó Sylvester despacio-. No que sabías pelear como un dichoso golfo de la calle.

-Lamento que eso te irrite -soltó un poco cortante-. Pero me parece que tendrías que estarme agradecido. Esos atracadores iban en serio. A mí me parece que no querían sólo quitarte la bolsa y el reloj.

-¡Qué demonios...! -exclamó la voz horrorizada de Edward tras ellos en cuanto captó la escena-. No sabíamos dónde estabais.

-Oh, atendiendo un asunto sin importancia -comentó Sylvester.

-Atracadores -aclaró Theo con otra sonrisa ante la expresión de su amigo-. Tendrías que haberme visto, Edward. Recordé todas esas patadas que me enseñaste, y aquello de los dedos. -Hizo un gesto para demostrar a qué se refería.

-Dios mío -murmuró Edward mirando incómodo al conde-. Yo sólo le mostré la técnica. No le di clases ni nada parecido.

-Se ve que mi esposa es muy buena alumna -dijo Sylvester soltando el aire con fuerza-. Y lo malo del caso es que, si no lo fuera, seguramente estaría ahí con el cuello cortado, lo que me impide expresar mi legítima indignación.

-Sólo faltaría-afirmó Theo indignada-. ¿Qué hacemos con ellos?

-Dejarlos aquí-respondió Sylvester-. ¿Están bien las chicas, Fairfax?

-Sí, están en el carruaje -dijo Edward. Su expresión era tensa y su voz, grave-. Estaba tan ocupado encargándome de que estuvieran bien instaladas que no he visto lo que pasaba. Aunque tampoco habría importado. Un tullido sólo sirve para encargarse de que las mujeres estén cómodas.

-No digas tonterías -le espetó Sylvester con brusquedad, pero le tocó el brazo en un gesto breve de comprensión-. Vamos, salgamos de aquí.

Indicó que se adelantaran y se volvió hacia sus agresores. Uno de ellos intentaba arrodillarse. Sylvester le plantó un pie en el pecho y lo dejó despatarrado en el suelo.

-Informa a quien te contrató que va a enterarse de que no me hacen ninguna gracia los ataques no provocados. Y hablo muy en serio. -Levantó el pie otra vez, y el hombre se cubrió la cabeza, asustado.

-Tranquilo, jefe, tranquilo. Sólo hacíamos lo que nos habían dicho.

-¿Quién? -Cuando miró al hombre con el pie levantado aún a modo de amenaza, su mirada era glacial.

-Iba todo tapado, jefe. Y tenía la cara escondida bajo una bufanda. Se lo juro -farfulló el hombre agachando la cabeza para cubrirse-. En el Fisherman's Rest de la calle Dock. Se acerca y dice que quiere que le hagamos un trabajito. Con la voz ronca, como rasposa. Nos trae aquí y señala a su señoría y nos dice que nos pongamos manos a la obra. Será una guinea por cabeza. Sólo hacíamos lo que nos dijo.

-Sí, estoy seguro.

Sylvester creía al hombre. Quienquiera que estuviera detrás de eso no cometería la locura de mostrarse ante sus instrumentos. Pero el Fisherman's Rest era una pista.

-No esperábamos ninguna mujer infernal -murmuró uno de los otros, que gemía debido al dolor que le traspasaba los riñones.

-Eso ha sido una sorpresa para todos nosotros -estuvo de acuerdo Sylvester-. No olvidéis mi mensaje.

Se volvió y se dirigió hacia los vehículos, donde parecía que Edward y Theo estaban enfrascados en una discusión.

-No puedes ir así en un coche abierto -afirmaba Edward.

-No seas ridículo. ¿Quién va a verlo?

-Oh, Theo, ven con nosotras en el carruaje y deja que Edward vaya con lord Stoneridge -pidió Emily, asomada a la ventana del coche-. Queremos saber qué ha pasado.

-¿Qué pasa ahora? -preguntó Sylvester algo cansado.

-Edward está siendo muy tonto -explicó Theo-. Dice que no debería ir en el carrocín sólo porque se me ha roto un poco el vestido.

-¡Un poco! -exclamó Edward señalando la falda de muselina amarilla-. Lo llevas abierto hasta la cintura.

-Bueno, ¿cómo iba a soltar una patada a cierta altura sin rasgarlo? Supongo que podría habérmelo remangado hasta la cintura primero y haber obsequiado a quien estuviera cerca con la vista de mis calzones.

-¡Theo! -protestó Emily.

-Son unos calzones preciosos, claro -prosiguió Theo, que ignoró que el lacayo y el cochero escuchaban con atención-. Tienen volantes de puntilla y lazos de cinta rosa y creo que...

-¡Ya es suficiente! -Sylvester interrumpió esta abrumadora descripción antes de que atrajera a más gente aún. La levantó del suelo y la metió en el carruaje-. Puedes satisfacer la curiosidad de tus hermanas en el camino de vuelta a la calle Curzon, donde te cambiarás de vestido.

Su tono era de reprimenda, pero en sus ojos brillaba la risa, y algo más. Algo parecido a la admiración.

Ordenó al cochero que volviera a la calle Curzon y se subió al carrocín junto a Edward.

-¿Eran atracadores? -preguntó Edward sin rodeos cuando el par de caballos zainos salió disparado hacia delante y el lacayo se encaramó con rapidez en su posición en la parte posterior.

-Hasta cierto punto -contestó Sylvester-. Estoy seguro de que me habrían robado encantados hasta el último penique.

-¿Pero cree que querían algo más?

-Otro de esos «accidentes» que parecen producirse con una frecuencia alarmante -asintió.

-¿Quién?

-No lo sé. Esperaba que pudiera ser un arrendatario desafecto. Pero está claro que no es tan sencillo. Pero no digas nada a Theo. Ya tengo bastantes problemas intentando anticiparme a ella normalmente como para darle una causa en la que hincar los dientes.

-Necesita estar ocupada -sonrió Edward.

-¿Por qué no puede entretenerse como las demás jóvenes? -gimió Sylvester-. Emily y Clarissa se lo pasan bien haciendo las cosas habituales: yendo de compras y a exposiciones, bailes y cosas así.

-Theo no es como ellas.

-No -coincidió Sylvester con tristeza-. No es como ninguna otra mujer que haya conocido. Si no la vigilara a cada instante, montaría en el parque a galope tendido a la hora de moda, asistiría a un combate de boxeo o se presentaría en Mantón para hacer prácticas de tiro. No entiendo en qué estarían pensando su madre y su abuelo al animarla a ser tan terriblemente independiente.

-Creo que ambos sabían que tendrían que quebrantarle el espíritu si querían amoldarla a cualquier forma convencional. -Edward estaba irritado-. Y es una persona muy especial.

-Sí que lo es -concedió Sylvester con una sonrisa tras mirar de reojo el semblante rígido del joven.

-¿Tiene intención de descubrir quién está detrás de estos ataques? -preguntó Edward, visiblemente relajado.

-Será mejor que lo haga, si quiero seguir sano, por no decir vivo. -Pasó junto a una berlina con apenas un centímetro de separación.

-Si puedo ayudarlo en algo -sugirió Edward con timidez-. Ya sé que un manco...

-Por el amor de Dios, hombre, un manco puede montar, conducir, esgrimir, pescar y hacer el amor igual de bien que un hombre con dos brazos -afirmó Sylvester-. Si necesito tu ayuda, te la pediré, ¿de acuerdo?

-De acuerdo. -El tono impaciente que había utilizado el conde era mucho más tranquilizador que una negación ansiosa o compasiva.

Llegaron a la calle Curzon antes que el carruaje y estaban tomando clarete en un silencio amigable cuando aparecieron las chicas.

-¿Es del noventa y seis? -preguntó Theo a la vez que levantaba la licorera e inhalaba el buqué-. Algunas botellas de esa añada sabían a corcho.

-Ésta está bien -aseguró Sylvester-. Ve a cambiarte. Estamos todos muertos de hambre.

--Yo también tengo mucha sed -contestó Theo con una sonrisa, y se llenó una copa-. Es por el ejercicio, ¿sabes?

Radiaba picardía y energía. Sylvester no la había visto así demasiadas veces y se dio cuenta, sorprendido, de que estaba contenta, y en las pocas semanas que hacía que la conocía, no la había visto a menudo verdaderamente contenta. Por lo menos, no fuera del dormitorio.

Y estaba contenta porque ese encuentro la había estimulado, le había permitido hacer algo que sabía hacer bien, algo que le gustaba, la satisfacía y la hacía sentir útil.

Jamás se conformaría con la vida de una dama de sociedad. Quizá la maternidad consumiría parte de ese exceso de energía. Al pensar en sus noches llenas de pasión, imaginaba que eso no tardaría mucho en suceder.

-Llévatela arriba -dijo-. Tienes diez minutos para cambiarte.

-No os iréis sin mí, ¿verdad?

-Yo de ti, no tentaría la suerte.

-¡Cómo! ¿Después de haberte salvado la vida?

-No exageres. Nueve minutos.

Los ojos grises de su marido contenían un evidente brillo de alegría y sus labios esbozaban un gesto de complicidad. Theo sintió la calidez de su propia reacción hacia él. No habían tenido demasiados de esos momentos de entendimiento privado en público desde su llegada a Londres, y los había extrañado.

Se sonrió y subió a cambiarse.

El Pantheon, en la calle Oxford, era un local amplio y con mucho movimiento. Constaba de una sala de baile y de conciertos, con un comedor frecuentado no sólo por la gente de la clase alta, sino también por burgueses ricos y respetables y sus esposas.

Sylvester había pensado que Rosie se sentiría más a gusto en esta relativa falta de ceremonia que en el Piazza, más elegante, donde damas desagradables y petimetres altaneros contemplarían con desdén a un grupo familiar como el suyo.

Compungido, se percató de que la condesa de Stoneridge también parecía más cómoda en el Pantheon que en el Almack's y que no dejaba de provocar las risas de la mesa con una serie de comentarios de lo más acertados sobre los demás comensales.

Y fue la primera en notar que Clarissa estaba distraída.

-¿Qué estás mirando, Clarry? -Se volvió en la silla para mirar por encima del hombro.

-No mires, Theo -exclamó Clarissa, ruborizada.

-¿Pero quién? ¡Oh! -exclamó con total comprensión-. Ya lo veo.

-Oh, no te gires, Theo -pidió Clarissa.

-Es muy guapo -afirmó Theo-. Mira, Emily, un verdadero caballero gentil.

Emily se volvió y, como su hermana, no tuvo problemas en identificar el motivo de la distracción de Clarissa.

-Oh, sí -dijo.

-¿Quién? ¿Qué? -preguntó Rosie, que se levantó para recorrer con sus ojos miopes el comedor-. No veo a ningún caballero. ¿Lleva armadura?

-No, tonta. Es un modo de hablar. Siéntate. -Theo le tiró de la falda y la obligó a volver a ocupar la silla-. ¿Cómo podríamos averiguar quién es?

-¿De qué estáis hablando? -preguntó Sylvester justo cuando Edward se volvía a su vez y reía también, divertido.

-Clarissa ha encontrado a su caballero -explicó Theo y, dando unas palmaditas en la mano de su hermana, añadió-: No te pongas colorada, querida. ¿Te parece que vaya a presentarme?

-¡No! -exclamaron juntas Emily y Clarissa.

-Pues que vaya Stoneridge, se presente y lo invite a tomar una copa de vino con nosotros -dijo con firmeza Theo-. ¿Lo ves, Stoneridge? Ese joven guapo de cabellos largos y rubios que está sentado con la mujer mayor junto a la ventana. Una mujer mayor es una buena señal, Clarry. No puede ser su amante; tiene que ser su madre.

-¡Theo!

-Ve a presentarte, Stoneridge -insistió Theo sin prestar atención a la queja de su hermana-. Invítalos a él y a su madre a nuestra mesa. Finge que los conoces, que los habías visto antes en algún lado. Y, después, puedes reírte y decir que te has confundido, pero invítalos igual.

-No pienso hacer tal cosa -se negó Sylvester-. Eres una mandona desvergonzada.

-Entonces iré yo. -Corrió la silla hacia atrás-. ¿Cómo esperas que pase algo en este mundo si no haces nada?

Antes de que nadie pudiera detenerla, avanzaba entre las mesas con una sonrisa de saludo en la cara.

-¿Cómo ha podido? -murmuró Clarissa, que se refrescaba las mejillas acaloradas con su vaso de agua.

Edward y Emily se partían de risa, como si compartieran una vieja broma. Sylvester se sintió como si se hubiera colado en la vida de otra persona y nadie se portara de una forma que pudiera entender. Era una sensación habitual en compañía de los Belmont. Tomó un sorbo resignado de vilo y esperó a que se lo explicaran.

Rosie tomó el último pedazo de helado de fresa de la copa.

-A Theo no le importa hablar con desconocidos -lo informó, como si la confidencia fuera a permitirle entender qué provocaba su hilaridad. Hasta Clarissa medio reía a pesar de su rubor-. No es nada tímida.

No, «tímida» no era un adjetivo que hubiera aplicado nunca a su esposa. La observó. Estaba hablando con las personas de la mesa junto a la ventana, con la cabeza inclinada con discreción hacia ellas. Después se volvió y era evidente que sus ojos rebosaban alegría. Levantó una mano y formó un círculo con el pulgar y el índice para indicar que había logrado su objetivo. Y volvió a la mesa.

-Bueno, es su madre, y se llama Jonathan Lacey. Y van a venir a la calle Curzon -manifestó, y se sentó otra vez-. Parecen muy respetables, y tiene los ojos límpidos, Clarry. Enormes y del color del oporto. Preciosos. Y tendrías que verle las manos: largas y delgadas.

Sylvester se miró sin querer las manos. No eran lo que se dice cortas y gordas pero sabía con certeza que no tenía los ojos límpidos.

-Estoy segura de que es alguna clase de artista -prosiguió Theo mientras sorbía el vino-. En cualquier caso, vi que a su madre le gustaba la idea de visitar a la condesa de Stoneridge, así que estoy segura de que vendrán en uno o dos días.

-¿Qué les dijiste, Theo? -preguntó Edward secándose los ojos con la servilleta.

-Que me parecía que los conocía. Después, me di cuenta de la confusión y me presenté. El resto fue fácil.

-¿Le importaría a alguien explicarme qué diablos está pasando? -dijo Sylvester-. Me doy cuenta de que soy muy obtuso, pero...

-Oh, eso es porque no eres un Belmont -le interrumpió Theo, con indiferencia.

-Bueno, yo tampoco lo soy, pero le llevo ventaja-intervino Edward tras un segundo de silencio incómodo-. Conozco a esta pandilla desde que llevaba pantalones cortos.

-Entonces está claro que me llevas ventaja -concedió Sylvester sin alterarse. Corrió hacia atrás la silla y añadió-: Ya va siendo hora de que Rosie vuelva a casa.

-Pero es cierto -dijo Theo, negándose a permitir que la velada terminara con ese tono fracturado-. No eres un Belmont. Es natural que no entiendas nuestras bromas. Eso no significa que no puedas, si lo deseas.

-Y ahora tú eres una Gilbraith, querida esposa -afirmó.

-Quizá sí -contestó Theo. Ahora que habían tomado este rumbo, no veía el modo de abandonarlo. Así que continuó con su franqueza habitual-. Pero tu madre y tu hermana carecen de sentido del humor, así que difícilmente puedo intentar entender sus bromas.

-Eso está fuera de lugar, Theo -exclamó Edward, incapaz de contenerse.

-No -insistió Theo con los ojos puestos en su marido-. No lo está. Es la verdad. ¿No es cierto, Stoneridge?

-Por desgracia -contestó éste con calma-. Pero será mejor que sigamos esta discusión cuando no incomode a nadie más.

Sólo Theo y Sylvester sabían lo que había pasado. Los demás estaban desconcertados y violentos, pero no se dijo nada más aparte de los tópicos habituales hasta que las tres jóvenes Belmont, acompañadas por Edward, estuvieron instaladas en el carruaje de Stoneridge de camino a la casa de lady Belmont.

Sylvester ayudó a Theo a subir a un coche de alquiler y subió tras ella. Theo se cubrió bien con la capa. Lamentaba lo sucedido. Todo había ido tan bien. Se había limitado a expresar lo que pensaba, pero no le había salido como era debido. Había sonado resentida y enfadada. Y todo porque le había recordado que era una Gilbraith. La vieja sensación de estar atrapada la había arrollado con una fuerza terrible a pesar de todo lo que había razonado consigo mismo durante las últimas semanas.

-No deberías habérmelo recordado -dijo en la penumbra del coche.

-¿Que eres una Gilbraith? Es la verdad.

-Sí, como también lo es que tú posees ahora todo lo que pertenecía a los Belmont -¿Por qué no podría morderse la lengua?

Sylvester no dijo nada, sólo apoyó la cabeza en el respaldo de piel agrietado.

-No puedo evitarlo -prosiguió mientras retorcía los dedos enguantados, sin saber muy bien si se estaba disculpando o explicando-. Trato de olvidarlo, Stoneridge. Y entonces me viene a la cabeza y vuelvo a molestarme y enfadarme. Y quiero lastimarte como tú a mí.

-¿De verdad te he lastimado, Theo? -le preguntó en voz baja. El carruaje redujo la velocidad en un cruce, y una farola de la calle parpadeó sobre su cara de modo que Theo pudo ver el rictus severo de su boca, la tensión alrededor de sus ojos-. Dime la verdad -prosiguió-. ¿Cómo te he lastimado?

Contempló con los ojos entrecerrados cómo la luz y las sombras jugaban sobre los rasgos de muchachito de su esposa. Theo sacudió la cabeza en silencio, confundida, y miró por la ventanilla.

Cuando el carruaje se detuvo frente a la casa Belmont, aún no había dicho nada. Sylvester la ayudó a bajar y la acompañó al interior de la casa.

-Espero que hayan pasado una velada agradable, milord. LadyTheo. -Foster hizo una reverencia y tomó los guantes y el sombrero de castor de su excelencia.

-Muy agradable, gracias -dijo Sylvester.

-¿Se lo pasó bien lady Rosie?

-Creo que sí.

-Se tomó helados de fresa suficientes para abastecer a un ejército -comentó Theo con una sonrisa espontánea. Esconder sus verdaderas emociones al servicio nunca le fue difícil, aunque le resultaba imposible con su familia.

-Buenas noches, Foster. -Corrió escaleras arriba.

-Coñac en la biblioteca, por favor, Foster -pidió Sylvester.

El mayordomo asintió para sí mismo. Más chispas, al parecer.

Sylvester estaba contemplando el fuego cuando Foster le llevó la licorera de coñac.

-Gracias -dijo, distraído-. Déjelo en la mesa. Yo mismo me serviré.

Llenó una copa y sorbió la bebida mientras reflexionaba taciturno. Alguien estaba intentando matarlo y no podía concentrarse en eso si la carita tensa de Theo no dejaba de venirle a la cabeza. No soportaba que fuera desdichada.

Con una resolución repentina, abrió un cajón del escritorio y sacó una pistola. Comprobó que estuviera cebada y se la metió en el bolsillo interior de la chaqueta. Después, salió al vestíbulo.

-Foster, mi sombrero y mi bastón. Gracias.

Pasó una mano por el bastón y tocó el bultito de la empuñadura que accionaba el estoque. Funcionó con gran eficiencia.

El mayordomo trató de no quedarse mirando la hoja del bastón, pero también había detectado el bulto inconfundible en la chaqueta de su excelencia. Las calles no eran especialmente seguras por la noche, pero esas precauciones parecían demasiado extremas para un paseo a última hora de l tarde a St. James's o a un destino de categoría parecida.

El conde de Stoneridge salió de la casa poniéndose los guantes. Se dirigía al Fisherman's Rest, en la calle Dock.

Theo estaba de pie junto a la ventana de su dormitorio cuando su marido bajó los peldaños de la entrada. Había esperado que subiera a su habitación, que alejara su confusión y su consternación con su cuerpo al arrancarle esas respuestas llenas de éxtasis que hacían que lo olvidara todo salvo su pasión compartida. En lugar de eso, salía. ¿Se habría hartado por fin de sus ataques?

La idea la aturdió. Vio la vida sin Sylvester, y lo que vio era un páramo.

¿Cómo la había lastimado?

Se volvió de golpe.

-Mi capa, Dora. Voy a salir.

-Pero son las once, milady. -Su doncella parpadeó asombrada; acababa de colgar la capa en el armario.

-¿Y qué? -dijo Theo impaciente mientras se ponía los guantes. Deprisa. -Si se demoraba demasiado, Stoneridge habría desaparecido de la calle y no podría atraparlo.

Se envolvió con la capa de terciopelo, se cubrió la cabeza con la capucha y bajó corriendo las escaleras.

-¿Dijo su excelencia adonde iba, Foster?

-No, lady Theo. -El mayordomo corrió el último cerrojo de la puerta principal.

-Pues tengo que encontrarlo -dijo-. Abra la puerta, deprisa. No puede estar lejos.

Foster dudó un segundo. Pero el conde acababa de salir, y a lady Theo no le pasaría nada en la calle Curzon. Volvió a abrir la puerta para que saliera y vio cómo bajaba los peldaños y doblaba a la derecha, como había hecho su marido.

19

Theo llegó a la esquina de Curzon con Audley justo a tiempo de ver cómo Sylvester paraba un coche de alquiler. Vio que otro circulaba justo detrás y, sin detenerse a pensar, lo llamó.

-Voy adonde van ellos -dijo señalando al otro vehículo antes de instalarse en el interior oscuro y raído.

-Entendido, señora. -El cochero hizo chasquear el látigo esperando que la carrera fuera larga.

Hasta que el carruaje hubo doblado una esquina brincando sobre los adoquines, Theo no se dio cuenta de que no llevaba dinero encima. Daba lo mismo. Sylvester lo pagaría y, si lo perdía, haría regresar al coche hasta Curzon, donde había dinero.

¿Adonde iría? Descorrió la mugrienta cortina de cuero y observó las calles oscuras. La zona que recorrían le resultaba desconocida, pero estaba todavía aprendiendo la topografía de los pocos kilómetros cuadrados de Londres donde vivía la gente de la clase alta. Era de suponer que Sylvester no iba a los clubes de St. James's. Seguro que habría hecho a pie una distancia tan corta.

Tras lo que pareció mucho tiempo, llegaron al curso ancho y oscuro del Támesis y siguieron su orilla.

El aire olía distinto. Sucio y cargado de humo, fétido con un hedor a estercolero y el antiguo limo del río pegado a las pendientes adoquinadas de las orillas.

Theo sacó la cabeza por la ventanilla y la inclinó hacia el pescante.

-¿Todavía los ve?

-Sí -gritó el conductor hacia ella-. Están doblando hacia la calle Dock. No es un buen lugar para la gente bien, si me permite el atrevimiento

-No, ya lo veo -coincidió Theo, volviendo a su posición en el interior del coche. ¿Qué podría hacer Sylvester en esa zona?

¿En qué parte de su intimidad iba a inmiscuirse? Una sensación de inquietud le erizó el vello de la nuca y estuvo a punto de pedir al cochero que regresara a Curzon. Pero pensó en lo que quería decir a Sylvester. Y quería decírselo entonces. Cuando lo oyera, comprendería que no estaba metiendo las narices en sus asuntos privados.

Aunque no le importaría descubrir de paso una o dos pistas. La vocecita de la honestidad se hizo oír así entre sus pensamientos.

El coche se detuvo en una calle adoquinada oscura y estrecha, donde el hedor del río y de las aguas residuales era tan fuerte que Theo apenas pudo respirar cuando bajó del vehículo. El otro coche esperaba al otro lado de la calle, supuso que por orden de Sylvester. En estas partes no debía de haber demasiado tráfico público y necesitaría un medio de transporte para volver a casa.

Un cartel de hierro oxidado crujía sobre la puerta estrecha de una estructura de madera medio derruida. Por las ventanitas, sin cristales, se escapaban ráfagas de humo nocivo. En su interior se veía el parpadeo de una luz tenue y se oía el rugido de voces estridentes. Algo se estrelló con fuerza contra el suelo y una voz airada gritó; sonaron unas carcajadas fuertes y la puerta se abrió de golpe para que un hombre saliera disparado por el aire y fuera a caer de espaldas en la mugre de la cloaca.

Con un rugido, se levantó con dificultad y se abalanzó hacia la puerta con la cabeza gacha y agitando los puños.

Theo retrocedió justo a tiempo cuando salió otra vez volando, esta vez seguido de una mujer con la cara colorada que blandía, furiosa, un rodillo de amasar.

-¡Márchate de mi taberna, imbécil! -bramó la mujer y añadió unos cuantos epítetos selectos que eran nuevos para los oídos bastante educados de Theo-. Vuelve con tu mujer, Tom Brig, y no te metas con mis clientes.

Lo miraba con las mangas remangadas de modo que se le veían unos antebrazos impresionantes, y la punta hecha jirones de unas enaguas sucias le asomaba bajo el delantal

manchado. Soltó otro taco, se giró y volvió a entrar. La puerta se cerró y el callejón quedó otra vez a oscuras.

Tom Brig logró incorporarse de rodillas y después se hundió en la cloaca con un quejido y una exhalación. Dejó que la cabeza le cayera sobre un montón de repollos putrefactos y cerró los ojos mientras una espuma de cerveza rancia le burbujeaba en la boca abierta.

Theo hizo una mueca, le pasó por encima y empujó la puerta con audacia. Al abrirse, se encontró en el umbral de una habitación cuadrada con el suelo cubierto de un serrín nauseabundo. El carbón mineral de la chimenea soltaba humos nocivos que se mezclaban con el hedor acre y grasiento del sebo y las lámparas de aceite que colgaban de las vigas ennegrecidas.

El humo le hizo llorar los ojos y por un instante no vio nada. Entonces una voz exclamó:

-Vaya, mira, Long Meg. Echa un vistazo a lo que nos ha traído el río. Una multitud de ojos se volvió hacia ella. Unos ojos inyectados de sangre y con los blancos amarillentos. Unas bocas sonrientes mostraron trozos de dientes negros, y el hedor de cuerpos sucios y el mal aliento la envolvieron. Entonces vio a Sylvester en la barra del bar con un vaso en la mano. El conde la observó un momento pensando si había tomado suficiente ginebra con agua para tener esa visión. Theo llevaba la capucha de la capa de terciopelo rojo hacia atrás y su cabello negro azabache ofrecía un contraste asombroso. Sus ojos lucían oscuros e intensos en medio de su reluciente cara morena, y tenía los labios separados como si estuvieran a punto de dar un mensaje urgente.

Mientras intentaba interpretar esta aparición extraordinaria, Theo se abrió paso por la habitación hacia él sin prestar atención a las manos que le agarraban la capa ni a las voces groseras que le hacían ofertas lascivas.

-Sylvester, tengo algo que decirte -dijo al llegar donde estaba. Le sonrió y le puso una mano en el brazo-. Ya no creo que me hayas lastimado, y me parece que he sido...

-Debo de estar volviéndome loco. -Sylvester había encontrado por fin la voz-. ¿Qué rayos haces aquí?

-Te he seguido -explicó Theo-. ¿Qué estás bebiendo? -Levantó el vaso y olió su contenido-. ¿Es ginebra? Huele horrible, pero supongo que es lo que la gente bebe en sitios como éste.

Se volvió para echar un vistazo a su alrededor con curiosidad. Ahora Sylvester estaba a su lado se sentía segura.

-¿Por qué vendrías a un sitio así, Stoneridge?

Sylvester estaba tratando de decidir si retorcerle el pescuezo ahí mismo o esperar a poder disfrutar de hacerlo con calma.

-¿Cómo te atreves a seguirme? -soltó por fin, consciente de lo mal que esas palabras expresaban sus sentimientos.

-Quería decirte que me he dado cuenta de que ya no me importa que me engañaras para casarte conmigo -explicó muy seria con los ojos enormes y oscuros en el ambiente tenue y cargado de humo. Su mano todavía descansaba en el brazo de su marido.

-Pues no sabes cuánto me alegra saberlo -contestó con cierto sarcasmo-. Y, por supuesto, una información tan importante no podía esperar a un lugar y un momento más adecuados.

-No, no podía -aseguró Theo. Tomó un sorbo de su vaso--. ¡Uf! Es asqueroso.

Le arrebató el vaso y le palmeó la mano con brusquedad. Sintió algo de alivio, pero no el suficiente.

-No puedo ocuparme de ti aquí, pero por Dios que me lo voy a pasar bien llevándote a casa -afirmó en tono grave mientras lanzaba una moneda sobre la barra-. Has conseguido arruinar mis planes, ponerte en peligro...

-Eso no -negó Theo cuando le agarró la muñeca y tiró de ella para dirigirse hacia la puerta-. Sé superar los conflictos como sabes muy bien.

-Voy a decirte una cosa, querida. No podrás superar el conflicto que voy a crearte yo -le aseguró mientras la obligaba a cruzar la puerta.

-¿Qué planes te he arruinado? -preguntó Theo, que tropezó con un adoquín mal puesto y tuvo que agarrarse a su brazo-. Tendrás que pagar mi carruaje; no he traído dinero.

Sylvester elevó los ojos y una plegaria para pedir paciencia al cielo y se buscó la bolsa en el bolsillo.

-¿Viste a ese hombre en el rincón del bar? -insistió Theo-. También parecía fuera de lugar... Quiero decir como tú o yo. ¿Qué hacías ahí, Stoneridge?

-¿Qué hombre? -Sylvester se había detenido junto al carruaje de Theo y la observaba con interés.

-Si quieres, volvemos dentro y te lo enseño -dijo-. Iba todo tapado pero llevaba una bufanda de lana buena y botas de calidad. Y su capa tenía el forro de seda.

-¿Cómo pudiste ver todo eso? -dijo Sylvester, mirándola en la penumbra.

-Soy muy observadora -contestó Theo-. Como Rosie. Incluso a pesar de tener mala visión se le escapan pocas cosas.

-¿Me va a pagar, jefe, o se va a quedar charlando aquí toda la noche? -el cochero se inclinó desde el pescante-. Son dos chelines.

-¿Desde la calle Curzon? Es un robo.

-Es que ha tenido que seguirte -indicó Theo-. Ha tenido que conducir sin perderte de vista un momento.

-Algo impresionante. Es evidente que estoy en deuda con él. - murmuró Sylvester con gran ironía, pero le dio los dos chelines.

-¿Volvemos a entrar para que te enseñe a ese hombre?

-No. -La metió en el otro carruaje-. Cochero, vaya hasta la otra esquina y quédese ahí. Ya le diré cuándo podemos irnos.

Subió también al vehículo y se sentó inclinado hacia la ventanilla sujetando la cortina de cuero con los ojos puestos en la puerta del Fisherman's Rest mientras el carruaje se detenía entre las sombras que proyectaba un tejado muy inclinado con aleros en la esquina del callejón.

-¿Quién es ese hombre?

-Si lo supiera, no estaría aquí.

-¿No vas a decirme nada más?

-No. Y puedes considerarte afortunada si no recibes más castigo que ése por una intromisión tan insensata.

Theo contempló su perfil y decidió que no tenía que preocuparse demasiado. La curva reveladora de su boca y la nota de su voz contradecía sus palabras.

Se recostó, ya que no había espacio suficiente para que los dos miraran por la ventanilla, y meditó sobre el misterio que los había llevado a ese lugar poco recomendable. Y, de repente, se le ocurrió:

-Esos hombres de esta tarde. Alguien te los envió y te dijeron que lo encontrarías aquí.

Theo era demasiado lista para su propio bien. Sylvester no dijo nada y mantuvo la mirada en la puerta.

Su paciencia obtuvo recompensa. Un hombre alto salió a la calle, se detuvo en el callejón para ajustarse la bufanda de lana alrededor de la boca. Su capa lanzó un destello de seda blanca cuando se volvió a un lado y a otro para mirar los dos extremos del callejón. Sylvester no pudo verle la cara, pero sabía quién era. Había algo en la forma en que se movía, en la postura de sus hombros. Sylvester había ido al colegio con Neil Gerard. Lo conocía desde que eran niños aterrorizados de diez años que se escondían de los mayores que los intimidaban.

-Dios mío -murmuró, y metió la cabeza en el carruaje.

Neil lo habría visto en la taberna. Pero no sabía que él lo había reconocido. Sólo habría visto la distracción que Theo había proporcionado. Era de suponer que estaría esperando a los agresores que había contratado para que le informaran. Al ver que no aparecían y que, en su lugar, lo había hecho su víctima, habría sospechado lo que había pasado.

Pero no tendría la certeza de que Sylvester lo había visto. Con su indignante impulso, Theo le había rendido un doble servicio: había servido de distracción y de medio para la identificación.

-¿Quién era? -le preguntó Theo en voz baja cuando golpeó el techo para indicar al cochero que arrancara.

-No lo sé -mintió. Su mujer dejaría de estar enredada en ese misterio a partir de entonces. Era demasiado impulsiva e imprevisible. Le recordaba una girándula inestable, capaz de escaparse de su eje en cualquier momento y salir disparada girando a su libre albedrío. Tras la hazaña de esa tarde, era imposible saber qué haría si le contaba algo, aunque sólo fuera un poquito.

-Pero tienes que tener una idea de quién quiere hacerte daño -insistió.

-Ven aquí. --Le hizo cruzar el espacio que los separaba y la sentó en su rodilla-. Vuelve a decirme qué era lo que te hizo seguirme a toda velocidad.

-¿Por qué querría alguien hacerte daño? -Lo intentó de nuevo, apartándose un poco de su pecho-. No puedes dejar de hablar de ello como si no hubiera ocurrido.

-Creo que sí puedo hacerlo -contestó con frialdad-. Lo mismo que puedo mostrarme muy desagradable respecto a que mi esposa meta con una temeridad imperdonable sus narices demasiado inquisitivas en mis asuntos más privados. Y ahora, ¿quieres comentar eso o prefieres decirme qué motivó tamaña insensatez?

Theo permaneció un segundo disgustada, en silencio. Sylvester sonrió, le hizo apoyar la cabeza en su hombro y deslizó una mano bajo la capa hasta encontrar la suavidad de sus senos.

-Vamos, gitana -dijo, esta vez engatusador-. Has recorrido un buen trecho para decirme algo. Me gustaría oírlo ahora que puedo concentrarme.

Theo se mordió el labio frustrada. Pero quería que se concentrara en lo que tenía que decirle, y era evidente que no podía obligarlo a confiarle lo que fuera. Tendría que descubrir la verdad de algún otro modo.

-Quería decirte que ya no parece importarme que me engañaras para casarte conmigo -manifestó, incorporándose un poco y tomándole la cara entre las manos-. La vida contigo es mucho más emocionante de lo que lo fue nunca sin ti.

Besó la cara de su marido y con la lengua le toqueteó los labios, la hendidura del mentón, subió hacia la nariz y le toqueteó también los párpados. -¿Yeso es lo único que cuenta? -murmuró con un tono burlón que ocultaba una gran alegría-. ¿Que sea emocionante?

-Eso abarca un sinfín de cosas deliciosas -contestó Theo mientras le seguía la mejilla con la lengua hasta la oreja. Sylvester se estremeció de placer cuando le toqueteó, le lamió y le mordisqueó el lóbulo.

-¿Quién era ese hombre? ¿Lo reconociste? -No pudo resistir un último intento con esa sencilla aproximación.

-Eso es chantaje, Theo -respondió en tono ligero. -Quién mejor que tú para saberlo. Eso se te da muy bien. -Su lengua era un dardo ardiente y también se movía de forma sinuosa sobre su entrepierna, de modo que ésta cobró vida.

Deslizó una mano hacia abajo para palpar su excitación a través de los pantalones y apoyar la palma en su carne erecta.

-Había pensado sugerirte que regresáramos a Stoneridge, ya que Londres es tan aburrido. Pero ahora que estamos en medio de esta aventura, me doy cuenta de que puede ser bastante emocionante.

-Theo, no voy a involucrarte en mis asuntos sólo para satisfacer tu hastío -aseguró Sylvester, que le apartó con brusquedad la mano-. Siéntate ahí. -La tomó por la cintura y la depositó en el banco de enfrente.

-Pero estoy involucrada.

-¡No lo estás! Y si vuelves a ponerte en peligro como esta noche, te prometo que vas a lamentarlo.

Esa simple frase contenía más fuerza que una amenaza más explícita, Theo se mordisqueó la uña de un pulgar mientras meditaba en silencio un momento. No se había sentido en peligro en absoluto, pero Sylvester no estaba de humor para oír eso.

-Bueno, como esta noche no quiero pelearme contigo -dijo con alegría-, tal vez podríamos volver a lo que estábamos haciendo antes

-Cruzó el espacio reducido entre ambos y volvió a sentarse en su rodilla-.Veamos, ¿dónde estaba?

-Creo que aquí, más o menos -contestó su marido tomándole la mano.

-Ah, sí, ya me acuerdo...

Varias horas después, Sylvester yacía en la oscuridad de su dormitorio La respiración profunda de Theo llenaba la quietud y le rozaba el pecho mientras él tenía entrelazados los dedos en los mechones fragantes de su cabellera. A pesar del alivio que suponía que por fin hubiera decidido que la razón de su matrimonio ya no importaba dado el resultado, sabía que eso sólo resolvía uno de sus problemas. La aceptación de Theo no les serviría de mucho a ninguno de los dos si Neil Gerard lograba infligirle el daño que parecía dispuesto a causarle.

¿Pero qué podía motivar que Neil Gerard intentara matarlo? ¿Qué podía haber hecho Sylvester, su amigo de sus primeros años en el colegio, para llevarlo a una situación tan desesperada? Neil era un cobarde con predisposición a dejarse llevar por el pánico, pero Sylvester conocía sus temores físicos y jamás lo había condenado por ellos. Incluso lo había apoyado y lo había defendido en algunas situaciones infernales en el colegio. Sin embargo Neil no le había devuelto el favor. En el consejo de guerra sólo le había faltado acusar directamente de cobardía a su viejo amigo y compañero.

Y después le había vuelto la espalda.

Las viejas serpientes del dolor y la repugnancia se retorcieron en su vientre y su veneno le recorrió las venas. Neil había dejado claro que Sylvester Gilbraith había perdido todo derecho a la amistad y la lealtad.

¡Y ahora intentaba matarlo! Sus pensamientos abandonaron de golpe el sufrimiento inútil del pasado. ¿Por qué iba un hombre que había destruido la reputación y la carrera de otro decidir ir aún más allá?

Vimiera tenía que estar detrás de todo eso. No había nada más que los relacionara a ambos de modo antagónico.

¿Qué temía Neil ahora? ¿Intentaba impedir que ocurriera algo? Sylvester debía de tener la llave de algún secreto. Era la única explicación. Algún secreto que arruinaría a Gerard.

Trató de obligarse a recordar esos momentos en aquella llanura portuguesa. Era al atardecer, y habían mantenido su posición desde el alba frente a las incursiones continuadas del enemigo. El río estaba tras ellos, y su pequeña compañía formaba un puesto solitario de avanzada que protegía el puente para el grueso del ejército, que esperaba cruzarlo en algún momento de la noche.

Sabía todo eso. Estaba documentado en los archivos del Horse Guards. El capitán Gerard iba a llegar con refuerzos. Sólo tenían que resistir hasta el anochecer.

Sylvester cerró los ojos y procuró recrear esas horas. Un halcón describía círculos en su imaginación y representaba una sombra marcada contra el azul resplandeciente del cielo. ¿Cómo se había sentido? ¿Aprensivo? ¿Asustado incluso? Seguramente. Sólo los locos no sentían temor por la batalla y la muerte. Por la mañana un soldado joven, apenas un chiquillo, había resultado herido y había permanecido en el suelo a lo largo del caluroso día, unas veces gimiendo y otras gritando, llamando a su madre. Todavía podía oír su voz a través de las brumas de la memoria. Veía la cara del sargento Henley, escuchaba su voz dando la instrucción, exhortando a los hombres para que se dieran más prisa al disparar y volver a cargar las armas ante la ondulante línea azul de soldados franceses que aparecía sobre la silueta de las colinas situadas frente a su posición.

Los habían rechazado. ¿Cuántas veces durante ese día interminable habían hecho retroceder esa línea hacia el otro lado de las colinas? Habría sido tan fácil haberse retirado por el puente y, aun así, no se le había ocurrido ni una sola vez hacerlo. Al caer la noche recibirían refuerzos, y el puente estaría asegurado.

¿Qué había sucedido entonces? La línea volvía a avanzar hacia ellos cuando el sol se ocultaba tras las colinas situadas tras el avance francés, y su resplandor rojo dificultaba la visión de sus hombres al disparar.

¿Qué había sucedido entonces? Era como si su mente retuviera esa única imagen; una imagen de colores vivos rodeada de negrura. Y había algo en la periferia de esa imagen, pero se negaba a adoptar una forma tangible, reconocible.

No servía de nada. Siempre llegaba hasta ahí y no conseguía avanzar más. Sólo había otro recuerdo de una claridad espantosa: una imagen aislada que carecía de contexto físico. Veía la cara del francés ante él con la bayoneta preparada. Veía el brillo retorcido de un fanático en sus ojos y el destello de la bayoneta al descender. Le parecía que se había cubierto los ojos con las manos antes de que la luz blanca le irrumpiera en la cabeza. Y no recordaba nada más, salvo momentos confusos de delirio, interrumpidos por la voz de Henry, hasta que la encefalitis le dejó meses después en esa cárcel hedionda de Toulouse.

Sylvester salió de la cama. Theo murmuró y rodó sobre su estómago a la vez que extendía los brazos para buscarlo dormida.

Se sirvió un vaso de agua y se situó junto a la ventana, donde observó la luz imperceptible en el este.

Pero, si Neil quería deshacerse de él, ¿por qué no se había limitado a condenarlo en el consejo de guerra? Le habría resultado muy fácil cuando Sylvester no tenía nada que decir en su propia defensa. Gerard podría haber dicho que Gilbraith se había rendido antes de tiempo. Que él había llegado en el momento acordado. Y el veredicto habría sido cobardía ante el enemigo y un pelotón de fusilamiento.

Pero no había dicho eso. Había corrido el riesgo de que Gilbraith quedara libre. Y, por lo tanto, que su secreto, fuera cual fuera, pudiera salir a la luz. Y ahora intentaba acabar con él con bastante torpeza. Seguramente porque había vuelto a la escena pública. Lamiéndose las heridas y sumido en la vergüenza en el campo, Sylvester debía de parecer una amenaza mínima. Pero había vuelto a la vida, y el viejo escándalo había resucitado inevitablemente.

Incluso de niño, Neil se había dejado llevar por el pánico en las situaciones amenazadoras. Y parecía que lo hacía otra vez. ¿Pero habría algo más que el temor a que Sylvester pudiera descubrir su secreto? ¿Por qué no lo había condenado en el consejo de guerra? Había habido otro testigo: su sargento. ¿Qué había dicho?

Sacudió la cabeza con impaciencia. Recordaba la cara de ese hombre; un ser humano despreciable. Pero no recordaba qué había dicho. En cualquier caso, su declaración había sido un mero formalismo.

-¿Qué estás haciendo?

La voz somnolienta de Theo lo sacó de su intensa concentración. Se volvió hacia la cama. Estaba sentada, parpadeando medio dormida con la sábana hasta la cintura, y sus senos desnudos se movían con suavidad al ritmo de cada respiración.

-Contemplaba el amanecer -contestó-. Vuelve a dormirte.

Sin embargo, siguió sentada, observándolo muy seria. ¿Qué habría estado pensando ahí de pie con la mirada puesta en la penumbra gris? Conocía la identidad de ese hombre, estaba segura. Su expresión tenía algo adusto y gélido cuando se giró para contestarle. Ahora había desaparecido pero lo había visto. No querría estar en el pellejo de quien hubiera inspirado esa mirada.

Apartó las sábanas y avanzó por la alfombra hacia él con los cabellos negros ondeantes alrededor de su desnudez.

-¿Ya amanece?

-Casi.

La piel desnuda del brazo de Theo rozó el suyo y le hizo darse cuenta de su propia desnudez. Tenso, esperó más preguntas, pero Theo sólo se recostó en él cubriéndole el hombro con sus cabellos mientras con una mano seguía la cicatriz que le recorría la caja torácica y le rodeaba la cintura.

-¿Cuándo te hiciste esto?

-En una escaramuza, hará unos diez años.

Theo asintió y alzó los ojos hacia él para observarle la cara, donde vio el dolor que se ocultaba bajo sus fríos ojos grises. Su marido tenía otras cicatrices además de las que eran visibles en su cuerpo, y si quería llegar a conocerlo, tendría que conocer también esas cicatrices.

-Venga, de vuelta a la cama -dijo Sylvester con un brío repentino. La cargó en brazos, la llevó hasta la cama y la dejó sobre el colchón de plumas. Se agachó hacia ella y le apartó el cabello de la frente con una leve sonrisa.

-Qué gitana tan intrépida y desaliñada tengo por esposa.

-¿Y preferirías otra cosa? -No pudo evitar el brillo de ansiedad en sus ojos, pero Sylvester sacudió la cabeza.

-No, ya te he dicho antes que tú y yo hacemos muy buena pareja. -Se metió en la cama junto a ella, le deslizó un brazo por debajo del cuerpo y la atrajo hacia él-. Pero será mejor que no hagas más incursiones impulsivas, mi amor, por muy gratificante que sea su causa.

Theo no contestó. Permaneció en silencio y se relajó con el calor de su cuerpo. No tenía sentido comentar más el asunto. Aunque se lo prohibiera, tendría que investigar por su cuenta. Quizás Edward podría acompañarla al Fisherman's Rest para hacer algunas preguntas.

Mientras el sol de octubre salía sobre el Támesis, Neil Gerard caminaba arriba y abajo por el pequeño y sencillo cuarto de su alojamiento anónimo, intentando deducir qué había salido mal la tarde anterior. Sus hombres no se habían presentado en el Fisherman's Rest para cobrar pero, en su lugar, lo había hecho Sylvester Gilbraith.

Cómo habría logrado superar a tres matones era un misterio, ya que sus únicos acompañantes eran un grupo de mujeres jóvenes, una niña y u manco. Neil sólo los había visto de lejos, pero era como si Gilbraith acompañara a un grupo de colegiales. A pesar de eso, había superado a sus atacantes y había logrado averiguar dónde iban a encontrarse con él.

El único consuelo de Neil era la seguridad de que Gilbraith no lo había visto, acurrucado como estaba en ese rincón oscuro tras una columna destartalada de madera. Gilbraith había estado en el local lo justo para pedir una bebida antes de que llegara la chica, y con la agitación y el alboroto de su llegada, no había tenido ocasión de echar un vistazo alrededor de la habitación ni de hacer preguntas.

Qué espectacular era esa mujer con su capa escarlata y su cabello negro. Aunque joven. Muy joven para Sylvester Gilbraith. Pero no cabía duda de que su llegada había enojado y sorprendido al conde. A pesar de sonreír tan segura de sí misma y de la confianza con que le había puesto la mano en el brazo, Gilbraith se la había llevado con mucha rapidez.

Seguramente sería la amante del conde. Una mujer algo familiarizada con tabernas como el Fisherman's Rest. Stoneridge acababa de casarse con la mocosa Belmont, por supuesto. Lo más seguro es que necesitara algo fuerte en su dieta. Un matrimonio por interés podía ser bastante insulso, y tenía que haber habido un motivo oculto tras ese enlace. Algo que ver con el vínculo; era una situación bastante corriente.

Sin embargo, especular sobre el matrimonio de Gilbraith y sus relaciones extraconyugales no arrojaba ninguna luz sobre lo que había salido mal en Astley. Fuera lo que fuera había acercado de modo peligroso a Gilbraith a Neil Gerard. Había llegado el momento de cambiar de táctica.

Echó un vistazo a la habitación con sus escasos muebles y sus cortinas finas. El viento se colaba a través de los cristales mal encajados de la ventana y el fuego de la chimenea chisporroteaba.

Había esperado dejar ese mísero alojamiento con su problema resuelto y volver a su elegante casa en la calle Half Moon y a la vida de soltero despreocupado sin verse obligado ya a efectuar su visita semanal a Spitalfields para pagar su chantaje.

Como era un hombre muy cauteloso, Neil Gerard se había asegurado de que nadie supiera que estaba en Londres mientras conspiraba contra el conde de Stoneridge. En esa habitación en Ludgate Hill era un inquilino anónimo que pagaba el alquiler sin problemas, y en el Fisherman's Rest era un cliente anónimo que se dedicaba a otras cosas además de a beber. Mientras tratara sus asuntos en estos lugares, no había demasiadas probabilidades de encontrarse por casualidad con alguien de su vida real. Pero ahora habían descubierto su tapadera y ya no tenía sentido seguir soportando aquella horrible incomodidad.

Se oyó un arañazo en la puerta, y entró una sirvienta escuálida con la nariz colorada de frío y un cubo de carbón en la mano.

-¿Le arreglo el fuego, señor?

Gerard asintió y la observó mientras se agachaba para hacerlo, con las caderas delgadas moviéndose bajo el lino burdo de su falda. La imagen de la chica del Fisherman's Rest le vino a la cabeza. Esa mujer vibrante no tenía comparación con esa muchacha escuálida, curtida por el trabajo, pero hacía semanas que no estaba con una mujer y necesitaba calmar su actual irritación debida al fracaso.

Se acercó al tocador, eligió una moneda pequeña de entre un montón y la lanzó al suelo junto a la chica arrodillada.

-¿Para mí, señor? -preguntó mirándolo con los ojos muy abiertos.

-¿Vas limpia? -Se desabrochó el cinturón de la bata.

El miedo asomó un instante a los ojos de la muchacha, pero asintió sin decir palabra. Recogió la moneda, se levantó y se limpió las manos con el delantal.

-Por favor, señor...

-¿Y bien? -dijo, cuando parecía incapaz de seguir.

-No lo he hecho nunca -comentó bajando la mirada al suelo y retorciéndose las manos en el delantal.

Neil alzó la vista al cielo. Era un viejo truco. Las vírgenes tenían un precio más alto, y sabía de varias en las casas de Covent Carden a quienes se les había devuelto la virginidad por lo menos media docena de veces. La chica sólo quería aumentar el precio.

-¿Me tomas por idiota? -soltó. Y como ella se quedó mirando el suelo, añadió con impaciencia-: Si estás dispuesta a hacerlo, métete en la cama. Si no, lárgate.

La chica dio un paso vacilante hacia la cama y después se echó en ella y cerró los ojos con fuerza.

Neil se quitó la bata y se situó sobre ella. La muchacha se estremeció cuando le levantó el delantal y las enaguas. No llevaba ropa interior. Tardó sólo un instante en darse cuenta de que había dicho la verdad sobre su virginidad. Eso aumentó considerablemente su placer y, una vez que hubo acabado con ella, tomó otra moneda del tocador y se la lanzó mientras la muchacha salía renqueante y llorosa de la habitación.

Pensando que había sido más que generoso, se volvió a meter en la cama lo bastante relajado como para dormirse.

Más tarde, dejaría ese mísero lugar y reanudaría la vida del capitán Neil Gerard de la calle Half Moon. Un buen partido procedente de una buena familia aunque sin título, con una fortuna respetable y una carrera militar brillante.

Abordaría el problema de Sylvester Gilbraith desde otro ángulo: con la baza de la amistad.

20

-La honorable señora Lacey y el señor Jonathan Lacey, lady Theo -anunció Foster a la mañana siguiente, desde la puerta del salón.

-Lo ves, Clarry, te dije que vendrían -comentó Theo-. Hágalos pasar, Foster.

-Oh, qué vergüenza -soltó Clarissa, a quien se le cayó la madeja de lana que sostenía para que Emily la enrollara-. ¿Te imaginas qué diría mamá si supiera lo que has hecho?

-Diría que es vulgar -contestó Theo con alegría-. Pero no lo sabrá, ¿verdad?

-No, a no ser que a Rosie se le escape algo -observó Emily, que se agachó para recoger la lana del suelo.

Theo estaba de pie y vuelta hacia la puerta cuando Foster la abrió y anunció a sus invitados.

-Señora Lacey, qué amable al visitarnos. -Cruzó la habitación con la mano extendida-. Y señor Lacey. Me alegro de verlos. Qué error tan tonto el que cometí en el Pantheon, pero espero que sirva para que seamos amigos.

Se oyó un sonido ahogado detrás de ella, y Emily se colocó con rapidez delante de Clarissa, que estaba muy agobiada.

-Me gustaría presentarles a mis hermanas -prosiguió Theo con total compostura-. Lady Emily Belmont.

Emily estaba tan tranquila como su hermana cuando saludó a los invitados, y para cuando se habían intercambiado las cortesías de rigor, Clarissa era lo suficientemente dueña de sí misma como para levantarse y ser presentada.

Jonathan Lacey le hizo una reverencia. Theo comprobó que era un joven muy atractivo, rubio y esbelto, pero carente de temple. Ella prefería un hombre con temple, lo que era una suerte ya que era lo que el destino le había deparado.

Pero Sylvester Gilbraith no le gustaría a Clarissa, que resplandecía frente al joven. Este, a su vez, la miraba como si no hubiera visto nunca antes a una mujer.

-¿Le apetece un poco de té, señora? -Accionó el tirador y acompañó a su visita para que se sentara a su lado en el sofá-. ¿Hace mucho que están en la ciudad?

La honorable señora Lacey inició un largo discurso sobre su reciente viudedad, sobre el excelente honorable John Lacey, clérigo e hijo menor de lord Lacey, que había deseado con toda su alma que su único hijo siguiera sus pasos hacia Balliol y el ministerio. Pero parecía que Jonathan tenía otros talentos. Talentos artísticos. Era un pintor muy bueno y la gente había mostrado gran interés en sus retratos.

-No me diga -murmuró Theo, y sirvió el té.

Emily siguió la conversación con una aptitud para los temas banales que su hermana no poseía.

-Según tengo entendido, Herefordshire es un condado precioso, señora Lacey.

La honorable señora Lacey empezó a extenderse en todas las glorias de la zona de Herefordshire a la vez que lamentaba la necesidad de estar en Londres. Pero eso era necesario si Jonathan tenía que moverse en los círculos donde pudieran encargarle retratos.

Theo echó un vistazo a Clarissa y a Jonathan Lacey. Ambos estaban sentados decorosamente separados en el diván, pero charlaban entusiasmados.

Decidió que Stoneridge tendría que encargar un retrato de Clarissa. Y entonces se percató de que resultaría muy extraño. Tendría que encargar uno de ella, y Clarissa le haría compañía mientras posara... ¡Posar! La mera palabra la horrorizaba. Horas y horas sentada sin moverse mientras Clarry y su caballero se cortejaban. No, el amor fraternal no llegaba tan lejos. Tendría que haber otro modo.

Se oyó el ruido de unos pasos de alguien que se acercaba corriendo por el pasillo y la puerta se abrió de golpe ante Rosie, que llegó jadeante.

-Theo, en Hatchard's hay un libro sobre arañas que tengo mucho interés en comprar. Pero no me queda nada del dinero para mis gastos. ¿Podrías dejarme tres chelines, por favor? Así, Flossie y yo podríamos comprarlo enseguida.

-¿Por qué necesitas comprarlo enseguida?

-Porque es el único ejemplar y alguien podría llevárselo antes.

-Un libro sobre arañas? No me había percatado de que fuera un tema de tanto éxito.

-¡Por favor, Theo!

-Rosie, ¿dónde están tus modales? -la reprendió Emily mientras hacía señas a la niña-. Te presento a los invitados de Theo: la señora Lacey y el señor Jonathan Lacey.

-Mucho gusto -saludó Rosie, con una reverencia encomiable. Y, entonces, frunció el ceño y sus hermanas vieron en su rostro que los había reconocido-. Oh, ¿no es...?

-Discúlpeme un momento, señora Lacey. -Theo se levantó con rapidez-. Tengo que darle los tres chelines a Rosie. -Antes de que la niña pudiera decir nada más, Theo la había sacado de la habitación-. No tienes que decir nada sobre el Pantheon, Rosie. ¿Entendido?

-No iba a hacerlo. Sólo iba a preguntar si era el caballero de Clarry.

-Pues sí, lo es. Así que no es necesario que vuelvas a preguntarlo.

-¿A qué viene tanto susurro? -Sylvester apareció en lo alto de la escalera del vestíbulo.

-Oh, asuntos familiares -contestó Theo-. ¿Podrías dar a Rosie tres chelines para que vaya a Hatchard's, Sylvester? Tengo visitas.

-Te los devolveré, Stoneridge -aseguró Rosie-. En cuanto reciba el próximo dinero para gastos. Es que este mes voy algo justa.

-Bueno, creo que puedo aceptarte un pagaré -afirmó Sylvester con solemnidad-. ¿De qué libro se trata?

La pregunta provocó una descripción detallada del libro en cuestión, que su cuñado escuchó con toda la apariencia de estar interesado. Se sacó la cantidad solicitada del bolsillo y Rosie le dio las gracias a voz en grito mientras bajaba corriendo las escaleras hasta el vestíbulo, donde la esperaba su doncella.

-¿Quiénes son las visitas? -Sylvester se había vuelto hacia Theo.

-Ah -dijo ésta con una sonrisa de suficiencia-. Mis amigos del Pantheon. Ha sido una coincidencia de lo más afortunada que Clarissa y Emily estuvieran aquí esta tarde. Creo que deberías conocer a la honorable señora Lacey y mirar con buenos ojos al señor Lacey. Quizá podrías proponerlo en tus clubes... o darle consejos sobre chaquetas. Ya me entiendes, la clase de cosas que un hombre hace por otro.

Cuando lo decía, se dio cuenta de su error. Si Sylvester no era aceptado en esos círculos, difícilmente podría ayudar en ellos a Jonathan.

-Bueno -añadió deprisa-, tal vez eso sería un engorro enorme. Pero por lo menos ven a conocerlos para que parezca que apruebas que estén aquí.

Sylvester le había leído los pensamientos con la misma claridad que si los hubiese expresado en voz alta. No sabía si su rápida retractación era más difícil de soportar que la razón que la había motivado.

Theo lo observaba y supo que su semblante reflejaba lo sombrío de sus pensamientos. Luchó consigo mismo un momento y después adoptó un aire desenfadado para decir:

-Eres una casamentera desvergonzada.

-Pero es por Clarry -dijo Theo, con un alivio evidente en su rostro-. Es familia. ¿No se toman los Gilbraith molestias por su familia?

Sylvester tuvo que admitir que no a menudo. Sin embargo, el clan de los Belmont estaba unido de un modo excepcional.

-Sé un Belmont por una vez -lo apremió Theo-. El caballero de Clarry es retratista, y va a necesitar muchas presentaciones para recibir encargos. Podríamos ayudarlo.

-¡Dios mío! -exclamó Sylvester con las cejas arqueadísimas, y parte de la tensión abandonó sus ojos-. ¿Quieres que me convierta en un mecenas?

-Hombre, sólo un poquito -contestó, y entrelazó su brazo con el de su marido-. Ven, por favor.

-Muy bien, tú ganas.

La siguió hacia el salón, donde escuchó con paciencia el parloteo de la honorable señora Lacey. Averiguó que Jonathan Lacey no tenía el menor interés en las actividades deportivas. Le gustaba montar pero consideraba la caza un deporte salvaje. No tenía opinión sobre las

distintas ventajas de los trajes de Stultz frente a los de Weston y consideraba que los clubes de St. James's estaban bastante fuera de su alcance.

A Sylvester el señor Lacey no le pareció ningún petimetre. Pero sí algo alejado de la realidad.

Clarissa sonreía y asentía, aceptando cada palabra amable del señor Lacey, y Sylvester pensó sin querer cómo sería que una mujer le admirara a uno de una forma tan ciega. Dirigió la mirada a Theo, en el otro lado del salón, y pudo ver el esfuerzo que le estaba costando esconder su aburrimiento. Theo le guiñó el ojo, y decidió que prefería una buena pelea a la adoración.

Pero tampoco quería su compasión. Compasión o desdén, ¿qué sería peor? En ese momento parecía tener lo primero y le daba ganas de gritar. Ni una vez desde esa espantosa reunión «en casa», le había sugerido que la acompañara a ningún acto social, y comentaba esos eventos con un cuidado desmesurado. Sabía que no lo soportaría mucho tiempo más. Pero si estaba bien encaminado, esa tarde empezaría a procurar desenredar el embrollo.

Neil Gerard había vuelto a la calle Half Moon. Estaba por verse si seguiría merodeando en alguna ocasión por los barrios bajos de la zona portuaria. Pero había regresado al Londres donde vivía la gente de la clase alta. Esa mañana Sylvester lo había visto de lejos, paseando por Piccadilly de camino a St. James's. Seguro que en algún momento de la tarde iría a uno de sus clubes. Sylvester se pasaría la tarde visitando el White's, el Watier's y el Brooks's hasta que Neil hiciera acto de presencia. Después de la experiencia en casa de lady Belmont, se imaginaba cómo lo recibirían los miembros de sus clubes, pero no habían votado en su contra ni le habían obligado a abandonarlos, de modo que tenía todo el derecho a ir, y soportaría el bochorno. Si Neil le negaba el saludo de nuevo, se iría, lo esperaría fuera y le obligaría a reunirse con él.

Notó que los ojos de Theo estaban fijos en él y se percató de que su distracción debía de haber resultado evidente. Se volvió hacia Jonathan Lacey con una pregunta educada sobre el tipo de fondo que prefería para sus retratos.

-Tiene que venir a visitarnos, señora Lacey -decía Emily-. Sé que a mi madre le encantará recibirla.

-Es muy amable, lady Emily. Ahora no salgo mucho, pero será un honor para mí conocer a lady Belmont -sonrió cariñosamente a Jonathan y se levantó-. Tenemos que irnos, lady Stoneridge.

-Emily, creía que me habías dicho que tú y Clarissa habíais prometido a mamá estar en casa a las cuatro -improvisó Theo-. Quizás el señor Lacey podría acompañaros, ya que os iréis juntos.

Sylvester frunció la boca en un silbido silencioso ante esta maniobra maquiavélica.

Emily y Clarissa pasaron sin problemas a la acción y siguieron el juego a su hermana sin dar un paso en falso. En cinco minutos el señor Lacey con una hermana Belmont a cada brazo, caminaba hacia la calle Brook y su mamá se dirigía a su casa en su lando.

-Ha salido muy bien -afirmó Theo cuando la puerta principal se cerró tras sus visitas-. Parece tan entusiasmado con Clarry como ella con él. Qué increíble. Parecen hechos el uno para el otro.

-Bobadas románticas -dijo Sylvester tomando rapé-. Y no he visto nunca una intriga tan descarada, gitana. Debería darte vergüenza.

-Tonterías -contestó-. Haré lo que sea para favorecer ese enlace si eso va a hacer feliz a Clarry. Lo más importante será conseguir algunos encargos para Jonathan. No creo que tenga fortuna particular y la dote de Clarry no les bastará para vivir a ambos, ¿verdad?

¿Habría sido un cuarto del patrimonio de los Belmont un recurso mejor? Sylvester decidió que no en manos de Jonathan Lacey y acalló así su conciencia. Miró con atención a Theo, pero no había desafío en sus ojos.

-El capital les producirá unos ingresos decentes -comentó-. No serán ricos, pero tampoco se morirán de hambre en una buhardilla. Ahora está invertido en fondos y, si se maneja bien, podría crecer bastante.

-Siempre podemos ayudarlos si es necesario -soltó Theo con naturalidad.

-¿No te estás precipitando un poco? -preguntó Sylvester con una ceja arqueada, pero Theo sacudió la cabeza.

-Clarry se ha enamorado de él.

-Las chicas de su edad se enamoran sin cesar.

-Pero Clarry siempre ha sabido que reconocería al hombre adecuado cuando lo viera -insistió Theo-. Igual que siempre ha sabido que nunca se conformaría con otro. Estaba dispuesta a convertirse en una solterona si no aparecía su caballero.

-Bueno, estoy seguro de que tú conoces a tu hermana mejor que yo -se limitó a decir Sylvester a pesar de haber sacudido la cabeza. Después se frotó un momento el mentón y soltó con aire resuelto-: Tengo que comentarte algo.

-¿Oh? -Theo se quedó inmóvil; la sangre pareció correrle más lenta por las venas. ¿Iba por fin a confiar en ella?

Sylvester se sacó una hoja de papel del bolsillo interior y lo sacudió contra la palma de una mano.

-Acaba de llegar esto. Es una carta de mi madre.

-Oh -exclamó Theo sin comprender.

-Ella y mi hermana van a venir a la ciudad unos días. Mi madre quiere consultar a su médico en la calle Harley.

-Oh -repitió Theo-. ¿Dónde se van a hos...? ¡Oh, no! -dijo horrorizada al caer en la cuenta--. No, aquí no, Sylvester.

-No puedo negar a mi madre y a mi hermana la estancia en mi propia casa, cariño -dijo el conde.

-Estarán mucho más cómodas en Grillon's -protestó Theo con ansiedad. Juntó las manos en actitud de plegaria y abrió mucho los ojos a modo de súplica-. Piénsalo bien: podrán protestar y quejarse por todo lo que quieran sin que nadie se ofenda...

-No, Theo -la interrumpió Sylvester, medio divertido por aquella pose de ruego-. Sabes muy bien que tienen que venir aquí.

-Oh, no. No, no, no, no, no. -Theo se lanzó al sofá y empezó una danza agitada de protesta desesperada-. Tu hermana se quejará de las corrientes de aire y de las criadas, y tu madre se meterá conmigo todo el rato. Por favor, Sylvester, diles que no pueden venir -concluyó con un salto alto en el sofá que hizo crujir algunos de sus muelles.

-Vas a romper el mueble, muchachita ridícula. ¡Levántate! -Riendo, ya que sabía que la demostración de su mujer era por lo menos medio en broma, la agarró por la cintura y la levantó del suelo sosteniéndola así un momento mientras ella pataleaba en una protesta inútil-. Puedes hacer a Mary todos los reproches que quieras, pero serás cortés con mi madre.

-Pero ella no será cortés conmigo -gimió Theo.

-Eso será asunto mío -replicó el conde sonriendo al ver su expresión contrariada, sujetándola todavía en el aire para depositarla acto seguido en el suelo.

-¿Cuándo llegarán? -suspiró Theo.

-No lo dice.

--Madre mía. Llegarán de improviso y no habrá nada preparado y...

-No te compliques de modo innecesario. Se pueden hacer los preparativos de antemano, ¿no?

-Supongo que sí -concedió, arrugando la nariz indignada-. Era lo único que me faltaba para alegrarme el día.

-Sólo serán unos días -dijo dirigiéndose a la puerta-. No soporta Londres.

-Eso es un consuelo, supongo.

Sylvester soltó una carcajada al ver su expresión desconsolada.

-Esta noche llegaré tarde a casa, pero tú también si vas a ir al Almack's.

-Te esperaré despierta -prometió Theo.

-Y viceversa -contestó con una sonrisa.

Theo se quedó observando en silencio cómo se cerraba la puerta tras él. Después, con una resolución repentina, corrió a su habitación a buscar la capa, el sombrero y los guantes. Cinco

minutos después caminaba con energía por la calle Albermarle, y un lacayo a su servicio la seguía imperturbable.

Edward salía de su alojamiento cuando llegó Theo.

-Qué bien que te he encontrado -dijo sin preámbulo-. Tengo que hablar contigo unos minutos.

Edward tenía una cita en Mantón, pero ni se le pasó por la cabeza rechazar a Theo.

-Pasa -pidió con amabilidad, y entró con ella para conducirla hacia el salón.

El lacayo se situó a los pies de los peldaños que daban a la puerta de entrada.

-¿Qué puedo hacer por ti, Theo?

-Necesito que me acompañes a una taberna en la calle Dock. -Fue directa al grano.

-¿Qué pretendes? -Edward se agachó para calentarse la mano en el fuego.

Theo le explicó los acontecimientos de la noche anterior.

-Y Stoneridge se niega a contarme nada -terminó-. Estoy convencida de que reconoció al hombre de la taberna, de modo que sabe quién está detrás de esos «accidentes» y no piensa dejar que lo ayude. Así que voy a tener que averiguarlo por mi cuenta.

Por una vez Edward estaba poco dispuesto a colaborar.

-Si Stoneridge dice que no es asunto tuyo, no puedes hacer que lo sea, Theo.

-Ya lo he hecho -replicó con su habitual gesto de obstinación en la boca. Y, tras una pausa, abordó con evidente esfuerzo el tema más difícil-. Ya viste lo que pasó en la recepción de mamá la otra tarde. Tampoco me ha dicho nada de eso. No puedo preguntárselo porque... -Se detuvo de nuevo y se mordió el labio-. Porque tiene que ser algo de lo que se avergüenza. Tiene que ser algo que le sucedió y de lo que no puede hablar. Es algo que le apena mucho, lo sé.

Recorrió la habitación con pasos impacientes y agitados antes de proseguir.

-Pero empiezo a pensar que eso y los accidentes tienen que estar relacionados. Sería demasiada coincidencia si no, ¿no crees?

Se volvió hacia Edward. Se le veía incómodo. Casi agobiado, como durante la humillación de Sylvester en el salón de su madre.

-¿Qué pasa? -preguntó.

-Es algo que oí en la península -sacudió la cabeza-. Yo no creo ni una palabra, pero imagino que explica lo que ocurrió en casa de tu madre.

-Cuéntamelo. -Se acercó a él, sin apartar los ojos de su cara.

-No iba a decir nada porque no puede ser cierto. Cualquiera que conozca a Stoneridge lo sabe. Deduzco que el alto mando se puso de su parte en el... -No terminó la frase. Un consejo de guerra era un concepto muy duro, incluso aunque fuera parte de un debido proceso cuando un capitán de marina perdía el barco o un comandante del Ejército la bandera del regimiento.

-Acaba, Edward. -La expresión de Theo era tensa y pudo ver rabia en sus ojos.

-Tal vez deberías preguntárselo a él -sugirió incómodo-. Sólo lo he oído de tercera o cuarta mano. No quiero hablar sin fundamento.

-Maldita sea, Edward. Si has sabido algo todo este tiempo y no me lo has dicho, me parece muy mal de tu parte -afirmó furiosa-. ¡Cuéntamelo!

Edward suspiró. Ya había dicho demasiado para echarse atrás y podía entender el enfado de Theo, pero le seguía dando la impresión de estar contando chismes.

De manera sucinta le explicó lo que había oído. Theo escuchó en silencio, incrédula.

-¡Stoneridge, un cobarde! -exclamó cuando Edward se había sumido en un silencio consternado-. Eso es imposible. Tiene varias características difíciles, pero pondría la mano en el fuego por su valentía. ¿Tú no?

-Sí -estuvo Edward de acuerdo-. Y lo absolvieron, como te dije. Pero el coronel Beamish dijo que seguía siendo un asunto turbio. Muy turbio, decía sin cesar. Es un hombre de pocas palabras el coronel Beamish.

-Pero Sylvester resultó herido, herido de gravedad. -Theo procuraba encajar lo que sabía de su marido en aquella historia.

-Una bayoneta francesa en la cabeza -explicó Edward-. Pero fue después de que se hubiera rendido, según Beamish.

-No me creo ni una palabra. -Theo empezó a caminar arriba y abajo otra vez, y su falda ondeaba alrededor de sus tobillos debido a lo impetuosos que eran sus pasos-. Estoy segura de que todos estos «accidentes» están relacionados con esto, Edward. Tenemos que ir al Fisherman's Rest enseguida.

-No -dijo Edward-. Cenamos con tu madre y después vamos al Almack's.

-¡Ni hablar! Esto es mucho más importante.

-Theo, no voy a fisgonear y husmear en los asuntos de Stoneridge -afirmó Edward rotundamente.

-¿Qué te ha pasado, Edward? -Theo se lo quedó mirando-. Es una aventura. Siempre teníamos aventuras juntos.

-Ahora no sirvo de mucho en una aventura, Theo.

-No digas tonterías -soltó Theo rodeándole el cuello con los brazos y abrazándolo-. Puedes disparar con una mano, ¿no?

-No tan bien como con dos. De todos modos, Theo, eso no viene al caso. Si Stoneridge quisiera que lo supieras, te lo habría contado él mismo. Y si quisiera que lo ayudaras a llegar al fondo de este asunto, te lo habría pedido.

-Es que no sabe que lo quiere -replicó con obstinación-. Es muy reservado y no quiere confiarme nada.

Se le ocurrió que hubo un tiempo en que ella no había podido compartir su propio dolor con Sylvester. Pero ahora sabía que podría hacerlo. ¿Cuándo había cambiado eso?

Edward parecía incómodo. No le gustaba asomarse así a la intimidad del matrimonio de su amiga. Pero no creía que Theo lo viera de ese modo. Era franca y abierta hasta un punto casi embarazoso.

-¿Así qué? ¿No vendrás conmigo? -preguntó Theo tras un minuto.

-No es una buena idea, Theo. -Su voz era engatusadora, casi suplicante-. Stoneridge puede ocuparse él solo de sus cosas. No sabes qué vas a encontrarte si te entrometes en algo de lo que no sabes nada.

-Muy bien -aceptó encogiéndose de hombros. Sabía que podría convencerlo si lo presionaba, pero eso lo haría sentir mal. No aceptaba su razonamiento. Simplemente tendría que hacerlo sola-. Será mejor que vaya a casa si tengo que estar en la calle Brook a la hora de cenar.

-Me sabe mal que pienses que te he fallado, Theo. -Edward la miró vacilante.

-No pienso eso -sacudió Theo la cabeza-. Pero sí que el Ejército te ha vuelto un remilgado. -Con una sonrisa evitó que sus palabras resultaran hirientes.

-Creo que es madurez y experiencia -replicó Edward-. Y no se trata tanto de ser remilgado como de comportarse de modo responsable, Theo. No sabes lo que hay que buscar. ¿Y qué rayos harías con lo que fuera si lo encontráramos?

-Dependería de lo que fuera -contestó-. Pero no hablemos más de eso.

Edward la acompañó fuera y se dirigió a Mantón, todavía inseguro. No estaba convencido de que Theo hubiera renunciado a su planeada visita al Fisherman's Rest y, si insistía en ir, tendría que acompañarla. No podía ir sola a la clase de local que había descrito. Si conocía sus planes y dejaba que corriera sola algún riesgo, Stoneridge tendría derecho a retarlo. O más bien a azotarlo. Un hombre de honor no podía batirse en duelo con un tullido.

Esa deprimente idea no mejoró en nada su estado de ánimo cuando, más tarde, se vestía para la cena en la calle Brook. Pero tampoco se le habría ocurrido jamás contar a Stoneridge las intenciones de su esposa. Un hombre no delata a un amigo.

21

Sylvester vio a Neil Gerard en cuanto entró en el White's. El capitán estaba jugando al faraón y parecía absorto en sus cartas. El conde sintió un cosquilleo de agitación en la espalda. La agitación de un cazador que intuye la presa.

Permaneció un instante en el umbral para observar la escena y, después, entró como si tal cosa en la habitación. Un grupo sentado alrededor de una mesa con una licorera de oporto se calló cuando pasó; luego, la conversación se reanudó. Vio que se volvían cabezas. Sabía que su cara, sus ojos, eran inexpresivos, que había borrado toda emoción de su semblante para avanzar hacia la mesa de faraón.

Neil Gerard notó la llegada de Sylvester y al tomar las cartas le temblaron un poco los dedos. Había un silencio casi imperceptible en la sala, una sensación de animación suspendida, mientras el conde de Stoneridge se acercaba a la mesa de Neil Gerard y se detenía junto a su silla.

Neil alzó los ojos de las cartas y asintió con simpatía.

-¿Cómo estás, Stoneridge? -dijo.

Todos los de la mesa soltaron el aire al unísono, y la gente empezó a mirar abiertamente la escena. Gerard alargó la mano y Sylvester la estrechó con firmeza. La mano de un hombre que estaba intentando matarlo.

-Bien, gracias, Gerard -afirmó, con un ligero énfasis en la palabra «bien» y los ojos entrecerrados para ocultar su especulación febril. Por algún motivo, Neil no iba a negarle el saludo de nuevo.

-¿Te apetece jugar? -preguntó el capitán señalando las cartas.

-Encantado, si no hay ninguna objeción. -El conde echó un vistazo alrededor de la mesa de forma significativa a los compañeros de juego de Gerard. El duque de Carterton era la banca. Casi resultaba divertido ver cómo las caras se reajustaban para adaptarse a la idea de Sylvester Gilbraith aceptado de nuevo por la buena sociedad.

-Siéntate, Stoneridge -bramó el duque, y un susurro de relajación recorrió la mesa. Lord Belton corrió su silla a un lado y señaló el espacio que quedaba junto a él.

-Camarero, traiga una silla para lord Stoneridge.

Al instante apareció una delicada silla dorada.

-Espero que todo te vaya bien, Belton -dijo Sylvester asintiendo hacia su vecino al sentarse-. Ha pasado bastante tiempo.

-Sí. Sí, bastante -murmuró su excelencia.

-¿Está bien lady Belton?

-Oh, sí, estupenda, estupenda -afirmó su excelencia mientras sujetaba su copa de clarete-. Prueba este vino, Stoneridge. Es excelente. -Hizo señas otra vez al camarero, y una copa de clarete apareció junto al codo del conde.

Éste sonrió para dar las gracias y tomó las cartas que el duque le había repartido. Así que Neil estaba dispuesto a portarse como si el consejo de guerra no hubiera tenido nunca lugar. Que el hombre que había iniciado el escándalo en primer lugar adoptara esa actitud obligaría a los demás a seguir su ejemplo y acabaría con cualquier otra especulación. ¿Pero por qué daba marcha atrás de ese modo?

Stoneridge pensó con amargura que un hombre capaz de olvidar vínculos de más de veinte años era capaz de cualquier cosa. Vínculos y obligaciones. Neil Gerard estaba en deuda con él por infinidad de muestras de amistad durante esos años, y había elegido pagarle destruyendo su reputación y amenazando su vida.

Jugaron media hora; después Gerard dejó las cartas y se levantó de la mesa.

-¿Te apetece tomar una copa conmigo, Sylvester?

-¡Cómo no! -El conde se excusó con los demás jugadores y siguió a Gerard a una mesa aislada en la jamba de la ventana. Su expresión era apacible sus ojos, tan fríos como siempre, pero estaba tan en guardia como si d¡rigiera un piquete a primera línea la víspera de una batalla.

-Felicidades por tu boda, Stoneridge. -Neil llenó dos copas con la licorera de la mesa-. ¿Está también en la ciudad lady Stoneridge?

.-Sí, está aquí. Y también su madre y sus hermanas -contestó sin entender quién se creería que había visto en el Fisherman's Rest.

-No todas en tu casa, espero -soltó Neil con una carcajada-. Un hombre no puede vivir en paz con un regimiento de mujeres escandalosas a su mesa.

-Lady Belmont tiene su propio alojamiento en la calle Brook-aclaró Sylvester, sonriendo un poco por esta salida.

-Será un honor para mí visitar a lady Stoneridge -dijo Neil-. Supongo que esta noche estará en el Baile de Suscripción del Almack's.

-Sí, con su madre y sus hermanas. -Sylvester sorbió el clarete y se recostó en la silla con las piernas cruzadas y los ojos puestos con tranquilidad en su compañero, situado al otro lado de la mesa.

-Había pensado ir un rato -comentó Neil-. Para que me vieran el pelo, ya me entiendes. Acabo de llegar a la ciudad.

-Ya me parecía no haberte visto -dijo Sylvester intencionadamente. ¿Había imaginado el temblor en el párpado de Neil? Pero el capitán siguió con el mismo tono entusiasta.

-Tienes que cenar conmigo, Sylvester. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que cenamos juntos.

-Por lo menos tres años -estuvo el conde de acuerdo, sin expresión alguna.

-Muy bien... Muy bien. ¿Qué te parece el jueves? -Los ojos castaños de Neil se agitaron, pero sus labios esbozaron una sonrisa.

-Será un honor.

--Muy bien. ¿En la calle Half Moon a las ocho? Y, después, unas manos de whist. Siempre fuiste un contrincante excelente en la mesa de whist.

-Exageras -aseguró Sylvester, con la misma sonrisa apacible.

-¿Habías pensado ir también a la sala de actos del Almack's esta noche?

--Pues no -contestó Sylvester.

-Es algo anodino, por supuesto -estuvo Neil de acuerdo-. Pero hay que dejarse ver, ¿no? -Rió, pero sus ojos se agitaron de nuevo-. ¿Te apetecería acompañarme?

Si entraba en el Almack's en pleno Baile de Suscripción en compañía de Neil Gerard, su rehabilitación sería total. ¿Qué diablos se traería entre manos? Pero si no le seguía el juego, no lo sabría nunca.

-¿Por qué no? -dijo con toda tranquilidad-. Tendré que ir a casa a cambiarme. -Señaló los calzones de raso, las medias rayadas y el chaleco blanco de Neil.

-Nos encontraremos aquí más tarde e iremos paseando juntos.

Sylvester asintió para aceptar la sugerencia y se marchó tras otros cinco minutos de charla banal. Cuando salía del salón, unas cuantas manos se levantaron para saludarlo. Contestó con una reverencia, pero su sonrisa fría no consiguió disimular el brillo irónico de sus ojos. Dos antiguos amigos habían resuelto sus diferencias en público; qué bonito espectáculo para los presentes.

Pero ahora la partida era frente a frente y podía ver a su enemigo. Y era un enemigo al que sabía que podía vencer. Se le llenó el corazón de júbilo. Conocía las debilidades de Neil Gerard como si fueran las suyas. Las conocía desde la infancia. Y entre esas debilidades estaba la respuesta a lo de Vimiera.

Llegaron a la sala de actos del Almack's cinco minutos antes de que se cerraran las puertas, a las once.

Subieron las escaleras y entraron en la sala de baile. Lady Sefton fue la primera de las patrocinadoras que los vio y se acercó majestuosa.

-Lord Stoneridge, su esposa nos ha causado una gran impresión a todos -afirmó a la vez que se llevaba los impertinentes a los ojos y lo sometía a un examen penetrante-. Una joven poco corriente, a nuestro entender. Capitán Gerard. Acaba de llegar a la ciudad.

Ambos hicieron una reverencia ya que ninguna de las afirmaciones de su excelencia exigía una respuesta.

Sylvester buscó con la mirada a su mujer. Estaba bailando un vals con un caballero de mediana estatura, cuyas cejas y sienes plateadas aportaban distinción a su aspecto. Poseía un aura indefinible de autoridad, pero él y Theo parecían estar enfrascados en una conversación muy seria, que esta animaba con su sonrisa picara y el brillo entusiasta de sus ojos.

Llevaba un vestido sencillo de seda color bronce sobre media enagua de encaje crema, modelo que, a pesar de su falta de interés en su guardarropa, seguía las pautas de la moda con elegancia. Claro que eso, como pensó con una leve sonrisa, tenían que agradecérselo a lady Belmont. El collar de topacio de Stoneridge le realzaba el cuello, y unas piedras delicadas a juego le brillaban en las orejas. Llevaba el pelo recogido en un moño bajo y unos tirabuzones le caían con gracia sobre las orejas.

Era un peinado anticuado, pero que resultaba el complemento ideal para su cara de muchachito y para sus fantásticos ojos azules. Y cuando más tarde le quitara las horquillas, la cascada negra de sus cabellos haría las veces de un camisón de lo más erótico.

-Tienes que presentarme a lady Stoneridge -indicó Neil con calma e interrumpió así los pensamientos desenfrenados del conde-. Mira, Garsineton nos está haciendo señas. Quería preguntarle qué cree que se estilará en Harringay. Ya sabes que cabe confiar en él para estas cosas.

Sylvester dejó conducirse por la sala hacia donde estaban reunidos el vizconde y sus amigos. Su reacción al verlo con Gerard fue la misma que la de los hombres en el White's: sorpresa seguida de confusión y un posterior reajuste rápido de la expresión para saludarlo con cordialidad.

Theo se calló a mitad de su conversación con Nathaniel, lord Praed, y casi se detuvo en medio de la pista de baile.

-¿Le ocurre algo, lady Stoneridge? -Lord Praed, que no era demasiado buen bailarín, casi tropezó con sus pies al haber reducido la velocidad de su movimiento.

-Oh, no. No. Le pido disculpas. ¿Le he hecho tropezar? Es que acaba de llegar mi marido.

-Algo asombroso, sin duda -comentó con una ceja arqueada.

-Pues sí que lo es -dijo de repente Theo, que parecía cohibida-. No le gustan este tipo de eventos, ¿sabe?

-Lo entiendo -contestó de inmediato lord Praed-. Lo entiendo y comparto su opinión. Yo los detesto.

-Qué poco galante por su parte. -Theo levantó la mirada hacia él-. Y yo que creía que lo estaba entreteniendo bastante bien.

-Puedo asegurarle, señora, que nunca había tenido una charla tan entretenida sobre fertilizantes con nadie -rió lord Praed.

Theo rió a su vez, pero era evidente que estaba distraída y, después de otra vuelta, su excelencia sugirió acompañarla hasta su marido.

-Sí, si no le importa -aceptó Theo con una ansiedad que la delataba. ¿Por qué habría ido Sylvester al baile? ¿Y qué había pasado? Estaba a sus anchas con un grupo de hombres hablando y riendo como si se conocieran íntimamente desde hacía años. ¿No sabrían nada del escándalo de Vimiera? ¿Sería eso posible?

El conde se excusó cuando vio que Theo y su pareja de baile abandonaban la pista. Rodeó la sala hasta donde Elinor estaba sentada hablando con una mujer alta de cabello castaño rojizo que llevaba un espectacular vestido de terciopelo negro.

-Buenas noches, lady Belmont -saludó a su suegra con una reverencia y ella le sonrió, pero pudo detectar la curiosidad tras su exterior sereno Elinor había observado lo distinta que era la acogida que le habían dispensado esa noche a la que recibió en su salón. Sin embargo, no dijo nada entonces y Sylvester imaginaba que tampoco haría ningún comentario ahora.

-Stoneridge, qué sorpresa tan agradable. ¿Conoces a lady Praed?

-No tan bien como me gustaría -aseguró dándole un besamanos-.Veo que mi esposa estaba bailando con su marido.

-Llámeme Gabrielle -pidió lady Praed con una sonrisa-. Nathaniel detesta bailar, pero él y lady Stoneridge parecen compartir el mismo entusiasmo por la marga. Su mujer le estaba describiendo un depósito de marga descubierto hace poco en los terrenos de Stoneridge y él la

sacó a la pista para poder comentar sus distintas ventajas como fertilizante sin que los interrumpieran.

Sylvester rió, pero antes de que pudiera contestar, Theo y lord Praed llegaron a su lado.

-Permítame que le devuelva a su esposa, Stoneridge -dijo Nathaniel-. Por alguna razón su llegada ha eclipsado mis lastimosos intentos de entretenerla.

-Ni mucho menos -aseguró Theo algo ruborizada-. Sepa que es un agricultor con el que me identifico por completo. Un hombre de extraordinaria sensatez.

-Es demasiado amable conmigo, lady Stoneridge -afirmó lord Praed con solemnidad antes de darle un besamanos--. Será un honor para mí visitarla, si me lo permite. Me gustaría mostrarle el panfleto que le comentaba. -Acto seguido, ofreció el brazo a su esposa-. Gabrielle, creo que dijiste que querías ir al comedor.

Se despidieron de ellos y se marcharon tomados del brazo.

-Me apetece pan duro -dijo Gabrielle al entrar en el comedor.

-¿Qué? -Nathaniel la miró, sorprendido. Y, después, su expresión cambió--. ¿Pan duro? Gabrielle, ¿no estarás...?

-Es él único momento en que me apetece el pan duro -corroboro con una sonrisa tranquila.

-Dios mío -murmuró su marido.

-No sé si volverán a ser gemelos -reflexionó Gabrielle mientras observaba con expresión crítica lo que había en la larga mesa.

-Conociéndote, serán trillizos -dijo Nathaniel, que le ofreció una cestita de panecillos-. No dejas nunca de mejorar tus actuaciones, mi amor.

Gabrielle rió y partió un panecillo.

-¿Seis niños en casa?

-Una perspectiva desalentadora para un hombre que creía no querer ninguno. -Nathaniel sacudió la cabeza, pero sus labios esbozaron una sonrisita petulante-. Ven, de repente me apetece llevarte enseguida a casa. -Le rodeó los hombros con el brazo y la dirigió hacia la puerta.

Gabrielle no puso el menor reparo. Cuando los ojos de su marido ardían de ese modo, no tenía la menor intención de discutir.

Theo vio cómo se iban y frunció un poco el ceño.

-Espero no haber ofendido a lord Praed. No estás enojada, ¿verdad, mama?

-Sería una causa perdida, querida -afirmó Elinor-. ¿Has visto a Clarissa?

-La última vez que la vi estaba bailando con lord Littleton. Pero no le gustará venir al Almack's si no conseguimos que le den entrada a Jonathan Lacey. ¿No podrías pedírselo a lady Jersey?

-Parece un joven muy agradable -comentó Elinor-. Aunque distraído a veces. Pero me gustaría conocer a su madre. ¿Tú qué opinas, Stoneridge?

-Como me han informado que Clarissa ha encontrado el amor de su vida, no me atrevo a hacerlo.

-Puede que sea cierto -concedió Elinor con naturalidad-. Pero no daré mi aprobación hasta haber conocido a su madre.

Theo frunció más el ceño y volvió a lo que la tenía más desconcertada en ese momento.

-No te esperábamos, Sylvester.

-No, pero pensé en pasarme un momento para ver cómo os iba -dijo con soltura captando el remolino de preguntas en los ojos de su esposa-. No es raro que un marido haga tal cosa.

-No -dijo Theo con una frustración evidente en la cara y en la voz.

--Sylvester, ¿me harías el honor de presentarme a lady Stoneridge?

Neil Gerard se acercó a ellos y su pregunta irrumpió en el desconcierto de Theo.

-Cariño, me gustaría presentarte a un viejo amigo mío -dijo Sylvester con los ojos entrecerrados, aunque sus labios esbozaban una sonrisa-.Acabamos de encontrarnos después de una separación considerable.

Theo se encontró frente a un hombre de cara delgada, nariz aguileña ojos castaños, cabellos lisos y morenos y una figura alta y atlética que tenía algo que le resultaba

extrañamente familiar. Neil Gerard le cayó mal de inmediato aunque trató de ocultarlo mientras le sonreía y le alargaba la mano

Neil le hizo una reverencia, divertido a la vez que sorprendido. Resultaba que la mujer vibrante que había entrado con paso firme en el Fisherman's Rest no era la amante de Sylvester, sino la mocosa Belmont.

Rectificó mentalmente. No era ninguna mocosa. Joven, sin duda, pero no tenía nada de necia. No era una muchachita simplona. Recordó cómo le había impresionado la sensualidad descarada de la mujer que había sonreído y tocado al conde de Stoneridge, que había probado su bebida sin que le gustara y que había recibido una palmada en la mano por hacerlo.

-Estoy encantada de conocerlo, capitán Gerard -decía Theo-. ¿Estuvo en el Ejército con mi marido? -Lo observaba encubiertamente para ver su reacción. ¿Sabría ese hombre lo de Vimiera?

-También estuvimos juntos en el colegio, lady Stoneridge -afirmó, contestando por omisión, con lo que no dio ninguna pista a Theo-. Estuvimos hombro con hombro en muchas situaciones peliagudas, ¿verdad, Sylvester? -Se volvió con una carcajada sonora hacia el conde, que se limitó a inclinar la cabeza con una mirada indescifrable.

Se produjo un momento de pausa, pero antes de que el silencio de Sylvester pudiera ser evidente, Neil profirió otra sonora carcajada.

-Sí, lady Stoneridge, su marido y yo nos conocemos desde que éramos unos mugrientos chiquillos de diez años.

-¿Mugrientos? -Theo arqueó las cejas y lanzó una mirada sorprendida a su marido para seguir la broma-. Me cuesta imaginar a Stoneridge de otro modo que no sea inmaculado.

-Pero es que cuando yo tenía diez años, cariño, tú no estabas en situación de conocerme -intervino Sylvester.

Notaba el interés de Gerard por Theo como algo vivo. Tenía que haberla reconocido como la mujer del Fisherman's Rest, pero su interés tenía un aspecto que superaba la mera curiosidad. Contenía cierta ansiedad; Neil se sentía atraído por su mujer.

Ante esta idea, Sylvester entrelazó el brazo de Theo con el suyo.

-Discúlpanos, Gerard. Pero mi esposa me había pedido que la acompañara a casa sin demora.

Neil Gerard los dejó prometiendo visitar a la condesa cuando le resultara más conveniente.

-Eso no es cierto -protestó Theo.

-No, pero quiero llevarte a casa -contestó su marido-. Concédeme ese capricho.

Theo alzó los ojos hacia él. Sus labios fuertes lucían una sonrisa de puro propósito masculino, sus ojos brillaban con una sensualidad prometedora y supo que iba a asegurarse de que esa noche no le hiciera ninguna pregunta.

22

-¿Está ladyTheo en casa, Foster?

-Me temo que no, lady Emily. -El mayordomo sujetó la puerta para que Emily y Edward entraran en el vestíbulo.

-La esperaremos entonces -indicó Emily-. Seguramente hemos llegado un poco temprano.

-¿Su excelencia sabía que vendrían? -Foster sonó dubitativo.

-Sí, hemos quedado para visitar a la señora Lacey. El teniente Fairfax va a acompañarnos.

-¿Dijo a qué hora volvería? -preguntó Edward mientras lanzaba el sombrero sobre la mesita de la ventana.

-No, señor. ¿Quieren esperarla en la biblioteca?

-Sí, y tráiganos té, por favor -pidió Emily. Foster podía trabajar oficialmente a las órdenes del conde de Stoneridge, pero las chicas Belmont seguían tratándolo como si fuera su mayordomo personal, lo mismo que trataban la casa Belmont y Stoneridge Manor como si fueran suyas.

-¿Querrá clarete el teniente Fairfax, quizá? -dijo Foster con una reverencia.

-Gracias Foster -sonrió Edward-. ¿Dijo lady Theo adonde iba?

-No, señor. -Foster salió de la biblioteca para ir a buscar las bebidas que le habían pedido.

-¿No te parece un poco extraño? -comentó Edward, que se acercó a la ventana y miró a la calle. Hacía una tarde soleada, y una niña hacía girar un aro de hierro por la acera bajo la mirada de una niñera.

-¿No decirle a Foster adonde iba? -Emily frunció el ceño-.No

necesariamente. Theo siempre sale para tratar sus asuntos.

-No estamos en Lulworth, Emily. Aquí Theo no tiene asuntos que tratar -indicó Edward, que seguía observando por la ventana pero se volvió cuando Foster entró con la bandeja del té y la licorera de clarete-. ¿Se fue a pie, Foster? ¿O en el landó?

-Creo que a pie, señor -contestó Foster sirviendo una copa de clarete.

-¿Con su doncella o con un lacayo? -Tomó la copa con una sonrisa de agradecimiento y pensó que si Theo iba a recorrer un trecho largo, se habría llevado al lacayo.

-Creo que no la acompañaba nadie, señor -dijo Foster con el ceño fruncido.

Edward silbó. Volvió a girarse hacia la ventana, inquieto, esperando ver llegar a Theo de un momento a otro. Tenía un mal presentimiento.

-A Stoneridge no le gustará saber eso -sentenció.

-¿Qué es lo que no me gustará saber? -preguntó Sylvester desde el umbral. Llevaba la chaqueta cubierta de la tierra fina de la calle y con una mano enguantada sujetaba la fusta larga del carruaje.

-Es sólo que Theo no está -le informó Emily con aire despreocupado. No tenía intención de decir a Stoneridge que su hermana deambulaba sola por las calles de Londres.

El conde se volvió hacia su mayordomo arqueando una ceja.

-¿Desde cuándo, Foster?

-No podría decirlo con seguridad, milord. -El mayordomo había encubierto a su joven señora desde que era pequeña y asumió su papel acostumbrado sin preguntarse por qué tendría que hacerlo en esa ocasión.

-¿Una hora? ¿Dos?

-Quizá media hora, milord.

-¿Tiene eso algo de extraño?

-Habíamos quedado para salir juntos -contestó Emily-. Theo no suele olvidar un compromiso.

-Ya veo. -Se encogió de hombros-. Bueno, estoy seguro de que volverá pronto. ¿Qué te parece este clarete, Edward?

-Excelente, señor.

La cabeza de Edward era un torbellino. Su presentimiento se había convertido en convicción. Sabía con exactitud qué había hecho olvidar a Theo su compromiso. Sabía dónde había ido sola, seguramente en un carruaje de alquiler.

-Emily, tendrás que disculparme -soltó dejando la copa en la mesa-. Acabo de acordarme de que tengo una cita muy urgente con... con mi sastre.

Y ante la mirada asombrada de Emily, pasó ante el mayordomo y salió casi corriendo de la casa.

-¿Se puede saber qué pasa? -preguntó Sylvester a su mayordomo y su cuñada, que tenían aspecto de estar confundidos.

-No lo sé, señor. -Foster hizo una reverencia y se marchó de la biblioteca.

Emily observó a su cuñado algo nerviosa, pero no se le ocurría nada que decir. Tenía la sensación de que debería improvisar una explicación razonable para la extraña partida de Edward, pero no era una persona de reacciones rápidas cuando las circunstancias eran buenas, así que bajo la mirada penetrante de Stoneridge se cohibió por completo.

-Dime algo, Emily -pidió Stoneridge, aparentemente despreocupado-. ¿Suele recordar Edward de ese modo que tiene una cita?

-Algunas veces -murmuró Emily.

-Humm. -Se frotó el mentón con el ceño fruncido-. ¿Pero tendría razón al pensar que esas veces tienen que ver por regla general con Theo?

El rubor de Emily fue respuesta suficiente, aunque la joven intentara pensar en alguna excusa.

-¿Y qué sospechó de repente que mi mujer se traía entre manos?

-No lo sé -contestó Emily sacudiendo la cabeza.

-¿Pero estás de acuerdo conmigo en que se le ocurrió de golpe de qué podría tratarse?

--Es posible. Están... Están muy unidos. Siempre lo han estado.

Emily empezaba a sentirse como una de las mariposas que Rosie tenía sujetas con un alfiler en su colección y pensó con amargura en su prometido y en su hermana, que la habían dejado sola ante este interrogatorio en apariencia amable pero implacable. Ni siquiera sabía qué era lo que no debía decir.

Sylvester se acercó a la ventana, donde había estado Edward un momento antes. Tal vez la posición le traería la misma inspiración. El lando de lady Belmont estaba a la puerta; el cochero echaba una cabezada en el pescante y los dóciles caballos esperaban tranquilos bajo el sol.

-¿Puedo preguntarte adonde ibais a ir con Theo?

-A visitar a la señora Lacey -dijo Emily, feliz de contestar una pregunta nada problemática-. Edward iba a invitar a Jonathan a acompañarlo mañana a Tattersall. Quiere comprarse otro caballo de montar y pensó que Jonathan podría conocer ahí gente que le resultara útil.

A Sylvester se le antojó que era un ejemplo más de la solidaridad familiar que mostraba Edward. Y era de suponer que había salido disparado para ayudar a Theo.

Un escalofrío de inquietud le recorrió la espalda. ¿Por qué necesitaría ayuda Theo?

Y entonces lo supo, con una claridad meridiana. ¿Podría haber contado a Edward la visita al Fisherman's Rest?

¿Qué quería decir con eso de si podría? Seguro que se lo había contado. Eso y todas sus especulaciones, fueran cuales fueran. Ni por un minuto había creído que Theo hubiera dejado de especular por el mero hecho de que se hubiera negado a comentarle sus planes. Había aceptado fácilmente su silencio... demasiado fácilmente. Podía ver el gesto obstinado de su boca y de su mentón levantado que significaban siempre: cree lo que quieras, pero yo tengo mis propias ideas.

Theo había vuelto a ir al Fisherman's Rest.

Le había dejado lo más claro que había podido que no toleraría otra excursión temeraria como ésa, y no le había hecho el menor caso. Pero era culpa suya. ¿Cómo había sido tan idiota como para confiar en que Theo obedecería órdenes?

La intensidad de su furia lo dejó atónito. Al desobedecer su orden directa e inmiscuirse en sus asuntos particulares, se había puesto de forma temeraria en un grave peligro. Sin un momento de reflexión se había metido en la alcantarilla infestada de ratas que era la calle Dock, donde la cara desesperada de la pobreza daba forma a las almas endurecidas de sus habitantes. La matarían para hacerse con sus guantes de piel y lanzarían su cadáver al Támesis sin el menor escrúpulo.

Y por si eso no era suficiente, vadeaba sumergida hasta las caderas en las arenas movedizas de Vimiera hacia un hombre peligrosamente desesperado.

-Emily, permite que te acompañe a tu carruaje -dijo con brusquedad, volviéndose hacia su cuñada.

Emily sintió pavor al ver su semblante enfurecido. La cicatriz, a la que creía haberse acostumbrado de tal modo que apenas la notaba ya, destacaba ahora por su lividez. Sus ojos fríos echaban chispas, y sus labios formaban una simple línea tensa.

-No es necesario -dijo-. Foster me acompañará.

-Vamos -indicó sin prestar atención a sus palabras.

Emily se levantó de inmediato. ¿Qué habría hecho Theo para provocar una transformación tan terrorífica? Por lo general, Emily se sentía bastante a gusto con su cuñado, pero en ese instante le pareció el hombre más aterrador que había visto nunca... más incluso que su abuelo cuando montaba en cólera.

Prácticamente corrió delante de él para salir de la biblioteca y de la casa. Cuando le puso su mano enorme bajo el codo para subirla al lando, casi la levantó del suelo, de modo que se sintió tan frágil y vulnerable como una hoja al viento. Le había visto tratar a Theo de esa forma, metiéndola y sacándola, subiéndola y bajándola de los sitios con una enérgica falta de ceremonia que a su hermana jamás parecía importarle. Pero Emily no repetiría la experiencia ni por todo el oro del mundo. Se recostó con alivio cuando Stoneridge ordenó al cochero que arrancara y su semblante sombrío quedó atrás.

El conde subió corriendo los peldaños para volver a entrar en la casa y ya daba órdenes antes de llegar al vestíbulo.

-Foster, que vuelvan a traer a la puerta mi carrocín. Pero no con los zainos, ya han hecho una carrera larga.

-Sí, milord. -El mayordomo se mantuvo imperturbable ante la ira contenida de su señor pero, como Emily, no podía evitar todo tipo de conjeturas.

Cinco minutos después, Stoneridge se dirigía hacia la calle Dock conduciendo un carrocín tirado por ruanos y obligándose a no pensar en las cosas terribles que podrían estar pasando en ese mismo instante en su destino. Iba a una velocidad vertiginosa por las estrechas calles, ajeno a las miradas y las maldiciones de los peatones sobresaltados que se apartaban con rapidez del camino del hombre pálido con una cicatriz lívida en la frente.

Neil Gerard observó el semblante desfigurado de Jud O'Flannery. Su viejo sargento sonreía de oreja a oreja, lo que dejaba al descubierto su diente negro.

-¿Le ha mordido la lengua el gato, capitán? -preguntó con fingida preocupación.

-No sé de qué diablos me estás hablando. -Neil quería parecer enfadado y despectivo, pero le salió más bien como una bravata. Su miedo era resbaladizo bajo la fachada atrevida, como el hielo bajo la nieve. Notaba los ojos clavados en su espalda mientras los clientes de Jud bebían sus cervezas y contemplaban de reojo la escena que tenía lugar en la barra del bar. Su mirada se fijó en los puños inmensos del tabernero, que reposaban tranquilos sobre la barra. Una capa de vello oscuro cubría su dorso y brotaba en los nudillos.

Cualquier hombre que recibiera un puñetazo suyo quedaría tumbado bajo la mesa con la mandíbula rota. La presión de esos dedos acabaría con la vida de alguien en un minuto. Y con sólo mover los ojos, el grupo de rufianes se levantaría y cruzaría el bar hacia Neil Gerard.

-Tengo mis fuentes -decía Jud en un tono reflexivo, pero su ojo verde lucía un brillo irónico. Sabía que Neil Gerard estaba asustado. Era un hombre que se asustaba con facilidad. Nadie lo sabía mejor que el sargento O'Flannery-. Y como le estaba diciendo, esas fuentes me cuentan que ha estado bebiendo en otra taberna. Eso me ha dolido bastante, capitán. -Tomó un

buen trago de cerveza de su jarra-. Viene aquí de forma regular pero nunca toma nada ni dice una palabra cortés a un viejo compañero de armas y, encima, me entero de que va al Fisherman's Rest y que ahí bebe y charla sin parar. ¿Tiene Long Meg gente de mejor clase? ¿Es eso, capitán?

Neil notó que el sudor le cubría la frente. Quería secárselo, pero hacerlo pondría de relieve su miedo. ¿Cuánto sabría Jud?

-Un hombre tiene derecho a beber donde le apetezca -soltó, y él mismo notó lo poco convincente que sonaba. Se metió la mano en el bolsillo y sacó su bolsa-. Toma. -Dejó las cinco guineas de oro y se volvió para marcharse.

-Un momento, capitán -la voz de Jud se había endurecido.

-¿Sí? -Neil se giró hacia él, a su pesar.

-No me gustaría pensar que está buscando una forma de acabar con nuestro acuerdo. ¿No haría nada así, verdad, capitán?

De repente, se inclinó sobre la barra, tan cerca de Neil que éste notó el olor a cerveza y el hedor a caries de su aliento. Alargó un brazo y agarró al capitán por el pañuelo almidonado que le había llevado media hora ponerse a su entera satisfacción.

-¿No haría nada así, verdad? -repitió Jud, y lo salpicó de saliva. Neil trató de volver la cabeza para no ver su mirada amenazadora.

-No sé de qué me estás hablando -dijo de nuevo.

Jud asintió despacio y le sujetó con más fuerza por el pañuelo.

-Quizás uno de mis amigos podría explicárselo mejor.

Empujó a su cautivo hacia atrás con fuerza, y Neil se tambaleó hacia los brazos de un esbirro sonriente que lo agarró como si fuera un niño y lo lanzó al otro lado de la habitación. Neil se estrelló contra una mesa. Una jarra de cerveza salió volando y su contenido se vertió en su inmaculada capa y goteó hacia sus pantalones de gamuza.

-¡Cuidado, hombre! -gritó alguien mientras trataba de incorporarse-. Mira que salpicarme así.

Un hombre con la cara colorada de indignación le agarró por el pañuelo y lo levantó. Lo sujetó y le arreó un puñetazo en la mandíbula.

Neil vio las estrellas, notó el sabor de la sangre y sintió la máxima humillación cuando un líquido caliente le resbaló por las piernas. Entonces, el hombre lo soltó en medio de un montón de sonoras carcajadas.

-Hasta la semana que viene, capitán -lo saludó Jud con alegría cuando tropezó en la puerta al salir.

El muchacho que le sujetaba los caballos observó con gran curiosidad al caballero cuyo ojo derecho se estaba hinchando con rapidez. Del mentón le goteaba sangre, que le manchaba el pañuelo rasgado, y apestaba a cerveza y a orina. Neil soltó una palabrota al chico y subió como pudo a su carrocín.

-Oiga, ¿no me paga, jefe? -gritó el muchacho-. Ese del Black Dog es mi padre.

Neil le lanzó un taco fuerte, pero no tenía ganas de volver a encontrarse con nadie del Black Dog. Se sacó una moneda de seis peniques del bolsillo y la lanzó a los pies del chico que, con una sonrisa, la recogió y salió disparado calle abajo antes de que alguien más corpulento y más fuerte decidiera arrebatársela.

El capitán fustigó a los caballos, que iniciaron su marcha por el callejón. Al que iba en cabeza se le enganchó un casco en un adoquín suelto y casi se cayó. Gerard tiró de las riendas y procuró controlarse. La violencia física lo aterraba. Cuando era pequeño, la simple amenaza de violencia lo reducía a un manojo de nervios tartamudeante y lo convertía en el objetivo ideal de los bravucones que merodeaban los pasillos de la Westminst School. Cómo envidiaba a Sylvester Gilbraith quien, incluso acabado de entrar en el colegio con diez años, se enfrentaba a los torturadores con los puños y la lengua y no se dejaba intimidar. Le habían pegado a menudo, pero siempre se recuperaba y por fin lo dejaron en paz. No así a Neil Gerard, que esos años sufrió unos calvarios que apenas soportaba recordar.

Y había vuelto a ocurrir. A manos de un grupo de rufianes de la zona portuaria, que se reían de él y se divertían a costa de su terror mientras lo golpeaban. Y tendría que volver a ir

la semana siguiente y ver al sonriente Jud O'Flannery. La semana siguiente y la otra, y la otra. Ante él se abría una eternidad de humillaciones, porque ya no podía buscar más asesinos a sueldo en ese barrio.

Pasaba por un extremo de la calle Dock en dirección a Tower Hill. Lanzó una mirada calle abajo, hacia el Fisherman's Rest. ¿Quién lo habría reconocido ahí como el caballero de Jud? Alguien de ese inmundo agujero había informado a O'Flannery de sus negociaciones. El hombre que había enviado a Dorset se había enfadado cuando se había negado a pagarle por su fracaso y a compensarle, por lo tanto, por el tiempo y las molestias que se había tomado. Ese hombre lo había insultado y había amenazado con vengarse. Pero Neil se lo había tornado como una bravata.

Delante del Fisherman's Rest había un carruaje de alquiler. Eso era algo muy poco corriente. Vio cómo una persona con capa bajaba con agilidad del vehículo. Una mujer. La curiosidad le hizo olvidar por un instante el dolor de la mandíbula y el estado lamentable de sus vestiduras. La mujer dijo algo al cochero e inclinó la cabeza en dirección al pescante. La capucha le resbaló hacia atrás y sus cabellos negros quedaron al descubierto.

Por todos los santos, ¿qué hacía la condesa de Stoneridge en el Fisherman's Rest? ¡Y sola!

No sería extraño que Sylvester fuera a esa taberna otra vez. En su última visita no había averiguado nada y seguro que lo volvería a intentar. Aunque no descubriría nada. Neil no iba a cruzar esa puerta nunca más y nadie sabía cómo se llamaba ni podía describirlo.

Pero ¿qué hacía ahí su mujer, sola? ¿Buscaba información para su marido? Era increíble. Y no podía creer que Stoneridge lo hubiera consentido. No había intentado disimular su enojo cuando apareció la vez anterior, y ningún hombre razonable lo culparía por ello. Las esposas no seguían a sus maridos a sitios como ése. Y mucho menos iban a ellos solas.

Mientras ordenaba a sus caballos que reemprendieran la marcha, se le ocurrió una idea. Podría valer la pena cultivar la amistad de lady Stoneridge Tal vez le sirviera para llegar a su marido. Resultaba evidente que era indiscreta y poco convencional. ¿Cómo podría interpretarse si no su presencia en el Fisherman's Rest? ¿Insensatamente impulsiva? ¿Temerariamente valiente? Sin duda podría lograrse que una persona así cometiera indiscreciones fatídicas con el incentivo adecuado. Sólo necesitaba encontrar el incentivo adecuado.

De golpe se dio cuenta de que no tenía que eliminar a Gilbraith, sino sólo neutralizarlo. El chantaje era la forma de acabar con su propio calvario a manos de Jud. Si se aseguraba de que Gilbraith no abriera nunca la boca sobre Vimiera, incluso aunque supiera la verdad, podría permitirse decir a Jud lo que podía hacer con su amenaza de descubrirlo. Bueno, quizás eso no. La idea de ese encuentro le provocó náuseas de terror. Pero las visitas al Black Dog podrían terminarse sin dar ninguna explicación.

Desaparecería de Londres un tiempo, por si Jud decidía perseguirlo, pero estaba bastante seguro de que su antiguo sargento concentraría enseguida su atención en otros pájaros a quienes desplumar. Y si Jud decidía ir al Horse Guards a contar su versión de los hechos en Vimiera, sólo lo considerarían las divagaciones de un viejo soldado desafecto que guardaba rencor a su comandante... siempre y cuando Gilbraith no confirmara la historia con su propio recuerdo de la verdad.

Se secó la sangre del labio partido con el dorso de la mano enguantada y fustigó a sus caballos al trote. Ya no sentía pánico. Cultivar la amistad de una joven atractiva pero ingenua y sin duda irresponsable, y manipularla, era una perspectiva mucho más agradable que encargar accidentes a asesinos a sueldo de la zona portuaria. Y el chantaje era una herramienta mucho más limpia que el asesinato.

Theo, sin saber que era observada a su llegada al Fisherman's Rest, abrió la puerta y entró en el bar hediondo y mal iluminado. Estaba casi vacío a esa hora del día, aunque había un anciano sentado junto al fuego fumando una pipa de cerámica. Una joven con un bebé en el pecho estaba apoyada en la barra.

-Dos peniques de ginebra, Long Meg.

-Déjame ver antes el dinero -pidió la tabernera con voz ronca desde la penumbra que reinaba tras la barra.

-¿No podrías fiarme? -gimió la joven-. La ginebra ayuda a dormir al niño.

Long Meg apareció entre las sombras, tan corpulenta y con la cara tan colorada como Theo la recordaba cuando echó a Tom Brig con un rodillo de amasar.

-La última vez ya te dije que basta de... -se interrumpió al ver a Theo-. Vaya, vaya -dijo despacio-. Mira qué tenemos aquí. ¿Quiere algo, señorita?

-Me gustaría hacerle algunas preguntas -contestó Theo sonriendo de forma amable mientras avanzaba por el empapado serrín.

-¿Y quién es usted? -quiso saber la mujer con los ojos entrecerrados y los brazos, portentosos, en jarras.

-Me llamo Pamela -contestó Theo, que se había preparado de antemano.

-Estuvo aquí la otra noche -afirmó Long Meg, recelosa-. Con ese caballero. ¿Qué quiere gente como ustedes de gente como yo?

-Quería preguntarle cosas sobre uno de sus clientes.

Long Meg echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada, pero no fue un sonido agradable.

-Aquí no contestamos preguntas, señorita. Mis clientes no se meten en lo que no les importa y yo tampoco. No nos gustan los fisgones.

Levantó la trampa para salir de detrás de la barra. En el espacio reducido y poco iluminado del bar parecía aún más corpulenta que la noche anterior, y Theo sintió los primeros indicios de alarma.

-No estoy fisgoneando -protestó Theo, aunque parecía un término preciso para lo que estaba haciendo-. Pagaré por cualquier información...

-Vaya, ¿de veras? -La mujer se acercó a Theo y la observó desde su mayor altura-. Veamos entonces qué lleva en esa bolsa.

Alargó la mano hacia la bolsa y Theo retrocedió a la vez que le apartaba el brazo. Long Meg se abalanzó entonces hacia delante y Theo balanceó la bolsa por encima de su cabeza a la vez que levantaba una pierna para atizar a la mujer en la barriga.

Long Meg bramó, y de repente aparecieron dos hombres de la parte trasera del local. La joven con el bebé seguía apoyada en la barra; sus ojos, apagados debido a la ginebra, seguían la escena y se apartó con desgana cuando los dos hombres se abrieron paso a través del hueco de la barra.

Theo sabía que no tenía ninguna posibilidad contra los tres. ¿Por qué no se le habría ocurrido llevar una pistola? ¿Por qué no había pensado que podían intentar robarle? Saltó hacia atrás y empujó un banco entre ella y el avance decidido de sus atacantes. Si pudiera salir a la calle, podría correr hacia el carruaje.

Pero los hombres la flanqueaban sin quitarle los ojos de encima mientras se acercaban a ella, lo mismo que Long Meg, que lucía una expresión despiadada en la cara. La patada de Theo le había hecho daño, pero no lo bastante para entorpecerla, aunque sí para enfurecerla.

Desesperada, Theo agarró un jarro de cerveza de la mesa y lo lanzó a la cara del hombre que se le aproximaba por la izquierda. El otro se abalanzó hacia ella y la asió por un brazo. Theo tiró de él con fuerza hacia arriba, giró el cuerpo y le dio con la cadera, con lo que logró que la soltara. Pero sabía que no podría seguir así.

Y entonces resonó un disparó en el bar.

-Aléjense de ella.

-Edward -Theo se volvió aturdida y aliviada. Su amigo estaba en el umbral, con una pistola de chispa en su única mano.

-Deprisa -dijo, y Theo se percató de que no podía volver a cargar el arma y de que sus agresores no tardarían más de un segundo en recuperarse de la sorpresa y en darse cuenta tanto de eso como del hecho de que su salvador sólo tenía un brazo.

Dio los tres pasos que la separaban de la puerta a la carrera mientras Edward retrocedía hacia la calle. Long Meg y sus dos compinches corrieron tras ellos, y Theo se giró y les cerró la puerta en las narices de un puntapié.

-¡Corre! -agarró el brazo de Edward y dirigió una mirada con los ojos desorbitados a la calle vacía. El carruaje de alquiler había desaparecido.

Edward maldijo mientras trataba de volver a cargar la pistola con una mano. El carruaje de alquiler que lo había traído se había desvanecido del mismo modo que el de Theo, y sospechó que el ruido del disparo había alejado a ambos cocheros hacia un barrio menos inestable.

La puerta del Fisherman's Rest se abrió con gran estrépito y los dos hombres salieron a la calle, seguidos de cerca por Long Meg.

Edward abandonó sus intentos de volver a cargar la pistola y se echó a correr con Theo. Sus perseguidores gritaban tras ellos, y Theo se percató de que estaban pidiendo ayuda. Tropezó, cayó de rodillas y se levantó para volver a correr de inmediato. Los golpes fuertes de las botas de sus perseguidores parecían retumbar en su interior, y casi sentía su aliento cálido en la nuca. Edward no podía correr tan rápido como ella, ya que su cuerpo estaba desequilibrado, así que le aferró la mano y procuró con todas sus fuerzas evitar que tropezara.

Y entonces el carrocín dobló la esquina de Smithfield como una exhalación: los caballos pasaron ante los fugitivos al galope y se detuvieron encabritándose portentosos frente a sus perseguidores, que retrocedieron aterrorizados ante los cascos agitados y los ojos desorbitados de los cuatro espléndidos animales.

Theo y Edward aspiraron profundamente y dejaron que el alivio de la salvación los invadiera. El conde de Stoneridge no dijo nada a las tres personas del Fisherman's Rest, pero permaneció sentado, inmóvil como una estatua, mientras les obstruía el paso con los caballos y el vehículo. Los dos hombres y Long Meg retrocedieron hacia la puerta y se metieron en la taberna.

Pasado el peligro, el conde controló los caballos. La calle era demasiado estrecha para dar la vuelta, así que echó una mirada atrás por encima del hombro hacia donde Edward y Theo seguían jadeando.

-Subid -dijo-. Vamos.

Theo observó la cara de su marido y tuvo la certeza de que iba a salir del fuego para caer en las brasas. Avanzó hacia el carrocín.

-No culpes a Edward por...

-No lo hago -la interrumpió con una calma glacial-. Subid.

23

El carrocín no estaba diseñado para tres personas y Theo se encontró sentada prácticamente en el regazo de Edward una vez que se instalaron como pudieron en el asiento.

Sylvester no dijo nada y, aparte de moverse un par de centímetros a un lado, no los ayudó cuando se apretujaron junto a él. En cuanto vio que estaban bien sentados, ordenó a los caballos que iniciaran la marcha. Ninguno de ellos abrió la boca hasta haber dejado atrás la calle Dock. Entonces, Edward se aclaró la garganta y habló bastante cohibido.

-Le ruego que me perdone por haber metido así la pata. Tendría que haber pensado... recordado...

-No te responsabilizo de los actos de mi esposa, Fairfax -lo interrumpió Sylvester con una voz dura como el hierro.

Edward se calló, debatiéndose en su humillación. Antes habría podido manejar esa situación; ahora, en cambio, tenían que rescatarlo como a un colegial gallito que había querido enfrentarse al bravucón de la escuela.

Theo le tocó el brazo para animarlo, sabiendo exactamente cómo se sentía, pero él la culpó con la mirada de su pena y su vergüenza al haberlo involucrado en una situación donde se había visto obligado a admitir sus limitaciones.

Observó el perfil de su marido y no encontró tranquilidad en él. Su boca y su mandíbula parecían esculpidos en granito, y sabía que sus glac¡ales ojos grises estarían echando chispas.

-¿Sylvester? -probó, vacilante.

-Supongo que preferirás no oír lo que tengo que decirte en medio de la calle, así que te sugiero que te calles.

Theo le hizo caso y prosiguieron su camino sin decir otra palabra a través de los bancos de la City, ante la catedral de St. Paul y a lo largo del Strand donde el paisaje se volvió más conocido, las calles más anchas, las casas particulares más imponentes y en los escaparates lucían los artículos lujosos que atraían al Londres distinguido en plena temporada.

El conde, que ya no estaba espoleado por el miedo, avanzaba por las calles sin tantas prisas, dejando un margen razonable a los landós elegantes y los carros fuertes, y concediendo a los peatones tiempo más que suficiente para que se apartaran de su camino. Con Theo a salvo a su lado, se sentía desprovisto de toda emoción, como si su cuerpo contuviera sólo un vacío frío e inmenso.

-¿Te importa si te dejo en Piccadilly, Fairfax? -La pregunta seca llegó tras un silencio tan largo que tanto Edward como Theo dieron un brinco.

-No, por supuesto que no. Le estoy muy agradecido -afirmó Edward, abatido.

Sylvester se detuvo en la esquina de Piccadilly con St. James y Edward bajó, incómodo, del vehículo. Mientras estaba ahí quieto, pensando qué decir, Sylvester le dio unos bruscos buenos días y el carrocín siguió la marcha.

Sola con su marido, Theo miró hacia atrás y levantó una mano a modo de triste despedida. Edward pensó que tenía el aspecto de alguien que se dirigiera en una carreta hacia la guillotina y sintió compasión por ella a pesar de su propia aflicción. Rara vez la había visto aprensiva, ni siquiera de pequeña cuando, alguna vez, se había enfrentado a la cólera de su abuelo, pero su ansiedad en esta ocasión se le antojó plenamente justificada. No recordaba haber visto nunca a nadie tan intimidador como el conde de Stoneridge esa tarde.

Con la marcha de Edward, el vacío frío e inmenso se llenó otra vez y el enfado de Sylvester ardió de nuevo con fuerzas renovadas. Theo le había hecho sentir más miedo que nunca antes en toda su vida. Cuando doblo la esquina de la calle Dock y se dio cuenta de que hacerlo un minuto después habría sido demasiado tarde, el puro terror que había estado conteniendo le recorrió el cuerpo. Cuando pensaba que sólo un cúmulo de circunstancias fortuitas lo había alertado sobre la peligrosa iniciativa de Theo, volvía a imaginar su cadáver maltrecho flotando en las aguas grasientas y oscuras del Támesis y sentía náuseas.

Condujo el carrocín a las caballerizas, bajó y entregó las riendas al mozo antes de levantar una mano imperiosa para ayudar a su esposa.

Theo apenas le tocó los dedos cuando saltó al suelo. La cicatriz se marcaba en la cara de su marido como un corte azulado que le cruzaba la frente y se dio cuenta de que, aunque lo había visto antes enfadado, nunca como entonces. La aprensión le revolvió las entrañas, le erizó el vello de la nuca y le hizo temblar las piernas. Nunca la había asustado nadie. Ni siquiera se había asustado esa tarde; no había habido tiempo para ello. Pero en ese momento, al enfrentarse a las consecuencias de lo que ahora se le antojaba como una imprudencia y una locura, estaba muerta de miedo.

No conocía a ese hombre que ahora gobernaba su vida, porque él no se lo permitía. Oh, conocía su cuerpo, lo que le proporcionaba placer. Y también lo que le hacía reír y lo que lo enojaba. Todos los aspectos banales del momento presente. ¿Pero cómo iba a conocer verdaderamente a su marido si éste le ocultaba sus pensamientos más íntimos, la excluía de sus planes y decisiones y sólo le contaba los meros hechos de su existencia anterior sin ninguna de las emociones y las reacciones que habría tenido el hombre que los había vivido?

No podía ni imaginar qué pasaría.

Sylvester puso una mano en los riñones de Theo para conducirla delante de él. Salieron así de las caballerizas y dieron la vuelta hacia la entrada de la casa Belmont.

Foster les abrió la puerta, pero el saludo no le salió de los labios al captar la palidez en el rostro de la condesa y la severidad en el del conde.

La mano de Sylvester se había desplazado hacia la cintura de Theo y le hizo recorrer con él el vestíbulo hacia las escaleras tan deprisa que sus pies apenas tocaban el parqué. La escalera de mármol parecía elevarse interminable ante ella. Era muy consciente de la proximidad de su marido. Notaba el roce de su aliento sobre su cabeza y la calidez de su

cuerpo, pero era una proximidad amenazadora. Hasta entonces el mero hecho de tenerlo cerca le provocaba un cosquilleo de esperanza. Pero el cosquilleo que sentía ahora procedía de una terrible incertidumbre.

Una vez en lo alto de las escaleras, recorrieron el pasillo y Theo cruzó en volandas las puertas dobles de su extremo. Sylvester se agachó para abrir una puerta y entraron en el dormitorio de Theo, lleno de objetos familiares con su elegante decoración y el brillo y el chisporroteo alegres del fuego. Pero eso no la tranquilizó.

Sylvester cerró de un portazo. Cuando Theo se volvió para enfrentarse a él, la tensión de sus rasgos de muchachito y de sus ojos azules le causó cierta satisfacción macabra; una pequeña recompensa por el miedo terrible que ella le había hecho pasar.

-¡Cómo te atreves a hacer tamaña tontería y de un modo tan insensato! -soltó.

-Sé que fue una tontería -aceptó Theo sujetándose las manos con fuerza-. No se me ocurrió llevar una pistola y...

-¡Qué! -la interrumpió incrédulo-. ¿Es eso lo único que se te ocurre decir? No respetas mis órdenes, te entrometes en mis asuntos, te pones deliberadamente en peligro... ¡Y te disculpas por haber olvidado llevar una pistola!

-¿Es que no lo entiendes? -exclamó-. ¿Qué otra cosa podía hacer? Me prometiste una asociación. Me... me sedujiste con la promesa de una asociación. No me habría casado nunca contigo si no me hubieras prometido eso. Y ahora me mantienes a distancia. No me permites saber nada sobre ti. Nada importante, quiero decir. -Se alejó de él con una frustración que le llenó los ojos de lágrimas.

-¿Te atreves a culparme a mí de tu rebeldía y de tu estupidez? -Furioso, dio un paso hacia ella, pero se detuvo al darse cuenta de que le temblaban las manos de cólera. Inspiró a fondo-. Estoy demasiado enfadado para tratar ahora este asunto. No sé qué sería capaz de hacerte -afirmó, y se volvió hacia la puerta-. Quédate aquí hasta que vuelva.

-¿Qué? -Sorprendida, se volvió de cara a él.

-A partir de ahora quiero saber dónde estás y cada paso que das -afirmó con fiereza-. Así que te quedarás en esta habitación hasta que me haya calmado lo suficiente para ser racional. Y te lo aseguro, Theo, como asomes ni siquiera un dedo por esta puerta, lo lamentarás toda tu vida.

Theo contempló estupefacta cómo salía y daba un portazo tras él. Temblaba y tenía náuseas. Enfadada, se secó las lágrimas de los ojos con el antebrazo y se acercó a la ventana. Sylvester apareció en la calle. Levantó la mirada hacia la casa pero, si la vio en la ventana, no lo demostró. Después, se volvió y se marchó rápido calle abajo, golpeando los setos bien cuidados de alheña con el bastón.

Theo se alejó de la ventana. Se llenó un vaso de agua de la jarra del lavamanos y bebió despacio para que las náuseas remitieran y su respiración se volviera regular.

Ahora sí que la había armado.

Se quitó los zapatos de una patada, se dejó caer en un sillón, junto a la chimenea y, con los ojos fijos en las llamas, acurrucó las piernas bajo su cuerpo. Lo peor de todo era que se había visto obligada a enseñar sus cartas. Ahora Sylvester sabía que no estaba dispuesta a aceptar sus silencios como verdaderas órdenes y, conociéndolo, seguro que tomaría medidas drásticas para impedirle seguir por el camino que había elegido.

Si no lograba convencerlo de que confiara en ella, tenía toda la pinta de estar atada de manos.

Echó la cabeza hacia atrás para apoyarla en los cojines y maldijo entre dientes. Sylvester debía de estar deambulando por las calles de Londres ideando algún plan infalible para convertirla en la esposa ideal que no cuestionaba nunca las decisiones de su marido ni hacía preguntas incómodas ni, Dios nos libre, se encargaba de las cosas por su cuenta. Una esposa amable y sumisa que le calentara las zapatillas, ordenara sus platos favoritos y que agachara la cabeza para acatar en silencio todas sus órdenes.

Pues no le iba a resultar fácil. Volvió la cabeza para mirar la puerta cerrada de su dormitorio. Quizá no le iba a resultar fácil pero, por alguna razón, no le apetecía desobedecer la orden que le había dado al irse.

El ruido de alboroto en la calle la sacó de su ensimismamiento y se levantó del sillón para acercarse a la ventana. Un carruaje se había detenido ante la puerta con cajas y baúles atados al techo. Sus ruedas pintadas de amarillo estaban cubiertas de barro y los paneles laterales, muy salpicados. Era evidente que había hecho un largo viaje. Lo acompañaban seis escoltas con trabucos: un viaje peligroso, al parecer.

Mientras Theo seguía mirando, un postillón abrió la portezuela y bajó el estribo. Lady Gilbraith salió del vehículo, se sacudió las faldas y se ajustó el sombrero con un movimiento brusco, como si la prenda la hubiese ofendido de algún modo. Alzó los impertinentes y empezó a examinar la fachada de la casa Belmont en el momento en que Foster bajaba a toda prisa los peldaños de la entrada para recibirla, y Mary se apeaba del carruaje envuelta por alguna extraña razón en una manta púrpura y con un pañuelo blanco sujeto sobre la nariz.

Horrorizada, Theo observó la cantidad de equipaje que contenía el techo del vehículo. ¿Cuánto tiempo pensarían pasar con ellos? Se volvió al oír cómo llamaban apresuradamente a la puerta.

-Perdone, milady, pero acaba de llegar la madre de su exce... Quiero decir, lady Gilbraith -anunció Dora, casi sin aliento tras la carrera-. Elseñor Foster me mandó para avisarla.

-Gracias, Dora. -Se giró hacia el espejo ocultando una sonrisa. Se le presentaba una elección interesante: obedecer las órdenes expresas de su marido o recibir a su madre con la cortesía y la hospitalidad debidas. Decidió que haría lo segundo. Sylvester se vería en apuros para criticárselo.

Su reflexión alborotada le devolvía la mirada desde el espejo. Pasar una tarde luchando y corriendo para huir de una banda de ladrones de la zona portuaria no le había dejado un aspecto nada arreglado.

-Ayúdame a cambiarme de vestido, Dora. Me pondré el de seda color crema. -Empezó a quitarse las horquillas y sacudió la cabeza para que el cabello le quedara suelto-. Y tendré que peinarme de nuevo, pero date prisa. No debo hacer esperar a lady Gilbraith.

Diez minutos después bajaba deprisa las escaleras hacia el vestíbulo, donde, consternada, vio la montaña de bolsas de viaje que los lacayos seguían entrando.

-Su excelencia y la señorita Gilbraith están en el salón, lady Theo -la informó Foster-. Me permití sugerir que tal vez les apeteciera tomar té, pero a su excelencia no le pareció que pudiéramos prepararlo a su gusto.

-Traiga café en su lugar. Creo recordar que su excelencia lo prefiere -indicó Theo mientras le guiñaba el ojo con complicidad para susurrar-: ¿Cuánto tiempo van a quedarse?

-No lo sé, milady -contestó Foster con el gesto torcido-. ¿Será la habitación China para la señorita Gilbraith y la suite Jardín para su excelencia?

Theo asintió, enderezó los hombros y entró en el salón.

-Bienvenida a la casa Belmont, señora. Espero que el viaje no fuera demasiado agotador.

-Ha sido pesadísimo -afirmó su suegra, que se llevó los impertinentes a los ojos y sometió a Theo a un examen largo y enervante-. Humm. Pareces haber perdido parte de ese color moreno que tenías... eso está algo mejor. -Se las apañó para expresar sorpresa en lugar de aprobación--¿Dónde está Stoneridge?

«Caminando furioso por las calles.»

-Ha tenido que salir. Estoy segura de que, si hubiese sabido que llegaban hoy, habría estado aquí para darles la bienvenida.

Theo se volvió hacia su cuñada, todavía envuelta en su sorprendente manta púrpura y con el pañuelo blanco bajo la nariz escarlata, que desentonaba de forma increíble con la manta.

-Espero que estés bien, Mary.

-¿Acaso parece bien? -preguntó su excelencia-. Lloriquea y le gotea la nariz. Esperemos que el imbécil de Weston pueda hacer algo por ella. Aunque no tengo demasiada fe en los médicos... son todos unos charlatanes. Y carísimos.

-Si pudiera tomar un baño de mostaza, mamá -suplicó Mary-.Estoy segura de que me pondría mejor.

-El café, señora. -Foster entró en el salón con una bandeja.

-Gracias -dijo Theo-. Y, Foster... Foster, a la señorita Gilbraith le gustaría tomar un baño de mostaza, si es posible. -Se volvió hacia la aquejada para preguntarle solícita-: ¿Sólo para los pies, Mary, o sería más conveniente que sumergieras todo el cuerpo?

Mary resopló, indignada porque había hecho esa sugerencia ante un mayordomo.

-Ordenaré que lleven una jofaina a la habitación China, milady -intervino Foster en un tono represivo a la vez que lanzaba una mirada de reprobación a su joven señora-. Lady Gilbraith, su doncella está en sus aposentos y la espera cuando guste.

Theo sirvió el café y ofreció más leche cuando su suegra manifestó que era demasiado fuerte para alguien que estaba mal del hígado.

-¿También la visita el doctor Weston, señora? -preguntó con dulzura mientras le llenaba la taza de leche hasta arriba-. ¿Por el hígado, quizá?

-Mi hígado es cosa mía, jovencita-soltó lady Gilbraith-. Me sorprende que tu madre no te enseñara a no hacer preguntas impertinentes, aunque lo cierto es que los Belmont siempre carecieron de refinamiento.

Theo notó que se ruborizaba y se mordió la lengua hasta haber recuperado el control.

-¿Café, Mary? -dijo.

-No tomo -contestó Mary con petulancia, como si Theo debiera haberlo sabido-. Me gustaría subir a mi habitación.

-Por supuesto, te acompañaré arriba. -Theo se levantó y se dirigió hacia la puerta. Echó un vistazo por las ventanas que daban a la calle y vió la figura inconfundible de su marido que se acercaba a la casa. El corazón le dio un vuelco, y rogó a Dios que se hubiera calmado bastante para reaccionar de modo racional al verla abajo.

Cuando Sylvester entró en la casa, el carruaje estaba ya en las caballerizas y no tenía idea de que hubiera visitas. Su expresión seguía siendo adusta pero había aplacado un poco su furia y había recuperado el dominio de sí mismo. Iba a enviar a Theo a Stoneridge a primera hora del día siguiente. Era una decisión simple que la mantendría alejada mientras él se encargara de Gerard y que, por otra parte, le impediría hurgar más en sus secretos.

El destierro serviría también para dejar claro a su esposa que no toleraría su intromisión y sus impulsos temerarios.

Entró en el vestíbulo en el instante en que un lacayo se cargaba el último baúl de viaje a los hombros.

-Oh, Sylvester, has vuelto -La voz clara de Theo le llegó desde el salón-. Mira, tu mamá y tu hermana están aquí -prosiguió saliendo al vestíbulo sonriente. Pero su sonrisa era tensa y sus ojos le escrutaban el semblante llenos de ansiedad-. He estado intentando que se sintieran como en casa -añadió en voz baja encogiéndose de hombros a modo de disculpa mientras sus labios adoptaban una expresión que decía: «¿Qué querías que hiciera?»

Sylvester le dirigió una breve inclinación de cabeza que no le indicó demasiado sobre su reacción por haberle desobedecido y se volvió para saludar a su madre, de quien recibió una serie de quejas, y a su hermana, que no dejó de gimotear sobre sus dolores.

-Iba a acompañarlas a sus habitaciones -explicó Theo-. Tu hermana quiere tomar un baño de mostaza, y estoy segura de que lady Gilbraith querrá descansar antes de cenar.

Sylvester lo aceptó con otra inclinación de cabeza y se dirigió hacia su madre.

-Me temo que esta noche tendréis que cenar solas con Theo. Tengo un compromiso anterior que no puedo cancelar.

La inspiración indignada de Theo casi le hizo sonreír. Una velada a solas con su madre y su hermana era una buena retribución; no podía haber concebido nada más indicado aunque hubiera querido.

Las acompañó escaleras arriba y las dejó, diciendo que tenía que cambiarse para ir a su compromiso, pero que las vería por la mañana. Sus ojos se desviaron hacia Theo al afirmar esto último, y ella comprendió que también estaba incluida. Tendría que esperar hasta la mañana para oír lo que el destino le tenía deparado.

Theo observó con consternación la espalda de su marido al alejarse de ellas y después, tras apretar los dientes, se volvió hacia su familia política. Henry vio que su señor no estaba de humor para charlar y lo ayudó a cambiarse de ropa en silencio. El conde tenía el ceño

fruncido, y se mostraba especialmente patoso al ponerse el pañuelo, algo que no era habitual en él. No podría enviar a Theo a Stoneridge mientras su madre estuviera en Londres. Tendría que confiar en que ella y su hermana la mantuvieran tan ocupada que no le quedara tiempo para dedicarse a sus aventurillas, y cuando las visitas se hubiesen marchado, la mandaría de vuelta al campo.

Salió de la casa una hora más tarde, pensando, con cierta satisfacción, en la fastidiosa velada que Theo iba a pasar, sin saber que un mensajero había salido ya hacia la calle Brook con una petición desesperada de apoyo. Las mujeres de la familia Belmont, Edward Fairfax y Jonathan Lacey llegaron a Curzon antes de transcurrida una hora para rescatar de la perdición a una desesperada Theo.

En su casa, pequeña pero elegante, de la calle Half Moon, Neil Gerard se dispuso a recibir a sus invitados. Todos ellos eran miembros, antiguos y actuales, del Tercero de Dragones, y eran las únicas personas que podían seguir mirando con recelo a Sylvester Gilbraith. Neil esperaba vencer cualquier prejuicio que todavía pudieran tener.

Una vez hecho eso, Sylvester no tendría ninguna necesidad de seguir hurgando él mismo en el pasado. Iría en contra de sus propios intereses exhumar el cadáver putrefacto de un escándalo que todo el mundo estaba dispuesto a dejar sepultado. Pero como última precaución, Neil planearía una pequeña excursión para la ajetreada lady Stoneridge. Sabía lo orgulloso que era Sylvester. Firmaría cualquier cosa, incluso una confesión completa de algo que no recordaba antes de que las supuestas indiscreciones adúlteras de su esposa quedaran al descubierto ante la buena sociedad. Y ese papel significaría el final del insoportable contrato de Gerard con Jud O'Flannery.

La aldaba sonó y oyó cómo su criado se apresuraba a abrir la puerta. Por el sonido de voces, parecía que varios de sus invitados habían llegado juntos.

Neil se tocó el ojo morado y sonrió como pudo con el labio hinchado

-Me caí del caballo -explicó-. Es tan salvaje que voy a llevarlo al matarife.

-Siempre he dicho que, cuando un caballo tiene mal carácter, no hay nada que hacer con él -soltó el capitán con alegría-. Mira con quién me he encontrado aquí en la puerta. -Señaló a un caballero rubicundo de ojos azul cielo que había entrado en la habitación detrás de él-. Hacía meses que no veía al viejo Barney. ¿Dónde te escondías, amigo mío?

-En España, con el alto mando.

-En el cuartel general, ¿no? -El capitán asintió y aceptó una copa de vino de su anfitrión-. ¿Y cómo va?

El otro hombre no contestó enseguida. Echó un vistazo a la mesa, preparada en el hueco de la ventana,

-¿Esperas a mucha gente, Neil?

-Sólo seremos cinco -contestó éste, pasándole una copa-. Vosotros, Peter Fortescue y Sylvester Gilbraith.

-¿Stoneridge? -Barney arqueó una ceja-. Me habían dicho que estaba en la ciudad. Se ha casado, ¿verdad?

-No hace mucho. Poco después de heredar el título.

-Humm. Creía que no querías verlo después de ese asunto tan desagradable en Vimiera.

-Eso ya es agua pasada -afirmó Neil encogiéndose de hombros-. Nadie sabe qué pasó en realidad. Lo absolvieron. Cuesta rechazar de plano a un viejo amigo.

Los otros dos asintieron pensativos.

-Bueno, yo siempre lo consideré un buen tipo -afirmó el capitán hacia su copa ahora vacía-. Estoy dispuesto a concederle el beneficio de la duda.

-Fantástico -sonrió Neil y, cuando volvía a llenarle la copa, sonó otra vez la aldaba. Esperaba que fuera Fortescue. De ese modo, para cuando Sylvester llegara, todos estarían de acuerdo sobre cómo recibirlo.

La figura larguirucha del comandante Fortescue ocupó el umbral tras el criado. Sus amigos lo acogieron calurosamente, le pusieron una copa en la mano y le contestaron las preguntas sobre el rostro maltrecho de su anfitrión.

-Gerard está esperando a Gilbraith -comentó el capitán-. ¿Recuerdas ese extraño asunto de la bandera?

-Sí, y nunca creí ni una palabra -aseguró Fortescue-. Fue muy tonto al renunciar al regimiento; eso le hizo parecer culpable.

-Lo habían herido de gravedad -le recordó Neil.

-Cierto, pero no tenía por qué renunciar -insistió el comandante, que tomó un buen trago de vino.

Sylvester oyó sus voces desde el vestíbulo, cuando entregaba la capa y los guantes al criado. Eran voces que recordaba del pasado. Gerard no le había dicho a quién más había invitado, pero había preparado una reunión de viejos compañeros. ¿A qué demonios estaría jugando ahora? ¿Era alguna idea retorcida para humillarlo a pesar de sus anteriores gestos de amistad?

Enderezó los hombros y se dispuso a entrar en la habitación.

-Lord Stoneridge, señor -anunció el criado.

-Ah, bienvenido, Sylvester. -Todo eran sonrisas. Neil cruzó la sala con la mano extendida-. Antes de que me preguntes por mi ojo, te diré que me caí del caballo. Bueno, ya conoces a todo el mundo.

-Por supuesto, pero hacía mucho que no nos veíamos -dijo Sylvester deliberadamente.

-Demasiado -afirmó Fortescue, que le estrechó la mano de forma calurosa-. ¿Por qué diablos renunciaste de esa forma, hombre?

-Una herida en la cabeza no es ninguna tontería, Peter -dijo Sylvester-. Todavía me atormenta.

Su viejo amigo lo observó con atención. Parecía vacilar, y Sylvester sospechó que iba a sacar el asunto de Vimiera, pero su mirada era más perpleja que hostil.

Sin embargo, antes de que pudiera hacerlo, Gerard habló con efusión.

-Ten una copa de clarete, Sylvester, y acércate al fuego.

Y los otros dos hombres se avanzaron para saludarlo, y el momento pasó.

Y no volvió a surgir. No habría ocasión de airear el asunto; era como si nunca hubiese ocurrido. Por un instante, Sylvester pensó lo fácil que sería conformarse con eso. La gente estaba dispuesta a perdonar y olvidar, a concederle el beneficio de la duda. Podía volver a llevar una vida normal. Salvo que ya no podía vivir consigo mismo; ya no podía vivir bajo la sombra de la cobardía. Y además, por supuesto, estaba el hecho de que Gerard había intentado matarlo.

A medida que transcurrió la velada, observó a Gerard y reconoció su miedo, la mirada casi de pánico de sus ojos inexpresivos. ¿Cuántas veces lo había visto durante su niñez? Sintió una repugnancia infinita por él, una repugnancia mucho mayor y más fuerte que el simple enfado, y se dio cuenta de que siempre la había sentido en cierta medida, incluso cuando trataba de convencerlo en el colegio de que se enfrentara a los bravucones.

¿Y a qué se deberían el ojo morado y el labio partido esta vez? Sin duda, no se lo había hecho en los pasillos de la Westminster School pero su cara había chocado con algo más que el suelo.

Mientras estuvieron sentados a la mesa de whist, todos vieron con claridad que Neil jugaba distraído, lo que enfureció al capitán, que era su pareja.

Cuando terminó la reunión, el comandante Fortescue expresó en voz alta la opinión del grupo:

-Sirves un clarete demasiado bueno para no ser el mejor jugador de cartas del mundo. -Rodeó los hombros de Gerard con un brazo-. Un clarete excelente, sí señor. No te culpo por beber más de la cuenta.

-Pues yo sí -refunfuñó el capitán-. Me has hecho perder cincuenta libras, Gerard. Tendría que haber dejado jugar a Barney en mi lugar.

Sylvester no entendía cómo había sido el único en observar que Gerard había bebido poco. Cuando los demás se marcharon, se esperó adrede.

-¿Otra copa, Sylvester? -sugirió su anfitrión por cortesía, aunque no parecía demasiado entusiasta.

-Gracias. -Sylvester se sentó junto al fuego, sin prestar atención al tono renuente-. Una velada excelente, Neil. Estoy en deuda contigo.

Sonriente, aceptó la copa llena y empezó la caza con calma.

-Dime, ¿hablaste de Vimiera con nuestros amigos antes de que yo llegara?

-Un poco, quizá -contestó Neil. Sus ojos se habían agitado un momento y, después, había sonreído forzado-. Todos coincidimos en que ese asunto está más que muerto. No tiene sentido malograr buenas amistades por él. Verás que nadie vuelve a mencionártelo nunca.

-Realmente estoy en deuda contigo -afirmó Sylvester pensativo, con los párpados medio cerrados, para que su acompañante no pudiera ver su brillo irónico-. Sé que ha pasado mucho tiempo pero, ¿podrías contarme otra vez qué te pasó exactamente esa tarde?

-No servirá de nada volver a hablar de eso, Sylvester -soltó Gerard con los labios contraídos y un movimiento de la mano en el aire para descartar la idea.

-Ibas a acudir en mi ayuda. ¿Me viste rendirme?

Gerard cerró los ojos como si el recuerdo fuera demasiado penoso.

-Como dije en el consejo de guerra, no estaba contigo cuando te rendiste, de modo que no puedo opinar sobre la cuestión. Los hechos hablaban por sí solos.

-¿Pero acudías en mi ayuda?

-Sí. Como se había acordado en el plan de combate.

-¿Con una cantidad considerable de hombres? -tanteó Sylvester.

-Ciento cincuenta.

-Por el amor de Dios, ¿por qué me rendiría entonces? -Sylvester levantó la cabeza y observó fijamente a Neil Gerard-. Maldita sea, hombre. Sabía que matarían a la mitad de mis hombres como si fueran cerdos una vez que tuvieran la bandera. Casi me matan a mí.

-No lo sé, Gilbraith. -Neil se levantó de repente-. Nadie sabrá nunca la verdad. ¿Por qué no dejas de revolver el asunto?

-No puedo hacer eso, Neil -dijo adrede, y se puso también de pie-, No puedo vivir con la posibilidad de haber podido hacer algo tan ruin. Tengo que averiguar qué paso.

Observó la expresión del otro hombre y vio el brillo de pánico en los ojos castaños de Gerard.

Dejó la copa en la mesa y, en medio del silencio, el ruido del cristal en la caoba recordó el sonido de unos platillos. Se encogió de hombros para indicar despreocupación.

-Bueno, tengo que irme. Espero no haber abusado de tu hospitalidad, pero es agradable pasar una velada como en los viejos tiempos -dijo con alegría mientras se dirigía al vestíbulo-. Confío que tarde o temprano recordaré esa media hora, o el tiempo que fuera.

Tomó el sombrero y la capa que le entregaba el criado y prosiguió:

-Vuelvo a darte las gracias por una velada de lo más agradable, Gerard. -Estrechó la mano de su anfitrión con una sonrisa amistosa y los ojos desprovistos de toda expresión. Después, frunció el ceño-. ¿Cómo se llamaba tu sargento? El que testificó en el consejo de guerra. Tenía un aspecto terrorífico, pero imagino que sería muy útil tenerlo cerca en un combate.

-No recuerdo su nombre -comentó Gerard sacudiendo la cabeza.

-Lástima. Podría haberlo localizado. Bueno, buenas noches.

Bajó los dos peldaños de la entrada con rapidez, se volvió y levantó una mano para despedirse. El vestíbulo iluminado detrás de Gerard destacaba su semblante. Su expresión era de puro terror, y se llevó los dedos de la mano derecha al ojo morado e hinchado. Luego, la puerta se cerró y la luz desapareció.

Jud O'Flannery era el nombre del sargento. Sylvester veía su cara con el parche en el ojo y la gran cicatriz escarlata en la mejilla como si fuera ayer

Y al referirse a él de pasada, la cara maltrecha y cobarde de Gerard había adoptado esa expresión de terror.

Sylvester se quedó un momento en la acera contemplando pensativo las farolas de Piccadilly, en el otro extremo de la calle, antes de dar media vuelta y caminar en sentido contrario hacia la calle Curzon.

Neil Gerard se puso el sobretodo y salió de la casa por el callejón. Se dirigió a pie hacia la calle Jermyn, hacia una casa donde era conocido, donde sus gustos eran igual de conocidos y atendidos a la perfección. La chiquilla que le llevaron, vestida con un delantal manchado y con coletas, tembló de modo convincente y lloró y gritó de maravilla en los momentos adecuados. Pero sus ojos eran penetrantes y expertos incluso en medio del dolor que le infligía con la necesidad despiadada de hacer pagar a alguien por su terror.

24

Foster abrió la puerta al conde de Stoneridge pasada la medianoche, y Sylvester se sorprendió al ver al servicio todavía ocupado y los salones principales aún iluminados.

-¿Qué pasa, Foster? -Se apartó ante un criado que salía corriendo del comedor con una bandeja de platos sucios. Su madre y su hermana se retiraban temprano, y el servicio debería haber estado en la cama hacía un buen rato.

-Oh, ha sido una velada estupenda, señor -sonrió Foster encantado mientras le tomaba la capa y el bastón-. Ha sido como en los viejos tiempos, tener a toda la familia sentada a la mesa del comedor, y también al señor Edward y al pretendiente de lady Clarry. -Cerró la puerta principal y comentó con criterio-: El joven señor Lacey parece un caballero agradable. Él y lady Clarry se casarán antes de Navidad, ya lo verá.

Se volvió hacia el conde y su sonrisa se desvaneció al captar su expresión, una mezcla de disgusto e intensa exasperación.

-¿Quiere decir que lady Belmont y las chicas vinieron a cenar? -preguntó su excelencia despacio-. ¿Con mi madre y mi hermana?

-Sí, señor. Pero lady Gilbraith y la señorita Gilbraith se retiraron temprano, antes del té. Al parecer, a su excelencia no le gustan las loterías y otras diversiones de este tipo. -La voz de Foster se había vuelto inexpresiva y su rostro, impasible, salvo por sus ojos, donde Sylvester juraría haber detectado el brillo de una diversión irreverente-. La familia suele alborotarse un poco cuando juega a estas cosas, es cierto -prosiguió con suavidad-. He oído muchas veces a lady Belmont pedirles que se calmaran un poco, aunque no demasiado en serio. ¿Cierro ya con llave, milord?

-Sí, me voy a la cama -indicó el conde de modo cortante, y se dirigió hacia las escaleras.

-Oh, por cierto, milord. Hemos tenido que cambiar a la señorita Gilbraith de dormitorio -entonó Foster-. Los dragones del papel pintado de la habitación China le daban náuseas.

A Sylvester le tembló el labio a pesar de su enojo, pero logró impedir que la diversión se le notara en la voz al dar las buenas noches al mayordomo.

Subió las escaleras, dividido entre una gran frustración y una diversión reprimida. En lugar de soportar una velada aburrida y totalmente desagradable, Theo se lo había pasado de maravilla con sus personas favoritas y se las había ingeniado de paso para excluir de ella a su madre y su hermana. Estaba empezando a estar muy harto de que aquella gitana desaliñada fuera más hábil que él.

Y entonces pensó en Mary y en los dragones y, muy a su pesar, sonrió para sí. ¡Decir que le daban náuseas! Se imaginaba lo bien que su familia política se lo habría pasado con eso. Incluso Elinor habría esbozado una sonrisa.

Al dirigirse a su dormitorio vio una fina línea dorada bajo la puerta de Theo. Seguramente estaría saboreando el éxito de su estratagema. Entró en su habitación y dio un portazo con la esperanza de que eso le hiciera dar un brinco... de que sintiera por lo menos un poco de aprensión al saber que había vuelto.

Henry nunca lo esperaba levantado, y su dormitorio estaba iluminado por el fuego de la chimenea y una sola lámpara que descansaba en el tocador. Se desnudó bostezando e iba a meterse en la cama cuando oyó cómo una silla arañaba la madera del suelo en la habitación contigua.

Theo seguía despierta. Se encogió de hombros y abrió sin hacer ruido la puerta que daba al pasillo, donde las velas parpadeaban desde los apliques de la pared y reinaba el silencio profundo de una casa dormida. Se acercó al dormitorio de Theo, que todavía tenía la luz encendida.

Levantó el pasador y abrió la puerta. Su mujer estaba de pie frente al tocador, de espaldas a él, con un vaso en la mano. Lo vio en el espejo y se volvió de golpe después de dejar el vaso junto a una botellita marrón que había en el mueble.

-¡Sylvester!

-¿Por qué no estás dormida? -preguntó a la vez que entraba en la habitación.

-No tenía sueño. -Se apartó los cabellos que le caían sobre la cara.

-Una noche demasiado estimulante, quizá -comentó el conde con sequedad.

-Creí que a tu madre le gustaría tener más compañía -se excusó, algo ruborizada.

-Sandeces.

Theo se puso más colorada aún. Lo observó en silencio un instante y dijo con aire resuelto:

-Siento de verdad lo que pasó esta tarde, Sylvester. Fue estúpido, temerario y todo lo que tú quieras.

-Lo que quieres decir es que olvidar llevar una pistola fue todas esas cosas -la corrigió con brusquedad su marido, que se había acercado y le había agarrado el mentón-. ¿No es eso lo que quieres decir, Theo? ¿No es lo que quieres decir? -repitió al ver que no contestaba enseguida.

-Supongo que sí -confesó Theo-. Creo que todo habría salido bien si lo hubiera planeado detenidamente. Pero no lo hice.

-No, no lo hiciste, y casi lograste que os mataran a ti y a Edward. -Los dedos del conde se aferraron con más fuerza a su mandíbula-. Pero eso no va a volver a suceder, Theo. En cuanto mi madre se marche, regresarás a Stoneridge.

-¿Sola? -La indignación y la sorpresa se mezclaron en sus ojos.

-Sola -confirmó su marido-. Tengo unos asuntos pendientes en Londres. Cuando los termine, me reuniré contigo.

-¡Oh, ya veo! -Volvió la cabeza para soltarse de él-. ¡Tienes miedo de que meta las narices en tus asuntos pendientes! No lo entiendes. ¡No lo entiendes! Quiero saber qué te preocupa. Quiero ayudarte. La gente quiere ayudar a los seres que le importan. Pero tú no entiendes eso porque no sabes lo que es que nadie te importe -soltó con un sollozo enojado para alejarse de él.

-¿Qué quieres decir con eso de que no me importa nadie? -preguntó Sylvester, sorprendido-. No es verdad.

Theo estaba frente al fuego, y la forma de su cuerpo se distinguía bajo la tela casi transparente de su camisón. Veía la forma pálida de sus senos y la sombra más oscura de sus pezones. Su cuerpo se agitó, cobró vida.

-Ven aquí -dijo en voz baja, y le tomó las manos para atraerla hacia él-. Voy a enseñarte lo mucho que me importas.

-¡No! -exclamó Theo con ferocidad e intentó apartarlo de un empujón-. ¡No me toques! No quiero que me toques, Stoneridge. ¡De hecho me parece que no quiero que vuelvas a tocarme nunca!

-Eso es una tontería. -Y Theo sabía que lo era.

Le sujetó las muñecas a la espalda con una mano y oprimió su cuerpo contra el suyo mientras con la otra mano le levantaba la barbilla para obligarla a mirarlo. Vio que en sus ojos combatían la confusión, la necesidad y el enfado.

Cuando se agachó a besarla, ella volvió la cabeza hacia un lado.

Sus labios fueron a parar a la oreja de Theo, lo que a él le pareció un lugar tan bueno como cualquier otro. Avanzó la lengua húmeda y cálida, y cuando Theo trató de soltarse, rió y la sujetó con más fuerza mientras exploraba con la lengua los surcos y pliegues junto al lóbulo.

-Me encantan tus orejas -murmuró, y su aliento supuso un cosquilleo cálido para Theo, que trató de liberar la cabeza para resistir lo irresistible. Sylvester sabía lo sensibles que tenía las orejas y que, en unos instantes, se rendiría a la estimulación atormentante y excitante que se propagaría desde donde le aplicara la lengua hasta los dedos de los pies.

Al mordisquearle el lóbulo, tiró y se retorció, y con cada movimiento sinuoso aumentó su determinación a transformar su resistencia en pasión. Era demasiado esbelta y ligera para tener demasiada fuerza, y Sylvester sabía que su única arma era el modo en que podía usar el cuerpo. Con rapidez cambió su posición para que quedara de lado contra su cuerpo. Así, carecía de equilibrio y no tenía punto de apoyo. Le rodeó las piernas con una de las suyas, por

si se le ocurría arrearle una de sus devastadoras patadas altas, y después, seguro de tenerla bien sujeta, observó con una sonrisa su cara furiosa y sonrojada.

-Eso está mejor. ¿Me dejarás ahora que nos procure placer a ambos o quieres que luchemos un poco más?

A Theo le pareció que había algo distinto en él. Algo despreocupado e impulsivo, como si se hubiese olvidado de algunas inhibiciones. Los ojos le ardían de deseo y, cuando rió, su aliento olía a brandy.

-Estás borracho -acusó y, con ello, olvidó su apuro un momento

Costaba imaginar que Sylvester permitiera que el coñac socavara el estrecho control que ejercía sobre sí mismo y su vida... y sus asuntos privados, como recordó con una nueva oleada de rabia.

-En absoluto, mi amor. -Sacudió la cabeza y la acostó en la cama. Theo lo miró con unos ojos inmensos e inescrutables, y sus cabellos formaban un manto negro que caía sobre los pliegues de su camisón blanco.

Sylvester apoyó una rodilla en la cama, junto a ella, y con un dedo le siguió con suavidad la curva de la mejilla. Theo no se movió. Después, le pasó el pulgar por los labios a la espera de que reaccionara como solía y le lamiera con la lengua la yema del dedo. Pero Theo siguió inmóvil bajo su caricia, aunque sus ojos se habían oscurecido y pudo ver en ellos un brillo sensual. El brillo aumentó cuando le deslizó la mano por el cuello y metió los dedos bajo su camisón hacia un seno para rodearle el pezón sin tocarlo. El brillo aumentó pero ella siguió quieta, mirándolo. Había cierto reto en sus ojos, algo que no estaba acostumbrado a ver en el dormitorio.

Se levantó para quitarse la bata y dejarla caer al suelo antes de arrodillarse de nuevo en la cama. Los ojos de Theo recorrieron sin querer su cuerpo y su marido contuvo una sonrisa. Le puso una mano en el tobillo y le acarició la espinilla hacia la rodilla. Se detuvo y observó la cara de su mujer, que estaba mirando al techo, pero tenía una expresión tierna en los labios y las mejillas sonrosadas.

Tras pensar que era incapaz de ocultar su respuesta, dejó que su mano siguiera su camino ascendente. El cuerpo de Theo se tensó y su piel se estremeció cuando le acarició con la punta de los dedos la cálida hendidura de su sexo.

Retiró la mano y Theo tomó aliento por la sorpresa y lo que él esperó que fuera decepción. Le tomó los bajos del camisón y empezó a doblarlo hacia arriba con mucho cuidado, alisando cada pliegue antes de empezar el siguiente, y así le fue dejando el cuerpo desnudo centímetro a centímetro.

Theo combatió sus reacciones incontrolables a medida que el aire frío le rozaba la piel. Y, al llegar a lo alto de sus muslos, Sylvester se detuvo, lo que a ella le pareció una eternidad y tuvo que contener el aliento. Necesitó todo el dominio de sí misma para no moverse, para no murmurar su impaciencia, para no alargar las manos hacia el pecho de su marido y levantar la cabeza para tocarle los pezones con la lengua. Pero logró resistir la tentación.

-Gitanita obstinada -murmuró Sylvester, medio sonriente. Sentía la lucha de Theo como si fuera suya. Así que siguió doblando la tela fina de su camisón hasta que lo tuvo enrollado en la cintura. Se agachó para besarle la barriga desnuda y le dibujó con la lengua una caricia húmeda y cálida que hizo que los músculos de Theo cobraran vida propia. Pero ella siguió callada y sin moverse.

-Quizá deba intentar otra cosa -reflexionó como si hablara consigo mismo y, acto seguido, la volvió boca abajo.

Theo estaba desconcertada. Esperaba que esa exploración húmeda y tentadora siguiera su avance descendente. Pero ahora Sylvester le estaba doblando la parte trasera del camisón como había hecho con la delantera y dejando su cuerpo al descubierto centímetro a centímetro hasta llegar a los riñones. Notó su aliento cálido en su piel mientras le recorría con la lengua los hoyuelos de la zona superior a las nalgas. Y mientras le besaba sus curvas suaves le deslizó una mano entre los muslos y sus dedos la tocaron, la acariciaron, la palparon. Y, por fin, gimió y su cuerpo reaccionó a sus caricias y se tensó alrededor del pulgar que tenía en su interior y de los dedos que tanteaban con delicadeza lo más íntimo de su sensibilidad.

Sylvester se arrodilló a su lado y deslizó la mano libre hacia arriba por debajo del camisón sin dejar de presionarle la columna hasta la nuca, yTheo se arqueó como un gato a medida que esa presión liberaba nudos de tensión a lo largo de su espalda.

Sylvester le apartó la cascada de cabellos negros a un lado y le besó el cuello, que mordisqueó y acarició con la nariz a la vez que inhalaba la dulce fragancia de su piel y su cabello. La nuca de Theo tenía algo maravillosamente inocente y su olor, algo suave y especial. Incluso cuando lo sacaba de quicio con sus impulsos testarudos o sus afirmaciones hirientes, sólo tenía que pensar en esa zona delicada y aterciopelada para que su enfado perdiera su fuerza.

-Acerca las rodillas al cuerpo -susurró mientras volvía a deslizar la mano hacia abajo y le acariciaba el trasero y la otra seguía su trabajo entre sus muslos.

Theo obedeció la orden con la cara enterrada en el cobertor. Su marido se situó detrás de ella y le pasó las palmas abiertas de las manos por los muslos. La intimidad de esas caricias aumentó, y ya no fue capaz de controlar sus gemidos de placer, y cuando sintió cómo la penetraba, alargó las manos hacia atrás para tocar los muslos fuertes de su marido.

En cuanto lo tocó, Sylvester supo que había ganado. Se movió en su interior hasta que las pequeñas contracciones de la suave piel que lo envolvía empezaron a aumentar. Entonces se apartó y, antes de que Theo pudiera reaccionar, la volvió boca arriba.

-Quiero verte la cara, compañera de placer -dijo.

Se recostó las piernas de Theo en los hombros y la penetró hasta el fondo, mientras le deslizaba las manos por la parte posterior de los muslos y le sujetaba la carne firme de las nalgas.

Theo gritó ante este cambio de posición que había aumentado la sensación en su interior y alargó las manos para tocarle el pecho y los pezones, para acariciarle la barriga y seguir después entre sus muslos en una exploración muy íntima que arrancó un gemido grave de placer a su amante.

Sylvester le sonrió, y no había triunfo en esa sonrisa. Theo se humedeció los labios con los ojos ardientes y la piel acalorada, y Sylvester supo que de momento había olvidado todo lo que los había llevado a ese momento glorioso.

Empezó a moverse, con urgencia e insistencia, pero él se mantuvo quieto.

-Espera un poco, gitana.

Theo sacudió la cabeza, y sus ojos contenían un brillo pícaro. Con un movimiento devastador de su dedo explorador terminó con el poco control que le quedaba a Sylvester, que sintió como si le explotara el cuerpo mientras ella se estremecía a su alrededor sin saber dónde acababa su piel y empezaba la de su marido. El cuerpo de Sylvester formaba parte del suyo y el placer que él sentía era el suyo.

-Serás bruja -soltó cuando la oleada de placer remitió y pudo tomar aliento-. Me lo estaba tomando con calma.

-No puedes pretender que todo se haga a tu manera. -La réplica pícara fue algo cortante a pesar del tono lánguido.

-Hace muchos meses que dejé de pretenderlo, querida-afirmó Sylvester con una sonrisa-. Pero, te diré una cosa, tú tampoco.

Se dejó caer a su lado en la cama y le pasó un brazo bajo el cuerpo de modo que le apartó un mechón de cabellos de la mejilla. Theo estaba quieta, con la cabeza recostada en su hombro y los ojos cerrados, debatiéndose en la idea de la derrota. Pero todavía no se había terminado. Todavía tenía unos días, hasta que su madre y su hermana se marcharan. Tal vez debería intentar que su familia política se sintiera un poco más a gusto.

-¿A qué viene esa cara? -preguntó Sylvester lánguidamente al ver su mueca inconsciente.

-Tengo sed -improvisó.

-¿Quieres agua? -Sylvester se levantó de la cama.

-Sí, gracias.

Con los ojos entrecerrados, observó cómo se dirigía hacia la jarra de agua del lavamanos.

-¿Dónde está el vaso? -dijo.

-En el tocador.

Levantó el vaso del que había estado bebiendo cuando llegó y lo llenó de agua. Se la bebió y volvió a llenarlo para acercárselo a ella.

-¿Qué hay en esa botella? -quiso saber al darle el agua.

-Oh -dijo Theo tras tomar un sorbo-. Bueno, es algo que tendría que haber mencionado antes.

-¿Por qué tengo la sensación de que esto no va a gustarme? -murmuró Sylvester, que sujetó la botella marrón en el aire contra la luz.

-Es una poción que impide la concepción -explicó Theo-. Me la dio una herborista de Lulworth.

-¡Qué! -Sylvester la miraba intentado comprender lo que había dicho. Las mujeres no tomaban esas decisiones, no eran quienes debían tomarlas. Le dio vueltas a la botella en las manos y la contempló incrédulo-. ¿Me estás diciendo que has estado tomando esto desde que nos casamos?

-Sí -contestó Theo-. ¿No te parecía extraño que no hubiera concebido aún?

-Sí, se me había pasado por la cabeza -afirmó con tristeza-. Por el amor de Dios, Theo. ¿Por qué no lo comentaste conmigo?

-Bueno, al principio dijiste que querías formar una familia enseguida y yo no me sentía preparada, y pensé que si te negabas a escucharme...

-No soy ningún salvaje, Theo -la interrumpió-. No te obligaría a tener un hijo conmigo.

-Pero entonces yo no lo sabía. -Jugaba con la sábana con dedos nerviosos-. Por lo que tengo entendido de estos asuntos, los hombres no esperan que sus esposas tengan una opinión al respecto, y mucho menos que la impongan. Pero yo la tenía.

Sylvester se pasó una mano por el cabello despeinado. Sentía una mezcla de incredulidad, rencor y dolor. Sí, por supuesto que había esperado que hiciera como las demás mujeres en cuanto a esos asuntos y que se limitara a aceptar las realidades del lecho conyugal.

-¿Por qué no quieres tener hijos conmigo? -preguntó por fin.

Sus sentimientos heridos se reflejaron con claridad en su voz y en sus ojos cuando los depositó en su cara, yTheo se mordió el labio inferior mientras pensaba cómo podría aliviar su dolor.

-No es que no quiera tenerlos -aseguró-. Es que no quiero todavía. Como dijo la señora Merriweather, es mejor encargarse del amor antes de empezar a tener hijos. -Le dedicó una sonrisa titubeante.

-¿Tienes idea de lo que lleva esto? -comentó mirando la botella que aún tenía en las manos-. ¿Tienes la menor idea de lo que este tipo de cosa puede hacerte? Puede que haya impedido que quedaras embarazada pero, ¿qué otros efectos tiene?

-La señora Merriweather no me daría nada que pudiera hacerme daño -dijo Theo con convicción.

-¡Una herborista del campo! ¿Qué demonios quieres que sepa? -Dejó la botella y se acercó a la cama-. Estos medicamentos pueden hacer un daño incalculable. He oído un montón de historias terribles.

Aunque eso no había sido entre la clase de mujeres que Theo frecuentaba. Y se guardó esa reflexión irónica para sí.

-¿Qué sugieres entonces? -preguntó Theo con el ceño fruncido; era cierto que la poción le desbarataba el ciclo mensual.

-Hay una precaución muy simple que puedo tomar y que no implica sustancias peligrosas -contestó Sylvester mientras se agachaba para apagar la vela junto a la cama-. Así que, a partir de ahora, déjame eso a mí. -Deslizó una mano bajo el cuerpo de Theo para levantarla de modo que pudiera apartar las sábanas-. Adentro.

Theo se metió entre las sábanas y se apartó para dejarle sitio.

-Sólo hasta que esté preparada -dijo.

-Sí -accedió Sylvester con un suspiro fingido-. Hasta entonces.

-Tal vez podríamos probar ahora tu método -indicó, y movió una mano seductora por el cuerpo de su marido cuando éste se acostó a su lado-. Me gustaría ver cómo funciona.

25

Cuando Theo se despertó, brillaba el sol. Somnolienta, se apoyó en los codos para consultar el reloj. Eran casi las diez. ¿Cómo se habría quedado dormida hasta tan tarde? Y se acordó. Se recostó en las almohadas y se pasó las manos por el cuerpo desnudo de modo que su piel recordó las caricias que tanto placer le habían proporcionado durante esas horas felices antes del alba.

Volvió la cabeza y frunció el ceño al ver el espacio vacío a su lado. ¿Cuándo se habría ido Sylvester? Seguramente se habría despertado hacía un buen rato; rara vez dormía después de la salida del sol. Cerró otra vez los ojos y deslizó la mano por la sábana donde él había estado, por la almohada que todavía mostraba la marca de su cabeza.

Aseguraba que le importaba y, sin embargo, le exigía que se mantuviera alejada de él en todo salvo en la pasión. ¿Qué clase de amor era ése? Pero, era posible que nadie lo hubiera amado nunca, de modo que no supiera cómo expresar ese sentimiento.

Pensó en Lavinia Gilbraith, en la clase de bruja mezquina y criticona que era. Era imposible imaginarla amando a nadie, ni siquiera a su hijo.

Tendría que enseñárselo ella misma a su marido... con el ejemplo.

Con esa resolución enérgica salió de la cama. Se sentía algo culpable al pensar en su suegra, que debía de esperar la atención de su anfitriona. Esperaba que las flores de la habitación Rosa no hubieran afectado la delicada digestión de Mary. Tras ponerse el camisón, se dirigió al tirador para llamar a Dora.

Oyó la voz de Henry en el dormitorio de Sylvester. Hablaba muy bajo. Después, oyó un sonido que la hizo estremecerse de pies a cabeza y apartar la mano del tirador. Era un gemido inarticulado, casi animal, de dolor intercalado con el sonido espantoso de unas arcadas.

Se acercó a la pared y apoyó la oreja en ella. ¿Qué estaría pasando? ¿Estaría Sylvester enfermo? Se oyó de nuevo un gemido terrible, un sonido que le heló la sangre: indicaba un aguante desesperado.

Sylvester volvía a tener ese dolor de cabeza. Esa otra parte de su pasado, de su valiosa intimidad, que le estaba prohibida.

Salió al pasillo e intentó levantar el pasador de la puerta de su dormitorio. Estaba cerrada con llave. Sintió un arranque de exasperación. Por el amor de Dios, ¿cómo esperaba Sylvester pasar su vida con ella, envejecer con ella, ocultándole siempre las partes más vulnerables de su persona? ¿Y muy especialmente esta terrible aflicción?

De vuelta en su habitación, reflexionó un momento y se dirigió a la ventana. Había un balcón estrecho de hierro, poco más que un punto de apoyo en el exterior. Era idéntico al que tenía la habitación de Sylvester, a un paso largo de distancia. La calle Curzon estaba dos pisos más abajo. Cuando se asomó al exterior, un landó pasaba veloz por la calle. Alargó el cuello y logró ver un pedazo de cortina de la habitación de Sylvester movido por el viento: La ventana estaba abierta.

Sin tomar una decisión consciente, corrió hacia el armario, sacó el vestido de montar con la falda pantalón y se vistió deprisa. Se hizo una trenza, se calzó unos zapatos ligeros de suela blanda y volvió a la ventana.

La altura nunca la había inquietado. Durante años, ella y Edward habían escalado la pared del acantilado de la cala de Lulworth en busca de colonias de grajos sin haber pensado nunca en las olas que golpeaban a sus pies las rocas recortadas. Pero tener debajo una calle transitada de Londres la ponía más nerviosa que las olas y las rocas.

Theo se puso de cara a la pared y pasó la pierna por encima de la barandilla. Con el pie buscó la cornisa de ladrillo que unía los dos balcones. Cuando la encontró, se detuvo un momento a horcajadas sobre la barandilla e inspiró a fondo para calmarse. Tendría que pasar la otra pierna y, durante un instante, estaría apoyada en esa estrecha cornisa donde sólo le cabían los dedos de los pies. Pero podía llegar al otro balcón con la mano. Alargó el brazo y cerró los dedos alrededor del hierro. Se agarraría con fuerza a ambos balcones mientras

tuviera los pies en tierra de nadie. Una vez que tuviera el pie izquierdo en el balcón de Sylvester, sería pan comido.

Era una locura. Era estimulante. Pero, sobre todo, era necesario. Sylvester la necesitaba. Ella le había abierto su corazón. Él tenía que abrirle el suyo.

Con una rápida plegaria a los dioses, que sin duda le debían algo, pasó el otro pie hacia la cornisa y, durante un segundo aterrador, estuvo colgada sobre la calle, con los dedos de los pies en la cornisa y una mano aferrada a cada balcón con tanta fuerza que se le veían los nudillos blancos. Levantó el pie izquierdo con mucha cautela. Se sujetaba con sólo cinco dedos de los pies y diez de las manos. Pasó la pierna izquierda sobre la barandilla que agarraba con la mano izquierda y, cuando notó el metal frío en la pantorrilla, soltó un suspiro de alivio. El resto fue fácil.

Un minuto después se había aposentado en el balcón de Sylvester y abría la ventana.

Sin hacer ruido entró en el dormitorio oscuro que, a pesar de la ventana algo abierta, parecía tan sofocante como un invernadero.

-¡Quién anda ahí! -Henry se volvió desde las cortinas de la cama.

Sus ojos brillaron en la penumbra y su susurro indignado rasgó el silencio.

-Soy yo -dijo Theo con calma mientras cruzaba la habitación. No tenía demasiado trato con Henry; nadie de la casa lo tenía. Se aceptaba que tenía una relación especial con el conde; relación que, para Theo, era más íntima en los aspectos básicos, que la suya propia. Pero eso iba a cambiar.

-¡Milady! -Su indignación sólo se vio superada por su asombro mientras dirigía la mirada hacia la ventana tras ella y hacia la cortina que se movía con la brisa.

-¿Qué pasa, Henry? -La voz de Sylvester era un hilo entrecortado, como la voz de un hombre muy anciano. Hizo recordar a Theo a su abuelo en sus últimos días.

-No pasa nada, milord. No se ponga nervioso -lo calmó Henry a la vez que ponía una mano en el brazo de Theo-. Tiene que irse enseguida, milady. Su excelencia no puede recibir visitas.

-No soy una visita, Henry -replicó, y le apartó la mano del brazo. Los ojos le ardían en la oscuridad mientras su voz, en cambio, sonaba gélida--. Soy la esposa de su excelencia.

-¡Debo insistir, milady! -Volvió a sujetarle el brazo.

-Quíteme la mano de encima o le romperé la muñeca -amenazó Theo con la misma fiereza suave y fría. Levantó la mano que tenía libre y puso el borde de la palma tensa sobre la muñeca del criado como si fuera una hoja de acero.

Desde la cama llegó el sonido de unas terribles arcadas y un gemido que causó pena y horror a Theo, pero no abandonó su pose amenazante. Pasado un segundo, la mano de Henry le soltó el brazo.

-Gracias -dijo, y se cepilló la manga de forma significativa-. Puede quedarse si quiere, pero yo me encargaré de cuidar a lord Stoneridge, como es mi deber.

Dejó a Henry boquiabierto y se dirigió deprisa hacia la cama para descorrer con cuidado la cortina junto a la cabecera.

La cara de Sylvester era una sombra pálida sobre las almohadas, gris y blanca como la cera. Tenía el párpado derecho tan hinchado que casi le dejaba el ojo cerrado. Unas líneas de dolor se le marcaban en la frente y le bajaban por la nariz hasta la boca, tan profundas como los surcos de un arado.

Movió una mano hacia la mesita de noche, donde había una palangana y un vaso de agua. Theo tomó el vaso y, con cuidado, le pasó un brazo por debajo del cuello y se lo llevó a los labios.

-¿Theo? -soltó con voz ronca-. ¿Qué diablos haces aquí?

-Chitón -contestó Theo-. Henry tiene razón. No debes ponerte nervioso.

-¿Pero se puede saber cómo demonios has entrado?

-Me colé por la ventana -explicó, y se agachó para ponerle los labios en la frente-. Ojalá pudiera quitártelo.

Sylvester torció la boca en lo que podría haber sido una parodia horripilante de una sonrisa, pero fuera lo que fuera lo que iba a decir se perdió cuando gimió y alargó la mano hacia la palangana.

Henry se lanzó hacia delante, pero Theo se anticipó a él y sujetó la palangana hasta que su marido volvió a dejarse caer sobre las almohadas, sumido en un tormento terrible.

Theo le secó los labios, le lavó con cuidado la cara y le puso un paño empapado en lavanda en la frente, sin prestar atención a Henry.

-Márchate, Theo -murmuró Sylvester pasado un minuto-. Aprecio lo que tratas de hacer pero no quiero que... no quiero que estés aquí, que me veas...

-Calla -lo interrumpió con fuerza, pero tranquila-. Eres mi marido, y participaré en tu sufrimiento. Además, no puedes hacer nada para impedirlo.

Ya fuera por debilidad o por conformidad, Sylvester dejó de protestar y permaneció quieto y en silencio, enfrentándose a su agonía.

Theo se alejó de la cama y susurró a Henry, todavía indignado.

-Tengo que bajar a ver a lady Gilbraith, pero volveré enseguida. No cierre la puerta con llave.

Sus ojos y la pose de su mandíbula emanaban tanta autoridad, su voz suave sonaba de tal modo que Henry hizo una reverencia y se movió para abrirle la puerta.

Theo corrió escaleras abajo. Podía oír la voz irritable de su suegra en el vestíbulo.

-No entiendo cómo puede dirigirse una casa de este modo. Es más de media mañana y ni Stoneridge ni su esposa dan señales de vida.

-Le ruego me disculpe, señora-dijo Theo, que saltó los últimos dos peldaños-. Sylvester está enfermo.

-¿Enfermo? ¿Qué quieres decir, enfermo? No ha estado enfermo en su vida. ¿Y cómo puedes ser tan perezosa como para no aparecer hasta tan tarde en la casa?

-Sylvester tiene una herida de guerra que le provoca unos dolores de cabeza muy fuertes -explicó intentando armarse de paciencia y prescindiendo de la última crítica de su suegra-. Lo siento, pero hoy tendré que dejar que se las arreglen solas. Tengo que estar junto a su cabecera. Por favor, no dude en ordenar lo que desea y, por supuesto, si le apetece tomar el aire o hacer visitas, tiene el lando a su disposición. Y ahora, si me disculpa...

-Por Dios santo, muchacha. Si tiene dolor de cabeza, seguro que es porque ayer por la noche se pasó con el coñac. Debería tomar unos polvos y dormir la mona. No es necesario que te desvivas para cuidarlo, y me gustaría que me acompañaras a hacer unos recados. Mary está demasiado ocupada sorbiéndose la nariz y quejándose para salir de la cama.

-Lo siento, pero tendrá que disculparme. Foster se encargará de que no le falte de nada.

La tez de lady Gilbraith adquirió un curioso tono salmón. Theo vio que empezaba a jadear pero no esperó a que acabara de estallar. Se volvió y subió corriendo las escaleras.

Henry levantó la mirada desde la cabecera cuando entró sin hacer ruido, pero se apartó a un lado cuando se acercó.

A lo largo de ese día interminable y de la mitad de la noche siguiente se sentó junto a la cama para ofrecer el poco alivio que podía, mientras ocultaba el horror que le provocaba ese dolor terrible que convertía a un hombre fuerte y resuelto en un guiñapo inarticulado y quejumbroso apenas capaz de levantar la cabeza de la almohada.

Henry, al principio mudo, cambió de actitud a medida que pasaban las horas y veía que Theo no flaqueaba, no se achicaba y realizaba cualquier servicio que fuera necesario sin dudar en pedirle consejo. Sin darse cuenta, empezó a contarle cómo había coincidido con el comandante en el transporte carcelario, casi muerto, con la cabeza vendada con unas gasas repugnantes empapadas de sangre. Le describió el lugar inmundo donde se pudrieron sin asistencia médica ni suministros durante la mayor parte de un año.

Theo escuchó, y unas cuantas piezas más del rompecabezas que era su marido encajaron en su sitio.

-¿Estuvo en Vimiera con su excelencia? -susurró cuando se habían separado de la cama y cenaban junto a la ventana abierta para que el olor a comida no aumentara su sufrimiento.

-No, señora -contestó Henry sacudiendo la cabeza-. Pero su excelencia hablaba de eso durante su enfermedad.

-¿Qué decía? -Theo intentó ocultar una curiosidad inmensa.

-No tenía sentido en su mayoría, señora. Era como inconexo, ¿sabe? En su mayoría, yo no le encontraba ni pies ni cabeza. Además, no recordaba lo que pasó antes de que ese maldito gabacho le diera con la bayoneta.

-Oh -exclamó Theo, decepcionada. Y volvió a su vigilia junto a la cama.

-¿Le damos láudano, milady? -sugirió Henry en voz baja tras ella- No ha vomitado desde hace quince minutos y tal vez pueda retenerlo el tiempo suficiente para quedarse dormido.

-¿Y se habrá acabado? -preguntó ansiosa, observando cómo contaba las gotas que iba vertiendo en el vaso de agua. Sylvester no parecía estar consciente, aunque sus párpados hinchados se agitaban y retorcían.

-Si Dios quiere-dijo el criado-. Tenga, milord. -Deslizó un brazo fuerte bajo el cuello del conde y lo levantó para acercarle el vaso a los labios.

Sylvester se tragó el narcótico sin abrir los ojos. Parecía haber dejado de ser consciente de ninguno de sus cuidadores y yacía inmóvil en la cama.

Henry retrocedió un paso y volvió a correr las cortinas de la cama.

-Debería descansar un poco, milady. Yo dormiré aquí, en la carriola.

Theo estaba agotada; la noche anterior había sido muy corta, pero miró vacilante hacia la cama oculta por las cortinas. Oyó que Sylvester empezaba a respirar más profundamente.

-Ahora dormirá, milady-insistió Henry.

-Sí. ¿Tenía estos ataques cuando estaba en la cárcel o empezaron después?

-No, en Francia los tenía aún peores -le aclaró Henry, que adoptó una expresión de profundo desprecio-. Esos malditos franceses no le daban nada, ni siquiera una gota de láudano. Y él gritaba. Gritaba ese nombre todo el rato.

-¿Qué nombre?

-No lo recuerdo bien, señora -se excusó Henry sacudiendo la cabeza. Se agachó para sacar la carriola de debajo de la cama con columnas-. Creo que era Gerald. Miles... Niles... Gerald. Miles Gerald o algo así.

Miles, o Niles, Gerald. Theo se encogió de hombros y se dirigió hacia la puerta.

-Buenas noches, Henry. Llámeme si puedo ayudar en algo.

-Buenas noches, milady.

Theo volvió a su dormitorio y cerró la puerta sin hacer ruido. Estaba casi demasiado cansada para desnudarse pero de algún modo logró quitarse la ropa y meterse en la cama, donde se sumió en un sueño profundo casi de inmediato.

A la mañana siguiente se despertó muy temprano y, todavía medio dormida, salió de su habitación y asomó sin hacer ruido la cabeza por la puerta de la de Sylvester. Sólo oyó la respiración profunda, estertórea, procedente de detrás de las cortinas, intercalada con los ronquidos sordos y graves de la carriola. Ver que dormía la llenó de alivio. ¿Cómo debía de ser vivir todos los días sabiendo que ese sufrimiento terrible y degradante podía apoderarse... no, que iba a apoderarse de ti sin avisar, y que no había cura, ninguna promesa de un futuro sin esa aflicción?

De vuelta en su habitación llamó a Dora y, cuando la doncella apareció, le pidió agua caliente para un baño. Se bañó y se vistió sin prisas, sorbiendo chocolate y mordisqueando bollos mientras meditaba cuál sería su próximo movimiento. Tenía que ir a la calle Brook y conseguir el apoyo de su madre para atender a lady Gilbraith. Si podía deshacerse de algunas de esas responsabilidades, tendría más tiempo para abordar el misterio que rodeaba a su marido. Quizás Edward podría averiguar si alguien que hubiera estado en Vimiera con Sylvester estaba en Londres. Sería algo por donde empezar, aunque no tan prometedor como el Fisherman's Rest.

Todavía era muy temprano y, cuando bajó, Foster contestó a su pregunta informándola de que ni lady Gilbraith ni la señorita Gilbraith habían llamado aún a sus respectivas doncellas. Theo dedujo que eso le daba un par de horas antes de que estuvieran levantadas y pidiendo atención.

-Pida que me traigan el carrocín a la puerta, Foster. Yo misma conduciré a la calle Brook.

Mientras esperaba, entró en la biblioteca para escribir una nota a Sylvester y, después, subió corriendo las escaleras. En su dormitorio se ajustó el sombrero y colocó bien la pluma que le caía sobre el hombro, tomó los guantes y la fusta y se dirigió de puntillas a la habitación de su marido. Abrió la puerta con cuidado y vio que las cortinas seguían corridas alrededor de la cama, pero Henry estaba levantado y arreglaba el cuarto bajo la tenue luz.

-¿Sigue durmiendo, Henry?

-Sí, milady. -Se acercó a la puerta.

-Por favor, déle esto cuando se despierte. -Le entregó el papel doblado y el criado lo aceptó asintiendo con respeto.

-Sí, milady.

Era una mañana preciosa, y subió animada al carrocín. Había sucedido algo durante las largas horas que había pasado junto a la cabecera de Sylvester compartiendo impotente su sufrimiento, deseando poder librarlo de él. Estaba enamorada de su marido. Por lo menos, ésa era la única explicación que se le ocurría para la alegría que sentía ante la perspectiva de volver a verlo bien, con su sonrisa seca, sus manos fuertes y elegantes y sus fríos ojos grises. La sangre le bullía y el corazón se le aceleraba. Desde hacía muchas semanas sabía que había llegado a importarle, pero no esperaba ese placer incontenible con sólo pensar en él. Todo parecía mágico en esa mañana fresca y bonita. Los tonos rojizos de las hojas en los árboles que flanqueaban las calles, el olor a humo de una hoguera, un trío de niños sonrosados que jugaban a la pelota en una plaza ajardinada.

Dobló la esquina para llegar a la plaza Berkeley, contenta de la forma tan elegante con que manejaba la fusta, que hacía restallar con un movimiento grácil de la muñeca. A Sylvester le habría gustado.

Neil Gerard cruzaba la plaza cuando el carrocín de lady Stoneridge apareció. Le dio un vuelco el corazón. La esposa de Sylvester sólo iba acompañada de un mozo.

Habían pasado dos días desde que la había visto frente al Fisherman's Rest. El día anterior había ido a visitarla a Curzon con la esperanza de empezar a cultivar la amistad de su presa, pero el mayordomo le había indicado que su excelencia no recibía a nadie. Sin embargo, ésa era una ocasión perfecta para lanzar el anzuelo.

Theo se estaba felicitando aún por el juego de látigo cuando observó que alguien la saludaba desde la acera. Tiró de las riendas de inmediato al reconocer a Neil Gerard.

«Miles Gerald.»

¿Una coincidencia casual? Quizá no. La agitación le erizó el vello de la nuca.

--Buenos días -le sonrió desde el vehículo-. Sale temprano, capitán Gerard.

-Podría decirse lo mismo de usted, lady Stoneridge. -Se acercó al carrocín y le dirigió una sonrisa bajo la débil luz del sol-. No me gustaría ser impertinente, pero ha doblado esa esquina de una forma excelente. Es una conductora consumada.

-Vaya, muchas gracias. No lo considero un cumplido impertinente en absoluto. Voy a la calle Brook, ¿Quiere que lo lleve si va en mi dirección?

-Theo no tenía ningún plan claro de ataque, pero confiaba en inspirarse una vez que tuviera al capitán cautivo en el coche. Su cara tenía el aspecto de haber entrado en contacto hacía poco con algo duro.

-Será un honor, lady Stoneridge -aceptó y subió al carrocín-. La calle Brook me viene de paso.

Theo sacudió las riendas y los caballos iniciaron la marcha.

-¿Estuvo en Vimiera con Stoneridge? -preguntó con naturalidad-. No consigo recordar si lo mencionó la otra noche en el Almack's.

Las ideas y las conjeturas se agolpaban en la cabeza de Neil. ¿Qué sabría? ¿Qué querría saber? Era la mujer que había ido al Fisherman's Rest, no una vez, sino dos.

-Sí, pero no en el mismo frente.

-Ya veo. Parece que tuvo suerte, en vista de lo que le pasó a mi marido. -Sonrió con dulzura y redujo la velocidad de los caballos al cruzar la calle Grosvenor.

-Se trata de un viejo escándalo que es mejor olvidar, señora -afirmó Gerard.

-¿Qué escándalo? -Se volvió hacia él con una expresión de total inocencia-. ¿Se refiere al consejo de guerra? Tenía entendido que era una cosa rutinaria en estos casos. Mi marido fue exonerado, ¿no es verdad? -Fijó otra vez los ojos en la calzada, de modo que Gerard no pudo ver las conjeturas que asomaban de sus profundidades azules.

-Por supuesto -contestó éste con soltura-. Como ha dicho, fue una mera cuestión de rutina. Pero ocasionó algunas situaciones desagradables a su marido.

-Sí, eso tengo entendido. -Alzó la mirada hacia él-. ¿Estaba usted cerca del frente?

Era un palo de ciego, pero si el nombre de Gerard había obsesionado a Sylvester en su delirio, tendría que ser por alguna razón.

Los fríos ojos castaños del capitán se agitaron, y algo aterrador brilló bajo su superficie inexpresiva.

-No, señora. Mi compañía estaba en otra parte -comentó después de una pausa imperceptible.

«Está mintiendo, capitán», pensó Theo, y la sangre empezó a hervirle en las venas y el pulso a acelerársele con esta convicción. El capitán estaba mintiendo y, por algún motivo, tenía miedo.

-Tengo entendido que su hermana, lady Emily, está prometida con el teniente Fairfax -dijo Gerard de repente-. Él también sirvió heroicamente en la península.

-Sí, es cierto -contestó Theo, dispuesta a cambiar de tema de momento. Tenía bastante en que pensar-. La boda está fijada para junio.

Llegaron al cruce con la calle Brook, y tiró de las riendas detrás del carro de un carretero que estaba haciendo una entrega en Three Kings Yard.

-Le dejaré aquí si le va bien, capitán Gerard -sugirió, con una sonrisa agradable, y extendió la mano enguantada para despedirse.

-Gracias, lady Stoneridge. -Gerard le estrechó la mano y bajó con agilidad del vehículo-. Espero poder devolverle la cortesía. ¿Me concedería el honor de conducir conmigo mañana? -preguntó con una sonrisa de lo más incitante-. Me encantaría verla manejar mis zainos.

Una intensa sensación de triunfo invadió a Theo. El capitán se lo estaba poniendo muy fácil.

-Con muchísimo gusto -contestó con una sonrisa afectuosa, y volvió a sumergirse en el tráfico.

¿Podría ser Neil Gerard el hombre del Fisherman's Rest?

Pero por supuesto que lo era. Eso explicaba ese extraño presentimiento de que le resultaba conocido. Lo explicaba casi todo. Las piezas del rompecabezas se amontonaron en su cabeza y formaron la imagen. Gerard estaba detrás de los ataques a Sylvester y éste lo sabía. Y todo guardaba relación con Vimiera. ¿Pero qué y cómo?

Se detuvo frente a la casa de su madre, bajó del carruaje y entregó las riendas a su mozo.

-Llévalo a las caballerizas, Billy. No voy a necesitarlo en varias horas.

-Muy bien, lady Theo -dijo el muchacho, y se llevó a los caballos mientras Theo subía los peldaños hacia la casa.

¿Qué habría pasado en Vimiera? Sylvester no se acordaba, pero fuera lo que fuera, concernía a Neil Gerard. Y Gerard le daría la respuesta... de algún modo.

Iba a conducir con él al día siguiente, lo que era una oportunidad excelente si sabía cómo aprovecharla. La puerta se abrió tras su enérgica llamada.

-Buenos días, Dennis -saludó al mayordomo con una sonrisa efervescente-. ¿Está levantada ya lady Belmont?

-Su excelencia y sus hermanas están en el comedor del desayuno,

lady Stoneridge.

-No es preciso que me anuncie -aseguró, lanzando la fusta a una silla, y se dirigió hacia el pasillo que había al fondo del vestíbulo quitándose los guantes-. Buenos días a todos. -Abrió la puerta del comedor en la parte posterior de la casa con vistas a un jardín tapiado.

-¡Theo! -exclamó lady Belmont, sorprendida-. Has salido temprano.

-Sí -dijo a la vez que se agachaba para besar a su madre-. Las brujas todavía están en la cama, así que aproveché la oportunidad para escapar... No, no me riñas -añadió al ver la

desaprobación de su madre y siguió hablando casi de un tirón-. No se lo digo a la cara, sino sólo en privado. Me muero de hambre. Todavía no he desayunado.

-Ayer fui a la calle Curzon, pero Foster me dijo que estabas con Stoneridge y que no podía verte -explicó Rosie, un poco ofendida, con una tostada a medio camino de la boca.

-Sí, Sylvester estaba indispuesto -dijo Theo-. Tiene esos terribles dolores de cabeza, mamá. Te acordarás que ya tuvo uno en Stoneridge.

-Pobre hombre -comentó Elinor con compasión-. He oído hablar de casos así. Espero que ya esté mejor.

-Dormía plácidamente cuando me fui -aseguró sentándose a la mesa-. Emily, Clarissa, necesito que me acompañéis a un recado. ¿Podríamos llevarnos el lando, mamá? He conducido yo misma hasta aquí, pero el carrocín no es cómodo para tres personas.

-¿Qué recado? -quiso saber Emily mientras pasaba la cafetera a su hermana.

-Es un secreto -dijo Theo, que se sirvió café-. Pero necesito que vengáis para darme apoyo moral.

-¿Qué diablura estás planeando? -preguntó Elinor, al reconocer el aura de energía y determinación que envolvía a su hija, que tenía los ojos y la piel resplandecientes.

-Ninguna diablura -aseguró Theo con una sonrisa inocente mientras se servía una loncha de jamón y untaba un panecillo de mantequilla.

-El teniente Fairfax, milady -entonó el mayordomo antes de que Elinor pudiera contestar a esas palabras indiferentes de su hija, que pretendían tranquilizarla.

-Espero no molestar, lady Belmont. -Edward entró en cuanto fue anunciado y buscó de inmediato con la mirada a su prometida-. Ya sé que es temprano, pero...

-Pero tenías que venir -terminó Rosie por él con naturalidad-. No sé por qué no vives aquí, Edward. Estoy segura de que es más cómodo que tu alojamiento y te ahorrarías mucho tiempo en desplazamientos.

-¡Rosie! -protestó Emily-. Parece como si Edward no fuera bien recibido.

-Claro que lo es -afirmó Rosie con calma, a la vez que tomaba otra tostada-. Sólo era un comentario. Con el caballero de Clarry pasa lo mismo. Es casi como si se hubiese mudado aquí también.

-Ya basta, niña -la reprendió Elinor-. Siéntate, Edward. Ya sabes que siempre estamos encantadas de verte.

Edward se sentó al lado de Theo y, con una sonrisa, observó:

-Lograste zafarte de las arpías.

-Edward, por el amor de Dios -se quejó Elinor-. Menudo ejemplo para Rosie.

-A mí no me importa -indicó ésta-. ¿Es verdad que Mary se puso verde al ver los dragones? Clarry dijo que parecía un guisante cuando bajó.

-Ya basta. No quiero oír otra palabra sobre los Gilbraith -advirtió Elinor en un tono que, como todos sabían, iba muy en serio.

-Muy bien, mamá -dijo Theo con una sonrisa apaciguadora-. Pero ¿podrías invitarla a ir de visitas contigo o algo así para aliviarme un poco la tarea?

La expresión de Elinor indicaba con tanta claridad lo poco que le apetecía la perspectiva que sus hijas estallaron en carcajadas y las acusaciones de «hipócrita» dieron la vuelta a la mesa.

-Supongo que tendríamos que hacer turnos -sugirió Elinor sacudiendo la cabeza, compungida.

-Bueno, espero que me disculpará esta mañana -se excusó Edward, que tomaba la taza de café que Emily le había servido--. Esperaba convencer a Emily para que me acompañara en coche al parque después de desayunar.

-Tendrá que ser más tarde -intervino Theo-. Emily y Clarry van a acompañarme a un recado.

-Entonces, yo también vengo.

-No creo que te gustara, Edward -rió Theo entre dientes-. Estarías muy incómodo. -Se volvió hacia su madre-. Podemos usar el lando, ¿verdad?

-Supongo que sí, si me prometes que no te traes ninguna diablura entre manos -suspiró Elinor.

-Soy una mujer casada, mamá -afirmó Theo con altivez-. ¿Cómo se te ocurre pensar algo así?

-Muy fácilmente -dijo Elinor, irónica.

-Yo tendré que estar de vuelta a las once porque Jonathan va a venir a terminar mi retrato -indicó Clarissa-. Lo va a colgar en el vestíbulo de la casa de su madre y van a celebrar una velada para que la gente pueda verlo. Cuando vean el talento que tiene, seguro que recibe muchos encargos.

-Todavía no lo he visto -comentó Theo-. ¿Te gusta?

-No me deja verlo -se ruborizó Clarissa--. No hasta que no esté terminado.

-Pues yo, de ti, le quitaría la tela y le echaría un vistazo cuando él no está -afirmó Rosie.

-Eso sería engañarlo -exclamó Clarissa.

-No veo por qué. Es un retrato tuyo, de nadie más. De algún modo, te pertenece. Por lo menos, eso es lo que yo pienso.

-Tienes la misma actitud poco convencional hacia las normas que tu hermana -dijo Edward, de manera significativa.

Theo lo miró. No habían tenido ocasión de hablar en privado sobre los hechos desastrosos del Fisherman's Rest. Parecía haberla perdonado por haberlo involucrado en ellos, pero sabía que sentiría curiosidad por saber qué había pasado entre ella y Stoneridge. Se lo contaría más tarde, cuando le explicara el otro plan que estaba tomando forma en su mente. También necesitaba su participación, aunque su función no exigiría una intervención física. Estaba convencida de que, una vez que le hubiera comentado sus sospechas y su plan, contaría con su apoyo incondicional, como siempre. Se inclinó hacia él y le dio un golpecito en la mejilla.

-No seas remilgado -le dijo.

-Alguien tiene que serlo en lo que a ti se refiere -aseguró Edward, hundiendo la nariz en la taza de café para ocultar una sonrisa que no quería admitir.

Theo, satisfecha con esta respuesta, corrió hacia atrás su silla.

-Si Clarry tiene que estar de vuelta dentro de dos horas y yo tengo que ir a atender a mi suegra, será mejor que nos pongamos en marcha. No tengo idea de cuánto vamos a tardar.

Un renovado coro de «¿Qué?» recorrió la mesa, pero ella se limitó a sonreír pícaramente y se dirigió al vestíbulo para pedir que llevaran el lando a la puerta.

Quince minutos después, las tres hermanas iban de camino a un local discreto de la calle Bond.

26

Sylvester se despertó cuando su esposa tomaba jamón en el comedor de los Belmont.

Permaneció echado unos minutos saboreando la comodidad corporal y la ausencia milagrosa de dolor. Su cabeza conservaba aún el recuerdo espantoso de su sufrimiento, y ese recuerdo hacía que la sensación actual de bienestar le resultara más valiosa todavía.

-Milord.-Henry, atento al menor movimiento en la cama, descorrió las cortinas con una sonrisa ansiosa en los labios.

-Buenos días, Henry. ¿Qué hora es?

-Más de las nueve, señor.

-¡Dios mío! -De repente, pensó en Theo. Vio su cara junto a él, su sonrisa, esos ojos azules llenos de compasión y de algo más profundo aún que eso. Era algo que lo había aliviado, que le había impedido protestar por su presencia durante su tormento. Podía notar la mano de Theo, fría y suave, en su frente. Se sentó apoyado en las almohadas.

-¿Estoy equivocado al afirmar que lady Stoneridge estuvo aquí?

-No, milord.

-¿Por qué rayos la dejaste entrar?

-No la dejé, señor -contestó Henry tras aclararse la garganta-Entró por la ventana.

-¿Qué? -Recordó que le había dicho que se había colado por la ventana, pero en aquel momento, no lo había entendido.

Salió de la cama y se acercó a la ventana. La abrió de par en par y se oyó el bullicio de la ciudad de Londres, que empezaba la jornada. Salió al balcón y echó un vistazo al de Theo. Después, miró hacia abajo. Al pensar en lo peligroso del trayecto, los pelos se le pusieron de punta.

Su mujer era incorregible. Total y completamente incorregible.

Volvió dentro. El viento frío le traspasaba la camisa de dormir y le hacía tiritar.

-Tomaré un baño, Henry.

-Enseguida, milord. Y le pediré el desayuno. -El criado se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo-. Oh, su excelencia me pidió que le diera esto en cuanto se despertara -comentó mientras retrocedía hacia el secreter para entregar el papel doblado al conde.

-Gracias.

¿Qué se traería ahora entre manos su mujer? Sylvester se pasó una mano por el mentón sin afeitar y añadió:

-Date prisa con esa agua caliente, hombre.

Cuando Henry se marchó, desdobló la hoja y vio la letra inconfundible de Theo.

> *Queridísimo Sylvester,*
>
> *Henry me ha asegurado que, cuando te despertaras, estarías bien. De otro modo, no me habría ido. Estaré en la calle Brook cuando puedas venir a buscarme. Tu madre todavía está dormida, de modo que estoy segura de que no me necesitará hasta dentro de un par de horas.*
>
> *Besos, Theo.*

Dos grandes besos de aspecto impulsivo seguían a la firma. Dobló la carta de nuevo y la dejó en un cajón del secreter con una sonrisa en los labios. Nunca le había llamado «queridísimo» antes. Todo el tono de la nota era distinto a sus habituales comunicaciones nada adornadas, y sabía que Theo era incapaz de disimular sus sentimientos. Brotaban de ella con la pureza de la fuente burbujeante de un manantial. Vio otra vez sus ojos tal como los había visto durante esas horas espantosas, y una alegría indescriptible le llenó el corazón.

Henry entró con una bandeja de desayuno, seguido de dos lacayos que transportaban una bañera y cubos de agua caliente. Sylvester arrugó la nariz ante el aroma del café y se sentó hambriento para terminar con su largo ayuno mientras le preparaban el baño.

Decidió que Theo tendría que volver igualmente a Stoneridge. Sólo hasta que él metiera en cintura a Neil Gerard. Entonces, con el pasado por fin a sus espaldas y sin revelaciones vergonzosas que temer, se reuniría con ella y darían un nuevo rumbo a su matrimonio.

Con eso resuelto, disfrutó sin prisas del baño y se afeitó y se vistió. Henry le ayudó a ponerse una chaqueta color verde aceituna y le entregó los guantes y el sombrero.

Lleno del bienestar eufórico que conocía tan bien como el infierno que lo precedía, Sylvester bajó las escaleras deprisa. No había ni rastro de su madre ni de su hermana, observó con un alivio que le hizo sentirse culpable. Con suerte se habría ido antes de que aparecieran.

-Pida que me traigan el caballo, Foster.

-Sí, señor.

-Con toda rapidez-añadió lanzando sin querer una mirada por encima del hombro hacia las escaleras.

Foster hizo una reverencia, de nuevo con ese brillo de diversión irreverente en los ojos.

-Enseguida, milord. ¿Y qué debo decir a su excelencia cuando baje?

-Oh... Oh, que lady Stoneridge y yo teníamos que tratar unos asuntos, pero que volveremos para almorzar con ellas -dijo Sylvester.

-Muy bien, milord.

-Bueno, ¿qué te parece? -Theo dio una vuelta despacio frente a Edward.

-Es sorprendente -contestó despacio, sin apartar los ojos de aquella extraordinaria imagen.

-¿Verdad que sí? -coincidió Clarry-. No podía creérmelo. Emily y yo estábamos sentadas como unas tontas mientras monsieur Charles se lo cortaba y caía sobre el suelo; metros y metros.

-No exageres -intervino Theo-. No había tanto.

-Lo había -la corrigió Emily-. Nunca te lo habías cortado, ni siquiera un centímetro.

-Pues ahora sí -afirmó Theo, y era una verdad innegable-. Ya sé que sorprende, Edward, ¿pero te gusta? -Se puso de puntillas para verse reflejada en el espejo que había sobre la repisa de la chimenea.

-Es muy sofisticado -manifestó Edward tras un momento-. Y no pareces tú.

-¿Pero es eso bueno o malo? -preguntó Theo con impaciencia-. A mí me gusta. ¿A ti qué te parece, Jonathan?

El enamorado de Clarissa levantó la vista del caballete y dirigió una mirada abstraída a Theo antes de afirmar:

-Clarissa no debe hacerlo nunca.

Theo arqueó las cejas, sin acabar de entender si eso era una respuesta a su pregunta. Si lo era, no parecía demasiado alentadora, aunque a juzgar por el delicado rubor de sus mejillas, a Clarissa la prohibición le había resultado de lo más grata.

-Theo, Stoneridge acaba de llegar -informó Emily junto a la ventana, desde donde había estado observando la calle.

-Ah -soltó su hermana, que se situó a su lado. Sylvester desmontó a Zeus y lanzó las riendas a un golfillo que había corrido hacia él en cuanto había tirado de ellas.

-Esto va a ser interesante -murmuró Theo, con el corazón acelerado de placer al ver a su marido y pensar que pronto estaría junto a ella. Sylvester se detuvo un momento en la acera, dando golpecitos con la fusta en la palma de una mano y, después, subió con rapidez los peldaños de la entrada.

Theo se volvió de cara a la puerta del salón con una sonrisita en los labios.

La puerta se abrió y Sylvester entró. Lo que iba a decir no llegó a cobrar vida. Se quedó mirando incrédulo a su esposa.

-¿Qué diablos has hecho, Theo? -preguntó una vez que hubo recuperado el aliento.

-¿Te gusta? -Inclinó la cabeza hacia un lado, y sus ojos, que parecían aún más grandes que antes, brillaban como los de un diablillo.

-¡Ven aquí!

-¿Te gusta? -repitió.

-¡Te he dicho que vengas!

Todos menos Theo dieron un brinco, y Clarissa se estremeció al oír a su cuñado bramar esta orden. Theo obedeció con bastante prontitud.

Su marido le tomó la barbilla y la dirigió a un lado y al otro para observarle el perfil. Después, le hizo dar la vuelta y la miró por detrás.

-Tendría que retorcerte el cuello -afirmó por fin.

-Pero te gusta mi cuello -dijo Theo con un aire de inocencia lastimada mientras se volvía para mirarlo-. ¿No te parece un peinado sofisticado?

-Sí -admitió a regañadientes-. Pero he perdido a mi gitana.

Theo estaba transformada. El cabello negro azabache se apiñaba ahora rizado alrededor de la cabeza y unos rizos brillantes le caían sobre los oídos y la frente. Confería un aspecto menudo y delicado a sus rasgos de muchachito y acentuaba el tamaño y la profundidad de sus ojos de un modo asombroso.

-¡Oh, Theo! -exclamó de repente la voz atónita de Elinor desde la puerta abierta tras ellos.

-Exactamente lo mismo que pienso yo, señora -afirmó Stoneridge con sequedad-. ¿Por qué has hecho algo así, Theo?

-Hace días que quería -contestó-. Es mi cabello, Sylvester. Y puedo hacer con él lo que quiera.

-¿Lo vendiste? -preguntó Rosie, que había llegado con Elinor.

-¿Venderlo? -Theo la miró sorprendida-. Santo cielo, no. ¿Qué quieres decir?

-Leí en la Gazette que puedes sacar mucho dinero vendiéndote el cabello -la informó Rosie-. Sobre todo si es poco corriente como es el tuyo... o era -añadió sin rodeos-. Lo usan para hacer pelucas para la gente que no tiene bastante pelo propio.

-Nunca había oído tal cosa -dijo Theo encogiéndose de hombros-. El mío se quedó en el suelo de monsieur Charles.

-Entonces, me imagino que él se lo habrá vendido -indicó Rosie-. Y todas las ganancias serán para él. Supongo que no pensaste en eso porque tienes mucho dinero. Yo siempre voy justa -añadió, triste, en el último momento. Entonces se volvió hacia su cuñado con aire resuelto-. A propósito de eso, Stoneridge, todavía te debo los tres chelines del libro sobre arañas. ¿Te importaría que te lo pague a plazos? Este mes podría devolverte un chelín.

Sylvester parpadeó un momento, confundido. Luego se acordó.

-Fue un regalo, Rosie.

-Oh, no -lo contradijo, muy seria-. Recuerdo muy bien que fue un préstamo. Dijiste que me aceptarías un pagaré.

Sylvester estaba muy violento por la idea de que lo creyeran capaz de cobrarle tres chelines a una niña. Se sentía como esa tarde de verano en se había comido sus tartaletas de manzana.

-Sólo bromeaba, mujer. Por supuesto que fue un regalo.

-Pues muchas gracias entonces -dijo Rosie tras reflexionar un momento-. Entonces no lo entendía. -Se marchó de la habitación.

-No podías hacer otra cosa, ¿verdad? -murmuró Theo a su marido-. Te puso en un aprieto.

-¿Me estás diciendo que sacó el tema de ese modo a propósito?

-Con Rosie nunca se sabe -rió Theo entre dientes-. Pero le gusta que le expliquen bien las cosas y, como no dijiste que era un regalo, estoy segura de que de verdad supuso que era un préstamo.

-Pues no lo era -dijo, ofendido, y se preguntó cuánto tardaría en agarrarle la onda a la complicada familia Belmont. Cada vez que creía que ya casi lo había logrado, una u otra decía o hacía algo incomprensible.

-¿De veras que no te gusta mi pelo, mamá? -Theo se había vuelto a su madre, y su pregunta contenía una sincera ansiedad.

-No, creo que te favorece -contestó Elinor despacio-. Nos acostumbraremos. Estoy segura de que en un par de días ya habremos olvidado cómo era antes.

Sylvester dudó que él lo olvidara. Esa cascada negra azabache había sido el centro de sus placeres sensuales más ricos. Pero Elinor tenía razón: favorecía a Theo.

-Clarissa, no muevas la cabeza, por favor -pidió Jonathan de repente desde su rincón, donde estaba de espaldas a la pared para proteger celosamente el lienzo del caballete.

Clarissa murmuró una disculpa y trató de quedarse quieta.

-¿No podría verlo, Jonathan?

-Sí, deja que lo veamos -suplicó Emily-. Nos morimos de curiosidad y hemos sido tan buenos que ni siquiera le hemos echado un vistazo cuando tú no estabas.

-Un artista no enseña nunca sus cuadros hasta que no están terminados -comentó Jonathan con el ceño fruncido-. Es la costumbre.

-¿No podría saltarse la costumbre sólo por esta vez? -Theo cruzó la habitación-. Sabemos que será maravilloso. ¿Nos deja verlo?

-Bueno, si de verdad quieren verlo... -dijo vacilante el joven, ruborizado, y dejó el pincel y la paleta.

-Sí -sonrió Theo para animarlo-. ¿Por qué no le da la vuelta?

Con aire resuelto, Jonathan volvió el caballete de cara a la habitación. Se produjo un momento de silencio.

-Vaya, es encantador, señor Lacey -dijo Elinor débilmente.

Sylvester notó que Theo temblaba al contenerse la risa y le sujetó con fuerza, la nuca. Él, por su parte, había adoptado una adecuada expresión circunspecta.

-Es... Es muy bonito, Jonathan -comentó Clarissa tras observar el retrato-. ¿Se parece realmente a mí?

-Desde luego -afirmó Theo, categórica, como reacción a la indicación que le habían hecho los dedos cálidos y fuertes de su marido en el cuello-. Es el aspecto que tendrías si fueras una ninfa en un pabellón romano. Jonathan ha pintado a la perfección la expresión de tu boca y el color de tus cabellos.

-¿Pero por qué ha puesto todos esos trozos de tela flotando por ahí si lleva un vestido la mar de bonito? -preguntó Rosie, que había vuelto del mismo modo que se había ido-. Y si la está pintando en el salón, ¿por qué aparece sentada junto a esa fuente?

-Es la visión artística, Rosie -Clarissa salió en defensa de su caballero-. Los artistas pintan las cosas como las ven.

-Pues debe de tener unos ojos muy raros, señor Lacey -comentó Rosie, que tomó una manzana de un frutero de la mesa y la mordió-. Peores incluso que los míos.

-No hables de cosas que no sabes -dijo Emily acudiendo en apoyo de su hermana y del artista, que parecía atribulado-. Es muy bonito, Jonathan, y sé que vas a recibir muchos encargos cuando la gente lo vea. ¿Qué te parece, Stoneridge?

-Estoy seguro de ello -coincidió el conde con naturalidad y aumentó la presión de los dedos al notar que Theo se estremecía de nuevo-. Es una obra de arte muy buena, señor Lacey. ¿No estás de acuerdo, Edward?

-Oh, sí. Sin duda -se apresuró a contestar Edward, que procuró con todas sus fuerzas no mirar a Theo.

-Vaya, gracias. -Jonathan pareció satisfecho ante la aprobación de quienes sin duda sabían más que una niña impertinente.

-Oh, olvidé decir que Dennis dice que el almuerzo está listo. Hay tartaletas de queso -anunció Rosie tras morder de nuevo la manzana.

-Qué bien -soltó Theo-. Hace mucho tiempo que no como tartaletas de queso.

-Me sabe mal decepcionarte -intervino su marido-. Pero tenemos algunas obligaciones en la calle Curzon.

-Oh, sí. Por un maravilloso instante lo había olvidado -gimió Theo-. Tenemos que irnos, mamá.

-Claro, cariño -contestó Elinor de inmediato-. Acompañadnos a la fiesta de los Vanbrugh esta noche. Estoy segura de que lady Gilbraith y Mary serán muy bien recibidas.

Theo miró a su marido y éste sonrió.

-Es un compromiso de hace tiempo, mi amor. Tienes que ir. Estoy convencido de que mi madre no querrá acompañaros; no frecuenta demasiados actos sociales últimamente, y Mary no está lo bastante bien como para salir. Seguro que agradecerán una velada tranquila.

-¿O quizá tú podrías atenderlas? -sugirió Theo.

-Por desgracia, tengo otro compromiso -contestó sin pestañear.

-Qué sorpresa -sonrió Theo y, después, se volvió hacia Edward-. ¿Podrías venir a buscarme? No te importa, ¿verdad?

Le sonrió y a Edward no le costó demasiado captar el mensaje imperativo en sus ojos. No sólo quería que la acompañara. Su instinto le instó a dar alguna excusa, pero la costumbre de una larga amistad y la idea de que alguien tenía que saber qué tramaba le obligaron a aceptar.

-Te recogeré a las nueve.

Theo asintió a modo de agradecimiento y Sylvester se la llevó de la casa. Tras dar instrucciones a Billy para que llevara caminando a Zeus hasta Curzon, subió a Theo en el carrocín y tomó las riendas.

-¡Qué ridiculez! -afirmó entonces Theo, que había dado por fin rienda suelta a su risa-. Tal como la ha pintado Jonathan, Clarry parece una dríada sonriendo como una tonta en una caja de bombones. Es un ejemplo horrendo de afectación estilizada. No se ganará nunca la vida como retratista, así que tendremos que hacer algo por ellos.

-Yo no estaría tan seguro de eso -dijo Sylvester-. Esos fondos románticos y esas alusiones clásicas se están poniendo muy de moda. No me sorprendería nada que el joven señor Lacey hiciera furor en uno o dos meses.

-¿Hablas en serio? -Theo lo observó con un horror fingido-. ¿La gente pagará por esa basura?

-No lo dudes. Me gustaría saber cómo te representaría a ti -reflexionó con un brillo travieso en la mirada-. Apostaría a que como un duendecillo de los bosques. Todo rizos oscuros y misterio, con un ciervo o algún otro animal bonito de fondo.

-Sobre mi cadáver -exclamó Theo, sublevada-. Estaba contemplando la idea de sugerirte que le encargaras un retrato mío, sólo para darle un empujón, ya me entiendes, pero ni siquiera por Clarry le dejaría que se me acercara con un pincel a menos de un kilómetro.

-¿Le ha propuesto ya matrimonio a Clarissa?

-No, pero ha hablado con mamá -dijo Theo en un tono que, increíblemente, se parecía mucho al de la honorable señora Lacey-. Le explicó que no podía hacer una propuesta formal a Clarry hasta haber vendido un cuadro. Entonces tendría la impresión de que su carrera estaba tomando vuelo. -Puso mala cara-. Pero eso no pasará, así que Clarry tendrá que pedirle ella misma que se casen.

-No sé por qué pero no veo a Clarissa haciendo eso -comentó Sylvester-: Rosie, tal vez. Tú, sin duda. Pero Emily y Clarissa... -sacudió la cabeza-. Ni hablar.

-Pues te equivocas -afirmó Theo-. Clarry ha encontrado a su caballero, y antes de que lo deje escapar, nevará en el infierno.

Sylvester meditó sobre ello a la vista de lo que sabía de la familia Belmont y se vio obligado a concluir que, por difícil que pareciera, era probable que Theo tuviera razón.

Enfilaron la calle Curzon y Sylvester se calló de repente. Theo le observó la cara: la expresión de su boca era seria y la de sus ojos, fría y grave. Esperó nerviosa, pero Sylvester no dijo nada hasta que detuvo el carrocín frente a la casa.

-Mira hacia arriba, Theo.

Asombrada, contempló la fachada de ladrillos rojos de la elegante mansión. No se veía distinta que de costumbre.

-Mira hacia arriba -recalcó su marido-. Hay dos ventanas con balcón.

Theo alzó los ojos y miró la ruta poco ortodoxa que había seguido para sentarse a la cabecera de su marido. Desde abajo, parecía espeluznante, más que en su momento incluso. Dedicó una mueca compungida a Sylvester.

-¿Se te ocurre qué podríamos hacer contigo? -preguntó éste sin demasiada curiosidad-. Te confieso que se me ha acabado la inspiración.

-Desde aquí abajo parece mucho peor -se disculpó Theo-. Pero tenía que ir a tu lado. No pensé nada más. Tenía que ir a tu lado y lo hice.

-Sí, lo hiciste -Sylvester estuvo de acuerdo con esa simple realidad. De repente, una luz cálida iluminó sus ojos grises depositados en el semblante de su mujer-. Lo hiciste, gitana-repitió, y le puso una mano en la mejilla-. Y me reconfortaste mucho.

Theo no contestó, pero recostó la mejilla en la palma de la mano de su marido.

-Dicho eso -prosiguió éste dándole un golpecito en la punta de la nariz con la yema del dedo índice-. No puedo evitar pensar que te estaría fallando y olvidando mi deber matrimonial si no expresara cierta legítima cólera marital.

-No -aceptó Theo-. ¿Te parece que consideremos que lo has hecho y que me lo he tomado a pecho?

-Incorregible -suspiró el conde-. Totalmente incorregible.

Debieron de haberlos visto desde la casa, porque el limpiabotas bajó corriendo las escaleras.

-¿Quiere que lleve el carrocín a las caballerizas, milord?

-¿Podrás hacerlo? -preguntó Sylvester con el ceño fruncido al ver al chico, que no tendría más de diez años.

-Sí, milord. ¿No es cierto, lady Theo?

-Sí, no tienes nada que temer, Sylvester. El padre de Timmy es el jefe de cuadras en la vicaría de Lulworth, pero su madre quería que fuera criado, así que languidece entre las botas en lugar de entre los caballos. Que es donde preferiría estar, ¿no es cierto, Timmy? -Le sonrió mientras bajaba del vehículo.

-Sí, señora-afirmó Timmy con un suspiro sentido-. Pero le rompería el corazón a mamá. Por lo menos, eso dice mi padre.

-Claro que tu madre no tiene por qué saber lo que haces en Londres -dijo Theo, pensativa-. ¿A ti qué te parece?

-Me parece que el joven Timmy tendría que ir a los establos y pedir a Don que le ponga a trabajar -manifestó Sylvester, resignado a la función de mero refuerzo en lo que atañía a las decisiones y disposiciones domésticas de Theo.

-Pero, ¿y el señor Foster, señor? -Los ojos del chico se abrieron como platos ante la perspectiva de un sueño hecho realidad.

-Estoy seguro de que podrá encontrar otro limpiabotas. -Condujo a Theo escaleras arriba mientras Timmy, como unas castañuelas, se llevaba los caballos.

-Un mensajero le trajo una carta, lady Theo. -A Foster se le abrió la boca al ver el aspecto cambiado de su excelencia.

-Gracias, Foster -dijo Theo, con una sonrisa, cuando le entregaba el papel sellado.

-Me perdonará el comentario personal, pero... -El mayordomo le señaló el peinado-. Muy bonito, lady Theo.

-Gracias, Foster -contestó a la vez que le daba palmaditas en el brazo-. Siempre sabe lo que hay que decir.

-Qué cosas dice, lady Theo... -Foster se ruborizó, encantado-. Oh, lady Gilbraith y la señorita Gilbraith han ido al médico, a la calle Harley. Se han llevado el lando.

-Eso es fantástico. -Los ojos alegres de Theo se dirigieron al rostro de su marido-. Me refiero a que el médico podrá remediar el resfriado de Mary y el hígado de su excelencia, o lo que sea que la molesta. -Su voz se desvaneció, ya que estaba a punto de traspasar los límites de la grosería.

-En ese caso, almorzaremos arriba, en el saloncito -dijo Stoneridge, llenando así el momento de silencio.

-Muy bien, milord. Voy a disponerlo de inmediato -afirmó Foster, que se marchó hacia la antecocina con su habitual paso majestuoso.

-¿Y si regresan mientras estamos... ocupados de otro modo? -Theo miró por encima del hombro hacia Sylvester, ahora con picardía en los ojos. Almorzar en el saloncito sólo podía significar una cosa.

-Sube -le ordenó su marido, empujándola hacia delante con una mano en el trasero-. ¿De quién es la carta?

-Todavía no lo sé. Ya la abriré después -comentó, y subió las escaleras con brío mientras pensaba si el mensaje sería de Neil Gerard. La letra era sin duda de hombre y desconocida. Esperaba que fuera la confirmación de su cita del día siguiente. Si era así, Sylvester no podía saberlo.

-Me reuniré contigo en un minuto -dijo Sylvester, que se dirigió hacia su dormitorio.

Theo vaciló con la mano en el pomo de su puerta.

-No insistirás en que vuelva a Stoneridge, ¿verdad?

-¿Puedes darme tu palabra de honor de que no irás a ningún sitio ni harás nada sin que yo lo sepa? -preguntó su marido tras mirarla pensativo un instante. Al ver que no contestaba, prosiguió con calma-. Ya tienes la respuesta, Theo. -Alargó la mano y le tiró de uno de los rizos que le cubrían las orejas-. No pongas esa cara de desconsuelo, mi amor. Te has estado quejando de lo aburrido que es Londres desde que llegamos. Me reuniré contigo enseguida, te lo prometo.

Theo vio que todavía tenía unos días para demostrar que tenía razón. Cuando se encogió de hombros, su marido interpretó su silencio como una aceptación.

Le deslizó los dedos hacia arriba entre los rizos para llevárselos hacia la cara.

-Estoy empezando a acostumbrarme a esto -bromeó-. De hecho, de una forma o de otra, sigues siendo una gitanita bastante atractiva. -Le tomó el mentón y la besó-. ¿Por qué no te pones una bata y me pones las cosas fáciles para variar?

-Pero se da mucho más valor a lo que cuesta obtener que a lo que resulta fácil -dijo Theo, y le mordisqueó, juguetona, el labio inferior.

-No tengo modo de saberlo -contestó su marido-. Hasta ahora, nada ha resultado fácil en lo que a ti respecta, así que no puedo comparar.

-¡Eso es injusto! -Theo le tocó la comisura de los labios con la lengua.

-Cinco minutos -dijo apartándola de él y volviéndose hacia su puerta-. Y espero encontrarte dispuesta a allanarme el camino.

Theo sonrió y entró a toda velocidad en su habitación. Trataba de imaginar el mejor modo de satisfacer esa petición. Mientras se desabrochaba la chaqueta con una mano, rompió el sello de la carta y desdobló la hoja. Era de Gerard, que tendría el honor de ir a su casa a las diez de la mañana del día siguiente con la esperanza de que lo acompañara en coche hasta Hampton Court, si hacía buen tiempo. Hasta entonces, era su seguro servidor.

Volvió a doblar la carta y la metió en un casillero de su secreter. Gerard no podía haber elegido un lugar mejor para sus planes.

Se quitó el resto de ropa y se puso una bata vaporosa de muselina verde manzana acabada en puntilla. Sentada ante el espejo del tocador, se cepilló el pelo y disfrutó de la novedad de tener el cuello desnudo y menos peso en la cabeza. Sus hermanas le habían regalado un frasquito de perfume el día de su boda. Apenas lo usaba, porque se vestía siempre con tanta prisa que solía prescindir de esos detalles, pero ahora parecía una ocasión adecuada. Sylvester quería que se vistiera para seducirlo, y eso era lo que tendría.

Se puso unas gotas detrás de las orejas, en el cuello y en las muñecas. Después, con una sonrisita, se aplicó la delicada fragancia tras las rodillas y en el interior de los muslos. ¿Dónde más le gustaba jugar a Sylvester? El ombligo, los hoyuelos al final de la espalda, los arcos altos de sus pies, largos y estrechos.

Después de decidir que debía de oler como un burdel, se lanzó una última mirada al espejo y salió de la habitación para recorrer el pasillo descalza hacia el saloncito que daba al jardín posterior, donde iban cuando deseaban intimidad sin interrupciones del servicio.

Sylvester ya había llegado y estaba sirviendo dos .copas de vino.

-No hay tartaletas de queso, lo siento -comentó cuando ella en-tró-. Pero hay... -Las palabras no salieron de sus labios. Despacio, volvió a dejar las copas en la mesa y entrecerró los ojos mientras la observaba.

Los rizos oscuros le rodeaban la cara y suavizaban sus rasgos de una forma que las trenzas, sencillas y severas, no habían hecho nunca; tenía las mejillas resplandecientes y los

ojos, ardientes; la bata se le aferraba a todas las líneas sinuosas del cuerpo; el estrecho cinturón le acentuaba la cintura y la curva suave de las caderas. Londres y el clima invernal habían acabado con su tez morena y le habían dejado la piel del color y la textura de la leche cuajada...

-Realmente he perdido a mi gitana -murmuró-. Pero mira qué tengo en su lugar.

-¿Qué? -preguntó, avanzando hacia él.

-Una mujer bellísima -contestó con sencillez-. Una esposa díscola y rebelde, pero una mujer bellísima.

-No me riñas -protestó Theo, que se acomodó entre sus brazos.

-Estaba afirmando un hecho, no riñéndote -dijo con una sonrisa, mientras le recorría el cuerpo con las manos y sentía el calor de su piel bajo la delicada tela y el movimiento de los músculos de la espalda cuando se apretujó contra él.

-Quítate la bata, Theo -ordenó con voz ronca, y se alejó un paso de ella.

Theo fijó los ojos en la cara de su marido mientras se desabrochaba la bata y la dejaba resbalar al suelo.

Los ojos de Sylvester recorrieron despacio su cuerpo devorando cada centímetro de piel, los senos firmes y prominentes, los pezones oscuros, que se endurecían y erguían bajo su mirada, la barriga lisa, la mata de vello rizado en el vértice superior de los muslos, largos y cremosos. Después, hizo un movimiento circular con el índice, y ella se giró, obediente. Le contempló la espalda recta y estrecha, los omoplatos puntiagudos, la curva de las nalgas, la parte posterior de los muslos y la suavidad del interior de las rodillas.

Conocía cada centímetro de su cuerpo y, aun así, cada vez era como si fuera territorio inexplorado.

-Comamos -dijo en medio de un silencio en que el deseo era tan intenso que casi podía palparse.

-¿Quieres comer? -Theo se volvió, y sus ojos mostraban asombro y algo de indignación-. ¿Ahora?

-Ahora -corroboró Sylvester, y le pasó una copa de vino con los ojos llenos de una diversión sensual-. No -dijo cuando se agachó para recoger la bata del suelo-. Quédate como estás. Quiero disfrutarte con los ojos un rato.

-¿Tengo que comer desnuda?

-Exacto. -Le corrió la silla-. No tendrás frío junto al fuego -aseguró. Se agachó para besarle la nuca cuando se sentó, y Theo se estremeció de placer y esperanza.

Eso era algo que no habían hecho nunca. Le resultaba muy extraño estar sentada desnuda en la habitación mientras él iba totalmente vestido. Extraño pero excitante. El fuego le chisporroteaba junto al muslo derecho, y el asiento bordado de la silla le rascaba un poco las nalgas y los muslos. Probó un leve movimiento.

-Separa un poco los muslos -le indicó Sylvester en voz baja tras sorber el vino sin dejar de mirarla.

Theo abrió unos ojos como platos y se humedeció los labios. Se movió de nuevo en la silla y de repente se mordió el labio.

-¿Cómo voy a comer así?

-Te las apañarás. -Tomó otro sorbo de vino. Después, cortó despacio una tajada de pollo frío y la puso en el plato de su mujer-. ¿Setas en vinagre?

Theo asintió en silencio y Sylvester le dio el plato. Al inclinarse hacia delante para tomar una cucharada, los senos le rozaron el borde de la mesa. Los pezones le ardieron y retrocedió con un grito ahogado.

-No puedo hacerlo, Sylvester.

-Sí puedes. -Empezó a comer sin dejar de observarla-. Dime qué sientes.

Theo tomó un bocado de pollo y se dio por vencida. Ese juego había acabado con todo vestigio de apetito. Se recostó en la silla y los senos se le movieron al hacerlo.

-¿Todo? -preguntó a su marido en voz baja y con los ojos rebosantes de deseo.

-Todo.

27

-Ya lo ves, Edward. No será nada peligroso para ninguno de los dos -concluyó Theo, sentada en la penumbra oscilante del carruaje que los conducía a la fiesta de los Vanbrugh. Edward sacudía la cabeza.

-¿Estás sugiriendo que llevarás a Neil Gerard al laberinto de Hampton Court y le obligarás a hablar a punta de pistola sobre Vimiera mientras yo me escondo detrás de un maldito seto para escuchar, de modo que si dice algo incriminatorio, haya un testigo? Theo, tienes la cabeza llena de pájaros.

-Saldrá bien -aseguró con obstinación-. Estaba en Vimiera y está detrás de los ataques a Sylvester. Sólo tenemos que averiguar qué pasó en realidad. Después, podemos contar a Sylvester lo que hemos descubierto y él podrá hacer lo que quiera con ello. Si es suficiente para una nueva vista del consejo de guerra, podrá limpiar su nombre de una vez por todas.

-¿Pero por qué no se le ha ocurrido a Sylvester un plan tan brillante si, como estás tan segura, sabe que Neil Gerard es el hombre que ha estado intentando matarlo? -preguntó Edward con evidente sarcasmo.

-No lo sé -prosiguió Theo con la misma obstinación que antes-. No lo sé porque no me cuenta nada. Pero saldrá bien. Lo que pasa es que tiene que haber un testigo imparcial.

-Estás jugando con fuego, Theo -suspiró Edward-. Tanto como en la calle Dock. Y no culparía a Stoneridge si te mandara a vivir con su madre -afirmó de modo inequívoco.

-Oh, últimamente estás de un escrupuloso insoportable. -Theo se inclinó hacia delante y puso con urgencia una mano en la rodilla de su amigo-. Es muy sencillo. Quiere ir a Hampton Court, y es un lugar ideal. Esperarás en la calle Curzon y sólo tendrás que seguirnos en el carrocín. Gerard no se dará cuenta de que llevamos un carrocín detrás. Ni tampoco de que alguien nos sigue entre la multitud de gente de Hampton Court. Mi deseo de visitar el laberinto será la cosa más natural del mundo. Es imposible que me haga daño en un lugar así y, además, seré yo quien llevará pistola.

-¿Y qué te hace pensar que él no irá armado también?

-¿Por qué tendría que irlo? -Theo detectó que la oposición de su amigo empezaba a flaquear-. Además, no creo que sea demasiado inteligente.

-¿Por qué piensas eso? -preguntó Edward con desánimo.

-Si lo fuera, ya habría logrado matar a Sylvester. Me parece que es de lo más torpe.

Edward no consiguió encontrar ningún argumento para contradecir esta réplica lacónica. Sin embargo, se sintió obligado a indicar que incluso los menos brillantes y hábiles podían ser muy peligrosos. De hecho, quizá más, porque podían ser imprevisibles.

-Sí, pero no correremos el menor peligro -dijo Theo con impaciencia-. ¿Cómo podría ser de otro modo en esas circunstancias?

El carruaje llegó a su destino y Edward aprovechó la ocasión para demorar su respuesta.

-Te contestaré al final de la velada -aseguró antes de bajar y alargar la mano para ayudarla a apearse-. Pero si vuelves a mencionarlo antes de que estemos en el carruaje de camino a casa, no contemplaré la idea. ¿Entendido?

-Sí, Edward -afirmó Theo dócilmente mientras apoyaba la mano en el brazo de su amigo y se preguntaba por qué los hombres de su vida eran tan correctos.

Había lacayos que corrían calle arriba y calle abajo para dirigir los carruajes, y las luces brillaban a través de la puerta abierta al final de una alfombra roja extendida sobre la acera.

-Dios mío -exclamó Theo-. No soporto estas fiestas.

Pero Edward no pareció oírla. Intentaba captar la atención de un hombre alto con uniforme de la marina que estaba bajo el toldo, unos metros delante de ellos, y se dirigía también hacia la entrada.

-¿Quién es? -preguntó Theo, de puntillas, para satisfacer su curiosidad.

-Juraría que es Hugo Lattimer -contestó Edward-. Era teniente primero en el barco que me trajo desde España. Sin su ayuda, estoy seguro de que me habría muerto. Me cedió su camarote e instaló su hamaca en la sala de oficiales. Era la bondad personificada, siempre

dispuesto a hablar cuando yo estaba más triste, y Samuel, su ayudante, me cuidó como a un niño.

-Entonces le debo mi agradecimiento -afirmó Theo y, haciendo bocina con las manos, gritó-: ¿Teniente Lattimer?

El joven se volvió y escudriñó con sus ojos verdes la multitud, atónito. Theo, ruborizada al darse cuenta de cómo había llamado la atención de la gente, movió los dedos hacia él.

-¡Theo! ¿Cómo has podido? -exclamó Edward con un susurro feroz, pero el oficial de marina se había separado de la cola y esperaba a que lo alcanzaran.

-Fairfax -dijo calurosamente con la mano extendida-. Me alegro de verte con tan buen aspecto, hombre.

-Estoy bastante bien, Lattimer. Me gustaría presentarte a la condesa de Stoneridge. Theo, el teniente... Oh, no, perdona, el capitán Lattimer. No me había fijado en las charreteras, Hugo. Felicidades.

-Le ruego que me disculpe por gritar de esa forma tan indecorosa -se excusó Theo-. Pero Edward me contagió su entusiasmo y me dejé llevar. Me estaba contando lo bueno que fue con él en el viaje, y como es mi mejor amigo, estaba impaciente por conocerlo y darle las gracias.

-¿Su mejor amigo? -dijo con una voz agradable, algo ronca-. Sin duda Fairfax es un hombre afortunado.

-Bueno, está mi marido, claro -comentó Theo con alegría-. Pero Edward y yo somos amigos de una forma bastante diferente, ¿sabe?

-Creo que sí. -La mirada algo asombrada del oficial de marina se desvió hacia Edward.

-Theo y yo nos conocemos desde que andábamos a gatas, Hugo-aclaró éste.

-Eso lo explica todo -contestó Hugo Lattimer-. ¿Ha llegado a Londres hace poco, señora?

-Parece que estamos aquí desde siempre -dijo Theo, que se sentía a gusto con aquel hombre. No era sólo porque Edward hablara bien de él, aunque eso habría bastado, pero tenía un brillo de humor en los ojos y, cuando reía, como hacía en ese momento, era un sonido sonoro, alegre. Supuso que tendría alrededor de veinticinco años, un par más que Edward.

-¿Así de aburrido?

-Sí, exacto. -Riendo con él, entró en la casa y se dirigió a las escaleras para saludar a lady Georgiana Vanbrugh.

Esperaba pasar un poco más de tiempo con el salvador de Edward, incluso bailar una pieza con él, pero se llevó una decepción: Hugo Lattimer desapareció en cuanto llegaron a la sala de baile. Lo vio una o dos veces a lo largo de la velada, de pie junto a la pared, con un vaso en la mano, y su expresión había perdido la espontaneidad jovial que tanto la había atraído. De hecho, parecía taciturno y había sombras en sus ojos verdes.

Pensó en acercarse ella, pero entonces tenía algo que resultaba extrañamente adusto, como si estuviera levantando un muro a su alrededor.

-El capitán Lattimer no parece estar pasándoselo bien -mencionó a Edward cuando se hubieron reunido con su madre y sus hermanas y estaban sentados en el comedor.

-Todavía no he conocido a ningún oficial de marina que esté contento mientras espera un nuevo destino -dijo Edward-. Subsisten con media paga, y rondan el Almirantazgo y se mueren de aburrimiento el resto del tiempo.

-Humm. -Theo no parecía convencida.

-Bebe mucho -continuó Edward, bastante a regañadientes-. No cuando está a bordo, pero sí en cuanto llega a puerto. Estuve con él en Southampton cuando desembarcamos. Hay algo que lo preocupa; él lo llama demonios pintados.

-Oh -dijo Theo-. Invítalo a nuestra mesa, Edward.

-No me parece prudente, Theo -intervino Elinor, que lanzó una mirada a sus hijas mayores-. Si el caballero elige ser reservado, deberíamos respetarlo.

Theo sabía que lo que su madre quería decir era que no quería invitar a nadie ebrio a la mesa, pero no dijo nada más.

Sin embargo, cuando se iban, Hugo Lattimer se acercó a ellos. Su aliento olía a coñac y sus ojos estaban algo empañados, pero su voz era firme y estuvo totalmente coherente cuando

contó a Edward que tenía un nuevo destino: una fragata en los astilleros de Portsmouth. Por la mañana iría a comprobar cómo estaba, así que ése era su último acto social en lo que esperaba fuese mucho tiempo.

Se despidió de la condesa de Stoneridge con la misma naturalidad de antes, rehusó que lo llevaran en el carruaje y desapareció en la oscuridad de la noche.

-¿Acompañarás a Theo a casa, Edward? -dijo Elinor mientras subía a su propio coche.

-No es necesario -comentó su hija-. El cochero puede devolverme a casa a salvo. Estoy segura de que Edward preferirá acompañar a Emily. Hay espacio para él en vuestro carruaje si os apretujáis un poco.

Elinor pareció vacilar pero, como ninguna de sus hijas mayores ni sus enamorados hizo objeción alguna, decidió que tendría que ser así.

-Pero Edward podría acompañarme hasta el carruaje -sugirió Theo. Tenía que darle una respuesta.

Edward la dejó en el carruaje con el escudo de Stoneridge en los paneles.

-¿Y bien? -Al ver que no contestaba enseguida, añadió con suavidad-: Si no vienes, tendré que ir sin ti.

-Y yo le contaré a Stoneridge lo que te traes entre manos -replicó Edward.

-No esperarás en serio que me crea eso, ¿verdad?

Edward suspiró. Por supuesto, era inconcebible que hiciera tal cosa.

-Muy bien -concedió con una evidente desgana-. Te esperaré en la esquina de la calle Curzon por la mañana.

-Muchísimas gracias. Sabía que no podías haber cambiado tanto. -Theo le dio un sonoro beso. Edward cerró la portezuela y el cochero puso en marcha a los caballos.

Mientras su mujer estaba ocupada urdiendo su plan en la fiesta de los Vanbrugh, el conde de Stoneridge estaba en el White's jugando al faraón en la misma mesa que Neil Gerard. Las botellas de borgoña circulaban mientras los empleados entonaban las posibilidades de ganar en las mesas, y las voces se elevaban y se silenciaban con diversos grados de embriaguez a medida que la noche avanzaba hacia la madrugada.

Neil jugaba con cierta exuberancia, pero su copa, como la del conde, estaba siempre llena, aunque rara vez había que servirles de las botellas que circulaban.

El conde hablaba con Gerard sobre su encarcelamiento en Toulouse. Su plan era sencillo pero, por lo que sabía de Neil Gerard, sabía que funcionaría. El capitán no tenía firmeza de carácter ni fuerza de voluntad, y ya le había entrado pánico. Sylvester iba a llevarlo al límite. Iba a acorralarlo y a acosarlo hasta que contara su vida y milagros ante quien estuviera cerca.

El tono de Sylvester restaba importancia a su experiencia en la cárcel, como dictaban las reglas de los núcleos masculinos, y daba el aspecto de ser un hombre que charlaba con un viejo amigo sobre algo que ambos sabían. De vez en cuando, reflexionaba en voz alta sobre qué podría haber pasado antes de rendirse. Su tono era lo bastante bajo como para que sólo lo oyera Neil Gerard, pero también dejaba claro al capitán que no le inquietaba demasiado que el tema se aireara en público.

Una o dos veces, una mirada curiosa se dirigía en su dirección cuando alguien captaba una o dos palabras, y Sylvester incluía a Gerard de inmediato en la conversación, con lo que daba la impresión de que ésta era totalmente inofensiva.

A Gerard le quedó claro que aquél no era el mismo hombre del consejo de guerra; un hombre confuso y avergonzado por una acusación tácita contra la que no podía defenderse. Y Gerard empezó a sentirse como la presa. Sólo la idea de su plan lograba que los nervios le impidieran mantener la cabeza fría.

Sylvester se levantó finalmente de la mesa, con varios cientos de guineas a su favor.

-La próxima vez tendrás más suerte -se compadeció de Gerard, que había estado firmando pagarés a la banca durante la última media hora.

-Todavía no he terminado -dijo Neil, sin moverse de la silla-. La noche es joven.

-Sí -contestó Sylvester-. Para algunos.

Sonrió, y de repente acudió a la cabeza de Neil una imagen vivida de lady Stoneridge como la había visto en el Fisherman's Rest, vibrante, desbordante de sensualidad. Y como la había visto esa mañana, riendo, con los ojos chispeantes y los labios carmín. Y como la vería al día siguiente, cuando fueran a Hampton Court.

-Desde luego, el matrimonio tiene sus alicientes -afirmó.

-Oh, Stoneridge todavía lleva poco tiempo casado -bramó un hombre con jocosidad desde la otra punta de la mesa-. No durará, amigo mío. Se lo aseguro.

-No puedo discutir con la experiencia -comentó Sylvester, con una reverencia fingida-. Sin embargo, les doy las buenas noches, señores.

Se marchó, y Neil Gerard se dedicó a sus cartas con un suspiro de alivio. Ahora podría concentrarse.

-Por cierto, Gerard -Sylvester había vuelto, sonriente. Neil levantó la vista hacia él. La luz de una araña caía sobre la cara del conde y le iluminaba la cicatriz. Sus ojos grises poseían un brillo extraño y sus labios sonreían, aunque era una sonrisa que dio escalofríos a Neil Gerard-. Jud O'Flannery, así se llamaba tu sargento, ¿verdad?

Neil notó que la sangre le abandonaba las mejillas y le pareció que podía notar cómo se le acumulaba en los pies. La habitación le dio vueltas y unos puntos negros le bailaron delante de los ojos. Si Gilbraith daba con O'Flannery, le pagaría lo que el chantajista le pidiera por el testimonio que limpiaría su nombre. Ahora era lo bastante rico como para pagar de una vez un importe que superara varios años juntos de lo que él le daba para que callara. Jud aceptaría encantado.

-Quizá no lo recuerdas -estaba diciendo Sylvester, y su voz le llegaba de muy lejos-. Estoy seguro que se llamaba así. Pero no sé dónde podría encontrarlo. En algún lugar del East End, supongo. ¿No crees?

Neil sacudió la cabeza. Intentó responder con la despreocupación adecuada, pero sabía que su reacción silenciosa lo había delatado.

-Quizá. No lo sé. Era un canalla. Seguramente lo colgaron hace años. O eso, o se está pudriendo en la cárcel flotante de Greenwich.

-Seguramente -estuvo de acuerdo Sylvester con indiferencia. Y, tras despedirse con la mano, se fue.

El pánico extendió una niebla roja alrededor de Neil Gerard. No podía esperar. No tenía tiempo para cultivar con sutileza la amistad de la dama en cuestión. A la mañana siguiente iba a subirse a su faetón; tendría que ser entonces. Corrió hacia atrás la silla con brusquedad y dejó las cartas en la mesa.

-Perdonen. Acabo de recordar otro compromiso. ¿Tienes mis pagarés, Belton?

Lord Belton asintió con un gruñido mientras recogía los papeles y se los metía en el bolsillo del chaleco.

Neil Gerard dejó el Whites. Tenía poco tiempo y mucho que hacer.

Sylvester se dirigió a casa satisfecho con lo que había logrado esa noche. Gerard estaba a punto de quebrarse. Era como una ciruela demasiado madura. Un pinchazo en el lugar adecuado y se partiría por la mitad.

Bastaría con amenazarlo físicamente, por supuesto. Gerard era un cobarde. Todavía podía verlo lloriqueando y encogiéndose de miedo en los pasillos de la Westminster School, suplicando de rodillas que lo dejaran en paz mientras el círculo sonriente de bravucones rodeaba a la víctima ideal de un régimen de terror.

Haría cualquier cosa para evitar el dolor. Pero Sylvester necesitaba testigos para cualquier declaración que lograra sacarle y no se veía amenazando con hacer papilla a Gerard delante de los espectadores imparciales que serían los únicos testigos creíbles en el Horse Guards.

Así que se trataba simplemente de encontrar la presión adecuada para quebrarlo, y las circunstancias adecuadas para lograrlo.

Cuando pasaba por el pasillo, vio luz bajo la puerta de Theo. Sin duda, el matrimonio tenía alicientes para abandonar la mesa de cartas a una hora relativamente temprana. Sonriente, abrió la puerta.

28

Theo seguía profundamente dormida cuando Sylvester se despertó por la mañana. Un rizo negro le hacía cosquillas en la nariz y lo apartó antes de apoyarse en un codo para observar su cara dormida. Ahora parecía bastante apacible, pero por la noche había mostrado gran entusiasmo; su excitación sensual había poseído un carácter ardiente, casi febril. En ese momento no le había resultado motivo de queja, antes al contrario, pero al pensar en ello ahora, sintió una ligera inquietud. ¿Estaría tramando algo?

Y no iba a decírselo si se lo preguntaba. Así que tendría que anticiparse a ella. En ese momento, inocentemente dormida, no constituía ningún problema. Sonriente, le besó la frente antes de salir de la cama con cuidado para no despertarla, y le tapó el hombro desnudo con la sábana.

Sin hacer ruido, dejó la habitación bajo la luz gris del alba. Tenía que llevar a su madre y a su hermana a la calle Brook después de desayunar; Elinor se había ofrecido noblemente a acompañarlas a visitar Elgin Marbles. Después, tenía intención de seguir acosando a Neil. Ahora ya podía oler la sangre; ojalá lograra que se desmoronara en uno de sus clubes.

Theo se despertó cuando Sylvester estaba desayunando diligentemente con su madre y su hermana. Había cenado con ellas la noche anterior antes de ir a la fiesta de los Vanbrugh, de modo que le pareció que podía desayunar en la paz de su habitación. Cuando a las nueve y media salieron de la casa hacia !a calle Brook, ya estaba vestida y los vio irse desde la ventana de su habitación. Mary iba envuelta en una capa abrigada y lady Gilbraith dio unos golpecitos impacientes con el pie en la acera cuando el lacayo tardó un instante de más en abrir la puerta del lando.

Sylvester subió tras su madre y se sentó a su lado. Lucía una expresión estoica al inclinar la cabeza para escuchar lo que a la observadora le pareció una diatriba considerable.

Theo reflexionó que no podía haber sido una ausencia más oportuna. Sylvester no estaría en casa cuando Neil Gerard fuera a buscarla.

Observó con ojo crítico su imagen en el espejo. Gerard no había visto aún su nuevo peinado, y tenía la firme intención de sacar el máximo partido a la sorpresa.

No quería seducirlo pero, si lo meditaba con frialdad, sabía que cuanto más seductor fuese su aspecto, más probabilidades tenía de pillarlo desprevenido. Un sombrero de paja con cintas de terciopelo azul oscuro realzaba el efecto de los rizos que le caían sobre las orejas y la frente, el vestido de terciopelo azul hacía juego con las cintas, los botines de piel conferían un toque bonito a su elegante tobillo. Unos guantes y un manguito de piel completaban una imagen que a su madre y a madame Hortense, la modista, había costado mucho trabajo preparar. Y se veía obligada a admitir que sin demasiada ayuda por su parte. Sin embargo, al mirarse en el espejo, decidió que tal vez debería prestar un poco más de atención a esos detalles en el futuro. Eran muy útiles cuando una necesitaba recurrir a ellos.

Bajó ligera las escaleras, dedicó una sonrisa alegre a Foster y le dijo que esperaría al capitán Gerard en la biblioteca. Sin embargo, no tuvo que esperar demasiado antes de que el mayordomo anunciara al caballero en el tono inexpresivo que Theo sabía que indicaba desaprobación. A Foster no le gustaba la idea de que la condesa saliera con un desconocido. Aunque sus excursiones sola por Stoneridge y Lulworth no le inmutaban, que fuera sola con un desconocido por las calles peligrosas de Londres era harina de otro costal.

-¿Qué debo decir a su excelencia si pregunta por su paradero, lady Theo? -pidió con énfasis mientras sujetaba la puerta abierta.

-Pues que he salido con el capitán Gerard -contestó Theo con una sonrisa inocente. Pensaba haber vuelto de su paseo con su regalo para Sylvester, de modo que no importaba si sabía con quién estaba una vez que se hubieran ido-. El capitán me devolverá sana y salva, ¿verdad? -La sonrisa inocente se volvió picara.

-Por supuesto, señora. Soy consciente de lo valiosa que es mi carga. -Hizo una reverencia y sus inexpresivos ojos castaños observaron el semblante de la condesa.

Theo sintió cierta inquietud, pero la desechó enseguida. Aquel asqueroso no sabía que sospechara nada. Pero, ¿por qué le interesaba entablar amistad con ella? Era la esposa de su enemigo.

¿Y por qué no se le había ocurrido eso antes? Pero ahora era demasiado tarde. Había estado tan ocupada tramando su plan que no se había detenido a pensar por qué Neil Gerard se lo había puesto tan fácil.

En cualquier caso, daba lo mismo. Iba armada y Edward la seguía. Sonriente, puso una mano en el brazo de Gerard y dejó que la ayudara a subir al faetón. Aun así, tuvo que resistir la necesidad de mirar hacia atrás para ver si el carrocín de Edward estaba esperando en la esquina.

Edward esperó hasta que el faetón estuvo a media calle y, entonces, inició la persecución. Las calles estaban concurridas y era fácil mantener una distancia razonable detrás de su presa sin llamar la atención. Recorrieron Picadilly y llegaron al Strand. Edward supuso que Gerard tomaría New Bridge Street y cruzaría el puente en Blackfriars, pero en lugar de eso, enfiló Ludgate Hill.

Eso le pareció extraño. Seguramente querría cruzar el río en Southwark. No tenía sentido, pero quizá deseaba enseñar a Theo algún edificio o lugar interesante.

El carro de un cervecero salió a la calzada delante del carrocín de Edward y sus cuatro caballos de tiro con la crin trenzada plantaban con una gran parsimonia sus enormes cascos herrados para subir la pendiente. Edward soltó un taco. Todavía no se sentía cómodo conduciendo en un espacio tan reducido con una sola mano. Estaba aprendiendo a sujetar las riendas con los dientes mientras dirigía los caballos con la fusta, pero era algo bastante complicado y nada aconsejable en una calle transitada cuando algo podía asustar a uno de los animales.

Se vio obligado a esperar a que la calle se ensanchara un poco para adelantar al carro cuando pasaban los juzgados de la ciudad. Y entonces vio que el faetón había desaparecido. La cúpula de la catedral de St. Paul coronaba la colina que se elevaba delante, y no había rastro de Neil Gerard ni de su vehículo.

Presintió que había pasado algo malo y el corazón empezó a latirle con fuerza. ¿Habrían doblado hacia el río y vuelto atrás, hacia el puente de Blackfriars? Theo había desaparecido en compañía de un hombre que intentaba matar a su marido. Se maldijo, invadido de nuevo por el sabor amargo de su propia inutilidad. Si hubiese podido esquivar el carro, no los habría perdido. ¿Por qué había permitido que Theo lo convenciera? Sabía que era un error. Conocía sus limitaciones, pero no había querido aceptarlas.

Miró a la izquierda hacia las sombras oscuras de un reducido patio y el corazón le dio un vuelco. El faetón estaba frente a una puerta de la parte posterior. Instintivamente, pasó por delante de la entrada del patio y se detuvo en la calle unos metros más arriba.

-¡Chico! -llamó a un chico de los recados que llevaba una cesta de pan en la cabeza-. Sujétame los caballos un par de minutos. Te pagaré seis peniques.

-Se me enfriará el pan, señor -objetó el muchacho-. El jefe me matará si recibe quejas.

-Dos minutos y un chelín -dijo Edward con brusquedad, y bajó.

El chico dejó la cesta humeante y olorosa en la acera y tomó las riendas con cuidado.

-No sé de caballos -murmuró-. No me morderán, ¿verdad?

-No. Sólo tienes que quedarte a su lado -soltó Edward por encima del hombro mientras corría hacia la entrada del patio. Oculto en la penumbra, observó el espacio sombrío y maloliente que formaban las partes traseras de las casas, altas y estrechas. La cloaca que recorría el centro del patio bajaba rebosante de basura y los adoquines fangosos estaban cubiertos de una espesa capa de paja sucia.

El faetón seguía frente a la puerta. Gerard y un hombre enorme con un delantal de cuero estaban en el estribo del vehículo observando su interior.

¿Dónde demonios estaría Theo? El corazón de Edward latía con tanta fuerza que podía oír cómo la sangre se le agolpaba en las orejas. El hombre corpulento se agachó y cargó algo en brazos. Edward reconoció el bulto inerte que el hombre se echaba a los hombros y se sintió enfermo al contemplar, impotente, la escena.

¿Qué le habrían hecho? ¿Por qué no habría usado Theo la pistola? Dio un paso rápido hacia el patio y tropezó con algo envuelto en arpillera que soltó un taco terrible. Al bajar la mirada, vio un par de ojos hundidos y brillantes que lo miraban con una malevolencia que le puso los pelos de punta. Una mano con mitón sujetaba una jarra.

-Déme un chelín, jefe. -Edward retrocedió ante el hedor fétido de ginebra rancia que emanaba una cavidad desdentada. La mano le sujetó el tobillo. Edward soltó un puntapié, presa un momento de pánico al sentirse desequilibrado con sólo una pierna libre y un brazo. Si caía sobre esos adoquines resbaladizos, le costaría lo suyo volver a ponerse de pie, y no podía permitirse llamar la atención de Neil Gerard ni de su secuaz.

Los dedos lo soltaron y, con otro taco fuerte, el bulto se apiñó otra vez en la arpillera y se llevó la jarra a los labios.

El hombre que llevaba a Theo había desaparecido por la puerta ahora abierta y Gerard lo siguió. Edward se giró y volvió corriendo a su carrocín. El chico lo saludó con una sonrisa de alivio, tomó su chelín, se tocó la gorra y, tras colocarse la cesta de pan de nuevo sobre la cabeza, se marchó silbando.

Edward estuvo sentado un momento debatiéndose. La sangre le hervía de rabia y lo apremiaba a entrar por la fuerza en esa casa y liberar a Theo de sus captores. Pero sabía que no era rival para un hombre, y mucho menos para Gerard y ese rufián corpulento aun en el caso de que Theo estuviera consciente y pudiera ayudarlo. Tenía que conseguir ayuda.

Dio media vuelta al carrocín con una habilidad surgida de la desesperación y condujo tan rápido como si tuviera dos brazos por Fleet Street y el Strand. No tenía idea de dónde podría encontrar a Stoneridge, y con esa necesidad urgente sentía terror por lo que estarían haciendo a Theo en ese momento. ¿Y si se la llevaban mientras él no estaba ahí? ¿Y, si al volver a esa casa en Hall Court, la encontraban vacía? La idea del inmenso laberinto de las calles de Londres le martilleaba el cerebro. Theo podría desaparecer en sus fauces sin dejar rastro.

Describió una curva muy cerrada para tomar Haymarket y pasó rozando el barniz de un lando, lo que le valió el bramido indignado del cochero acompañado de los chillidos de las ocupantes femeninas del vehículo. Sus caballos sacudieron la cabeza al notar que la mano que sujetaba las riendas no era lo bastante firme para tanta velocidad, y se obligó a reducir un poco la marcha. Y entonces vio a Jonathan Lacey al otro lado de la calle, paseando con toda tranquilidad bajo el sol.

Edward lo llamó pero sin resultado inmediato. Detuvo el coche y volvió a gritar, apuradísimo. No podía cruzar debido al tráfico que venía en dirección contraria. Jonathan tendría que ir adonde estaba él. Pero el enamorado de Clarissa seguía su paseo, lo que Edward atribuyó, despiadado, a que

tendría la cabeza llena de escenarios idílicos para sus empalagosos retratos. Se puso de pie y gritó con toda la fuerza de sus pulmones. El otro hombre se detuvo y miró perplejo a su alrededor.

-¡Jonathan! -La voz de Edward sonó ronca mientras agitaba el brazo frenéticamente y, por fin, el artista lo vio.

Jonathan le devolvió el saludo con una sonrisa afable y por un instante pareció como si, después de eso, fuera a seguir caminando. Edward lo llamó con furia y finalmente Jonathan captó el mensaje. Desde la acera miró a ambos lados de la calzada y esperó una eternidad a que pasara un tílburi que no tenía ninguna prisa antes de cruzar.

-Buenos días, Fairfax-dijo a Edward con aspecto de estar algo desconcertado por la forma tan imperativa de llamarlo.

-Necesito que encuentres a Stoneridge y le des un mensaje -soltó Edward sin preámbulo-. Inmediatamente, Jonathan.

-¿Que encuentre a Stoneridge? -El joven parpadeó-. ¿Pero dónde voy a encontrarlo?

-No lo sé -Edward tuvo que esforzarse para no perder la paciencia-. Si no está en la calle Curzon y Foster no sabe dónde ha ido, prueba en sus clubes, en Mantón o en el Gentleman Jackson's. Alguien sabrá dónde está.

-Lo vi antes en la calle Brook --soltó Jonathan, sin comprender-. Pero se fue antes que yo.

-Entonces eso no nos sirve de mucho, ¿no? Escucha, cuando lo encuentres, dile que se reúna conmigo en Hall Court, cerca de Ludgate Hill. Dile que es muy urgente y que tiene que venir preparado.

-¿Preparado para qué? -Jonathan parpadeó otra vez.

-El sabrá a qué me refiero -aseguró Edward-. Venga, no te entretengas. ¿Recuerdas la dirección?

-Hall Court, cerca de Ludgate Hill -contestó Jonathan enseguida-. Pero me va muy mal, Edward. Tengo un compromiso con una señora de quien espero recibir un encargo.

Edward contrajo los labios y el otro hombre se acobardó ante la mirada que asomó a sus ojos, normalmente benévolos.

-Si tienes intención de casarte con Clarissa, Lacey, tendrás que aprender la norma fundamental de los Belmont: nos ayudamos unos a otros antes que a nosotros mismos -afirmó con gran frialdad-. Y ahora, ¡encuentra a Stoneridge!

Sin esperar a ver cómo reaccionaba Jonathan ante esta orden furibunda, hizo retroceder a los caballos hacia un callejón y regresó por donde había venido, conduciendo de la misma forma irresponsable que antes.

Jonathan se echó un poco para atrás el sombrero y se rascó la cabeza. Después, se encogió de hombros y se dirigió hacia Mayfair. St. James era un lugar tan bueno como cualquier otro para empezar su búsqueda.

En el Brook's y en el Watier's no obtuvo resultado, pero el lacayo del White's le indicó que era posible que lord Stoneridge estuviera ahí. Dejó a Jonathan golpeándose los tacones en el vestíbulo y subió las escaleras doradas hacia el salón del café.

Stoneridge levantó la vista de su conversación con el comandante Fortescue cuando el lacayo tosió a su lado.

-¿Sí?

-Hay un joven caballero que pregunta por usted, milord. ¿Quiere que diga que no está?

-Eso depende de la identidad del joven caballero -comentó Sylvester arqueando una ceja.

El lacayo le ofreció la bandeja de plata con una tarjeta.

-¿Qué rayos querrá el joven Lacey? -dijo Sylvester con el ceño fruncido-. Será mejor que le pida que suba.

Un minuto después, Jonathan apareció por la puerta. Se quedó mirando a su alrededor dando la impresión de estar fascinado y se ruborizó un poco cuando varios caballeros levantaron la mirada para contemplar al intruso que accedía con curiosidad a ese salón exclusivo. Avergonzado, cruzó con tanta prisa la habitación que tropezó con la pata de una mesita y, tras enderezarla con rapidez, se le enganchó el pie en el fleco de una alfombra turca.

-Yo también lo encuentro una especie de carrera de obstáculos -comentó Stoneridge-. Por favor, señor Lacey, siéntese antes de que el recorrido acabe con usted.

-Le pido disculpas, lord Stoneridge. -Se secó la frente con un pañuelo a cuadros-. Le he estado buscando por todas partes.

-Me siento halagado -dijo con calma Sylvester, aunque el comentario había despertado su inquietud.

-Le traigo un mensaje de Fairfax. Se trata de un asunto muy urgente. Aunque no estoy demasiado seguro de saber qué significa.

La sensación de desasosiego invadió al conde.

-Es de esperar que yo lo sabré. Continúe, por favor.

-Quiere que se reúna con él en Hall Court, cerca de Ludgate Hill, creo que ésa es la dirección. Oh, y dijo que fuera preparado. Dijo que usted sabría lo que eso significaba.

-Desde luego que sí. Le estoy muy agradecido, Lacey. -Sylvester se levantó sin que su semblante reflejara en absoluto su agitación. Inclinó la cabeza hacia el comandante-. Discúlpame, Peter.

-Por supuesto. Si puedo hacer algo...

Pero la oferta no llegó a oídos del conde, que ya salía del salón.

¿En qué problema se habría metido Theo ahora? No tenía la menor idea, y hacer conjeturas era inútil. Era evidente que la inquietud que había sentido por la mañana había sido justificada.

Se concentró sólo en lo más inmediato y volvió a la calle Curzon, donde se metió un par de pistolas de duelo en el cinturón y una pequeña, montada en plata, en el bolsillo. Se puso también el bastón de estoque bajo el brazo y un estilete dentro de la bota. Edward había dicho que fuera preparado.

Llegaría en menos tiempo a caballo, así que a los diez minutos montaba a Zeus a galope hacia el Strand.

Theo nadó hacia la superficie de una laguna tenebrosa donde los momentos de lucidez se quedaban enredados en los hierbajos y las olas volvían a lanzarla hacia las profundidades. Pero, despacio, se le despejó la cabeza y se le abrieron los ojos. Le dolía la cabeza como si un montón de martillos se la golpearan desde dentro, y la volvió con cuidado en la almohada. El martilleo parecía proceder de la parte posterior, donde sus dedos dieron con un chichón del tamaño de un huevo de gaviota.

Estaba mareada y aturdida, y no lograba ver con claridad lo que tenía alrededor. Algo pesado le rodeaba el tobillo derecho y probó a mover la pierna. Se oyó un ruido metálico y, fuera lo que fuera, se le clavó en el hueso.

Las aguas turbias de la laguna volvieron a envolverla, pero esta vez las combatió y logró llegar hasta la luz. Era una luz tenue, pero la cabeza se le estaba aclarando a pesar de lo que le dolía.

Alguien, y no había sido Neil Gerard, la había golpeado en la cabeza. Subían Ludgate Hill. Había comentado que le parecía una ruta extraña, ya que tendrían que haber cruzado el puente de Blackfriars. Gerard le había sonreído y le había dicho que quería enseñarle algo.

Habían entrado entonces en ese patio maloliente y sombrío. Y como la idiota que era, todavía no había caído en la cuenta de lo que ocurría. Sentada como una tonta, había tardado un segundo de más en intentar empuñar la pistola y alguien la había golpeado desde atrás.

Sin demasiadas esperanzas, se tocó el bolsillo. La pistola no estaba. Pensó molesta que Sylvester tenía razón: era una niña ingenua e impetuosa que necesitaba toda la protección y vigilancia que un marido bondadoso y atento pudiera ofrecerle. ¡Si conseguía salir de una pieza de aquel aprieto, se encerraría ella misma en su habitación y le daría vuelta a la llave!

Intentó incorporarse apoyada en un codo para observar dónde estaba. Era una habitación pequeña, iluminada sólo a través de un tragaluz mugriento. La habían acostado en un catre estrecho con un jergón de paja cubierto con un cutí burdo a rayas. Aparte de eso, había una mesa y una silla, y un fuego de carbón ardía en la chimenea.

Un grillete le rodeaba el tobillo; tenía la pierna derecha encadenada a la cama. Se sentó sin dar crédito a sus ojos. Después, se agachó sin prestar atención al dolor de cabeza y levantó la cadena. Era pesada, pero parecía lo bastante larga como para permitirle salir del catre. Se levantó con cuidado, pero la cabeza le daba vueltas. Un sudor frío le perló la frente y sintió unas náuseas terribles. Volvió a sentarse y esperó a que se le pasara.

Entonces, con un nuevo esfuerzo, se puso de pie y avanzó hacia la mesa del centro de la habitación. La cadena era lo bastante larga para permitirle llegar hasta ahí. En la mesa descansaba una garrafa de agua y bebió con avidez. El líquido frío le despejó aún más la cabeza, y siguió investigando su cárcel.

Arrastró la cadena hacia la puerta. Tenía un pestillo arriba y otro abajo, por la parte de dentro; útil si decidía encerrarse. De nuevo sin demasiadas esperanzas, levantó el pasador. Lo hizo sin problemas y la puerta se abrió a un pasillo angosto. Contenta, dio un paso adelante, pero había llegado al límite de la cadena y el grillete se le clavó en el tobillo.

Volvió a cerrar la puerta y regresó a la cama. Al sentarse, tocó algo con el pie. Por lo menos, Gerard o su ayudante le habían proporcionado un orinal. Pero, ¿qué querrían de ella?

Oyó ruido de pasos en el pasillo y, de inmediato, se echó y cerró los ojos. Podría ser útil fingir estar todavía inconsciente, por lo menos hasta tener más claro cuál era su intención.

Gerard entró en la habitación y cerró la puerta tras él. Se acercó al catre sin hacer ruido y observó la cara pálida y la figura inconsciente. Le puso una mano en la frente y lo alivió comprobar que tenía la piel caliente. Dan no sabía medir sus fuerzas, y había temido que el golpe hubiese sido demasiado fuerte. Necesitaba a la condesa de Stoneridge viva y en buen estado para negociar con su marido.

Dejó que su mirada se paseara por el cuerpo de la mujer. Se fijó en el movimiento de sus senos al respirar, en el modo en que la falda se le aferraba a la barriga lisa. Tenía el dobladillo arrugado hacia arriba y se le veía la curva del tobillo y la pantorrilla. Se agachó y se lo subió un poco más mientras recordaba la vibrante sensualidad que lo había impresionado tanto cuando la vio por primera vez. Deslizó la mano por la media de seda que le cubría la pierna bajo la falda y la enagua. Parecía haber enloquecido. Tener ese cuerpo inmóvil, inconsciente, a su alcance, era increíblemente excitante. Sus dedos se introdujeron en los calzones de Theo y avanzaron pierna arriba en contacto con su piel.

Entonces llamaron con fuerza a la puerta. Gerard maldijo en voz baja, apartó la mano y se enderezó.

-¿Cómo está? -La cabeza enorme de Dan se asomó por la puerta-. ¿Se ha despertado ya?

-Todavía no. -Gerard se alejó con aire de indiferencia del catre-. Mándame esa chica tuya. A la habitación delantera.

-Le apetece un poco, ¿no? -se burló Dan con una mirada lasciva en los ojos-. Bueno, se porta bien con ella y no tengo nada en contra. Estaré pendiente de la señorita un rato.

Gerard no dijo nada, pero apartó el brazo al pasar ante el hombre para no tener que rozarlo. Su risa despectiva lo siguió mientras se dirigía hacia la habitación que había ocupado tiempo atrás para esperar a la criada escuálida que ya había usado antes para satisfacer sus deseos.

29

Cuando estuvo segura de estar sola, Theo abrió los ojos. Temblaba de pies a cabeza y notaba como si tuviera babosas que le dejaran su rastro pegajoso en la piel donde él la había tocado. La sensación de violación era tan fuerte que le vinieron arcadas. Había estado demasiado horrorizada y demasiado desorientada para resistirse y, cuando se había recuperado del susto, había cesado. Pero no volvería a hacérselo.

Se levantó y se enjuagó la boca. Después, sumergió un dedo en el agua y se frotó la piel que le había tocado. Todavía le dolía la cabeza pero esa molestia era ahora casi irrelevante. Tenía que salir de ahí.

¿Habría visto Edward lo que pasó? No podía hacer nada solo, pero tal vez habría ido a buscar ayuda. En cualquier caso, tenía que ayudarse a sí misma.

Cuando Gerard regresara, la encontraría despierta y serena, y si intentaba volver a tocarla, no sabía lo que le esperaba.

Seguramente llevaría la llave del grillete encima.

Y supo lo que tenía que hacer. No la encontraría despierta y serena. La encontraría tal como la había dejado. Con la falda remangada y el cuerpo indefenso e incitante. Y cuando se acercara y se agachara hacia ella, estaría preparada.

Sylvester cabalgó por Ludgate Hill buscando Hall Court. Vio antes el carrocín de Edward, detenido a un lado de la calle y en manos de un pilluelo que sujetaba las riendas en la acera mientras pasaba el rato escarbándose los dientes.

Edward estaba entre las sombras a la entrada de Hall Court con los ojos clavados en la puerta por donde habían entrado aTheo.

-Gracias a Dios que Jonathan lo encontró -soltó cuando Sylvester desmontó a su lado-. Creo que sigue ahí. Por lo menos, el faetón de Gerard sigue ahí.

-¿Gerard? ¿Qué está haciendo Theo con esa rata de cloaca?

-Le parecía que podía saber la verdad sobre lo de Vimiera -explicó Edward con aspecto desdichado.

-¿Tú? -Sylvester había palidecido.

-No era mi intención -aseguró Edward tras asentir, muy incómodo-. Era un rumor que oí en la península y que, por supuesto, no me creí, pero de algún modo Theo... -Se encogió de hombros-. Después de la recepción de lady Belmont, sospechó algo y, bueno, me sonsacó la historia. No se la creyó, como tampoco yo.

Así que el secreto que había intentado guardar con tanto desespero no era ningún secreto. Fairfax lo había sabido todo el tiempo y jamás le había dado el menor indicio de ello. Y Theo lo sabía desde hacía días y no le había importado lo más mínimo. Simplemente, no se lo había creído. Tendría que haber sabido que sería así, claro. Pero no había tenido confianza suficiente.

Sintió una alegría tan intensa que casi se quedó sin aliento, pero enseguida pidió:

-Dime cómo se metió en este lío.

Escuchó el relato de Edward con una incredulidad creciente, aunque no sabía de qué se sorprendía: era típico de Theo en todos los detalles. Había hecho las preguntas exactas a la gente adecuada y había sacado las conclusiones correctas. Luego, se había lanzado de cabeza a una situación que él ya tenía bien controlada.

-¿Qué voy a hacer? -preguntó, casi desesperado, cuando Edward terminó de hablar-. ¿Qué diablos voy a hacer?

Edward se lo quedó mirando, pensando sin duda que había sufrido un ataque de locura pasajera.

-Pues tenemos que entrar y rescatarla.

-Sí, sí -dijo Sylvester con impaciencia-. Ése es el menor de mis problemas. Quiero decir, ¿qué voy a hacer con Theo?

-Oh. -Edward asintió para indicar que lo comprendía-. Bueno, la gente que conoce a Theo suele hacer lo que a ella le parece mejor. Bastante al estilo de Mahoma y la montaña, si sabe a qué me refiero.

-Oh, sí que lo sé, Edward -afirmó-. Y mira qué pasa al dejarle hacer lo que a ella le parece mejor.

Edward sacudió la cabeza.

-En cuanto a eso, creo que se equivoca -dijo con timidez-. Perdone, pero Theo quería demostrarle que es capaz de ayudarlo y que merece su confianza. Si hubiese confiado en ella, no habría actuado sola de esta forma. Habría esperado que la involucrara y habría seguido sus indicaciones.

Sylvester dirigió la mirada hacia las sombras del patio debatiéndose con lo que sabía que era cierto. Si hubiese confiado en las reacciones de Theo desde el principio, se habrían ahorrado todos un montón de problemas. Había llegado el momento de tirar la toalla. Si no involucraba a Theo, lo haría ella misma por su cuenta; averiguaría lo que quería descubrir, y parecía que no tenía ninguna forma de impedírselo. Y Dios sabía que lo había hecho lo mejor que había podido.

Theo quería una asociación y parecía que él se había ganado una socia tanto si la quería como si no.

Sus labios dibujaron una breve sonrisa. De todos los posibles depositarios de sus confidencias, no se le ocurría ninguno más honesto ni más digno de confianza que su franca y leal gitana. Y por lo menos si él dirigía las operaciones, no se lanzaría a iniciativas mortales conociendo sólo la mitad de los hechos.

-¿Cómo vamos a entrar? -La voz urgente de Edward lo devolvió a la realidad de Ludgate Hill, donde en la calle concurrida, tras ellos, seguía la vida diaria y, delante, yacía el patio frío y húmedo y un mundo de sombras.

-Llamando a la puerta, por supuesto -contestó Sylvester con calma-. ¿Prefieres un bastón de estoque o una pistola?

-El bastón de estoque -eligió Edward con rapidez-. Puedo practicar esgrima sin demasiada dificultad con una mano, y no tendré que preocuparme por volver a cargar el arma.

-Muy bien. -Sylvester le entregó el bastón y se sacó las dos pistolas de duelo del cinturón-. También llevo un cuchillo y una pistola de bolsillo, de modo que me parece que vamos armados hasta los dientes, amigo mío.

Aunque su tono era desenfadado, no lograba ocultar la furia infernal que contenían sus ojos. No creía que Gerard quisiera lastimar gravemente a Theo; eso no lo beneficiaría en nada. Pero, si Edward estaba en lo cierto, ya la había lastimado e iba a pagarlo con sangre.

-Voy a llamar. Ponte detrás de mí para que no te vean -dijo en voz baja mientras se acercaban a la puerta-. Cuando cruce el umbral, entra conmigo.

Arriba, en la habitación con el tragaluz, Theo yacía muy quieta en el catre respirando profunda y regularmente a la espera de que Gerard regresara. En los cinco o diez minutos que hacía desde que se había ido, la puerta se había abierto una vez y había notado que la miraba alguien pero, quienquiera que hubiera sido, no se había acercado. ¿Cuánto tardaría Gerard en terminar con la chica en la habitación delantera? Imaginó que no mucho. En su charla con el otro hombre le había dado la impresión de que buscaba una satisfacción rápida y brusca de una necesidad inmediata.

Sus músculos rebosaban ahora energía; a pesar del dolor de cabeza, pensaba con total claridad, y le resultaba muy difícil fingir estar inconsciente. Repasó mentalmente los movimientos. Cuáles usaría dependería de la posición de Gerard cuando estuviera lo bastante cerca.

La puerta se abrió. Notó que se le agitaban los párpados y se obligó a permanecer inmóvil por completo, aunque le costaba mucho esfuerzo.

Gerard se acercó a la cama. Estaba acostada tal como la había dejado, con el dobladillo de la falda levantado por encima de la rodilla, lo bastante arriba como para dejar al descubierto la pernera con volantes de sus calzones. Cinco minutos con la criada escuálida

habían reducido su deseo inmediato, pero la imagen de la condesa de Stoneridge encadenada a la cama y a su alcance seguía excitándolo.

¿Qué clase de mujer iría de paseo a Hampton Court con una pistola encima? La misma mujer que se aventuró sola en el mundo nebuloso de la zona portuaria de Londres, claro. ¿Habría sospechado de él por alguna razón?

Aunque ahora eso ya no importaba. La tenía exactamente donde quería e iba a retenerla ahí dos días, tras lo cual podría arruinar su reputación si decidía hacerlo. Rectificó con una sonrisa satisfecha: si Stoneridge decidía hacerlo. Si el marido de la señora se negaba a aceptar sus condiciones... una posibilidad inconcebible.

Pero mientras la tuviera ahí, ¿por qué no disfrutar de ella de todos modos y hacer que el escándalo fuera real? Se humedeció los labios. Stoneridge no podría tomar represalias, no cuando Gerard tuviera su confesión de cobardía por escrito para amenazarlo. Pero, en cualquier caso, la condesa de Stoneridge no contaría a su marido lo que había ocurrido. Ninguna mujer, ni siquiera una tan insensata como ésa, admitiría por voluntad propia ante su marido haber tenido conocimiento carnal de otro hombre, aunque hubiera sido obligada. Eso haría que cualquier hombre sintiera asco por su esposa.

Se plantó a los pies del catre y contempló su cuerpo.

«Acércate más. Por el amor de Dios, acércate más», no dejaba de repetir mentalmente Theo. Si la cadena no le obstaculizara los movimientos, podría usar las piernas pero no se atrevía a perder la única oportunidad que tendría.

Se movió un poco en el burdo cutí como si estuviera inquieta, de modo que separó un poco los muslos.

Oyó cómo Gerard empezaba a jadear. Después, notó el calor de su cuerpo. Era como si todos los poros y células de su piel estuvieran sensibilizados. Notaba más que veía la sombra de su cuerpo tras los párpados cerrados.

«Espera. Espera.»

Y supo que ya estaba lo bastante cerca. Se lanzó hacia delante con un movimiento limpio a la vez que le lanzaba los dedos a los ojos. Gerard gritó y cayó sobre la cama tapándose los ojos con las manos, lo que Theo aprovechó para pasar sobre él, ponerse de pie y rodearle el cuello con la cadena.

Unos golpes fuertes llenaron la casa. Se oyeron pasos. Gerard yacía medio estrangulado por la presión de la cadena en su nuez. Con una mano se tapaba aún los ojos que, milagrosamente, seguían en sus cuencas.

Theo resoplaba con la cara empapada de sudor, pero la euforia le hervía en las venas. Escuchó el alboroto y supuso que era Edward. Pero no solo, claro. Lo que quería decir con Stoneridge, que descubriría que ella misma se había liberado. O, por lo menos, en parte. Faltaba por ver si eso contaría a su favor. Su magnífico plan estaba arruinado, echado a perder por su propia incompetencia e impulsividad. Stoneridge tenía derecho a tomar las represalias que quisiera.

-Dame la llave -ordenó moviendo la pierna de modo que tensó más la cadena.

Gerard respiraba con dificultad, medio asfixiado, y se escarbó como un loco la chaqueta para buscar el bolsillo interior. Un disparo estalló en el piso de abajo y alguien gritó con un alarido agudo y estridente.

-Deprisa -dijo Theo con frialdad, y el desdén se mezclaba con la rabia glacial en sus ojos-. O empezaré a dar una vuelta por esta habitación tan bonita. Te debo cierto dolor, desde luego... aunque dudo que valga la pena el esfuerzo.

El capitán encontró la llave y la sujetó con la mano, que movió para enseñársela.

-Gracias. -Theo tomó la llave, pero entonces pensó que, cuando su marido la encontrara, necesitaría toda la ayuda posible, y ofrecía una imagen impresionante sujetando de ese modo a su captor con la cadena, inmovilizado para lo que Sylvester quisiera hacer con él-. Tal vez no la use todavía.

Se cruzó de brazos, de cara a la puerta, y ésta se abrió de golpe. Sylvester captó la escena de una sola mirada. Sintió que un gran alivio invadía su cuerpo. Fuera lo que fuera lo que habían hecho a Theo, tenía muy buen aspecto. Un brillo de diversión asomó a sus ojos grises

al ver que Theo inclinaba la cabeza hacia un lado en su habitual pose de reto silencioso, aunque detectó algo de aprensión y de duda en su mirada.

-Vaya, vaya, mi amor -bromeó el conde-. Parece que no necesitabas caballeros errantes después de todo.

-No puede decirse que haya logrado salir de la casa -señaló Theo, ansiosa. No quería que creyera que no apreciaba su esfuerzo. Las cosas ya estaban bastante complicadas como estaban.

-No, pero quizá no has tenido tiempo suficiente. No se me ocurre ninguna otra razón.

La carcajada de Edward se convirtió en un ataque violento de tos.

-¿Qué te ha hecho? -preguntó Sylvester, y su voz era ahora muy seria.

-Alguien me golpeó... -explicó Theo tocándose con cuidado la cabeza-. Pero no fue este tipejo asqueroso.

-Aun así, es una más en su contra -asintió Sylvester-. Protege la puerta, Edward. Tengo que terminar un asunto pendiente y no me gustaría nada que me interrumpieran.

Chasqueó los dedos para pedir la llave de la cadena y Theo se la entregó. No estaba demasiado segura sobre cómo interpretar el estado de ánimo de su marido. Tenía un aspecto muy peligroso, aunque ella no se sentía amenazada. Aun así, la sensatez le aconsejaba adoptar una docilidad pasiva los siguientes minutos.

Edward cerró los pestillos de la puerta y apoyó la espalda en ella con el bastón de estoque todavía en la mano. Theo se percató de que tenía la punta ensangrentada mientras la llave giraba en el grillete para liberarle el tobillo.

El conde tomó el extremo libre de la cadena y tiró de él.

-Vamos a charlar un rato, Gerard -comentó en tono agradable-. Edward, ¿podrías tomar nota de todo lo que se diga en esta habitación?

-Ese era mi plan -intervino Theo, olvidando su determinación de hacía un instante ante esta oportunidad de rescatar algo de su magnífica idea-. Y creo que es bueno.

-De ti me encargaré luego, gitana. Si quieres aligerar lo que te espera, será mejor que no hables.

Eso estaba más en la línea de lo esperado, pero Sylvester nunca la llamaba gitana cuando estaba realmente disgustado. Pensativa, fue a situarse junto a Edward, quien le sonrió de oreja a oreja con los ojos brillantes de júbilo.

-No he perdido la habilidad -le susurró al oído, y le indicó la hoja ensangrentada.

-Siempre fuiste un esgrimista excelente -contestó Theo, que le sonrió y le besó la mejilla a modo de felicitación-. ¿Lo mataste?

-No. -Sacudió la cabeza-. Sólo lo pinché, pero eso lo detuvo en seco. Blandía una porra enorme.

-Volvamos a Vimiera, Gerard -estaba diciendo Sylvester. Se rodeó la muñeca con la cadena y se situó tras la cama-. Creo que hay algo que quieres contarme.

Se produjo un silencio.

-Vamos, hombre -prosiguió Sylvester en voz baja-. No vas a ponerte las cosas más difíciles de lo necesario; te conozco demasiado bien, Gerard. ¿Qué pasó? -Volvió a tirar de la cadena.

-Os superaban en número -dijo Gerard, con voz ronca, desde el catre.

-Como a lo largo de todo el día -replicó Sylvester, cuya voz se había vuelto inexpresiva. Parecía haber olvidado por completo la presencia de los demás. Estaba en una habitación fría, húmeda y mal iluminada cerca de Ludgate Hill, pero con la memoria había vuelto a una abrasadora llanura portuguesa donde observaba la puesta de sol y la línea enemiga que no dejaba de avanzar.

Los franceses se acercaban a ellos. Sus hombres disparaban hacia el ocaso. En esa imagen retrospectiva vio la cara del sargento Henley. Estaba diciendo algo con urgencia, algo que se había estado temiendo. Sólo les quedaban dos balas por cabeza. Tal vez pudieran rechazar ese ataque pero, después, estarían indefensos.

¿Dónde rayos estaría Gerard? Contemplaba la llanura rodeada de colinas. Entre dos de las más bajas se veía un pedazo de mar. Tras ellos estaba el puente que tenían que proteger. Gerard traería refuerzos por ese puente.

Sylvester miró al infeliz farfullante y cobarde de la cama, pero apenas lo vio. Estaba recorriendo mentalmente el paisaje árido y teñido de rojo de una llanura portuguesa. Los recuerdos se le agolpaban ahora en la cabeza: caras, fragmentos de conversación, la frustración y la impotencia ante la perspectiva de perder tras un largo día combatiendo con muy pocas probabilidades de éxito, animados por la seguridad de los refuerzos que acudían en su ayuda. Ahora iban a caer derrotados, y las vidas de los muchachos que yacían a su alrededor se habrían sacrificado en vano.

El vacío de la amnesia se estaba llenando con rapidez, como un cubo vacío bajo la lluvia. Ante él apareció el semblante del joven abanderado que había estado actuando de vigía desde las ramas más altas de un árbol. Tenía los ojos desorbitados y le faltaba el aliento después de haber bajado como un loco de su puesto. Apenas podía hablar cuando comunicó su increíble mensaje: habían aparecido chaquetas rojas en el terreno elevado que había al otro lado del puente. Había visto el destello del sol al reflejarse en un cristal mientras alguien supervisaba el campo de batalla que tenían delante. Después, habían desaparecido.

Sylvester no había entendido el mensaje. Se lo había hecho repetir al chico. Le había dicho que el calor y el miedo le habían afectado el cerebro, que le habían echado a perder la vista. Pero el abanderado se había mantenido firme en su historia.

Los habían abandonado. Los refuerzos del capitán Gerard no llegarían. ¿Por qué? Y mientras se lo estaba preguntando, el joven abanderado había caído a su lado. Una bala de mosquetón le había atravesado la garganta y la horda de franceses avanzaba corriendo por la llanura lanzando su grito de guerra: Vive l'Empereur. Y había ordenado a sus hombres que dejaran sus armas, ya inútiles. Sólo el abanderado y el sargento Henley sabían que los refuerzos no llegarían. Y el sargento había muerto bajo una bayoneta francesa. Y en el consejo de guerra Neil Gerard había afirmado que iba en su apoyo pero, por alguna razón, una razón perdida en las neblinas de su amnesia, el comandante Gilbraith ya había entregado la bandera cuando los refuerzos habían llegado. Las fuerzas del capitán habían perseguido a los franceses por la llanura pero no habían podido alcanzarlos.

La luz brillante de la memoria inundó el cerebro de Sylvester, que sintió como si le hubieran quitado un enorme peso de encima. Al parecer, Neil supuso que Sylvester no sabía nada de su retirada. Sólo la vista aguda de un abanderado y un desafortunado rayo de sol lo habían delatado. Lo único que tenía que hacer en el consejo de guerra era insistir en que había seguido las órdenes que habían recibido todos, y el comandante Gilbraith, sin testigos vivos de su decisión y condenado por sus propias acciones incluso aunque su motivo siguiera siendo un misterio, no podría refutarlo. Pero ¿por qué habría intentado después matarlo?

-Sí -afirmó, y su voz sorprendió en el espantoso silencio que se había cernido sobre la habitación-. Sí, nos superaban en número y tú nos diste la espalda.

-Os vimos. No podíamos hacer nada. Detrás de las colinas que teníais enfrente había tres regimientos más de franceses -farfulló Gerard-. Yo sólo contaba con ciento cincuenta hombres. Nos habrían masacrado con vosotros si hubiésemos acudido en vuestra ayuda. Maldita sea, Sylvester, el cuartel general no sabía lo que nos pedía.

-Sí que lo sabía -afirmó el conde, inexpresivo-. Si hubieses venido, podríamos haber protegido el puente las dos horas que necesitaba el grueso del ejército para llegar. Se nos acababan las municiones, Gerard. -Su voz era tan mortífera como una estocada-. Eso fue lo único que nos impidió seguir.

-No. Te engañas. -La voz de Gerard adoptó un tono de desesperaión-. Nos habrían matado a todos. Tú estabas en la llanura, no podías ver lo que yo vi desde la colina.

-Y diste media vuelta y saliste corriendo -dijo Sylvester-. Y nos destruyeron, perdimos la bandera y perdimos el puente. Toda una hazaña. Pero dime -habló de modo casi confidencial-, ¿por qué necesitabas matarme? Me habías arruinado y obligado a abandonar el regimiento. ¿Por qué querías darme el golpe de gracia?

-Mi sargento -murmuró Gerard con el miedo reflejado de nuevo en sus inexpresivos ojos castaños.

-Ah... -dijo Sylvester despacio-. O'Flannery, ¿no? ¿Te hacía chantaje, Gerard?

No hubo respuesta desde la cama y la cara de Sylvester adoptó una expresión de asco. De repente, se situó delante de Edward, y sus ojos parecían brasas ardientes bajo la cicatriz azulada.

-¿Lo has oído todo, Fairfax?

-Sí, señor. Hasta la última palabra. -Edward casi se había puesto en posición de firmes, yTheo se achicó contra la puerta. De repente, deseaba ser invisible. Lo que estaba sucediendo en esa habitación entre los tres hombres quedaba fuera de su experiencia. Pertenecía a un mundo cuyos peligros y normas desconocía por completo.

Sylvester asintió. Soltó la cadena y, mientras Gerard se incorporaba como podía en la cama, se quitó la chaqueta. Muy despacio, empezó a enrollarse las mangas.

-Lleva a Theo abajo y esperadme en el carrocín, Fairfax. Tengo un asunto pendiente que me parece que voy a disfrutar terminando.

Gerard tenía la cara del color del pergamino. Sentado en la cama, se daba masajes en el cuello y observaba hipnotizado cómo Sylvester dejaba al descubierto sus fuertes antebrazos, cómo flexionaba las manos y movía los dedos para desentumecer las articulaciones.

Theo sabía que no podía permitirlo, aunque quizá no entendiera las repercusiones del asunto. No sentía lástima por el canalla de Gerard y su piel todavía se estremecía al recordar su tacto, pero sabía que si Sylvester cedía a esa necesidad asesina de venganza, pasaría algo terrible e irreparable. Y tendría que vivir con ello toda su vida.

Avanzó y puso una mano en el brazo de su marido. Cuando él la miró con la rabia reflejada en su rostro, se estremeció.

--Sylvester -dijo de todos modos-. Sé lo que sientes. Sé que crees que te lo debe, pero ya tienes lo que querías. Lo matarás. No es rival para ti. Míralo: es un gusano. No, Rosie diría que eso es insultar a los gusanos. Es un canalla y un cobarde, pero no es merecedor de tu venganza. ¿Qué placer podría darte hacer papilla a alguien así?

Despacio, Sylvester regresó a la habitación de Ludgate Hill. Miró los ojos apasionados de Theo y oyó su sensatez. Había estado a punto de perder el control y sabía que, una vez que hubiera golpeado con el puño los huesos frágiles y la piel fina del cobarde de Neil Gerard, se habría sumido en una orgía sangrienta para vengar todo ese tiempo de vergüenza confusa y de duda terrible sobre sí mismo.

-Por favor-le pidió en voz baja Theo, que levantó la mano para tocarle la mejilla-. Se ha acabado, mi amor. Olvídalo. Yo estoy contigo y te ayudaré.

Sylvester se dejó sumergir en las lagunas azules de los ojos de Theo y recibió el bálsamo de sus palabras. En esos ojos vio lo que había visto cuando estaba junto a su cama durante su tormento y, poco a poco, la cólera lo fue abandonando. Le sujetó la mano con que le seguía acariciando la mejilla.

-Sí -dijo con una sonrisa torcida-. Estás conmigo, gitana. Y vas a ayudarme haga lo que haga o diga lo que diga.

-Te casaste con una Belmont -contestó Theo con una sonrisa al oír el cambio en su tono de voz y ver el brillo de sus ojos-. Una cosa conlleva la otra. Tanto si te gusta como si no.

Su marido le sujetó el mentón y la miró fijamente a los ojos.

-He descubierto que me gusta -aseguró, antes de agachar la cabeza y rozar con sus labios los de Theo en un beso tan delicado como el aleteo de una mariposa-. Y tenemos mucho de que hablar, querida esposa.

Theo se limitó a asentir.

-Quizá debería irse con Theo en el carrocín -intervino Edward, bastante vacilante-. Y si me confía su caballo, lo montaré hasta la calle Curzon y me iré de ahí con el carrocín.

-Me parece un buen plan -dijo Sylvester con frialdad. Recogió la chaqueta y echó un vistazo al catre donde Gerard seguía encogido de miedo-. Te sugiero que hagas un largo viaje al extranjero. No pediré un nuevo consejo de guerra, pero no será necesario una vez que el teniente Fairfax haya informado de tu confesión en el Horse Guards.

Se puso la chaqueta y jugó por un instante con una de las pistolas de duelo.

-Te retaría, pero un hombre no mide su honor con un cobarde. Vamos, Theo.

La llevó delante de él fuera de aquel lúgubre cuarto y escaleras abajo. Una cara asustada asomó por una de las puertas del pasillo sin luz del piso inferior. Una puerta que, según observó Theo, tenía un agujero de bala. Pensó en la sangre en la espada de Edward y se preguntó cuántas personas de aquel agujero maloliente se estarían lamiendo las heridas. Nadie les dificultó la salida en modo alguno.

Sylvester sentó a Theo en el carrocín y subió tras ella.

-Nos veremos después, Edward. -Se inclinó con la mano extendida-. Ningún hombre podría tener mejor aliado que tú.

-¿Y yo qué? -preguntó Theo con una pizca de indignación-. Soy un aliado muy bueno.

-Eso habría que discutirlo -afirmó su marido que, de manera lamentable, no pudo ocultar una sonrisa enorme-. Apártate de sus cabezas, chico.

El pilluelo dio un salto atrás y atrapó el medio soberano que volaba por el aire en su dirección mientras los caballos iniciaban la marcha.

-Soy un aliado tan bueno como Edward -insistió Theo, dispuesta a sacar provecho de las circunstancias, ahora que las cosas habían salido tan bien-. Mi plan dio un giro inesperado, lo admito, pero el resultado ha sido el mismo. Tienes tu confesión y un testigo imparcial.

-Cierto -acordó Sylvester, y añadió a modo de indirecta-: ¿Qué tal la cabeza?

-Me duele un poco -confesó-. De acuerdo, mi plan no salió bien, pero no se me ocurrió nada más.

-No -dijo su marido-. Dadas las circunstancias, me doy cuenta de ello.

-Te amo -afirmó Theo, por si acaso todavía no lo había captado.

-Sí, ya lo sé -contestó Sylvester en voz baja-. Y yo te amo desde la primera vez que te vi. Casi has acabado con mi paciencia muchas veces, cariño, pero nunca con mi amor. -La miró, y las líneas severas de su rostro se habían suavizado y sus ojos, antes fríos, resplandecían-. Ni en mis sueños más absurdos, o debería decir en mis pesadillas más locas, me había imaginado enamorándome perdidamente de una gitana revoltosa, mandona, díscola y apasionada. Pero eso es lo que pasó.

Theo sonrió pensando en su abuelo. Fuera lo que fuera lo que hubiera habido realmente detrás de las condiciones de su testamento, no habría querido lastimarla de ningún modo. ¿Habría quizás oído algo sobre este Gilbraith, algo que lo llevó a pensar que haría feliz a su nieta? Era un anciano tan taimado que no le habría sorprendido nada que hubiera empezado a averiguar cosas de su heredero desde el momento de la muerte de Kit Belmont. Pero fuera cual fuera la verdad, el resultado le habría complacido como complacía a todos los demás, y había llenado a su nieta de una gran felicidad. Movió el muslo para apoyarlo con fuerza en el de su marido y descansó la cabeza en su hombro, invadida de una profunda paz, como si le hubiesen quitado un enorme peso de encima.

Se detuvieron frente a la casa y, cuando Sylvester bajó del vehículo, el joven Timmy llegó corriendo para llevarse los caballos. Sylvester bajó aTheo en brazos y la subió así por las escaleras para entrar en la casa.

-¿Va todo bien, milord? -preguntó Foster, preocupado. Theo, a pesar de sus bravuconadas, estaba muy pálida.

-Lo irá -afirmó Sylvester-. Pida a Dora que suba una compresa fría y árnica al dormitorio de lady Theo.

-Sí. Enseguida, milord. -La preocupación de Foster había aumentado-. Lady Emily, lady Clarissa y lady Rosie los están esperando en la biblioteca.

-Bueno, en ese caso, traiga esas cosas a la biblioteca. -Sylvester se volvió con su carga.

-¿Qué ha pasado? -Emily se levantó de un salto en cuanto entraron-. Theo, estás blanca como un muerto.

-No es nada -dijo Theo enseguida-. Me... Me... Tropecé en la acera y me caí delante de un carruaje que se acercaba, pero Sylvester logró sacarme a tiempo.

Su marido no hizo ningún comentario y sólo Rosie notó la ceja arqueada y la ligera curva de los labios cuando dejaba a Theo en un sofá.

Un lacayo entró con lo que había pedido y lo dejó en una mesita junto al sofá. Todos esperaron en silencio hasta que se marchó con una reverencia. Sylvester se situó detrás de Theo y le apartó con cuidado el cabello de la base del cráneo para palpar el chichón, consciente del ambiente de agitación contenida de la habitación.

-¿Qué pasa? -preguntó Theo, que también lo había notado, a sus hermanas. Clarissa, en particular, desbordaba euforia.

-Oh, Theo, Jonathan tiene un encargo espléndido para pintar a la hija de lord Decatur, y le ha pedido mi mano a mamá y ella le ha dicho que sí -explicó Clarissa, con la voz vibrante de pasión y las manos sujetas con fuerza frente a su pecho.

Theo sonrió afectuosamente tratando de no hacer muecas de dolor mientras Sylvester le palpaba la cabeza.

-Eso es maravilloso, Clarry -dijo.

-Sí, pero no es lo que se dice una sorpresa -intervino Rosie, que observaba una bandeja con galletas que reposaba en la mesa frente a ella-. Clarry se comporta como si hubiera habido alguna duda. -Eligió una y la mordió.

-Bueno, hemos venido a decíroslo -dijo Emily con rapidez antes de que su hermana pudiera responder a este comentario desalentador-. Pero también queríamos pedir algo a Stoneridge. -Le dirigió una sonrisa tímida cuando éste levantó la mirada de la cabeza de su esposa-. Vamos a celebrar una boda doble...

-¡Qué idea tan bonita! -la interrumpió Theo-. Saldréis de Stoneridge, por supuesto.

-Faltaría más -estuvo Sylvester de acuerdo.

-Eso sería fantástico -aseguró Emily, algo sonrojada-, pero no era lo que queríamos pedirle exactamente. Queríamos saber si estarías dispuesto a entregarnos ante el altar, Stoneridge.

-Nadie más parece adecuado -dijo Clarissa-. El tío Horace o el primo Cecil no son familia del mismo modo.

Una sonrisa iluminó el semblante de Sylvester mientras escurría un paño empapado en agua fría y lo aplicaba con cuidado al chichón de Theo-. Será un gran honor para mí.

-¿Me entregarás también a mí ante el altar? -soltó Rosie tras sacudirse el azúcar de los labios-. Cuando llegue el momento.

-No, creo que me quedaré contigo -contestó Sylvester con sequedad, a la vez que ponía árnica en el cardenal de su esposa-. Y le ahorraré un destino espantoso a un pobre hombre.

Emily y Clarissa rieron entre dientes.

-Bueno, de todos modos, no espero casarme -contestó con total naturalidad Rosie, nada afectada por la burla-. Tendría que encontrar a alguien a quien le interesaran mucho los caracoles, los escarabajos y demás. No creo que ese tipo de cosas guste a demasiados hombres.

-El tipo adecuado de hombre aparece en los lugares más inesperados -comentó Theo de forma despreocupada, y alargó la mano para tomar la muñeca de Sylvester-. Y en las familias más inesperadas.

-Incluso en la familia Gilbraith -dijo él con una sonrisa.

-Tú no eres un Gilbraith -aseguró Theo-. Seguro que te cambiaron al nacer.

-Theo, cielo, ¿qué te ha pasado? Foster dice que estás herida. -Elinor entró en la biblioteca con una rapidez nada habitual en ella, sin su acostumbrada compostura.

-Se cayó delante de un carruaje en marcha-informó Rosie a su madre-. Por lo menos eso es lo que dijo Theo. Stoneridge no dijo nada.

Elinor lanzó una mirada penetrante a su yerno mientras se agachaba para observar la herida de Theo. La expresión del conde era irónica, pero no dio ninguna otra explicación.

-Me parece que no es grave. La piel no se ha partido.

-No -corroboró Elinor, que observaba el cardenal-. Pero debes de tener dolor de cabeza, cielo.

-Me imagino que uno de mil demonios -dijo Sylvester-. Tendría que acostarse. Estoy seguro de que nos dispensarán si me ocupo de ello.

-Sí, por supuesto. Sugeriré a lady Gilbraith que ella y Mary vengan a almorzar a la calle Brook. Acaban de subir a quitarse el sombrero. -Elinor no pudo evitar que se le notara cierto cansancio. Ya había pasado una mañana interminable con ellas.

Sylvester sacudió la cabeza mientras tomaba a Theo en brazos.

-No es preciso que se moleste más, señora. Si mi madre no es capaz de divertirse sola esta tarde, me temo que tendrá que irse al infierno.

Elinor luchó consigo misma un segundo y, después, soltó una carcajada.

-Un sentimiento nada filial, Sylvester, pero no puedo evitar estar de acuerdo contigo. Vamos, chicas. Theo tiene que descansar.

-De verdad que no -protestó Theo desde los brazos de su marido cuando salieron al vestíbulo.

-Hay formas y formas de descansar -soltó Sylvester con suavidad al subir las escaleras.

-Pero, ¿y mi cabeza?

-No tenía pensado concentrar mis atenciones en tu cabeza.

-Ah, bueno -dijo Theo moviéndose para poder rodear el cuello de su marido con los brazos-. Eso es otra cosa.